

Torturado en una cárcel cubana por predicar el evangelio,
Noble Alexander se negó a retractarse
y encontró fortaleza en su grito...

Moriré Libre



Noble Alexander

Torturado en una cárcel cubana por predicar el evangelio,
Noble Alexander se negó a retractarse
y encontró fortaleza en su grito...

Moriré Libre

Noble Alexander
con Kay D. Rizzo

I will Die Free

Spanish Edition

Copyright 2015 Voice Media

info@VM1.global

Web home: www.VM1.global

All rights reserved. No part of the publication may be reproduced, distributed or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or other electronic, or mechanical methods, without the prior written permission of the publisher, except in the case of brief quotations embodied in critical reviews and certain other noncommercial uses permitted by copyright law. For permission requests, email the publisher, addressed “Attention: Permission Coordinator,” at the address above.

This publication **may not be sold, and is for free distribution** only.

Contenido

Cinco Minutos en el Infierno	7
Nubarrones en Cuba	19
Mi Compañía en la Celda Número Dos	29
El Bautizo de Muerte	41
Una Vida Nueva en la Cabaña	53
El Tribunal Desautorizado	67
Rumbo a la Isla del Tesoro de Fidel	77
Los Campos de Muerte en el Caribe	89
Vivir más Allá del Temor	101
La Universidad en las Tinieblas	117
Promesas hechas, Promesas Rotas	133
Siguiéndole los Pasos	141
La Vida en el Pabellón de los Condenados a Muerte	153
La Familia	169
En Espera de la Eternidad	179
Los Hermanos en Cristo	189
En un Lugar Desalmado	201
De Dentro Hacia Afuera	209
La Promesa de la Libertad	221
De la Habana a Mi Hogar	231
Epílogo	237

«A todos los cristianos de Latinoamérica, que en medio de la incomprensión y de la bienaventuranza de la sed de justicia, se preparan, al estilo de Juan el Bautista, para la venida del Señor dentro del socialismo».

*Castro habla sobre la revolución
y la religión con Frei Betto.*

Cinco Minutos en el Infierno

Tan pronto observé el oscuro auditorio, una mezcla extraña de alegría y tristeza impregnó mis pensamientos. Por una parte, alegría tras haber tenido una reunión de apertura exitosa donde se apreciaba el resurgimiento juvenil de mi iglesia, pero tristeza por el temor crónico que percibí en las caras que se dirigían hacia arriba de los jóvenes que estaban presentes. Pensé que no eran aplicables para el futuro las frases: «vivimos en los últimos días», «nunca habíamos tenido una época tan difícil como esta» o «son tiempos funestos los que vivimos», pues ya habían llegado los tiempos funestos y arduos para los jóvenes cristianos.

Ellos habían venido a la reunión para nutrirse, para infundirse energía sobre su participación en el plan eterno de salvación de Dios. ¿Apliqué el hambre que tenían? ¿Pude satisfacer sus necesidades? ¿Les infundí aliento? ¿Los fortalecí para que afrontaran las amenazas que se extendían en cada ámbito de su vida? No supe. Esperaba que sí, pero en realidad no lo supe.

Las sillas estaban desocupadas, los himnarios cerrados. Noté de repente que no estaba solo. Mientras colocaba mi Biblia en el maletín, me puse derecho y volví la mirada hacia donde estaba el intruso. El pastor Vásquez, líder de la iglesia, se acercaba rápidamente por el pasillo central. «¡Ah!, pastor Alexander, aún se encuentra aquí. ¿Cómo estuvo la reunión?»

«Creo que muy bien —le sonreí, tratando de compartir el extraño presentimiento que me obsesionó toda la noche— me consuela saber que, al final, las fuerzas celestiales triunfarán y que Satanás y el mal serán vencidos».

«Sí, lo sé» asintió el pastor Vásquez. Los pensamientos que no pronunciamos decían mucho más que las palabras que nos dijimos.

«¿Cuántos jóvenes cree usted que asistieron a la reunión de esta noche?».

«¡Ah!, unos 200 más o menos».

«Entonces, ¿valió la pena?».

Ante la creciente persecución ordenada por Castro y sus seguidores, el pastor Vásquez y yo nos planteamos durante un rato si cancelar o no el ciclo de reuniones que se habían previsto.

Miré al pastor que tenía su rostro cubierto por las sombras. Le aseguré: «¡Claro que sí, valió la pena. Sus caras delataban desesperación, incertidumbre y hasta terror. No lo puedo explicar. . .».

«Lo sé, lo sé—el pastor Vásquez asintió con la cabeza—percibí la misma tensión inquietante en la reunión de adultos».

El nuevo régimen comunista andaba rondando las organizaciones religiosas, como un huracán tropical que se percibe de antemano. Yo fui detenido e interrogado varias veces por los hombres del G-2, la KGB formada recientemente en Cuba. El pastor Vásquez me advirtió que los interrogatorios, en relación con los amigos y conocidos que habían escapado de la isla, me podrían conducir, con el tiempo, a un arresto. El pastor y yo habíamos considerado cancelar nuestro ciclo de reuniones dos días antes, en lugar de correr el peligro de sufrir más persecución de parte de Castro y sus hombres.

El pastor Vásquez me advirtió: «Noble, las cosas no están nada bien. Me dan ganas de aplazar las reuniones, pese a que usted proteste para que no lo haga». Él, como pastor líder, tomaba la decisión definitiva; pero yo no podía soportar ver que se frustraran nuestras largas horas de preparación.

Me apresuré a asegurarle: «Comparto sus preocupaciones, pero ¿podemos permitirnos dejar pasar esta oportunidad por lo que está ocurriendo? ¿Con cuánto tiempo contamos? ¿Quién sabe si estas reuniones sean la chispa que haga arder este país por el Señor?».

La iglesia cristiana en la Cuba comunista tenía los días contados. Castro y sus secuaces hostigaban diariamente una y otra confesión. No importaba si eran católicos, protestantes, bautistas, adventistas del séptimo día, etc. El cristianismo de cualquier tipo evitaba que el pueblo cubano fuera leal

a él y, más bien, confiara en un Poder Superior, que produciría mártires y oposición y que a la larga amenazaba al gobierno de Castro. El pastor decidió aceptar el riesgo después de haber orado juntos. Nosotros haríamos fielmente nuestra parte y Dios tendría que hacer el resto. La decisión fue acertada teniendo en cuenta los resultados de la primera reunión.

El pastor y yo caminamos en silencio hacia la puerta. Me detuve momentáneamente y miré hacia atrás al salón oscuro, donde tuve mi primera reunión de resurgimiento. Me dije a mí mismo: «sí, fue un éxito». Juntos salimos al aire cálido de la noche.

«Es una lástima que Yraida y su hijo no pudieron estar aquí esta noche para ser copartícipes de su alegría», comentó el pastor mientras nos dirigíamos hacia el estacionamiento de la iglesia.

«Yraida no logró que Hubert dejara de llorar, y sólo espero que no se esté enfermando de alguna fiebre tropical», le dije.

«Bueno, sí —el pastor se rió entre dientes— ya sabe cómo son las cosas con los bebés... y con las mamás principiantes».

Recordé, con sentimiento de culpabilidad, la impaciencia que me produjo Yraida por el retraso que tuvimos y, después, el llanto de mi hijo de dos años que no se pudo calmar, incluso antes que encendiera el automóvil. Estaba seguro que nunca llegaría a tiempo a la iglesia para el sermón y, aún menos, para la adoración. ¡Si se supiera que acepté pronta y ligeramente el ofrecimiento que hizo Yraida de quedarse en la casa con él! «Era lo mejor, estoy seguro», dije objetando.

El pastor y yo nos estrechamos las manos y nos dijimos buenas noches. Observé al pastor cruzar el estacionamiento y dirigirse hacia su automóvil. Me subí en el mío y cerré la portezuela.

Miré mi reloj mientras conducía el automóvil por el tráfico de la última hora de la noche. Pensé: «¡uy!, son 84 millas y llegaré en una hora y media». Los automóviles, camiones, autobuses y bicicletas se abrían paso entre la habitual multitud de peatones, en la calle principal de Matanza. Las calles iban a estar oscuras y desocupadas al llegar a Marianao.

Mirando de reojo, me di cuenta que estaba el suéter tejido a mano y el biberón de mi hijo. «¡Ah!, sí –pensé– el bolso de Yraida». Alargué la mano por debajo del asiento delantero y saqué el bolso beige de mi esposa, de donde lo había metido. Se le olvidó sacarlo, junto con el suéter y el biberón, cuando devolvió a Hubert de prisa al apartamento.

Pensé: «¡Ah!, Yraida, tienes que soportar mucho». Sabía que no era fácil tratar de sopesar ser mamá de un niño de dos años y esposa de pastor al mismo tiempo, sobre todo durante el ciclo de reuniones. «¡No se me puede olvidar decirle cuánto la aprecio al llegar a la casa!». Mirando por el retrovisor, me di cuenta que un *Oldsmobile* azul con blanco me seguía, pero no le di mucha importancia.

El tráfico disminuyó a las afueras de Matanza y la atmósfera húmeda de la ciudad se disipó. Bajé la ventanilla para dejar que el viento de la isla circulara por el automóvil. Evocaba en voz alta la reunión de la noche mientras pasaban las millas. Reviví paso a paso la historia que conté sobre la caída de Lucifer, su deseo de ser como Dios y de su rebelión y expulsión del cielo.

«¡Un tercio! Piensen en ese número. Un tercio de los ángeles celestiales se dejaron engañar por las mentiras de Lucifer. ¡Cómo habrá lamentado nuestro Creador amoroso la pérdida de sus hijos! Él es un Dios de paz y no de guerra». Me callé momentáneamente y sonreí. Sentí la presencia del Espíritu Santo en el auditorio aquella noche. Los jóvenes también la experimentaron y lo supe por la manera como respondieron. Me invadió un sentimiento de gozo y júbilo.

«¡Sí! –golpeé el volante con el puño– ¡gloria a Dios!». Dije a gritos por la ventanilla y toqué la bocina para celebrar. «Padre, me usaste para llegarles al alma. Gracias, gracias, gracias». «Qué honor tan increíble –pensé– ser un instrumento de Dios».

El paseo tranquilo me dio tiempo para bajar los humos que los predicadores tienen normalmente después de tales experiencias. Cuando vi el alumbrado de Mariano, luché por mantenerme despierto. Cuando pasé por el centro de la ciudad, las calles vacías se hicieron cada vez más estrechas y oscuras. Miré por el retrovisor y reconocí de

nuevo al automóvil que estaba justo detrás de mí, el mismo que noté antes de salir de Matanza.

Cuando pasaba por un callejón a menos de una manzana de mi casa, los focos delanteros de mi vehículo alumbraron a un segundo *Oldsmobile*, modelo 1957 de color azul con blanco, estacionado en la calzada. Como sabía que debía retroceder, disminuí la marcha hasta parar. El automóvil que me seguía la pista se detuvo inmediatamente detrás de mí y bloqueó mi única salida disponible.

Antes de poder decidir qué hacer, dos hombres armados, vestidos de civil, salieron de la parte trasera del vehículo y se acercaron por un lado de mi automóvil.

«¡Oh!, no –pensé– no quiero otro interrogatorio. No a esta hora de la noche. Estoy muy cansado».

El hombre más alto se agachó y me examinó cuidadosamente por la ventanilla abierta. «¿Es usted Humberto?» preguntó.

«Noble», respondí.

«Aun así, nos va a acompañar a la jefatura del G-2. Tenemos que hacerle algunas preguntas. Tardará más o menos cinco minutos –explicó el hombre– si viene con nosotros...».

Supe que su invitación no se podía someter a discusión al ver su revólver Estrella Roja y su juego de mandíbulas. Suspiré, salí de mi automóvil y caminé hacia el otro vehículo, tal como se me ordenó. Pude ver el contorno de un tercer oficial en el asiento del conductor. Una vez llegué al vehículo, me subí en el asiento trasero. Conocía muy bien la rutina. Los asientos traseros de estos *Oldsmobiles* modelo 1957 estaban equipados con manillas de hierro (esposas acopladas al piso del automóvil). A los transeúntes, por fuera del vehículo, les parecía como si la persona en el asiento trasero estuviera suelta, cuando en realidad estaba firmemente sujeta.

El primer oficial se metió sigilosamente a mi lado izquierdo y me apuntó con su arma directo en el corazón. El segundo oficial dio la vuelta detrás del automóvil y me escoltó por el costado derecho. No me molestaba la rutina. Ya estaba acostumbrado, aunque me habría

gustado que hubieran escogido un momento más decente para dirigir el interrogatorio.

Los policías permanecieron callados durante el paseo de veinte minutos hacia el G-2, la jefatura de la KGB de Castro. Traté de recordar todo lo que hice durante las últimas cuarenta y ocho horas con la esperanza de hallar algún indicio que me permitiera inferir la razón de mi más reciente arresto. ¿Habría huido del país alguno de mis amigos o feligreses y me interrogan de nuevo por su ausencia? De ser así, nadie me lo había mencionado. Estuve muy ocupado preparando las reuniones. No pasó siquiera por mi mente que me pudieran incriminar de manera alguna. Me enteré más tarde que fui uno de los cientos de cubanos que fueron arrestados y señalados de ser agitadores durante los primeros días del régimen de Castro.

Miscaptores no perdieron el tiempo en la jefatura del G-2. Me llevaron en seguida por las puertas de un pasillo largo y oscuro. Me imaginé mentalmente que el pasillo gris de piedra se parecía mucho al pasaje proverbial que conduce al abismo en el Apocalipsis. Entramos en un cuarto intensamente iluminado y un policía me colocó delante de una cámara. Pusieron en mi pecho una tarjeta con el número 30954. En aquel momento nunca me imaginé cuán profundos y vivos mantendría esos números en mi recuerdo.

«La cara a la izquierda», vociferó el teniente. Obedecí. La cámara disparó el flash. «La cara a la derecha». Obedecí de nuevo.

«Oficial, —traté de explicarle— tengo una carta en mi billetera del general Samuel González Rodríguez, una referencia acerca de mi reputación».

El oficial más cercano a dónde yo estaba me dio una bofetada y gritó: «¡Cállese! Hable sólo cuando le dirijan la palabra».

Me llevé la mano a mi ardorosa mejilla. Me fui tambaleando hacia atrás tratando de mantener el equilibrio. Entonces me di cuenta que estaba en un problema más grave que antes. «Este va a ser un arresto de más de cinco minutos», pensé, mientras un policía agarró mi mano izquierda y apretó con presión las yemas de mis dedos

contra una almohadilla empapada en tinta y luego sobre una hoja de detención.

«Vacíe sus bolsillos y coloque su contenido sobre la mesa», exigió el oficial. Estando aturdido, mi mente pasó a modo automático. En algún lugar más allá de mí, escuché que mi reloj, mi billetera y mis llaves del automóvil golpearon la superficie metálica de la mesa. Pensé en mi automóvil que estaba estacionado de manera ilegal en el callejón y me pregunté si la policía de tránsito lo remolcaría hacia la comisaría por la mañana. Si tan solo me dejaran tener unas palabras con Yraida. Ella lo podría recoger.

El oficial examinó cuidadosamente mi billetera y leyó el contenido de cada trozo de papel que allí había. Hasta el mensaje escrito detrás de la foto de mi esposa.

«¡Quítese toda la ropa!». El hombre inspeccionó cada prenda, rasgándolas por las costuras y los dobladillos, en busca de mercancía de contrabando de cualquier tipo. Satisfecho de no haber encontrado nada, le entregó todo a un policía que esperaba. Vi que el segundo oficial recogió mis pertenencias de la mesa y las puso en un armario con llave. Pensé, mientras las metía y volvía a cerrar la puerta con llave, «allá va Humberto Noble Alexander. Allá va mi identidad».

«No, no, eso no es verdad —me dije— mi nombre está registrado en los libros celestiales». Levanté el mentón y enderecé los hombros sólo de pensarlo. «¡Podrán despojarme de toda posesión terrenal, pero mi identidad como hijo real del Rey del universo es para siempre mía!».

Se abrió la puerta del pasillo y un peluquero entró en el salón. Me cortó todo el pelo hasta el cuero cabelludo, sin decir palabra. El fotógrafo me tomó una segunda serie de fotos. Llegó el barbero para afeitarme la cara. Raspó directamente mi mejilla derecha con la cuchilla de afeitar y arrancó los pelos. Me moría del dolor. Estaba seguro que la cuchilla no había sido afilada en años. Sentí como si la hoja tiraba de cada pelo de mi cara, uno a la vez. Terminó su trabajo con tres cuchilladas: uno, desde la mejilla derecha hasta el mentón; otro, desde la mejilla izquierda hasta el mentón; y el tercero,

desde la porción inferior de la garganta hasta el mentón. Para cuando terminó me corría sangre por la cara.

Uno de los oficiales puso una toallita de papel en mi mano. «¡Aquí tienes! —me ordenó— límpiese con esto. ¡Apúrese! No tenemos mucho tiempo».

Los disparos del flash de la cámara me enceguecían a medida que el fotógrafo vociferaba sus instrucciones una tercera vez y yo actuaba en consecuencia. Me limpiaba la sangre que corría por la cara, dándome toques ligeros, cuando un guardián me empujó hacia una silla metálica gris junto a un escritorio de roble medio destruido. Allí, uno de los oficiales que hizo la detención estaba sentado y sus manos se balanceaban sobre el teclado de una máquina de escribir marca Royal.

«¿Nombre?», preguntó.

«Humberto Noble Alexander».

«¿Edad?».

«Veintiocho».

«¿Ocupación?»

«Pastor de jóvenes de la Iglesia Adventista del Séptimo Día», respondí.

El oficial registraba mis respuestas, repitiéndolas entre dientes a medida que sus dedos pulsaban, una a una, cada tecla.

«¿Dirección?».

«146 Calle Oriental 49».

«¿Casado?».

«Sí».

«¿Nombre de la esposa?».

«Yraida Seull Alexander».

«¿Hijos?».

«Humberto D. Alexander».

El teniente me entregó a un policía con casco, cuando terminó de registrar cada detalle de mi vida desde mi nacimiento.

«Sígame», ordenó el hombre. Su mano derecha acariciaba la culata de su pistola como retándome a que me negara a obedecer.

Cruzamos el salón y después caminamos por un corredor poco iluminado. En el extremo del mismo, él abrió una puerta metálica pesada. Percibí un olor de excremento maloliente. Lo seguí por un tramo largo y angosto de escalones de piedra. La temperatura del ambiente bajaba a medida que descendíamos. Mis ojos se acostumbraron lo suficiente a la luz tenue que había en la parte inferior de las escaleras de tal manera que pude divisar un corredor vacío. El sonido de nuestras pisadas hacía eco con las paredes de bloques de cemento llenas de puertas metálicas.

El pasillo estaba dividido en pequeños segmentos. Cada segmento estaba enrejado con una puerta de acero y allí había un grupo de guardianes. Nadie habló mientras nos acercamos a la primera puerta. Mi guardián, sin disminuir la marcha, dio un mensaje en clave con un silbido. Se produjo otro de respuesta detrás de la barricada. La puerta se abrió y después se cerró ruidosamente detrás de nosotros. No se podía ver ningún otro ser humano.

Continuamos en silencio hacia la siguiente puerta y a la próxima, hasta que el guardián se detuvo en la celda número seis. No había visto ningún otro reo, ni tampoco ellos me habían visto a mí, hasta que el guardián me metió a empujones en mi nuevo alojamiento. La puerta metálica y pesada se cerró ruidosamente detrás de mí.

Mientras traté de reorientarme, me invadió una repentina oleada de náuseas. El hedor era insoportable. Tragué saliva y me faltó el aliento. Sentí como si cada poro de mi cuerpo fuera invadido por el asfixiante olor de excremento humano.

La celda no era más que una jaula de cemento. En la parte superior de la pared trasera había una rejilla de ventilación ladeada y hecha en hormigón, de tal manera que le impedía al preso ver el exterior y, aún así, permitía que corriera el aire de fuera. Gotas de agua estancada caían de una llave rota, que estaba asegurada en una tubería oxidada en la parte inferior de la misma pared. No había inodoro ni lavamanos. Una abertura en la esquina opuesta estaba diseñada para servir de retrete, pero hacía

mucho que estaba atascada. Montones de excremento estaban por ahí tirados como si fuera un corral. Algunos eran duros y viejos; otros, frescos y pestilentes.

Eché un vistazo en un estado de desesperación a mi alojamiento provisional. Me costó trabajo acostumbrarme a la oscuridad y presentí como si me examinaran cuidadosamente. Un momento después los pude ver: veinticuatro ojos que me miraban fijamente desde nueve literas metálicas encadenadas a dos de las paredes de cemento. Quedé anonadado al examinar las caras desaseadas y sin esperanza a mi alrededor.

Un ruido repentino en la puerta rompió el silencio. «Llegó carne fresca», gritó el preso más cerca de la puerta, cuando una bandeja grande se deslizó por una ranura en la base de la puerta. Mis compañeros de celda se precipitaron hacia la comida. Supe que no podía poner en mi boca ni siquiera un poco al oler la carne podrida, que apestaba peor que los excrementos esparcidos por el suelo.

La llegada de la comida le soltó la lengua a mis compañeros. Suplicaban información del mundo exterior más que los antojos de sus estómagos vacíos.

«¿Qué está ocurriendo afuera?».

«¿Oyó por casualidad a los guardianes discutir nuestra liberación?».

«¿Qué de Castro?, ¿habrá un golpe de estado?».

«¿Ha escuchado algo sobre una invasión?».

«¿Seremos puestos en libertad?».

Los presos me bombardearon de preguntas. Les conté de lo poco que me pude haber enterado a través de los chismes callejeros y de los periódicos controlados por el estado. En su mayoría, no sabía nada sobre golpes de estado ni invasiones, ni amenazas para el régimen de Castro. Era solamente un pastor de jóvenes y no un partidario de la revolución. No comprendía, en aquel entonces, el apetito insaciable de mis compañeros de celda por tener información fresca. Lo llegaría a comprender con el tiempo.

Nos sumimos en un hosco silencio después de un rato. Nuestros pensamientos se concentraron, mientras nadie hablaba, en lo mismo: la familia, el hogar y la libertad. Las horas pasaban muy lentamente. «Ojalá pudiera quedarme dormido sin sueños unas horas –pensé– que más quisiera yo que escaparme en el olvido». No obstante, a pesar de la oscuridad, el sueño me fue esquivo. Los gruñidos y quejidos poco refinados de mis compañeros de celda me recordaban constantemente que no estaba solo. Escuché que alguien hablaba entre dientes a mi izquierda. Un hombre susurraba la letra de una conocida novena católica a mi derecha. Y me parecía que un reo caminaba arrastrando los pies, cada dos o tres minutos más o menos, hacia la esquina de la celda para ir al baño.

Como me era totalmente imposible dormir, pensé en la reunión que tuve por la noche y en los jóvenes que, por primera vez, habían dedicado su vida al Señor. Alabé de nuevo a Dios por la fe que tenían y luego oré especialmente por cada uno. Recliné la cabeza en la pared y cerré los ojos cuando terminé la lista de los nombres que respondieron en la primera reunión de resurgimiento. Me pregunté: ¿A quién conseguirá el pastor Vásquez para que pronuncie el segundo sermón del ciclo para los jóvenes? Me dolía mucho que tuvieran que cancelar las reuniones por mi detención, y sin embargo sabía que lo único que quería cuando me sacaran de este hueco, era darme un baño y dormir por 24 horas.

Mis pensamientos eran cada vez más confusos y corrí la cara hacia un lado. De repente un grito me asustó. Uno de los hombres lanzó un grito mientras dormía. Sólo podía imaginarme la pesadilla que desencadenó el arrebato. Fui de nuevo consciente de mi entorno.

Quizás, me dije, si me entretengo con unos cuantos juegos psicológicos podría borrar este inesperado melodrama en el que por alguna razón fui a parar. Me imaginé que estaba en el apartamento con Yraida y mi hijo y que caminaba por cada habitación, observando cada mueble de segunda mano. Pasé mentalmente mi mano por cada grieta o raya. Afloraron a mi mente las caras de los parientes que nos habían donado generosamente cada mueble cuando nos casamos. ¡Cuán orgullosa estaba mi esposa de nuestro primer hogar! Ella lo llamaba: «nuestro pequeño nido de amor».

Me calentaron los colores vivos del manto bordado en el respaldo de la pequeña mecedora de color café. Lo podía ver enrollado alrededor de los hombros de Yraida mientras amamantaba a nuestro hijo. Mis ojos se llenaron de lágrimas con ese recuerdo entrañable. Recliné mi cabeza en la pared de cemento y di un suspiro.

«¿Habrá escuchado Yraida sobre mi arresto? —me pregunté— si no, ya debe estar muy preocupada. Si ya lo sabe, ¿habrá contactado a mamá?» ¡El bolso de Yraida! ¡Dejé el bolso de Yraida en el asiento del carro! «¡No puede ser! Para la mañana habrá desaparecido. En fin, no hay mucho que pueda hacer ahora». Me enteré más tarde que Yraida no supo de mi arresto por tres días. «¿Ya habrá escuchado el pastor Vásquez que fui detenido? Quizá no. Al menos hasta por la mañana». Un vacío llenó la parte más íntima de mi alma. Al darme cuenta que estos pensamientos sólo agudizaban mi desgracia, los saqué de mi mente por la fuerza.

Corría mi cabeza de un lado al otro para tratar de aliviar la tortícolis en la parte trasera del cuello, una molestia menor comparada con el ambiente que me rodeaba. ¡Vaya cinco minutos! Los oficiales se equivocaron sin lugar a dudas. Me pregunté: «¿Cuánto tiempo me tendrán aquí?». Las preguntas sin respuestas vagaban por mi mente subconsciente. Al cabo de un rato dejé de pensar y tan solo miré fijamente la oscuridad impenetrable de la celda sucia y atestada de gente, hasta que un cansancio que produce demacración invadió mi cuerpo y paralizó mi mente.

Esto ocurrió el 20 de febrero de 1962. Por suerte, no supe que estaría preso en el terrible sistema carcelario de Castro por veintidós años.

Nubarrones en Cuba

A Cuba, mi tierra natal, se le suele llamar «la perla de las Antillas». Cristóbal Colón, cuando desembarcó en las costas cubanas, escribió en su diario de navegación que había encontrado la tierra más hermosa que el ojo humano haya visto jamás. Era una tierra donde las aguas azules y espumosas del Mar Caribe bañaban suavemente las playas de arena blanca y los arrecifes de coral; y donde los vientos alisios cálidos y tropicales producían un susurro a su paso por las espigadas palmeras. Era una tierra rica en verdes y exuberantes pastizales, árboles frutales, flores de colores vivos y aves exóticas: era el paraíso tropical.

Las Antillas Mayores: Cuba, Haití, República Dominicana, Jamaica y Puerto Rico, forman parte de la cadena de islas que Cristóbal Colón llamó erróneamente «Las Indias Occidentales». La isla principal de Cuba es casi del tamaño de todas las otras islas juntas. Existen más de 1600 islotes, la mayoría habitadas por sólo unas cuantas personas. Una excepción es la Isla de Pinos, que está localizada a unas noventa millas al sureste de La Habana. Nunca me imaginé, mientras estudiaba de niño la geografía de mi país, de lo bien que conocería algún día la hermosa, pero mortal, Isla de Pinos.

Muchos comparan la forma alargada de Cuba con un caimán hambriento, donde su capital, La Habana, está situada en la cola, en el norte, y Santiago de Cuba, en las mandíbulas abiertas, en el sur.

Fulgencio Batista gobernó a Cuba durante mi niñez, primero a través de una serie de presidentes títeres desde 1934 hasta 1944 y luego él mismo, a la cabeza del gobierno, desde 1952 hasta 1958. Cuba era considerada por muchos como el paraíso tropical de los Estados Unidos. Empresas estadounidenses invirtieron mucho dinero en el desarrollo del país. Años más tarde corrió la voz de que Batista hizo una importante fortuna (entre

300 y 400 millones de dólares) a expensas de las necesidades de sus compatriotas y que cometió brutalidades contra todos aquellos que se le opusieron. Su avaricia y su crueldad sentaron las bases para el surgimiento del joven y carismático partidario de la revolución, Fidel Castro, y el posterior nacimiento del comunismo. Esto es lo que narran los libros de historia. Los nacidos en Cuba tienen una historia un poco diferente para contar.

Cuando era niño y vivía en la pequeña comunidad del interior conocida como San Germán, en el extremo sur de la isla principal, no me di cuenta de los conflictos políticos y gubernamentales. Mis padres, de ascendencia africana pura, emigraron a Cuba en su juventud; mi padre, desde Trinidad y Tobago y mi madre, desde Jamaica. Ellos se conocieron y se casaron allí, en la provincia del sur de Cuba. Mi padre, un mecánico automotor, se capacitó para ser el mejor tornero en la comunidad de San Germán. Tuvo su propio taller y, debido a su fama de hacer un trabajo extraordinario, con frecuencia hacía contratos para prestar sus servicios en la base naval norteamericana de Guantánamo. Esto implicaba que debía viajar muchos kilómetros desde y hacia la base. Ni a él ni a mi madre le gustaba que estuviera ausente de su casa y de su familia con tanta frecuencia. Como estaba tan seguro que su trabajo continuaría por tiempo indefinido en la base naval, llamó a un defensor de familia y decidió vender nuestra casa de San Germán para mudarnos al sur. Una vez allí, puso un nuevo taller en el pueblo porteño de Caimanera. Mi padre trabajaba en el torno, dos años después de habernos mudado, cuando una pieza del torno se rompió. El aparato de alta velocidad se zafó y lo golpeó en el pecho. Sufrió heridas que lo llevaron al hospital por dos semanas. Decidió que era hora de enseñarme el oficio, durante su estancia en el hospital. Mi padre anunció sus intenciones después de la breve recuperación.

«Noble —dijo— no estaré siempre contigo. Debes aprender a hacer funcionar y a reparar las máquinas».

«Después de estar al borde de la muerte —protestó mi madre— ¿ahora quiere poner en peligro la vida de nuestro hijo?». Discutió con mi padre y perdió. Aprendí primero a limpiar y a realizar el mantenimiento de la

maquinaria. Le tuve aversión al trabajo desde el comienzo, pero en nuestra casa, uno nunca desobedecía a mi padre.

El viernes 19 de marzo de 1950, tan solo dos meses después de su accidente, mi padre llegó a la casa después de terminar su trabajo en la base militar. Pasamos la noche en familia hablando y nos fuimos a dormir un poco después de las diez. A la mañana siguiente, cuando mi madre llamó a mi padre a desayunar, lo encontró muerto de un infarto. Yo había pasado más tiempo con él desde que nos habíamos mudado. Nos habíamos vuelto amigos y, de repente, ya no existía. Lloré su muerte, me sentí aterrado y solo. Mi madre vendió inmediatamente el negocio de la familia.

Mis amigos y yo asistimos a la escuela primaria del barrio, dirigida por la Iglesia Católica, hasta que llegamos a la edad del bachillerato. Ahí fue cuando dejé a mis amigos para ir al Instituto Guantánamo, una escuela cerca de la base estadounidense. Asistí al instituto cinco años. Mi madre y mi hermana Paulina, cansadas de la convulsión política, emigraron a los Estados Unidos durante ese tiempo. Yo, por mi lado, decidí quedarme en mi patria. Sentí que, como negro que soy, Cuba me ofrecía un mejor futuro que el vecino del norte. Acepté el llamado de Dios al ministerio durante mis años en el instituto. Mi futuro parecía resuelto, seguro y previsible. Y después llegó Castro y la revolución.

Los líderes cubanos a través de la historia sabían que las revoluciones y las insurrecciones siempre se iniciaban en la provincia montañosa de Oriente. Fidel Castro, que es siete años mayor que yo, creció en la plantación azucarera de su padre en la provincia de Oriente. Asistió a los mejores colegios católicos de la zona y proviene de una familia bastante acaudalada. Fue un buen estudiante y excelente atleta. Se rumoraba, aunque no lo conocía personalmente, que tuvo una serie de inconvenientes antes de ir a la universidad. Una vez allí, supuestamente mató a su primo en una puja por el poder. Mientras asistió a la facultad de derecho, se involucró en grupos políticos radicales y participó activamente en motines y manifestaciones estudiantiles.

Sacó su título de derecho y se presentó como candidato para el congreso en 1952. Fue el mismo año en que Batista temía perder las

elecciones, así que en lugar de correr el riesgo de ser humillado y derrotado, organizó una revuelta y suspendió todas las elecciones. Pero este malestar político tenía poco que ver conmigo y con mi preparación para ser un pastor del evangelio de Jesucristo.

Los rumores, en relación con la creciente revolución, corrieron por la isla más rápido que un huracán de primavera. Castro y sus hombres se disfrazaron de soldados de Batista, entraron en la sede principal del Hospital Moncada y mataron a dieciocho soldados que estaban hospitalizados, durante un desfile del carnaval, en 1953. A Batista lo culparon de este acto deplorable. Dieciocho meses después, y tras una serie de ataques, el gobierno deportó a Castro a México, lugar donde conformó una tropa mercenaria. Castro y sus hombres volvieron a Cuba en 1957 con una dotación militar obtenida con sumas de dinero recaudadas por personas en los Estados Unidos y Suramérica y con la ayuda del ex presidente Carlos Prío Socarás. Cometieron de nuevo infamias contra los habitantes de Cuba, estando siempre disfrazados como hombres de Batista. Como era lógico, la gente se volvió contra el régimen de Batista.

Muchos líderes adventistas del séptimo día, aunque no participaban activamente en la política, creyeron que Castro tendría el poder para garantizar mayor estabilidad en el país. Los líderes de la iglesia en Sierra Maestra, solidarios con la causa, se involucraron directamente, no en la lucha, sino alimentando y guiando a los soldados revolucionarios. Los cubanos se unían cada vez más al movimiento.

Era evidente, a finales de 1958, que Batista tenía los días contados como líder de Cuba. Batista, en lugar de aceptar el fracaso, salió el 31 de diciembre de La Habana rumbo a la República Dominicana. Las tropas rebeldes se tomaron el poder en Santiago de Cuba, dos días más tarde, el 2 de enero de 1959, y comenzaron una marcha triunfal, que duró una semana, hacia la capital: La Habana.

Castro y sus hombres llegaron a La Habana luciendo sus rosarios, que era una estrategia para convencer a los fervientes seguidores del catolicismo que los revolucionarios eran en efecto leales a la iglesia. Una mirada más de cerca dejaba al descubierto otra imagen.

Los seguidores de Castro, que estaban al frente, eran partidarios incondicionales del comunismo, tales como Ernesto «el Che» Guevara de Argentina; Camilo Cienfuego, miembro del partido comunista cubano; y Raúl Castro, hermano de Fidel, que a los quince años de edad ya había visitado la Unión Soviética.

Castro comenzó a utilizar militares vestidos de civil para hostigar a las iglesias, tras colocar a estos hombres, y a otros como ellos, en cargos claves del gobierno cubano. Los católicos y los testigos de Jehová fueron los primeros en sentir la mano de hierro.

La Iglesia Católica en Cuba conmemoraba anualmente el 8 de septiembre el día de «La Virgen de la Caridad». La tradición se había originado con los primeros colonizadores de nuestro país. Sin embargo, Castro le negó el permiso a la gente para hacer el desfile de acompañamiento, porque esto estaba asociado con la religión y con Dios. Alegaba que era peligroso porque todavía andaban sueltas en la capital algunas facciones de los hombres de Batista.

El sacerdote decidió de todas formas que la gente llevaría a cabo el desfile. Marcharían dándole la vuelta a la manzana donde estaba la iglesia. Las milicias, vestidas de civil se armaron con tubos metálicos, cadenas y bates, todos envueltos en forma desapercibida con periódicos.

La pelea se desató cuando la gente salió de la iglesia para comenzar el desfile. Cientos de fieles fueron heridos o asesinados. Culparon a los hombres de Batista pero la gente de La Habana tenía más sentido común. De aquí en adelante, Castro se quitó su máscara de inocencia. Deportó abiertamente a sacerdotes a España y encarceló masivamente a sus compatriotas.

El conflicto de los testigos de Jehová con Castro giró en torno a su negativa de servir en el ejército y a saludar a la bandera. Castro, furioso por el acto desafiante, los arrestó a mansalva, les confiscó las propiedades y pertenencias, y los metió en su mayoría en las cárceles de la Isla de Pinos y de Combinado del Este. Los desnudaron, golpearon y los arrojaron a celdas atestadas de homosexuales.

Por estas fechas, yo había terminado mi educación en el instituto y trabajaba como pastor de jóvenes, con el pastor Vásquez, en la ciudad de Mariano. También vendía libros cristianos para aumentar mis ingresos provenientes de la iglesia. Sospechamos desde el comienzo que sólo era cuestión de tiempo antes que Castro comenzara a hostigar a otras organizaciones cristianas, incluyendo a nosotros: los adventistas del séptimo día.

El régimen marxista de Castro veía a la iglesia como una amenaza. La gente de Castro le dio el apodo de «el caballo» durante la revolución. Así que cuando nuestros pastores predicaban sobre la bestia del Apocalipsis, los acusaban y condenaban por fomentar la rebelión política.

Las inclinaciones gubernamentales hacia el comunismo se hicieron evidentes a los pocos meses del golpe de Castro, incluso dentro de la población ajena a la política del país. El nuevo líder había prometido que su revolución produciría cambios radicales en Cuba: en la economía, el gobierno y en el estilo de vida de su gente. ¡Y así ocurrió! Los discursos floridos que Castro pronunciaba en los mítines públicos ponían de manifiesto la injusticia flagrante; aún cuando él todavía no se había declarado comunista en 1959 y 1960. En cuanto se sintió seguro de su poder, Castro acorraló a sus enemigos, los acusó de cometer crímenes contra la revolución y presentó juicios rápidos con testigos falsos. Algunos fueron condenados a la cárcel; otros fueron ejecutados en público. Los periodistas manifestaron que el trato que les daba a sus enemigos era similar a la manera como Rusia despachaba a sus disidentes.

Castro organizó un grupo de niños llamado los «Pioneros», parecido al Movimiento Juvenil de Hitler, en la Alemania nazi y a la Guardia Roja de Mao, en la China comunista. Los miembros gozaban de autoridad absoluta. Entraban a robar en las casas, tomaban toda la comida que querían, les ordenaban a los ciudadanos a apagar las luces en la noche y se llevaban las pertenencias... todas confiscadas para ser de «propiedad de la gente». Cualquiera que tuviera un radio de onda corta era acusado y declarado culpable de escuchar la voz del enemigo. La más mínima infracción, real o imaginaria, era considerada un crimen contra el estado. Y los crímenes contra el estado nunca quedaban impunes.

Las relaciones con los Estados Unidos empeoraron después que Castro nacionalizó todas las refinerías de petróleo estadounidenses. Estados Unidos estableció un embargo sobre todo el comercio con Cuba, y Castro, por su parte, tomó represalias confiscando todas las empresas del vecino país en la isla. Acusó a todos los empleados de la embajada estadounidense en La Habana de ser espías, el 2 de enero de 1960. Todo el personal de la embajada fue desalojado del país en menos de cuarenta y ocho horas, y el gobierno estadounidense reaccionó enfadado rompiendo todas las relaciones diplomáticas con mi país.

Muchos cubanos huyeron de su patria, incluidos un gran número de médicos, abogados, escritores, profesores e ingenieros. Prefirieron salir del país a tener que trabajar para el nuevo gobierno. Ayudé a muchos de mis amigos íntimos y a miembros de la iglesia a unirse al éxodo en aquella época.

Mi madre y mi hermana, que ahora vivían en Massachussets, me instaron a que saliera de Cuba hacia Estados Unidos mientras todavía podía escapar. Lo habría hecho, salvo por una complicación. Para entonces había conocido y me había casado con Yraida. Ella y yo llevábamos bastante tiempo hablando de solicitar una visa. Sin embargo, mi joven esposa quedó embarazada antes que pudiéramos salir del país. El nuevo gobierno aprobó una ley, por desgracia para nosotros, que no le permitía a ninguna mujer embarazada salir de Cuba. Nos dimos cuenta muy tarde que no iríamos a ningún lado, por lo menos hasta que naciera nuestro bebé. Nos consolábamos nosotros mismos pensando que tal vez más tarde lo haríamos. Quizá nos iremos seis o siete meses después del nacimiento de nuestro hijo.

Castro cerró las fronteras después de ver que muchos profesionales y personas cultas solicitaban visas para salir del país. Sin embargo, y a pesar de todos sus esfuerzos, la gente continuaba cruzando desapercibida por entre los guardias fronterizos y la policía secreta. Reconozco que ayudé a mis hermanos y hermanas siempre y cuando me fue posible. ¡Es difícil entender cuán preciosas fueron la libertades que los cubanos perdimos! Quizás nadie se da cuenta hasta que las pierde.

Luego vino el plan Bahía Cochinos del 15 al 17 de abril de 1961. Los contrarrevolucionarios cubanos, junto con la CIA estadounidense, hicieron planes para invadir la isla por una playa remota llamada Bahía Cochinos. Ellos iban a recuperar la isla que había sido tomada por el ejército revolucionario de Castro, con la ayuda de cobertura aérea prometida por los militares norteamericanos. Los antiguos partidarios de Batista y otros que se oponían al golpe comunista de su país se prepararon para la invasión en la misma Cuba.

Castro y sus soldados cogieron a cientos de personas en las ciudades principales de La Habana y Marianao, pues conocían del plan de invasión días antes del acontecimiento. Encarcelaron al 70 por ciento de los habitantes, hombres y mujeres, en lugares como colegios, hospitales, estadios, almacenes y hasta en el zoológico. Utilizaron cualquier lugar como prisión. Al mismo tiempo, el régimen expropió la casa de Márquez Sterling, uno de los antiguos candidatos presidenciales que fue asesinado durante la revolución, y la convirtió en la jefatura del equivalente a la KGB rusa y la llamó el G-2.

La filtración de información secreta, que le permitió a Castro prepararse para la invasión, y el fracaso del gobierno de Estados Unidos en cumplir con la promesa de proporcionar apoyo aéreo hicieron que el intento se malograra. La paranoia de Fidel Castro se intensificó tras el fiasco de Bahía Cochinos. Él tenía a sus agentes buscando a los oficiales estadounidenses de la CIA por cada esquina y detrás de cada planta de caña de azúcar de la isla. La acción más inocente de parte de cualquier particular era calificada inmediatamente de sospechosa. Muchos de mis amigos, como Armando Rodríguez, Pérez López, Jesús Cueva y Enrique Hernández, tuvieron que estar de cara al pelotón de fusilamiento. Otros fueron detenidos y simplemente desaparecieron, para nunca más volverse a saber de ellos. Los pastores protestantes y los sacerdotes católicos eran especialmente sospechosos de ser agentes de la CIA debido a los contactos relacionados con sus cargos.

Mi esposa y yo vivíamos atemorizados, como otros cristianos por toda Cuba. Yraida y yo nos dábamos un beso de despedida cada vez que me iba de casa, pues sabíamos que posiblemente no nos volveríamos

a ver en este lado del cielo. La primera vez que abracé a mi hijo recién nacido, me pregunté si viviría para verlo crecer hasta a la edad adulta. Sin embargo, creí que tenía una misión, pese a las dificultades, las redadas y a los asesinatos que ocurrían por todas partes. Más que nunca, los habitantes aterrorizados de Cuba tenían sed de las promesas que se encuentran sólo en la Palabra de Dios e ilusionaban un mejor mañana.

Mi Compañía en la Celda Número Dos

La llegada de la comida una vez al día rompía la monotonía de la vida en la cárcel. Nuestra dieta diaria, después de la primera comida de una carne dudosamente fresca, consistía en una porción de cuatro onzas de una masa, muy blanda y amarillenta, que tiraba a líquida, hecha de harina de maíz y agua, junto con una rebanada de pan duro como una piedra. Los gusanos gordos y blancos, que flotaban en la superficie de la masa, nos suministraban las proteínas. Sin embargo, por mucho que lo intentara, no podía ingerir ni la masa ni el pan. A los demás presos no les molestaba beneficiarse con mi estómago tan fino. Noté que ellos se preguntaban cuánto tiempo aguantaría antes de empezar a tomar ese alimento podrido.

Mientras observaba a los otros presos comer, me pregunté cuánto tiempo llevarían encarcelados en este hueco de la muerte. Por lo poco que pude ver, algunos llevaban un buen rato. ¿Qué habrá hecho cada uno para merecer un trato tan inhumano? ¿Asesinato? ¿Robo? ¿Negocios ilegales? ¿Pertener a alguna organización clandestina? Sólo podía imaginarme el alcance de sus crímenes contra su país. Di gracias a Dios que sería puesto en libertad y devuelto a mi familia una vez que mis captores se dieran cuenta que mi arresto fue un error.

No tenía ni idea cuanto tiempo había pasado, cuando un guardia asomó la cara a la pequeña ventana de la puerta de la celda y gritó: «¿Alexander, está ahí?».

Cuando respondí que sí, se encendió una bombilla pegada al techo. Levanté la mano para protegerme los ojos del resplandor de la luz. Se abrió la ranura de la puerta por donde pasa la comida y cayó un atado de

ropa a mis pies. «Arréglese y prepárese», ordenó el guardia. «El agente de interrogatorios lo requiere».

Recogí y me puse la camiseta de manga corta a rayas azul con blanco y el overol rojo. Mientras me ajustaba los tirantes sobre mis hombros, eché un vistazo a mi atuendo y, consternado, solté una risa. Humberto Noble Alexander, pastor del evangelio de Jesucristo, vestido con este atuendo tan extraño y vistoso. Sólo podía imaginarme cómo me veía. Mis compañeros de celda se reían, pese a su condición semidesnuda.

«No se preocupe, se acostumbrará a la apariencia de cebra», dijo uno de los presos con una voz teñida de solidaridad. «A todos nos pasa».

Hice muecas y no le presté atención a su comentario. En el fondo pensé: «De ninguna manera estaré aquí lo suficiente para acostumbrarme a cualquiera de estas cosas». No obstante, mi sentido común luchaba con una inquietud persistente en mi interior. ¿Y si ocurre lo peor? ¿Y si no soy puesto en libertad? ¡No! Hice un gesto de indignación con mi cabeza. No consideraré esos pensamientos tan negativos. Tenía que creer que cualquier error que la policía hubiera cometido sería aclarado rápida y eficazmente. Sólo necesitaba la oportunidad para hablar con la persona encargada y estaría de camino a casa.

El acero rechinó cuando se abrió la puerta maciza. Salí de la celda hacia el pasillo débilmente iluminado. Me recibió una ola de aire fresco. Descansé al inhalar una fragancia refrescante. Podía aguantar cualquier cosa, pensé, a excepción del ambiente pestilente que acababa de dejar.

El vigilante militar que me llevaba, con su barba entrecana y uniforme de fajina arrugado, se parecía a cualquiera de los cientos de imitadores de Fidel que rondaban por las calles de la capital desde el golpe exitoso de Castro. El guardia cerró la puerta de la celda de un portazo detrás de mí y me dio un empujón hacia adelante con el cañón de su arma. Nuestros pasos hacían eco por el pasillo largo y vacío.

Decidió, entonces, hostigarme por el camino. «Cuando terminemos con usted, no podrá continuar distribuyendo el opio del pueblo», dijo.

Reflexioné por un instante, después le pregunté: «¿Opio? Pero yo...».

Hice una mueca de dolor cuando me clavó el cañón de su pistola en mi espina dorsal. «El opio de las masas –se rió tontamente– ¡el cristianismo!».

Me reí mientras caminaba a pesar del dolor que sentía por la presión de la pistola contra mi columna vertebral. «Desde luego, el evangelio de Jesucristo, ‘el opio del pueblo’, según el régimen de Castro, ¿es esa la razón por la que fui arrestado, por predicar el evangelio?».

Me apretó mi brazo izquierdo con una de sus manos y con la otra me apuntó con la pistola mientras avanzábamos por el laberinto de pasillos grises con apariencia de sepulcro, puertas enrejadas y huecos escabrosos de piedra que contenían escaleras. No vi ni escuché a nadie mientras recorrimos con gran dificultad los pasillos de punta a punta. De repente, me ordenó que me detuviera y me puso de frente a una gran puerta de metal.

Mi escolta militar llamó a la puerta en clave. La puerta se abrió y el guardia me metió a empujones en una pequeña sala de interrogatorios. Di con una ola de aire fresco y refrigerado como si estuviera entrando en una cámara frigorífica. Me di cuenta más tarde que la temperatura de la cámara podía variar entre muy caliente y ultracongelada, dependiendo de las intenciones del inspector y del grado de malestar que le infligían al preso.

Un hombre que se identificó inmediatamente como el oficial a cargo, pese a su traje de civil, iba de un lado a otro detrás de un pequeño escritorio metálico. Su barba descuidada se asemejaba a la de su comandante en jefe, Fidel Castro. Se pavoneaba como un gallo de bantam de peso ligero, esperando el campeonato de riña de gallos en el centro de La Habana, con sus manos cruzadas en la espalda y su mentón levantado con gesto desafiante. Se detuvo por un instante y me dirigió la mirada. El destello frío de sus ojos contradecía con la inclinación cordial de su cabeza y la sonrisa leve de sus labios. Había una silla metálica delante del escritorio.

Mi escolta y un segundo soldado, que había estado parado en la sombra, me agarraron y me quitaron la ropa sin decir nada. Durante un rato, estuve parado y desnudo, esperando órdenes adicionales, mientras

que los tres hombres, vestidos con ropa gruesa y abrigada, se burlaban y hablaban entre ellos.

«¡La revolución durará por siempre!» declaró el inspector mientras se sentaba en la silla detrás del escritorio.

«Sí», consintió con un ademán el segundo soldado. «Es grandiosa e invencible».

«Sin duda durará más de mil años», respondió mi escolta. «No estoy seguro si la eternidad existe, pero si es así, la revolución durará más tiempo».

Temblaba de frío mientras los tres hombres elogiaban las virtudes y la longevidad de la revolución de Castro. Después de unos cuantos minutos, como si permitieran adrede que el aire frío se filtrara en mi cuerpo, el inspector me ordenó que me sentara en la silla metálica. Yo obedecí.

Cuando me senté, el segundo oficial encendió una luz suspendida sobre mi cabeza. Me encegueció la bombilla de 800 vatios que fue puesta justo en mi cara. Parpadeé pero no pude librarme del brillo intenso de la luz. Cerré los ojos, pero la luz fuerte traspasó mis párpados. «Padre —oré en silencio— tú me prometiste que siempre estarías conmigo. Acompáñame ahora. Dame paciencia para soportar». Respiré hondo y esperé. Supe por experiencia que hay tres cosas que uno nunca debe hacer cuando es interrogado por agentes del gobierno: hablar antes de que se lo pidan, hacer preguntas y ofrecer información de cualquier tipo.

Tras unos momentos bastantes incómodos, el oficial encargado me lanzó la primera pregunta: «¿Por qué iba a Guantánamo?».

«¿Guantánamo?», pregunté. Me sorprendió su pregunta y necesité tiempo para pensar. ¿A qué conduce todo esto? No entendía nada de lo que decía. Siempre que me habían interrogado antes, había sido sobre las actividades de otras personas, no las mías.

«Sí, ¡Guantánamo!».

Entonces me acordé de un viaje que Yraida y yo habíamos hecho unas semanas antes. Habíamos ido a la provincia de Oriente en automóvil

para visitar a algunos familiares. Pensé que se refería a ese viaje. «A visitar a mis parientes».

El inspector resopló con incredulidad. Aunque no podía ver más allá de mi círculo de luz cegadora, podía escuchar que daba golpes impacientemente con un lápiz sobre la mesa metálica. «Sabemos que fue a visitar a McDonald».

«¿McDonald?». Mi voz delató mi sorpresa. «Señor, no conozco a ningún McDonald». Examiné cuidadosamente los pedazos de chismes callejeros y los rumores clandestinos que había escuchado en varias oportunidades. ¡Ah!, sí, pensé. He escuchado rumores de un médico estadounidense de la base naval norteamericana en Guantánamo y de sus supuestos atentados contra la vida de Castro, pero nunca he conocido a ese hombre.

«El Dr. McDonald», el hombre se inclinó sobre el escritorio hacia la luz. «¿Usted lo conoce!». El tono condescendiente del oficial coincidía con la sonrisita sarcástica en su rostro. «Él es un médico del hospital de la base. Lo sabe porque usted fue a verlo». El inspector cruzó sus brazos y se reclinó en su silla, y estaba aparentemente satisfecho con el cúmulo de información que me dio.

«Estos tipos sólo buscan algo para colgarme –pensé– pues bien, deberán esforzarse más». Puse la espalda erguida, levanté la barbilla y miré de frente hacia la cara de mi interrogador sumergida en la oscuridad. Luego respondí, en tono claro y mesurado: «Le repito señor. No conozco a ningún médico llamado McDonald».

Un sonido por el roce del metal con el concreto áspero y pelado resonó por las paredes de cemento cuando mi verdugo se puso de pie de un salto. Podía escuchar que andaba de un lado para otro enfadado. Sin decir palabra, dio la vuelta al escritorio. Estuvieron al alcance de mi vista unos pantalones cuidadosamente planchados y unas botas con mucho brillo; luego aparecieron su brazo izquierdo y su pecho, mientras su cara continuaba fuera del círculo de la luz. Por unos segundos se apoyó contra el borde del escritorio con una actitud tranquila y serena. Entonces se puso tenso.

«Humberto». Su voz subió de manera amenazante; después apuntó mi cara con su dedo, a poco menos de dos centímetros de mi nariz. «He tenido mucha paciencia con usted, pero ya se está agotando. Sabemos a ciencia cierta que el Dr. McDonald le iba a dar una bomba para que la colocara en el avión privado de Castro».

«¿Una bomba?» Fijé la mirada a donde estaría su cara si pudiera ver, con una expresión de incredulidad. ¿De dónde sacó esa historia?

«Alexander, no trate de actuar como si lo desconociera». El hombre se quitó del borde del escritorio de un salto como si se hubiera apoyado contra el fogón caliente de la cocina. Se produjo un estado de tensión en la sala mientras él luchaba por recobrar la calma.

«¡Sí, una bomba!». Su voz se empañó y dejó al descubierto su incredulidad y frustración. Después de esperar unos segundos para restablecer su conducta arrogante, se movió bruscamente y se acercó a donde yo estaba sentado.

«Lo sabemos...», dijo, poniendo énfasis en la expresión. «¡Usted lo conoce!».

Lo negué con la cabeza y me encogí de hombros. «Bien, ustedes saben mejor que yo».

Indignado, se irguió todo lo alto que era, un metro con sesenta y cinco centímetros, y expresó con desprecio: «¡Ja! Desde luego que sí, vístase. Sargento, llévelo a 'la habitación'».

Mientras me ponía la ropa, mi cerebro intranquilo pasó a un estado neutro, muy parecido al motor de un automóvil que necesita una puesta a punto. Mis dedos se negaron a trabajar y me castañearon los dientes, en parte por la temperatura helada del cuarto y en parte por saber que esta vez no podría optar por un camino más fácil para mí.

Aturdido, me dejé llevar fuera del cuarto. Mi escolta se mofó de mí mientras volvíamos atrás en el camino ya andado del túnel serpenteado. «Usted va a hablar. Espere y verá, usted hablará».

Me llevó por un pasillo y después por otro. Miré las puertas metálicas y pesadas, que rompían la monotonía de las paredes grises de cemento, y

me estremecí. Ahora sabía que detrás de cada puerta había personas encarceladas que vivían en condiciones no aptas para animales, y aún menos para seres humanos. En un recodo, cuando doblé automáticamente a la izquierda, el guardián me empujó a la derecha.

«Por aquí», vociferó y me dio un pinchazo con el cañón de su pistola en la columna vertebral. «A la celda número dos, su nuevo hogar».

Me animé por un instante. Quizás las condiciones van a ser un poco mejor en la celda número dos. Resolví que la primera celda había sido tan sólo un corral de clasificación. Eso explicaba porqué había doce presos en una celda diseñada para nueve.

El guardia me detuvo delante de la puerta marcada con el número dos. Encendió un interruptor de la luz al lado de la puerta y sacó un montón de llaves de su bolsillo trasero. Quitó el seguro con una de las llaves y abrió la puerta.

«Veremos si conoce o no a McDonald después de estar aquí unos días», dijo y me metió a empujones en la celda vacía. Eché un vistazo en busca de una cama, pero no había nada, sólo estaba el piso de concreto desocupado y corroído por la humedad del recinto. La puerta se cerró ruidosamente atrás de mí y la luz se apagó.

Con un gesto de impotencia pensé que estaba solo y me senté en el piso frío y húmedo. Estaba agotado, me acosté y cerré los ojos con la esperanza de apartar de la mente las últimas setenta y dos horas de mi vida. «Si a lo mejor durmiera un rato», pensé. Me acurruqué en posición fetal, pero mi hueso de la cadera y mi codo protestaron pronto.

Daba la vuelta de un lado a otro para tratar de encontrar una posición cómoda. Me preguntaba cuánto tiempo me tendrían aquí, aislado de los otros presos. ¿Cuánto tiempo aguantaría el aislamiento?

Antes que hubieran pasado cinco minutos, me di cuenta que mi primera suposición había sido errónea. No estaba solo en la celda. Todo lo contrario, podía sentir patas diminutas que iban corriendo por encima de mi cuero cabelludo. Estiré la mano para quitar al intruso, sólo para descubrir que mi compañero de celda, sin invitación, no había venido solo. Cientos de chinches, cucarachas y ratas de alcantarilla se arremolinaban en los rincones y

grietas de las paredes y en las hendiduras del concreto. Por todos lados donde tocaba salía una criatura como una flecha fuera de mi alcance. Retrocedí contra la pared y me encogí tanto como pude, sólo para escuchar el zumbido mortal de mosquitos que daban vueltas alrededor de mi cabeza recién rasurada.

Enloquecido agité mis brazos y piernas, chocando ocasionalmente con una u otra sabandija. Cuando sentí el cuerpo caliente de una culebra salvaje que se deslizaba por mi cuello hacia mi pecho, me levanté de un salto y la arrojé al otro lado de la celda. Miré frenéticamente por todos lados. ¿Cuántas culebras más estarán colgadas y listas para caer del techo sobre mi hombro? A los pocos minutos me pregunté seriamente cuánto tiempo me tomaría para volverme loco o ser mordido por una rata o una serpiente venenosa y morir.

Me pareció una eternidad, pero en menos de cinco minutos la luz del techo se encendió y mis compañeros de celda que eran sumamente escurridizos se dispersaron o se deslizaron de nuevo a sus escondites. Me levanté y sacudí los bichos restantes que había en mis calzoncillos.

La puerta de la celda se abrió. El guardia soltó una risita burlona cuando vio el horror que debí tener en mi cara. Me echó con un gesto de la mano hacia el pasillo y me acompañó de nuevo a la sala de interrogatorios. Esta vez el cuarto estaba cálido y yo estaba sentado en un cojín delante de un inspector diferente. El oficial a cargo hizo un chasquido con sus dedos. El guardia respondió de inmediato: reguló el botón del aire acondicionado y enfocó el reflector de 800 vatios sobre mis ojos.

«Alexander –gruñó el nuevo inspector– usted tiene que entender. Esto es serio. ¿Cuándo le iba a entregar el Dr. McDonald la bomba?»

Hice una oración por fortaleza en voz baja y respiré hondo. «No sé nada de esa bomba».

«¿Usted admite haber ido a Guantánamo?»

«Sí».

«¿Con qué intención fue?»

«Una de mis hermanas vive en el lado cubano de la ciudad. Fui a verla».

El hombre más allá del círculo de la luz se inclinó hacia delante. Su voz perdió el tono de ira que había mostrado originalmente. «¡Mire, Alexander, sólo queremos saber una cosa! ¿Cómo era el plan de meter la bomba sin ser descubierto a bordo del avión?».

Permanecí en silencio porque no sabía nada del complot de asesinato que él describía. Su silla rechinó al rozar con el suelo de concreto y, por unos minutos, lo escuché pasarse de un lado para otro detrás del escritorio.

«Usted no quiere contestar por su contrato con la CIA estadounidense. Sabemos que usted es uno de sus agentes principales aquí en la isla». La voz se acercó hasta que supe que el inspector estaba a dos dedos de mí.

«¿No reconoce el cojín donde está sentado?» preguntó. Me acorraló con el tono de su voz como si fuera una serpiente lista para atacar. «Es el cojín que usted iba a utilizar para esconder la bomba y ponerla a bordo del avión».

Bajé la mirada hacia el cojín azul marino intenso. No pude distinguir los detalles pues la luz me dejó ciego.

El inspector dio un puñetazo en la mesa y gritó: «¡Sargento, retírelo de mi presencia antes que lo mate!». El guardia me agarró por el brazo y me puso de pie con gran esfuerzo.

«Tal vez debería pasar más tiempo en la ‘habitación’ para hacerlo hablar», refunfuñó el oficial a cargo. «Hombres más valientes que usted han entrado en ese recinto fuertes y robustos y han salido quebrantados, si es que sobrevivieron».

La puerta metálica se abrió, y el guardia me sacó a rastras hacia el pasillo. Tropecé. Dijo palabrotas y me puso su revólver en el costado. Luché por mantener el equilibrio. Me sentí mareado por las oleadas de cansancio y hambre que apiñaban en mi cerebro.

El camino de vuelta a la celda número dos parecía interminable. Una vez estuve en la celda, y con la luz del techo apagada, me paré pasmado en el centro, a la espera de mis compañeros. Y ahora empezaron a llegar de lo lindo.

Como no tenía ni idea cuánto tiempo iba a estar encarcelado en «la habitación», comprendí que no podía permanecer parado. Tarde o temprano iba a tener que sentarme. De nuevo, encogí las piernas formando una pequeña bola y me apoyé contra la pared. Traté de aplastar a mis verdugos con la esperanza de asustarlos lo suficiente y buscar tiempo para echarme un sueño. Funcionó por unos minutos. Me despertaron las ratas que roían los dedos de mis pies. Un ejército de cucarachas marchó por mi estómago y me dejaron un olor nauseabundo.

La luz del techo se encendió unos minutos más tarde y las criaturas de la oscuridad se retiraron. Cuando se abrió la puerta de la celda no podía decidir si estar agradecido por el alivio temporal o tener miedo de mi futuro inmediato.

Me llevaron de vuelta a la sala de interrogatorios y me ordenaron sentarme en el mismo cojín. Un oficial diferente, que nunca había visto antes, se paró delante. Noté la presencia de un segundo oficial parado detrás de mí.

«Alexander», comenzó diciendo el nuevo inspector, «¿Cuál fue el tema de la predicación en su presunta reunión de resurgimiento?».

«Mi sermón fue sobre el origen del pecado y sus consecuencias», respondí.

El oficial que me interrogaba golpeó la mesa y gruñó: «Usted dijo que Fidel era un demonio, ¿no es así?».

«Usted lo dijo, no yo. Es más, yo nunca mencioné la palabra *demonio* en mi sermón. Tampoco, la palabra *Fideb*». Hice una pausa. «De hecho, si su agente grabó mi sermón, como sospecho que así fue, podemos examinarlo juntos para probar que lo que digo es verdad».

El primer oficial se enderezó y se calló momentáneamente. «Noble, si coopera con nosotros podemos hacerle la vida más soportable a usted. Será recompensado con frutas, arroz, carne de res... si colabora». Esperó que yo respondiera. No lo hice.

«Bueno, si no quiere hablar, le daremos un papel y un lápiz. Puede escribir lo que hacía. Me refiero a sus actividades contrarrevolucionarias».

Me pasó una hoja de cuaderno y un lápiz. Como no tenía nada más que hacer, comencé a dibujar cruces cristianas. El oficial encargado echó un vistazo a mis dibujos. Furioso, rasgó el papel que tenía en mi mano y lo estrujó en la suya.

«¡Denle una llamada telefónica!» gritó.

Por un momento, pensé: «Qué bueno, ahora puedo llamar a Yraida para enterarla». Entonces me di cuenta que mi captor se refería a un tipo de «llamada telefónica» que era completamente diferente. Al mismo tiempo, dos manos grandes me dieron una palmada en ambas orejas con tal fuerza que me levantaron del cojín y me elevé en el aire. Un dolor intenso me atravesaba los oídos. Me corrían lágrimas de los ojos. Estaba seguro que mis tímpanos se habían reventado. Estuve mareado del dolor. «Quedaré sordo por el resto de mi vida», pensé. No supe en aquel momento cuán acertados habían sido mis pensamientos. Después de veintitrés años todavía sufro las consecuencias de esa «llamada telefónica».

A pesar del timbrado que sonaba en mi cabeza, escuché a mi captor gritar: «¡Compañero, llévelo de vuelta!».

El segundo oficial sujetó su revólver contra mi cabeza mientras lograba ponerme de pie. El guardia me regresó a la celda número dos. Durante los próximos quince días y noches, siguieron las mismas pautas: primero la interrogación, seguida de un rato en la celda número dos, y de nuevo más preguntas. Nunca pude admitir sus mentiras, aunque me impidieron dormir y comer y estaba debilitado por las palizas reiteradas. Entre más me interrogaban y más me mantenían en esa celda asquerosa, más estaba resuelto que no me iban a quebrantar. Iba a dejar la celda íntegro y con la cabeza erguida.

El Bautizo de Muerte

Fui tambaleándome una vez más por el corredor gris, con el guardián a mi lado. Mis oídos zumbaban y mi cabeza daba vueltas por la «llamada telefónica» que había recibido anteriormente. El agotamiento y el dolor jugaban balonmano con mi conciencia. No había dormido ni comido en muchas horas. «Señor—pensé— ¿Cuánto se necesita para que una persona se quebrante bajo estas condiciones?».

Después que el guardián me requisó en busca de armas que pudieran estar ocultas—de dónde pensaba que las iba a sacar, yo no sé— me empujó de nuevo a la sala de interrogatorios. Allí me recibió un cuarto inspector, un oficial robusto y moreno. Era evidente por la manera que retorció su bigote caído y por la forma que pasaba la mano por la barba poblada, que así demostraba su machismo.

«¡Siéntese!». El oficial encargado señaló hacia una silla desocupada. El cojín azul marino intenso estaba sobre ella. Obedecí. «Estamos perdiendo mucho tiempo». El hombre le dio la vuelta al escritorio y se apoyó contra el borde, su pierna izquierda le colgaba.

«Usted está temblando. ¿Está nervioso?».

«No, tengo frío», contesté.

Arqueó una ceja, movió la cabeza apenas un poco e hizo una mueca casi imperceptible. «¿Reconoce el cojín donde está sentado?».

Negué con la cabeza.

«Está sentado en la bomba que usted tenía la intención de poner en el avión de Castro, usted lo sabe».

Esperó una reacción de algún tipo de parte mía por unos minutos. «No nos va a contar sus actividades con la CIA, ¿cierto?».

Negué con la cabeza. «Ninguna que sepa».

«¿No nos va a contar cómo entró en 'Gitmo' [la base de Guantánamo] para recoger las bombas y sabotear el avión de Castro?».

La cara del oficial se incendió en furia. Se levantó de un salto, sacó bruscamente su revolver de la funda y me apuntó la frente con el cañón. Estaba rojo de la rabia y soltó una sarta de blasfemias en mi cara.

Esperé a que me disparara. ¿Escucharía el disparo y después sentiría la bala penetrar mi cráneo? o ¿no sentiría ni escucharía nada a una distancia tan corta? Estuve realmente asustado por primera vez después de mi arresto, estaba profundamente aterrorizado.

Cerré los ojos y quise que mi mente ignorara mi situación. El Señor debió escuchar mi súplica porque de repente estaba otra vez en San Germán, en la clase del profesor Harris, en la pequeña escuela católica de nuestra comunidad. Pude escuchar su voz mientras señalaba a Europa y Asia en el mapa desplegable de la pared. Se me pasó por la imaginación que miraba a mis amigos de la niñez en el salón de clases y percibí su inocencia y sus travesuras en el brillo de sus ojos. Pude oler los platos que preparaba mi mamá en nuestra casa y ver a mi padre trabajando con las máquinas. Recordé los paseos nocturnos que hacía con mis padres durante mi infancia. En esos instantes recorrí todos mis veintiocho años de vida y recordé las experiencias insignificantes que hacía mucho tiempo había relegado al olvido en lo más recóndito de mi mente.

«Alexander, ¡le puedo disparar en este mismo instante!». El acero frío del revolver y el tono insistente del oficial me devolvieron en seguida a la realidad. «Al fin y al cabo ¿qué más pude haber hecho? Usted intentaba escapar, ¿no es así?».

Resolví que como no me había disparado inmediatamente, quizá no tuvo la intención de hacerlo. El temor que me podría disparar deliberadamente fue sustituido por un nuevo terror. Los dedos temblorosos del hombre furioso podían apretar el gatillo involuntariamente. No sé porqué eso me hizo pensar en esa opción en este momento. Oré totalmente inmóvil.

Cuando el hombre había agotado toda su ira, blandió su revolver delante de mis narices. «No hay hombre que sea demasiado valiente para no traicionar ni demasiado fuerte que resista. ¡O habla o muere!». Anduvo, entonces, con paso firme y arrogante por la sala, dio la vuelta, movió la cabeza con gesto de disgusto y gruñó indignado. Estuve lejos de darme cuenta que había sido enjuiciado, condenado y sentenciado sin haber tenido la oportunidad de alguna apelación.

Mi momento de terror pasó. Me pregunté en silencio qué más me podrían hacer mis captores. Lo descubrí pronto. Me ordenaron quitarme la poca ropa que llevaba puesta. El guardián colocó un grueso costal de lona negro por encima de mi cabeza. Me llevaron, con las manos atadas a la espalda, entre dos soldados, a un automóvil estacionado y me lanzaron al piso junto al asiento trasero. Uno de los soldados me amarró los tobillos con una cuerda. Dos hombres se subieron en el asiento trasero y cerraron las puertas de un portazo. Me di cuenta cuántos había por el número de pies que se apoyaban sobre mi espalda y las bocas de sus dos rifles que apretaban contra mi costado.

Cerraron otra puerta de un golpe y el motor del automóvil hizo un gran estruendo. Pude escuchar la carga estática del radio emisor y receptor del automóvil, mientras trataba de adaptarme a esa posición tan incómoda. El conductor respondía con monosílabos las llamadas de la jefatura y los guardianes apenas hablaban. Sentí cada bache del camino cuando el vehículo daba saltos por los hoyos del pavimento e iba zigzagueando de un lado a otro. Aunque nos tardamos tres horas, nuestro destino estaba en realidad muy cerca de la jefatura del G-2.

No tuve ni idea en qué dirección íbamos ni cuándo llegaríamos a nuestro destino ni qué pasaría conmigo cuando arribáramos al lugar, tal como los guardianes lo habían planeado. En lo único que podía pensar era en mi posición que se volvía cada vez más dolorosa.

El automóvil redujo por fin la marcha hasta detenerse. Mis cuatro compañeros de viaje me sacaron a rastras del vehículo y me bajaron por una cuesta poblada de hierba, tirando de mí. Aún tenía los pies atados. Cuando me quitaron la capucha de la cabeza, me di cuenta que estaba a

la orilla de un gran lago, que se hallaba parcialmente congelado pues la temperatura era muy fría por esa época del año. En el agua sobresalía un pequeño muelle de madera.

«Dé la vuelta», ordenó uno de los hombres. «¡Coloque las manos en la espalda!». Ató mis manos a la espalda con una cuerda mientras que un segundo hombre abrochó una correa en mi cintura. Amarraron una soga pesada a la correa. Un hombre me agarró por los hombros y el otro por los pies y caminaron hacia el muelle sin decir palabra.

«¿Qué... qué me están haciendo? Grité.

«¡Sencillo!» respondió uno de mis verdugos cuando se subió en la plataforma flotante. «Lo vamos a echar al lago. Si usted es realmente inocente de todos los crímenes contra el estado, váyase nadando, y nosotros le creemos».

Las palabras de Mateo 27.40-42 pasaron por mi mente, cuando los dos hombres me lanzaron por el borde del muelle... *«si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz. De esta manera también los principales sacerdotes, escarneciéndole con los escribas y los fariseos y los ancianos, decían: a otros salvó, a sí mismo no se puede salvar; si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él...»*

Las aguas oscuras y heladas se arremolinaban por encima de mi cabeza mientras mi cuerpo se hundía en el fondo del lago. Pataleé ferozmente como un pez espada en un sedal, forcejeando para soltarme de las cuerdas. Mis pulmones parecían como si se fueran a reventar, mis oídos zumbaban y mi visión se debilitaba. Me di cuenta que me estaba ahogando y no podía hacer nada para salvarme. No había nada que pudiera hacer a excepción de relajarme y dejar que pasara.

En cuanto dejé de luchar, mis captores me sacaron de un tirón del agua, con la cuerda sujetada a mi cintura. Tragué y escupí el agua y me costaba mucho trabajo respirar cuando me encontré suspendido entre la superficie del agua y el pequeño muelle. Podía ver las caras de mis cuatro verdugos que se reían de su chiste sarcástico.

El oficial encargado, que me apuntó antes con su revolver en la frente, se inclinó hacia mí y me dijo: «¿Ahora está listo para hablar?» Nade y le creemos».

Hice un gesto de protesta con la cabeza. «No tengo nada que decir...». Mis reparos fueron interrumpidos por un segundo remojó bajo las aguas heladas. Fui sumergido otra vez hasta que estuve seguro que me iba a ahogar; entonces me sacaron e interrogaron. La temperatura fría del lago tardó poco en volverse más una amenaza de muerte que morir propiamente ahogado. Se repitió una y otra vez la ceremonia hasta que perdí la cuenta de las veces que me sumergieron hasta casi ahogarme.

Cuando ya no podía controlar lo suficiente el castañeteo de mis dientes para responder, el inspector principal me preguntó otra vez, con una voz que le temblaba de la rabia: «¿Está listo para hablar, o debemos intentar otro truco?».

Mi bautizo helado terminó cuando perdí el conocimiento. Recobré el sentido en el piso del automóvil que iba con exceso de velocidad. Mis captores me llevaron a otra sala de interrogatorios en la jefatura del G-2, donde me esperaba el comandante Nauguera, un oficial con un cargo superior al de los otros que había conocido anteriormente.

Éste me miró y me habló con desprecio: «¿Usted cree que tiene agallas? ¡Le vamos a demostrar que nosotros somos los que tenemos coraje!». Se volvió hacia los dos guardianes y ordenó: «Llévenlo a la celda 21».

Los guardianes, por no poder quebrantar mi espíritu, desahogaron su frustración conmigo con tirones y empujones, por los pasillos hacia mi nueva celda. Llegamos a un cubículo pequeño, parecido a una ducha, donde cabía a duras penas una persona. En el piso había una rejilla inclinada hacia la parte posterior. Varias filas de puntillas atravesaban el piso desde abajo, a lo largo de la pared trasera del cubículo, con sus puntas afiladas a la espera de la víctima que se pretendía martirizar.

«Entre». Uno de los guardianes me metió a empujones en el recinto y cerró la puerta. Escuché que pasaron el cerrojo. Aprendí enseguida que debía ponerme de puntillas para evitar perforar mis talones con los clavos salientes. Traté otras posiciones pero no funcionaron.

Comenzó, entonces, la verdadera tortura. Una gotita de agua caía del techo en mi cabeza, seguida de otra y después de otra. Las gotas diminutas

golpeaban con precisión mi cabeza una a una en el mismo lugar. Traté de moverme pero continuaban cayendo con un ritmo lento y perfectamente sincronizado. Pasaron cinco, diez, veinte minutos. Las pequeñas gotas de agua parecían martillazos incesantes sobre mi cabeza. Sentía como si me fuera a volver loco.

Repetí una y otra vez la oración de Jesús cuando fue crucificado: *...Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?...* Una lucha entre mi fe y mi situación se libraba con furia dentro de mí. Oraba para que terminara mi agonía. Perdí la noción del tiempo. No supe si había estado allí una o cinco horas. Mis verdugos se sorprendieron de ver que todavía estaba cuerdo, cuando llegaron para sacarme de esta celda. El oficial encargado trató de obligarme a confesar otra vez en la sala de interrogatorios.

«Usted piensa que está ganando, ¿no es cierto? Pues, está equivocado». Por un momento pasó la mano sobre su barba y asintió con la cabeza. «Creo que lo voy a matar de un tiro y alegar que usted se intentó escapar. ¿Qué le parece?».

Me limité a encogerme de hombros porque era poco lo que podía hacer.

Gritó completamente indignado: «No lo vamos a matar. Eso es lo que usted quiere que hagamos, pero para cuando terminemos con usted, va a preferir haber muerto, porque a los difuntos les va mejor. ¡Voy a asegurarme que cumpla una condena de veinte años!».

«Señor —oré en silencio— dame paciencia». Miré fijamente al frente y me negué a darle a mi verdugo el beneficio de saber cuán deprimido me sentía en realidad.

El guardián me levantó bruscamente y me arrastró por el pasillo hacia otra celda, que estaba plagada de culebras de toda clase. Las serpientes de la isla, tanto las venenosas como las que no lo son, se deslizaban hacia esta precisa celda, durante el tiempo de clima frío, con el fin de enroscarse junto a cualquier cuerpo caliente que allí se encontrara encarcelado, en este caso, el mío. Las serpientes y yo acordamos una tregua precaria, aunque no estoy seguro qué tanto coinciden conmigo mis compañeras de celda.

Mis captores regresaron por mí un mes más tarde. No tuve ni idea a dónde me llevaban. Ataron mis manos a la espalda y me obligaron a avanzar a punta de bayoneta por los pasillos húmedos y oscuros hacia la entrada trasera del edificio del G-2. El sol tropical me encegueció cuando salí al patio de la cárcel. La punta de la bayoneta me hizo avanzar poco a poco otra vez hacia la parte trasera de un camión cubierto, de dieciocho ruedas, donde varios presos esperaban ya para ser trasladados.

Las puertas de metal laminado se cerraron de golpe herméticamente sin permitir el ingreso de oxígeno ni luz, después de que los soldados subieron a bordo al último preso. En la oscuridad, escuché cuando el conductor encendió el motor e hizo traquear la caja de cambios del camión. Sentí dolor en mis huesos cuando estos chirriaban contra las duras paredes metálicas y el piso de madera, a medida que el camión daba saltos por los miles de baches y andaba aparentemente a una velocidad vertiginosa. Las reservas de aire se agotaron antes de haber ido demasiado lejos. Los lamentos y quejidos invadieron nuestra prisión ambulante mientras luchábamos por respirar. No logré darme cuenta, hasta cuando llegamos a nuestro destino y abrieron las puertas, que muchos se habían desmayado durante el trayecto, pues estaba sepultado en mi propia incomodidad y en la oscuridad de mi entorno. Un preso, Byron Miguel, murió.

La antigua fortaleza española, La Cabaña, construida en el siglo XVI, era conocida por todo mi país como «el pabellón de los condenados a muerte». El complejo, que es más o menos de cuatro manzanas cuadradas de una ciudad, tenía barracas subterráneas entrelazadas con túneles a manera de sótanos. ¡El número de presos asignados a una celda en las largas filas variaba entre 50 y 243! Más cubanos murieron en esta cárcel que en cualquier otra.

Los muros macizos de piedra gris habían sido acribillados a balazos por los fusilamientos llevados a cabo por los militares. Los ex-militares de Batista_ y otros enemigos de la revolución de Castro esperaban en esta cárcel a que sus números fueran mencionados para estar de cara al pelotón de fusilamiento, formado de seis hombres.

Estuve desvelado durante las largas noches tropicales que siguieron por el sonido horroroso de los disparos que hacían los soldados cuando aniquilaron a cientos de presos. También me acostumbré a escuchar esporádicamente al preso que moría gritando: «¡Viva Cristo el Rey!» o «¡Abajo el comunismo!».

Pero el peor sonido que recuerdo era el griterío y las carcajadas de los niños que correteaban libremente durante los fusilamientos que se hacían de día. Los guardianes de La Cabaña traían a sus esposas e hijos a los fusilamientos como si se tratara de un paseo de la familia al circo. Pero no era sólo una diversión. También era una advertencia de lo que le pasa a los contrarrevolucionarios.

Los guardianes pronunciaron de uno en uno nuestros nombres, nos asignaron números y nos hicieron bajar del camión, después de lo cual nos registraron minuciosamente. Cualquier pertenencia que un preso hubiera traído era confiscada para uso del guardián.

Fui llevado a la Barraca 12 junto con otros 125 presos. Teníamos que pasar por el patio de la cárcel militar para llegar al patio de la cárcel civil, donde me mantendrían hasta que tuviera mi juicio. Nuestra celda en forma de embudo, que a duras penas era una cueva excavada en la roca, tenía una reja en el lado más ancho y una pequeña ventana enrejada en el más angosto. La pequeña abertura en el piso, también enrejada, servía para satisfacer nuestras necesidades higiénicas.

Los presos veteranos me saludaban en la puerta de la celda, como era la costumbre en cada una de estas prisiones. Para entonces conocía la rutina de la cárcel bastante bien y estuve listo para la lluvia de preguntas. «¿Cómo va la contrarrevolución?» «¿Estados Unidos planea otra invasión?» «¿Es verdad que Castro tiene cáncer?» «¿La OEA ya censuró al régimen de Castro?» «¿Hay algún indicio de debilitamiento en el gobierno de Castro?».

Respondí sus preguntas de la mejor manera posible a sabiendas que eran preguntas hechas por hombres desesperados que trataban de aferrarse a la más mínima esperanza que yo les pudiera dar. ¡Cómo me habría gustado decirles lo que querían escuchar!: que Castro y sus secuaces estaban

al borde de la derrota, que Estados Unidos había lanzado un ataque exitoso por mar y que en pocas semanas iban a ser liberados. Pero no pude. Tenía que cortar sus fantasías de libertad con la fría cuchilla de acero de la verdad. Se apartaron enfadados y amargados, algunos para ocultar sus lágrimas de decepción y otros para construir nuevos sueños y remplazar los que yo les había destrozado. Suspiré de nuevo y me sentí frustrado por no poder hacer nada para aliviar esta enfermedad extraña y obsesionante de ver a personas hambrientas de información, de la verdad.

Mientras la multitud se dispersaba a mi alrededor, un hombre de cincuenta años se me acercó y me sonrió. «¿Se acuerda de mí?», preguntó.

Un metro con setenta centímetros de músculo duro y determinación estuvieron de cara a mí. Unos ojos brillantes e inteligentes me miraron fijamente por debajo de una frente amplia y despejada. Negué con la cabeza. «Me temo que no... No estoy muy seguro...». Examiné por un rato sus rasgos negros pronunciados.

«¿Ha vendido alguna vez libros?».

Me pregunté si esto era un engaño. ¿Habrán colocado los militares a este hombre aquí para tenderme de alguna manera una trampa? Decidí contarle la verdad. «Sí, lo admití.

«¿Trabajó en la provincia de Oriente?».

«Sí...».

Pude notar que crecía su entusiasmo. «¿Ha estado en Puerto Padre alguna vez?»

Tuve un nudo en la garganta de los nervios. «Sí».

El hombre tuvo una sonrisa a flor de labios. Los ojos se le llenaron de lágrimas. «Soy Antonio Rivero, el sargento que firmó el permiso para que vendiera libros en mi zona».

Lo miré con el ceño fruncido mientras continuaba. «Usted me dio un folleto titulado *Los pasos para llegar a Cristo*, ¿se acuerda?».

Hice lentamente un gesto de aprobación con la cabeza, aunque no recordaba el incidente que él describía. Sentía una sensación de malestar en el estómago. Esto tenía que ser alguna trampa. Resolví que no podía

permitirme contrariar a este hombre, quien quiera que fuera. «Quizás sólo debería llevarle la corriente», pensé.

Antonio echó para atrás su cabeza y se rió. Me leyó el pensamiento. «Amigo, el libro es maravilloso. Tiene un poder que transforma. Acepté a Cristo como mi Salvador personal por el testimonio de ese libro».

Se me quitó de repente el velo que me cubría los ojos y recordé cada detalle de nuestro encuentro. Nos abrazamos, aunque la expresión *abrazar* no describe apropiadamente las emociones que se transmitieron en ese momento. Sólo un cristiano, en condiciones similares, podría entender la alegría, el gozo incontenible que experimentamos. Nos abrazamos como un hombre que se está ahogando y se pega a un socorrista o como un hombre que se cae por un precipicio y aprieta a la persona que le presta auxilio.

Aturdido, luché conmigo mismo por creer. Encontrar a un hermano cristiano en esa casa de los muertos vivientes parecía demasiado bueno para ser cierto y, después, que el hermano fuera alguien a quien de hecho contribuí con eficacia para que llegara a Cristo. ¡Era increíble!

«¿Por qué está aquí?». Di un grito ahogado de asombro, mi voz se entrecortaba de la emoción.

«Pues, como usted sabe, fui miembro de la Infantería de Marina cubana que fue derrocada por la revolución. Mientras que muchos de mis compañeros oficiales huyeron del país o se unieron a las fuerzas de Castro, yo me quedé, y bien... aquí estoy».

«¿Cuánto tiempo ha estado encerrado?».

«Desde el 61 —explicó— fui puesto en libertad una vez, pero después me apresaron de nuevo. He estado aquí en La Cabaña desde febrero».

Estudí el rostro del hombre mientras me contaba sobre su conversión y de su arresto posterior. Hice otra vez un gesto de asombro con la cabeza. Cuando conocí a Antonio, su uniforme lucía medallas por haber rescatado a siete estadounidenses durante la Segunda Guerra Mundial, al hundirse su lancha torpedera. Apenas pude creer que este era el mismo hombre que conocí mientras buscaba clientes en el pueblo porteño de Puerto Padre. ¡El poder del evangelio que transforma! Este

hombre había pasado de ser un militar duro y violento a ser un hombre de Dios; aunque el proceso había ocurrido gradualmente desde que aceptó a Jesucristo como su Salvador.

Tras su conversión, Antonio se volvió más un consejero que un oficial temido y odiado por sus hombres. Compartía su amor por Cristo a través de encuentros diarios. Tanto los soldados como los presos aprendieron a amarlo y a respetarlo.

«Mis hombres comenzaron a llamarme hermano Rivero en lugar de sargento Rivero. ¿No es algo extraordinario?». El rostro de Antonio estaba radiante de un orgullo dulce. «Cuando la revolución se desató en 1955, no pude convencerme para oprimir a los enemigos políticos de Batista. Así que cuando un hombre era arrestado, lo ayudaba a contactar a sus parientes y a un abogado. Era como si Dios me hubiera estado preparando para estos tiempos». Más de 200 hombres escuchaban la historia de Antonio.

«El ejército y la marina fueron disueltos cuando Castro llegó al poder en 1959. Yo, junto con mis otros compañeros oficiales, fuimos encarcelados sin que nos abrieran un proceso penal. Esperábamos ser fusilados noche tras noche.»

«Una noche me sacaron de la celda que compartía con una gran cantidad de presos. ‘Aquí fue’, pensé». Se calló momentáneamente. «Comencé a repetir entre dientes las palabras del Salmo 91»... *El que habita al abrigo del Altísimo morará bajo la sombra del Omnipotente...*

«Uno de los soldados oyó por casualidad mi oración y se mofó de mí. ‘Rivero, déle la gloria a Dios’, dijo.

«Respondí: ‘Sí, gloria a Dios’. No me di cuenta en ese momento que un oficial que estaba cerca escuchó el diálogo y reconoció mi voz. Él había sido uno de los hombres que ayudé cuando estuvo en la cárcel», explicó Antonio. «El capitán detuvo al teniente y le dijo que tenía una investigación importante en proceso y que le podía suministrar mucha información. Le ordenó al teniente que me regresara inmediatamente a mi celda. ‘Capitán, eso es imposible’, alegó el teniente, ‘el pelotón de fusilamiento lo está esperando’».

«El capitán insistió. 'Quítele las esposas y devuélvalo al calabozo con uno de sus soldados', ordenó. El teniente le preguntó que quién iba a firmar la orden y el oficial respondió: '¡Yo lo haré!' ». Los ojos de Antonio se rebosaron de lágrimas de alegría. «Fui librado milagrosamente de una muerte segura aquella noche».

«¡Alabado sea Dios!, dije en voz baja mientras miraba a Antonio, mi nuevo hermano en Cristo. Pensé en la historia de Jesús y los diez leprosos. Al menos uno de los leprosos regresó para agradecer al Señor. Lo mismo se puede decir de Antonio. Él alivió el sufrimiento de muchos después de su conversión. Ayudó a tantagente. Y mientras muchos de los hombres se fueron, agradecidos por ser libres, un oficial encontró una manera palpable para decir gracias y le salvó la vida a Antonio.

Hubo un murmullo de satisfacción que corrió por el lugar mientras las palabras de Antonio llegaban a los oídos de nuestros compañeros de celda. Casi podía leerle el pensamiento a mis compañeros. «Hay algo de justicia en este mundo».

Pero yo sabía la verdad. El rescate de Antonio no fue el resultado de la justicia terrenal, sino la celestial. «Dios es bueno», dije pensativo.

Miré a Antonio a los ojos. Hizo suyos mis pensamientos. Antonio y yo nos abrazamos, con lágrimas en los ojos, como hermanos que ya no iban a ser separados por la guerra. Nunca me habría imaginado que aquí, en la fortaleza La Cabaña, el famoso «pabellón de los condenados a muerte», recibiría una oleada de vida renovada y me encontraría rodeado de la misericordia y el amor de Dios. Me sentí muy afortunado, a pesar de las cicatrices, a pesar del cansancio, a pesar de todo.

Una Vida Nueva en la Cabaña

Se levantó un velo de mis recuerdos cuando observé el rostro de mi hermano en Cristo. Me acordé del oficial que tiempo atrás había sido rudo y se me vino a la memoria la botella de coñac que me ofreció cuando lo visité en su oficina. Lo comparé con el Antonio nuevo que estaba parado delante de mí y me maravillé del poder del evangelio de Jesucristo que transforma, es realmente una espada de doble filo.

«¡Tengo un plan!» susurró Antonio. Cuando un preso empleaba generalmente esta frase, era un plan de fuga. Mi hermano en Cristo tenía otra cosa en mente. «Querido amigo –explicó– mi misión es compartir el evangelio aquí en la cárcel. ¿Me ayuda?».

Asombrado, lo miré. «¿Aquí?» le pregunté y eché un vistazo por la celda. «¿Dónde?» La barraca en forma de túnel se parecía al interior de un inmenso depósito de petróleo o quizás a un submarino cortado por la mitad. Las literas de cuatro catres, uno encima del otro, estaban acomodadas a lo largo de cada una de las paredes. Las separaba un pasadizo angosto, del largo de la celda.

«¡Aquí mismo!» expresó con un ademán. Estábamos rodeados de presos por todos lados en ese mismo momento. Algunos estaban sentados en las camas, otros se paseaban de un lado para otro a lo largo del pasillo, e incluso otros estaban cerca escuchando, ya que no tenían otro lugar a dónde ir.

Antonio hizo un gesto de aprobación con la cabeza y sonrió.

«¿Cómo empezamos?» le pregunté.

«En la cruz, en la cruz...». La aguda voz de barítono de Antonio resonó por las paredes. Tomé parte inmediatamente. Nuestro primer servicio de la iglesia clandestina había empezado. Las cargas de mi corazón se hicieron de algún modo menos pesadas cuando comenzamos a cantar las letras conocidas y, como dice la canción: «desaparecieron». Un tercer hombre, Prado Fernández, se unió a nosotros antes de terminar el coro.

«Hermano Alexander —comenzó a decir Antonio— ¿nos 'lee' el pasaje de la mañana?».

«Por supuesto —respondí— voy a 'leer' del libro de San Juan, capítulo tres, versículo dieciséis». Recité las palabras famosas, con la dignidad que merece la feligresía más prestigiosa: «... *Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna...*».

Oramos por nuestra nueva misión, por nuestros compañeros de celda y por nuestros guardianes. Oramos por fortaleza y sabiduría; oramos por dirección y por nuestro propio crecimiento espiritual. Sentimos la presencia de un cuarto Hombre al final de nuestra oración: tres pecadores y Cristo. Llevaríamos a cabo nuestro ministerio. Sabíamos desde antes de comenzar, que íbamos a tener muchos enemigos. Sin embargo, también supimos que éramos guiados por un General que nunca había perdido una batalla.

Otros presos se sumaron de uno en uno a nuestro círculo pequeño de comunión. Algunos, por aburrimiento. Otros, por desafiar al régimen comunista, y terminaron siendo transformados al escuchar la Palabra de Dios. Poco después, me dieron el apodo de «el Pastor».

Algunos de los presos no creyentes se enfadaron cuando nos escucharon orar por nuestros guardianes. «¿Cómo pueden hacer eso? ¡Éstos animales no merecen nuestras oraciones, ni mucho menos una respuesta de Dios!».

Tratamos de explicarles sobre el amor de Dios, pero nuestras súplicas cayeron en oídos sordos y corazones endurecidos por la tortura y los abusos.

Construimos un púlpito improvisado con una caja de cartón y una sábana. Nuestra iglesia tomaba forma dentro de las paredes del calabozo. Un guardián, que le decían M-2, y que de niño asistía a una iglesia cristiana con su tía, introdujo fraudulentamente una Biblia para nosotros.

Satanás vio el naciente interés de muchos presos y se propuso destruirlo inmediatamente. Antes que nada, unos de los presos más violentos comenzaron a decir que éramos una secta, insinuando que nuestro culto era cuestionable. Aún así, el número seguía creciendo. Trasladamos nuestras reuniones a un espacio abierto más grande en el centro de nuestra barraca para dar cabida a más personas. Enrico Vásquez, el tipo de hombre nervioso y entrometido, crecía en engaño y violencia. Se quejaba que obstaculizábamos su paso, aunque nos habíamos asegurado de dejar suficiente espacio para que los demás presos pudieran circular libremente. Otros descontentos se le sumaron, como Mario Simón y José Torreo.

Lo último que queríamos era crear conflictos en la celda, así que discutimos nuestro problema y decidimos cambiar dos de nuestras camas de sitio para realizar el culto en el espacio desocupado.

Sin embargo, Satanás no se iba a dar todavía por vencido. Comenzamos cantando un himno al inicio de nuestra siguiente reunión. No habíamos terminado el primer verso cuando Enrico se acercó a grandes zancadas a donde estábamos reunidos.

«¡Oiga!, --dijo-- no me gusta el ruido que su secta hace aquí».

Que declaración tan ridícula. De día y de noche se escuchaba el ruido natural que produce tanta gente hacinada en un espacio tan pequeño para vivir. En realidad se opuso al himno.

Enrico se devolvió pavoneándose a su catre como un gallo de pelea. Los fieles hicieron un corrillo. Pude ver que el Antonio de antes se moriría por ponerle la mano encima, mas el Antonio nuevo decidió golpear su mano con el puño. «Debemos buscar una manera para continuar. No podemos dejar de rendir juntos culto a Dios».

«Ya sé», dijo Jesús Arango, uno de los nuevos conversos. «Yo sería incapaz de regresar nuevamente al vacío y aislamiento que sentía antes de unirme a la comunión».

«Podemos cambiar la hora de nuestro servicio y reunirnos a distintas horas del día», propuso uno de los devotos. Intentamos su sugerencia y parece que funcionó por un tiempo.

De pronto, un día se encendieron las luces del techo, eran las tres en punto de la madrugada. Las luces cegadoras y los gritos de «requisa», que significa «inspeccionar y confiscar», junto con el sonido del metal que chirriaba contra el metal y contra las personas, crearon una confusión inmediata entre los presos sorprendidos. Sesenta guardianes habían entrado de puntillas en la barraca, hicieron una fila a lo largo de las celdas y blandían tubos de plomo de casi un metro de largo contra las barandillas y estructuras metálicas de las camas y contra los presos que se hallaban dormidos.

La única manera de escapar de los golpes terribles era saliendo por la única puerta que conducía al patio. Corrimos fuera de la celda como ciervos asustados tratando de escapar del voraz león. Para hacer eso, fuimos obligados a correr entre dos guardianes que trataban de apuñalarnos con un palo que afilaron hasta sacarle punta y gritaban: «Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí!».

«Cabo, ¿para qué es el tubo? ¡Úselo!». El sargento que estaba al mando incitó a la tropa a que infligieran cuanto dolor pudieran en el menor tiempo posible. El éxodo masivo de los presos obstruyó la salida, lo que les permitió a los guardianes que nos golpearan aún más.

Otro grupo de guardianes, especializados en saqueo, robo y sadismo, llegó al lugar, una vez que el último preso se precipitó al patio. La inspección que había comenzado a altas horas de la madrugada continuó durante el día hasta las seis de la tarde. Nuestro horror continuaba mientras la tropa inspeccionaba la celda, pues junto al patio había una cantera donde extraían piedra con dinamita. Los cascajos y fragmentos de piedra parecían metralla cayendo a nuestro alrededor. Nos quedamos ahí parados, sin poder correr, expuestos al ardiente sol tropical, sin comida, ni protección, ni agua, rodeados de guardianes armados con tubos. Con las horas, el malestar nos dejó atontados.

Vimos angustiados cómo el grupo de búsqueda tiraba al patio las escasas posesiones que los presos habían podido adquirir. Trozos de papel, libros deteriorados, cigarrillos en mayor o menor grado de uso y ropa extra, quedaban amontonadas en el piso. Se me bajó la moral sin mirar a Antonio ni a los demás hermanos de la fe. Esta vez nuestra posesión más preciada, nuestra única Biblia, había sido tirada al montón. Un momento después un guardián encendió un fósforo y le prendió fuego a nuestras cosas.

El sargento nos castigó haciéndonos pasar por baquetas, que era un corredor entre dos filas de soldados que trataban de golpearlos. La rutina siempre era la misma. Cada preso debía quitarse su única prenda de vestir, la ropa interior, al principio de la fila y caminar hasta el final de la misma. Entonces el último guardián de la hilera inspeccionaba sus calzoncillos. Cuando éste quedaba satisfecho de no encontrar notas en las costuras, los lanzaba al piso y le ordenaba al preso a que se inclinara para recoger su prenda. Un teniente realizaba la última inspección del preso con un reflector en la mano. En ese momento, había un grupo numeroso de mujeres militares encima de los muros del patio, riéndose y mofándose de nuestra humillación.

Nos reunieron de nuevo en lo que quedó de nuestra celda para encontrar las camas volteadas boca abajo, desbaratadas y totalmente desordenadas. Había agua derramada por todo el suelo de la barraca tras la revisión que hicieron del grifo. Los presos echaron una mirada alrededor del desorden, después se miraron el uno al otro. No teníamos ni idea por dónde comenzar a reestablecer el orden de ese caos. Me enteré que rara vez pasaba un mes sin una requisita.

Di la vuelta cuando un guardián pasó su tubo de hierro por las barras de la puerta y gritó: «Prepárense para desayunar». Los presos hambrientos se metieron inmediatamente en la fila. Otro guardián nos ordenó hacer la fila para recibir la comida antes de llegar al comedor.

Mirábamos, sin poder hacer nada, cómo el fuego consumía nuestras únicas pertenencias terrenales, mientras esperábamos la comida. Deseaba escaparme, salir disparado hacia la fogata, y rescatar nuestra Biblia, pero

no pude. Sólo podía quedarme quieto, observar y orar. Poco después nuestra preciosa Biblia no era más que cenizas.

Un manto de desesperación pendía en el aire mientras nos abríamos paso hacia el comedor.

Antonio nos convocó cuando regresamos a la celda. «Hermanos, vengan, es hora de rendir culto a Dios. Debemos reconocer, más que nunca, la presencia de Dios».

Caímos de rodillas, cansados y apesadumbrados. Escuchamos inmediatamente la portentosa voz de barítono de Antonio cantar tímidamente los primeros versos de «Qué buen amigo tenemos en Jesús». Otra voz, apenas por encima del nivel de un susurro, tomó parte con él, después otra, hasta que por toda la celda saqueada no se oía más que alabanzas a nuestro Rey.

Las ruidosas puertas metálicas de la celda se abrieron de repente. Un soldado joven entró en nuestra celda. Se hizo un silencio en toda la barraca al mismo tiempo que toda la población de presos desapareció en las sombras del calabozo. Habían aprendido bien la lección, para sobrevivir uno debe tratar, en lo posible, de pasar desapercibido.

«¿Dónde está el pastor que dirige los oficios religiosos?» preguntó.

Estaba en apuros e iba a sufrir por ello. Lo supe. Todos en el calabozo lo supieron. La población entera de la barraca miró fijamente el piso sin decir palabra. La mirada del soldado anduvo lentamente sin rumbo fijo por el círculo, como si buscara a su víctima. Preguntó de nuevo por el pastor que había estado dirigiendo los oficios religiosos.

«Había llegado muy lejos sin negar a mi Señor», me dije. «Ahora no es el momento de empezar». Respiré profundo y me acerqué al soldado que esperaba.

El soldado me miró detenidamente y después preguntó: «¿Usted es el pastor?».

«Sí», lo admití, esperando un golpe en cualquier momento que me hiciera caer con estrépito al piso.

Sacó dos Biblias de su chaqueta militar. «Las saqué del fuego. ¿Las quiere?».

«¡Sí!». Estupefacto, miré con incredulidad mientras me entregaba las Biblias que estaban hecha pedazos y parcialmente destrozadas. «Gracias», dije tartamudeando.

«Recuerde... usted no me conoce», ordenó. Dio la vuelta y salió de la celda, después de hacer un taconeo brusco.

La puerta de la celda se cerró ruidosamente. Asombrado, fui corriendo donde Antonio y le entregué una de las Biblias.

«No lo puedo creer –susurré– Dios tiene a su gente incluso dentro del enemigo».

«Alabado sea Dios –contestó Antonio– alabado sea Dios».

Fue entonces cuando nos dimos cuenta que había sido imprudente que todos supieran que las Biblias estaban en posesión nuestra. Protegeríamos mejor las promesas preciosas de Dios en el futuro. Aprendimos a ser «...*prudentes como serpientes y sencillos como palomas...*». Dividimos con cuidado las Escrituras en varias secciones y escondimos las cantidades individuales en diferentes lugares de la barraca. Mi escondite favorito para una sección de las Escrituras era dentro de los libros de propaganda comunista que nos habían dado para leer. De esta manera, por lo menos una o dos porciones de la Biblia permanecerían seguras cuando los guardianes realizaran la próxima redada.

Fuimos creciendo diariamente en número, así como los primeros creyentes cristianos que tuvieron que afrontar la persecución en su época. Nuestra comunión no tenía límites, estaba abierta a todos: bautistas, adventistas, presbiterianos, metodistas, católicos. Se oía el eco de las alabanzas a nuestro Dios y Rey fiel en las paredes de las barracas 10, 11 y 12. Los presos, antiguamente desanimados y sin esperanza, encontraron consuelo y alegría mientras cantábamos. Nuestro lamentable grupo de hermanos cristianos se declaró libre en Cristo, aunque estaba encadenado por el odio y la privación.

Ninguna pared nos privaría de la alegría que se encuentra en esa verdad. Juntos juramos que así como habíamos nacido libres, moriríamos libres. Nuestros verdugos podían destruir nuestro cuerpo, pero no nuestra alma. Por eso los que conocíamos las palabras pudimos cantar los himnos

de alabanza. Fue difícil para los conversos nuevos participar ya que no conocían las palabras de los himnos ni los versículos de la Biblia que compartíamos.

Antonio y yo hablamos del problema.

«¡Ojalá pudiéramos tener suficientes Biblias para todos!», dije pensativo.

«Y una colección de himnos –agregó Antonio –así todos podrían cantar a coro».

«¿Qué tal si copiamos diariamente los textos bíblicos para que ellos los tengan?» sugerí.

Antonio inclinó su cabeza hacia un lado. «¿En qué?» No tenemos papel».

«Quizá. . .» sonreí. Una idea se estaba concibiendo. «Tenemos papel». Recogí un trocito de papel de propaganda de un periódico. «Podríamos escribir los versículos de la Biblia en las márgenes. Podríamos emplear. . .», eché un vistazo alrededor de la celda: «. . .el interior de las cajetillas de cigarrillos para escribir las palabras de las canciones».

Las noticias de nuestros oficios de adoración se difundieron más allá de la población de presos y de nuestros guardianes, hasta llegar derecho a la jefatura. Un odio diabólico invadió los corazones de estos oficiales brutales. A los guardianes les ordenaron disolver los oficios religiosos como fuera posible. Pero, así como no podíamos dejar de comer nuestra ración *diaria* de mazamorra agusanada, tampoco podíamos dejar de reunirnos. Las alabanzas ante la persecución nos suministraban un vínculo con la realidad, con una esperanza de una vida más allá de nuestra existencia *diaria*. Este lazo fortaleció nuestra determinación por sobrevivir.

Un francotirador abrió fuego sobre nosotros con su fusil ruso R-2, por la abertura del techo de la barraca, una noche, mientras cantábamos el segundo verso de «Demos gracias al Señor». Los presos que no estaban rindiendo culto a Dios con nosotros se dispersaron a cubrirse donde pudieron encontrar refugio. Un contingente de guardianes que empuñaba porras, cadenas, bates de béisbol, machetes y fusiles rodeó al grupo de fieles.

«¡Dejen de cantar!» ordenó el líder. «¡Paren inmediata- mente!».

Continuamos cantando. Abrieron fuego y dispararon indiscriminadamente a nuestro círculo. Permanecimos juntos, cantando y orando, en lugar de dispersarnos como pensaron los guardianes que haríamos, mientras que las esquirlas de las balas de fusil y de metralla se incrustaban en nuestra piel. Dejaron de disparar, pero siguió una masacre a golpes.

La hoja del machete de un guardián le atravesó la mejilla a Luis Rodríguez. Se podían ver sus dientes por la herida. Un segundo guardián golpeó a Magimby, otro hermano, con la culata del fusil, y le destruyó el ojo. Luchamos por escapar de los golpes brutales de nuestros guardias.

Me di cuenta que me desgarré parcialmente el dedo anular de mi mano izquierda. El dolor insoportable no se detuvo, al menos una hora después del ataque. Los guardianes no nos ofrecieron atención médica.

Estuve furioso a la vista de tal salvajismo sin sentido. Apreté mi mandíbula en un silencio férreo. «¡Ojalá pudiera! Así como Pedro en la entrada de Getsemaní —pensé por un momento— ¡cortarles las orejas! Sólo dejen que caigan esos fusiles rusos en nuestras manos». Sin embargo, no tuve mucho tiempo para maquinarse una venganza. Los hermanos heridos me necesitaban, no sólo con mi apoyo físico sino también espiritual.

Regresé a la realidad de nuestra grave situación. Los oficiales de la prisión no tenían obviamente la intención de prestar atención médica a los heridos. Mi ira se desvaneció tan rápido como apareció.

Nos pusimos vendas y tratamos mutuamente nuestros «trofeos de honor» de la mejor manera posible, mientras nos susurrábamos el uno al otro las promesas de fortaleza de la Palabra de Dios. A pesar de nuestras heridas, alabamos a Dios por habernos permitido sufrir por nuestro Salvador.

Mi corazón podía cantar de nuevo, para cuando terminamos de revisar y atender la herida del último preso.

Dos soldados llegaron a la celda y pronunciaron el número de Antonio. «La jefatura lo requiere».

Antonio dio inmediatamente un paso adelante. «¿Yo? ¿Para qué?» preguntó.

«¿Quién sabe? Sólo sigo órdenes», respondió el oficial encargado. «Debe venir con nosotros».

Antonio obedeció.

Las autoridades consideraban a Antonio como el líder de nuestra pequeña «insurrección», porque era un ex-militar y una persona muy sociable, así que se lo llevaron primero.

Corrió la bola por la cárcel subterránea que Antonio había sido llevado a la oficina del director. Y, Antonio, así como Pablo ante Agripa, pasó toda la entrevista dando testimonio de Dios al hombre. Sus palabras parece que cayeron en un saco roto, porque también supimos que Antonio había sido condenado a veintiún días en el calabozo. Regresó a la celda al final de las tres semanas. Los guardianes pronunciaron mi nombre cuando lo trajeron a la celda. Me apresuré a obedecer.

Cruzamos el patio y entramos por la puerta principal que conduce a las oficinas de la cárcel, con un guardián marchando a cada uno de mis lados, y con sus bayonetas listas y dispuestas para cualquier inconveniente. La placa del nombre en la puerta del director decía: «Capitán Lemus». Cuando se abrió la puerta, un guardián me metió a empujones, me siguió y cerró la puerta detrás de nosotros.

Un oficial del ejército, corpulento y ancho de espaldas, con traje de faena arrugado, levantó la vista hacia mí por detrás del escritorio. Me di cuenta que el capitán Lemus medía más de un metro con ochenta centímetros, incluso antes que se hubiera puesto de pie.

«¿Usted es Alexander?», preguntó.

«Sí», respondí.

«¿Qué están haciendo todos ustedes aquí?».

Lo miré con el ceño fruncido por un instante. «No entiendo su pregunta».

«¡La entenderá!», gritó, mientras alargaba la mano para agarrar su bastón para apoyarse al andar. Tomó el bastón por la base, lo extendió y

trató de cogermé por la nuca con el gancho. Retrocedí para evadirlo y el guardián que estaba parado detrás de mí me empujó hacia adelante. El comandante logró engancharme por la nuca con el bastón y tiró de mí como si fuera el yugo de un buey o un caballo.

Hice un movimiento rápido a la derecha y me zafé del gancho. El capitán Lemus estampó el bastón contra mi coronilla. Me tambaleé del golpe que me dejó aturdido y sentí algo caliente que corría por mi frente. Alcé mi mano para tocarme. Atontado, miré fijamente la sangre en mi mano por un momento. Ese fue mi último pensamiento consciente hasta el día siguiente, cuando abrí mis ojos y me hallé en la jaula del tigre.

Había un gran sótano debajo de nuestra barraca y de parte del patio número dos, con basura podrida que me llegaba hasta la cintura, donde había ratas, insectos y distintos bichos no identificables. Por encima de la basura estaban colgadas una serie de calabozos, o «jaulas de tigre», como les decían. Cada jaula era hecha con barras de acero de dos centímetros de grosor. Las jaulas tenían más o menos un metro y medio cuadrado.

La oscuridad y el hedor debilitaron mis sentidos mientras repelía las ratas y las sabandijas. Me dolió la cabeza por la conmoción cerebral que tuve el día anterior, y me cuerpo estaba muy magullado por las barras de hierro donde me encontraba metido. Me moví de un lado para otro tratando en vano de encontrar una posición cómoda para sentarme y dormir, o incluso para aliviar la presión que producían las barras de hierro que apretaban contra mi capa delgada de piel que se encontraba estirada por mis huesos marcados y puntiagudos. Cualquier relleno de grasa que hubiera podido tener antes de mi arresto, hacía mucho había desaparecido.

Pensé en Yraida y en mi hijito para apartar mi atención de la incomodidad. Me pregunté qué le habrá dicho ella sobre mí. ¿Se acordará de mí cuando regrese a la casa? ¡Si es que regreso! Me costaba trabajo recordar cada detalle de mi vida pasada. Me desesperé cuando algunos de mis recuerdos se rehusaron a salir a la superficie y me aterroricé cuando no pude recordar las caras de varios amigos y parientes.

La vida en la jaula del tigre adquirió una rutina extraña. Aprendí a distinguir cuándo había un guardián cerca. Una luz tenue se filtraba desde el patio de la cárcel por encima de mí a través del agujero por donde descargaban la basura. Aunque no pude divisar las facciones del hombre, su silueta se adivinaba ocasionalmente de día.

Los presos enviaban mensajes en una clave que ellos se habían ideado, de noche, en las profundidades de nuestra tumba podrida. Hacíamos las combinaciones de las rayas y los puntos sobre las barras de hierro de nuestras jaulas utilizando cualquier cosa que estuviera al alcance de la mano, como una cuchara, una piedra, un ladrillo, etc. Esta comunicación nocturna me dio el deseo de vivir, me conservó con vida.

El guardián me lanzaba un plato sopero de mazamorra, cada dos o tres días, cuando se acordaba. Él se olvidaba adrede de informar a su reemplazo de mi presencia, en su día libre, y aguantaba sin comida ni agua hasta que regresaba la mañana siguiente.

Los guardianes me sacaron de mi hueco apestoso y me llevaron de vuelta a la barraca al haber cumplido la condena de veintiún días. Estupefacto, ingresé a mi celda donde fui recibido como héroe. El encarcelamiento en el calabozo resultó ser una bendición directa del trono de Dios. Los demás presos nos consideraron héroes a Antonio y a mí, porque habíamos desafiado a las autoridades y sobrevivimos.

Toda cárcel tiene presos que no se los puede encasillar en una categoría específica, como política o criminal. Nuestro grupo cristiano llamó a esta asociación de hombres conformada de manera informal: «la gente de toda laya de Moisés». Muchos de estos hombres se sumaron a nuestras filas, debido a nuestra condición de héroes. Aunque anteriormente habían discrepado violentamente de nosotros y de nuestro ministerio, ahora nos habíamos unido contra un enemigo común, los comunistas. Proclamamos codo con codo el evangelio de Jesucristo a todo quién escuchara. El Espíritu Santo bendijo nuestras palabras y se extendió un interés por Cristo y su amor por toda la cárcel a una velocidad récord. ¡Dios dejó perplejos a nuestros captores!

Mis heridas no parecían muy severas ni mis moretones muy dolorosos en vista de tal victoria. Logré encontrar por fin una meta en mi vida. Dios no quiso que yo me rindiera ni muriera. Él había escogido usarnos a Antonio y a mí de la misma manera que ha utilizado el testimonio de su pueblo a lo largo de la historia. Permaneciendo fieles, nuestra sangre derramada se convertiría en la viva semilla de la verdad para los hombres que hacía mucho habían perdido toda fe en la vida y en la verdad.

El Tribunal Desautorizado

La fresca brisa tropical sopló por la barraca cuando el guardián me sacó de la jaula del tigre. Aspiré hondo y después estiré mis músculos débiles y entumecidos tras producirme una sinfonía de dolor. Cuando regresé a mi celda, quedé sumergido bajo los abrazos y las lágrimas de mis hermanos en Cristo.

Antonio me abrazó y felicitó una y otra vez, mientras repetía: «mi hermano, mi hermano».

«Le dije que iba a volver –le recordé– ¡acuérdense que todos resolvimos morir libres!». Cuando le eché un vistazo al grupo, noté que hubo algunos cambios, se había sumado una cara nueva y faltaban otras de las antiguas. Antonio y yo discutimos sobre el progreso de nuestra iglesia naciente, tras ponerme al corriente de lo acontecido en los últimos veintiún días.

«Noble, Dios ha sido muy bondadoso con nosotros –dijo Antonio– ha sido muy bueno a pesar de todo lo que hemos vivido».

«Lo sé. Incluso durante mi peor momento en la jaula, Él me recordó que sufrí por su nombre y por su amor». Mi voz se puso ronca de la emoción. «Fui partícipe del sufrimiento de nuestro Salvador. . .». No pude continuar hablando al darme cuenta con humildad de mi experiencia. «¡Qué cosa más extraña!, –pensé– que la misma persecución impuesta sobre nosotros para menguar y debilitar nuestro propósito de servir al Señor, vigoriza nuestra determinación con hilos de acero». Me invadió una sensación nueva de paz. Sentí como si me hubiera tocado directamente la gracia desde el trono de Dios.

Me senté en mi litera y gocé de su confort. Una sábana de lona podía dar más vigor a una piel magullada que las barras de hierro. Más tarde

me desvelé por mucho tiempo y escuché los sonidos familiares de la noche en la cárcel y alabé a Dios por la oportunidad que me daba de testificarle a mis compañeros de celda. Mi vida y la de mis hermanos en Cristo iban a influir de una manera u otra en ellos.

Oré antes de quedarme dormido: «Padre Celestial, por favor haz que la influencia que ejerza sobre estos hombres sea tan pura como la luz del sol».

Antes que los moretones hubieran desaparecido de mi cuerpo, me dejé llevar de nuevo por la rutina de subsistir en esos días inaguantables, cuando parecía que siempre había estado en La Cabaña, y en las noches de soledad interminables, recordaba cada detalle de mi vida antes de mi arresto.

Me arrestaron en febrero de 1962. Mis captores me mantuvieron aislados de todo visitante y de cualquier noticia del mundo exterior mientras investigaban mis presuntos crímenes. Viví minuto a minuto las horas largas y solitarias. Repetí los textos bíblicos y canté los himnos con el fin de mantener un lazo con la realidad más allá de las paredes de la cárcel.

Le permitieron por fin a Yraida visitarme por primera vez, al cabo de tres meses. Aquel día tan esperado, los presos fuimos llevados por los guardianes a un salón grande sin divisiones, donde esperaban esposas, madres, hijos y otros amigos. Un teniente de la cárcel observaba nuestro proceder desde su oficina rodeada de ventanales de vidrio.

En el instante en que Yraida y yo nos vimos, nuestros brazos se encontraron. Nos corrían desvergonzadamente las lágrimas, pero nadie se dio cuenta pues cada uno de nosotros estaba involucrado en su propio melodrama trágico. Era difícil escucharnos mutuamente por la discrepancia de murmullos, los lamentos y gemidos que invadían el salón, y había tantas cosas que quería decirle a Yraida. La avalancha de emociones apartó de la mente toda pregunta que se había preparado cuidadosamente. En lo único que podía pensar era en lo bella que se veía. Traté de hablar pero no me salió ningún sonido de la boca.

«Noble». Yraida acarició mi mejilla. «Estás más delgado. ¿Cómo te tratan?».

Me encogí de hombros, pues supe que cada palabra que compartíamos la podían oír los guardianes apostados por todo el salón. «Sobrevivo, por la gracia de Dios».

Se limpió los ojos con un pañuelo. «Me puse en contacto con tu mamá. Está muy preocupada por ti. Y el pequeño Humberto pregunta todo el tiempo por su papá».

Al oír que mencionó a mi hijo, un dolor, que nunca jamás había experimentado, me destrozó el corazón. ¡Cuánto habrá crecido en los últimos meses! «Cuánto me he perdido», pensé. No pude pensar en nada que decir. «Yraida, perdón, lo siento mucho».

«No entiendo», dijo, escudriñando mi rostro en busca de algún mensaje sobrentendido de algún tipo. «¿Pero qué dijiste o hiciste para terminar así?». Echó un vistazo por el salón y se estremeció sin poder controlarse. Pude ver por primera vez en sus ojos la manifestación de la cruda realidad de mi grave situación.

«De veras no sé». Suspiré y aparté la mirada. El dolor y la frustración reflejados en sus ojos afectaron mi estómago como si lo hubiera dejado totalmente expuesto para que un boxeador le diera un fuerte derechazo. ¿Qué le podía decir? ¿Cómo iba a entender lo que estaba pasando si ni siquiera yo lo entendía?

«El pastor Vásquez fue a verme —añadió— y desde luego, no hay nada que él ni los miembros de la asamblea puedan hacer por ti, sino oran». Noté un toque de amargura en su voz al mencionar la oración. «Dijo que con sólo intentar mediar con el gobierno por ti, era probable que acabaran con todo el trabajo adventista en Cuba». Su voz perdió fortaleza por la incertidumbre.

Hice un gesto de aprobación con la cabeza. «Yraida, mi vida, la oración puede remover cielo y tierra, tú lo sabes».

«A propósito de remover cielo y tierra, tu hermana Paulina en Massachusetts le pidió al gobierno estado-unidense que exigiera tu liberación. Está decidida».

Sonreí. «¡Esta Paulina!, —pensé— si había alguien que lo pudiera hacer, era ella. Los iba a agotar con su perseverancia». «¿Y el resto de la familia?», pregunté.

«Raudel dice que si te portas bien y cuentas lo que ellos quieren escuchar, el gobierno te pondrá en libertad». Los ojos de Yraida resplandecieron de esperanza.

«Yraida —exhalé un suspiro— no te fíes de lo que diga tu hermano Raudel. Él forma parte del sistema».

«No —insistió— a él le importa, de verdad».

La cogí suavemente por los hombros y negué lentamente con la cabeza. «Lo están usando como intrigante para deshacer mi testimonio». ¿Cómo iba a hacer para que ella entrara en razón que al admitir una mentira con respecto al supuesto complot de asesinato yo iba a cavar mi propia tumba? «Lo único que sé, es que tú y yo debemos ser fuertes, armarnos de valor. El Señor sacó a Pedro de un calabozo peor que este, y fue la noche anterior a su ejecución programada».

«Entonces, ¿no vas a cooperar con ellos?».

Dije que no con la cabeza y observé que sus ojos brillantes manifestaron desolación y desesperanza.

Cambié el tema. Cada uno tenía tantas preguntas que el tiempo límite de dos horas pasó muy rápido. Nos separamos de mala gana cuando los guardianes anunciaron que el tiempo de visita había terminado. Yraida me lanzó besos mientras los guardianes apresuraban a los visitantes para que salieran del salón y nos empujaban a nosotros los presos por la otra puerta. En silencio, mientras desaparecía de mi vista, dije moviendo mudamente los labios: «Te amo». Supe que iba a ser un mes muy largo, mientras regresaba con paso lento a mi celda.

Pasaron varios meses. Yraida y yo nos mantuvimos en contacto lo mejor que pudimos. Otros también vinieron a visitarme, miembros de la iglesia que corrieron el riesgo de ser encarcelados por entrar secretamente a la cárcel en el día de la visita. Recordé las palabras del Señor muchas veces, durante esas visitas: «...*Estuve en la cárcel y vinisteis a mí...*», y quedé verdaderamente agradecido por los sacrificios que hicieron estos hermanos

y hermanas en Cristo, de venir a verme como lo hicieron. De seguro serán recompensados.

Durante mi primer año en la cárcel, los oficiales hicieron todo lo posible para convencernos a los que estábamos encarcelados por nuestra religión que no debíamos hacernos ilusiones, que las iglesias, nuestros familiares y el mundo entero nos había olvidado hacía mucho tiempo.

El trece de agosto, los guardianes nos reunieron a todos los reclusos, de nuestro bloque de celdas, en el patio de la cárcel para bañarnos. Los soldados irrumpieron en el patio y abrieron fuego sobre nosotros, mientras esperábamos la orden para seguir con el baño. Caí al piso y me cubrí la cabeza al oír el primer tiro de fusil. Algunos presos no reaccionaron tan rápido. Cuatrocientos sesenta presos murieron sin motivo aparente.

El reporte oficial alegó que habían descubierto una conspiración de armar a los presos para luchar contra el gobierno. Pero en realidad nosotros supimos que era una lección para enseñarnos que la rebelión de cualquier tipo significaba la muerte, que no había posibilidad de rescate de parte del mundo libre ni de Dios, que estábamos solos contra las poderosas fuerzas del régimen.

Los guardianes se volvieron más hoscos a medida que se acercaba la Navidad. Un guardia juró: «Les arrancaremos de su memoria el recuerdo de la Navidad antes que salgan de aquí».

La sola mención de la fiesta cristiana podía ocasionar una paliza o un apuñalamiento. Era como si la Navidad y la celebración del nacimiento de Cristo encarnaran la fe colectiva de los cristianos cubanos y, por lo tanto, debía ser frustrada. Pero esto no nos hizo abandonar la idea. Entre más hicieron nuestros enemigos un símbolo de la Navidad, nosotros también. Disfrutaríamos de una «cena» de Navidad a pesar de nuestra situación.

Los reclusos guardaron pedazos de sus ya escasas raciones diarias, durante varias semanas. Los presos enfermos o débiles que habían sido puestos a dietas alimenticias especiales acumularon huevos y pedazos de pan. El día de Navidad juntamos nuestros preciosos elementos, mezclando los pedazos viejos de pan con las yemas y las

claras de los huevos batidos, aunque no tuvimos forma de cocinarlos u hornearlos.

Nos arrimamos e inclinamos nuestro rostro para orar antes de disfrutar de nuestro pudín de Navidad. Mis ojos se llenaron de lágrimas cuando cada uno de los hermanos en Cristo dijo en voz baja su oración de Navidad, eran palabras humildes tanto de campesinos como de estudiosos, pero cada oración tuvo un significado especial para nosotros.

La celebración navideña también se vio atacada por el régimen de Castro, fuera de la cárcel. Nadie pudo comprar árboles de Navidad, aunque algunas familias hicieron el árbol con palos de escoba y alambre, luego colgaron allí sus arreglos hechos en casa. A los que sorprendieron con uno de estos árboles improvisados o celebrando la Navidad con una fiesta tradicional, fueron interrogados y penalizados. Si la policía sospechaba que se estaba realizando una fiesta, irrumpían en la casa y acusaba a los invitados de comercializar en el mercado negro o de robo, que son delitos castigados con cárcel.

Sin embargo, la mayoría de los cristianos no tuvieron mucho problema en cuanto al banquete se refiere, ya que con \$9,60 dólares al mes del bono alimenticio, casi garantizaba que una familia no pudiera tener siquiera una comida decente y, aún menos, una fiesta de Navidad.

En la cárcel oramos por nuestras familias y tuvimos muchas ganas de estar con ellos para celebrar la Navidad. Recordé las navidades pasadas con Yraida y con mi familia cuando era niño en San Germán. ¡Qué feliz pasamos! De algún modo supe que aunque estábamos separados en cuerpo, siempre íbamos a estar juntos en nuestros pensamientos. La sensación de bienestar de la fiesta que experimentamos el veinticinco siguió viva por el resto del año.

El ritmo de la cárcel cambió y las pruebas comenzaron, con la llegada del año nuevo.

Los presos eran sacados de sus celdas, uno tras otro, para «comparecer ante el tribunal». Supe que mi turno llegaría pronto y que el resultado de mi juicio ya había sido dictaminado. Nada que dijera lo iba a cambiar. Ochenta y dos presos antes de mí habían sido declarados culpables de

cometer delitos contra el estado y en consecuencia fueron condenados. Fui el caso número ochenta y tres.

No podía permitirme guardar la esperanza que sería tratado con justicia, que mi caso recibiría un juicio honesto y que me iría mejor que a los demás presos que ya había escuchado. Esta negación de la justicia lo que iba hacer era formalizar un decreto que había sido aprobado casi un año atrás en la jefatura de la G-2. Recuerdo muy bien el pronunciamiento del oficial de interrogatorios: «Va a preferir haber muerto, porque los difuntos van a estar mejor que usted. Lo voy a condenar a veinte años de cárcel».

Un guardia militar me condujo a la sala del tribunal dentro de la fortaleza de La Cabaña, cuando llegó mi turno. Una escena compuesta de oficiales de alto rango con uniformes caqui se presentó ante mis ojos cuando entré a la sala. Todo el ejército reglamentario estaba allí, el juez presidente de sala, un capitán del ejército, el fiscal, un primer teniente. Incluso la taquígrafa del tribunal era una teniente militar.

Mi guardia me llevó al banquillo en el lado izquierdo de la sala y me ordenó sentarme junto a un teniente del ejército que tenía todo su equipo de botas negras, boina negra, cinturón negro y conciencia negra. «Alexander, soy el teniente Cebreco. Fui nombrado para representarlo. Seré su abogado defensor».

Sonreí incómodamente. «Gracias, pero no lo conozco. No quiero realmente que me represente».

Cebreco se levantó de modo amenazador, su cara se puso colorada de indignación.

El juez oyó nuestro diálogo. «Recluso, ¿usted es abogado?» Era más una declaración de intimidación que una pregunta. «Y si lo fuera, Cebreco fue el que la corte designó para su caso!».

Cerré firmemente mi mandíbula y miré al frente. Vi el aspecto de la situación con mayor claridad. En lugar de tener un abogado defensor para que me representara, tenía dos fiscales para acusarme.

Después que el juez abrió la sesión y leyó la lista de delitos que supuestamente había cometido, me hizo subir al estrado.

El fiscal estaba junto a su escritorio con un manajo de documentos de aspecto oficial en la mano. «Según nuestros archivos, usted conspiró para colocar una bomba en el avión del presidente Fidel Castro, en 1963. ¿Qué tiene que decir al respecto?».

«¿En 1963?» pregunté. «Reconozco que soy un ser tanto espiritual como físico, pero hasta ahora no he logrado estar en dos lugares diferentes a la vez».

El fiscal frunció el ceño. «¡Explíquese usted!».

«Señor, si usted revisa los archivos de la cárcel –dije– se va a dar cuenta que el ejército me arrestó desde febrero del año pasado, en 1962, y usted dice que en este año, 1963, ¿yo conspiré para poner una bomba a bordo del avión de Castro?».

El fiscal se dirigió hacia el juez y le pidió suspender momentáneamente la sesión, la cual le concedió. Se reanudó el juicio a los pocos minutos, y el fiscal continuó su caso, como si la discrepancia del tiempo nunca se hubiera mencionado.

El fiscal le explicó a la corte dónde había estado el avión y los soldados que lo custodiaban, y cómo se suponía que planeé poner la bomba. «¿Señor Alexander, no fue así como ocurrió?».

«Señor, si lo que usted dice es verdad, si la parte delantera del avión estaba custodiada por un sargento, cada ala vigilada por un soldado y la jefatura en la cola, ¿cómo pude haberme acercado lo suficiente al avión?».

El fiscal desestimó mi pregunta con un gesto de la mano. «Usted observó y esperó hasta que los soldados no estuvieran mirando. En un instante». Hizo chasquear los dedos. «Lo pudo hacer en un instante».

«Señor, pero, usted puede ver que...».

El juez golpeó su escritorio con el puño. «¡Cállese, negro!».

Recobró entonces la calma, se reclinó en su silla, colocó los pies sobre el escritorio y fingió estar dormido.

Estupefacto, miré fijamente el rostro deformado del juez comunista de raza blanca sentado delante de mí. Nunca había experimentado el odio frío de la persecución racial en toda mi vida. Recuerdo, como hace

unos años, una amiga mía, Luna Laera, argumentaba que la única manera que un hombre negro podía tener una educación decente en Cuba, era ofreciendo sus servicios en el ejército lo suficiente para que el gobierno le pagara sus estudios.

El fiscal se acercó resueltamente a donde yo estaba y sonrió abiertamente en mi cara. «Lo bajamos del árbol, le cortamos el rabo y lo vestimos. Y ahora está en contra nuestra».

Se notó claramente el estigma racial que yo no era más que un mono. Miré fijamente los ojos de mi acusador y respondí: «Lo único que han hecho por mí es quitarme el plátano de mis manos», queriendo decir que me han hecho pasar hambre.

El juez se despertó al instante y gruñó: «¿Alguien puede callarlo?».

El fiscal, al haber sido regañado por el comandante, movió su brazo con toda la fuerza que pudo reunir y me dio un revés en la boca, luego regresó a su asiento.

La cabeza me dio vueltas y la mejilla me ardía de la bofetada repentina. Mi abogado pasó dándose aires a la parte delantera de la sala, luego comenzó su defensa.

«Señor –se dirigió al juez– tenga misericordia, en vista que mi cliente obviamente es culpable de todos los cargos que el estado formula contra él. Merece sacrificar su vida por lo que hizo. Pero en lugar de ello, como miembro de esta corte misericordiosa, le pido que él cumpla únicamente una condena de veinte años de trabajos forzados por sus delitos contra el estado».

El juez hizo un gesto de aprobación con la cabeza. «Así sea. Humberto Noble Alexander, ha sido procesado y condenado por conspirar para asesinar al presidente Fidel Castro, por ayudar y ser cómplice en la huida de los contrarrevolucionarios, y por el delito más grave de todos, distribuir opio a la gente de Cuba. Por eso, ahora lo condeno a cumplir veinte años de trabajos forzados bajo condiciones rigurosas». El martillo del juez hizo eco en la pared trasera.

Qué irónico, pensé, mientras esperaba que me sacaran de la sala, que mis enemigos declararan que mi delito más grave contra el estado no

había sido mi supuesto atentado contra la vida de su líder venerado sino predicar el evangelio de Jesucristo. ¡Increíble! La idea me dejó abrumado. Mis ojos se llenaron de lágrimas, y una sonrisa se formó en las comisuras de mis labios a medida que una fuente de alegría brotó dentro de mí.

Dios me bendijo con un privilegio sagrado más allá de lo que me pude imaginar. Si alguna vez cuestioné las decisiones que tomé y que me condujeron a mi arresto, mis ojos ahora estaban abiertos. No sufría injustamente por cometer errores de los que fui acusado falsamente, sino por el evangelio de Jesucristo. Sentí que mi sonrisa debió abrirse paso a pesar de mis esfuerzos por disimularla, por la mirada burlona que me dio el abogado defensor. Le agradecí a Dios por revelarme la verdad de mi situación.

Recordé las palabras del apóstol Pedro: «...*Pues ¿qué gloria es, si pecando sois abofeteados, y lo soportáis? Mas si haciendo lo bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es aprobado delante de Dios. Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas...*» (1 Pedro 2.20-21).

Después del juicio y la condena, los guardianes me llevaron al patio «uno» de la barraca «cuatro», una sección especial de la cárcel que es completamente subterránea, para los presos acérrimos y a los condenados a muerte en el pelotón de fusilamiento. Entré en la «cueva» por una puerta de acceso y miré alrededor. El lugar tenía dos agujeros pequeños bien enrejados para permitir la ventilación, uno en cada extremo. Ingresé a la zona ya hacinada y me pregunté por cuánto tiempo este lugar iba a ser mi hogar.

Los guardianes nos informaron dos días después que quien tuviera dinero podía comprar alimentos adicionales como pan, azúcar, dulces, galletas saladas y cigarrillos. Observé indignado como mis captores regateaban el precio de la comida con hombres hambrientos. «¡Qué groseros!» pensé. «¡Muy típico de un comportamiento inhumano!» No me sorprendió, pero me pregunté en qué punto un guardián canjearía su humanidad y compasión por unos pesos adicionales que el gobierno le pudiera dar.

Rumbo a la Isla del Tesoro de Fidel

Mi juicio fue uno de muchos. Varios de mis hermanos cristianos, incluido Antonio, fueron procesados el mismo día y todos fuimos reclusos en la «cueva» esa noche. Continuamos con nuestro plan de rendir culto a Dios y de dar testimonio de Él ininterrumpidamente en este nuevo lugar.

Una noche me quedé dormido en mi litera, contento por el progreso que habíamos tenido y ansioso de poner en marcha nuestros planes. No supe cuánto tiempo había transcurrido cuando nos despertaron de un susto las luces cegadoras y los soldados portando megáfonos y fusiles mientras gritaban directamente en nuestras caras.

«¡Todos de pie! Recojan sus pertenencias. Van a ser transferidos a la Isla de Pinos. ¡Tienen cinco minutos para ponerse en la fila y ya pasaron cinco!».

«¿Qué ocurre?» pregunté. «¿A dónde nos llevan?».

Otros soldados se dispersaron por el recinto, con una mano tirando perros adiestrados de una correa y con la otra sosteniendo un arma. No tuve ni idea si los hombres armados estaban enfadados con nosotros o con los que les interrumpieron el sueño, pero estaban enojados. Los gritos de dolor se confundían con los ruidos sordos de los huesos rotos que producían las botas al patear las frágiles cajas torácicas de los presos, que eran apuñalados o golpeados con los fusiles largos de los soldados que gritaban.

Aturdidos, nos paramos con dificultad. Cualquier esperanza que hubiéramos podido tener de salvar nuestra preciada Biblia, se desvaneció cuando los oficiales con mayor rango se pararon en puestos claves que les dio buena visibilidad de toda la celda y de sus habitantes.

Miré hacia el lugar donde habíamos escondido la Biblia; después, a Antonio, que me adivinó el pensamiento, negó un poquito con la cabeza y apartó la mirada. Regresamos corriendo a nuestras literas para recoger las pertenencias irrisorias que pudiéramos tener antes que los soldados nos hicieran marchar en la noche. Los guardianes continuaron empujándonos y golpeándonos con las culatas de sus fusiles hasta subirnos a una camioneta pequeña que nos esperaba en la puerta. Nos abarrotaron a todos en la parte trasera de la camioneta y nos llevaron al portón, donde nos esperaba un camión frigorífico con remolque de dieciocho ruedas. En uno de los lados estaban pintadas las palabras «Transporte Interestata». Nadie podía adivinar desde fuera que el camión transportaba carne humana.

Los insultos de los soldados continuaron hasta que todos los cincuenta estuvimos a bordo. Cuando los soldados cerraron las puertas de dos hojas, también cerraron las rejillas de ventilación. El aire comenzó a ponerse viciado y algunos de los presos se quejaron de sentirse mareados. Golpearon las paredes del camión y suplicaron por aire fresco. Bairon Miguel y Heriberto del Cristo, dos de mis hermanos en Cristo, sufrieron un colapso.

Para que un preso pudiera sobrevivir a las torturas sin sentido que le eran infligidas, debía aprender a entrar en un estado semiconsciente con el fin de apartar de la mente las atrocidades y el dolor. Sus movimientos parecían de zombi. Para el cristiano, la oración es su vía de escape, no tanto para ser liberado sino para tener comunión con el Salvador. Es como trascender a un nivel más elevado. Aún hay heridas, el dolor todavía está allí, pero se vuelven soportables.

El camión comenzó a moverse después de una espera de dos horas y media. Al poco tiempo se detuvo y las puertas de doble hoja se abrieron. Llené instantáneamente mis pulmones con el aire fresco de la mañana.

Un oficial metió la cabeza en el remolque y gritó: «Tienen tres minutos para salir, y ya pasaron dos, así que ¡Apúrense!».

Saltamos del camión. Los que se cayeron o tropezaron fueron levantados por un soldado con la punta de su bayoneta. Los soldados

nos hicieron hacer un círculo a empujones y nos dijeron que nos sentáramos en el asfalto de la carretera. Nos rodearon junto con varios perros adiestrados pastores alemanes. «Si alguien se mueve, —ordenó el oficial encargado— ¡mátenlos a todos!».

La luz de la madrugada sustituyó las sombras de la noche. Eché una mirada alrededor del círculo, sin ser evidente. Antonio hizo un gesto ligero con la cabeza cuando hice contacto visual con él. Yo respondí de igual manera. Miré hacia el terreno circundante más allá del círculo. Estábamos en un aeropuerto militar.

El sol tropical subió más alto en el cielo. Estuvimos sentados, hora tras hora, bajo el intenso sol del mediodía. La superficie de brea y alquitrán se ponía caliente al tacto. Me moría por moverme, por encontrar una posición más cómoda para sentarme, pero no me atreví.

No nos dieron ni comida ni agua en todo el día. Los presos, uno tras otro, se desmayaron al ser afectados por la desnutrición, deshidratación y por no estar acostumbrados a recibir el sol directamente. Sólo veinte personas de nuestro grupo sobrevivieron.

La agonía continuó hasta las cuatro de la tarde, cuando llegó nuestro avión. Abordamos y se nos ordenó sentarnos en un lado del avión en postura del loto. Los asientos habían sido retirados. Seis soldados se colocaron cerca de la puerta de la cabina y cuatro ocuparon el otro lado del fuselaje. «Deben mirar al piso todo el tiempo», ordenó el oficial encargado. «Si alguien levanta la cabeza por cualquier razón, ¡mátenlo! ¿Está claro?».

No sé qué pensó que podíamos hacer. Estábamos tan demacrados y deshidratados por el calor del día que cualquier energía o deseo que pudiéramos tener de defendernos ya nos la habían agotado. La mayoría de nosotros luchamos por mantenernos conscientes. Quizás sus temores tenían que ver con un nuevo miembro de nuestro grupo, un ex piloto, oficial del ejército de Batista, que había sido condenado a treinta años de trabajos forzados.

El oficial continuó llenándonos de improperios por la siguiente hora y media. «Van a hacer un viaje sin retorno a la Isla de Pinos. Allí van a ser

obligados a ganarse el sustento a través de trabajos forzados. ¡Trabajarán en las canteras de mármol o en los campos hasta que caigan muertos!».

Nuestro avión por fin despegó a eso del anochecer. El vuelo de treinta minutos pareció una eternidad bajo la constante amenaza de muerte. Recordé todo lo que había escuchado sobre los campos de trabajo que tomaron el modelo estalinista, conocidos como la «Siberia de Cuba», donde más de diez mil presos fueron obligados a trabajar en canteras de mármol y en campos agrícolas bajo las condiciones más crueles.

La Isla de Pinos está localizada a unos 145 kilómetros al suroeste de La Habana, la capital de Cuba. Se cree que fue el escenario para la famosa novela de aventuras, *La Isla del Tesoro*, de Robert Louis Stevenson. La isla densamente poblada de árboles fue famosa por la pesca deportiva y la recreación al aire libre. El general Gerardo Machado, construyó una cárcel modelo tan grande que se creía que nunca se podría llenar, en 1932, cuando fue presidente de Cuba en aquella época. Cuando le hicieron preguntas al respecto, el presidente profetizó sin darse cuenta: «Un hombre loco vendrá y la llenará uno de estos días».

Nunca me imaginé, cuando escuché por primera vez de la cárcel modelo, que algún día se convertiría en mi hogar. Sabía que la cárcel se extendía sobre varios acres de una antigua ciénaga, una manzana gigantesca que se apoya sobre concreto y vigas de acero. Pero pronto aprendería mucho, mucho más de lo que alguna vez me importó saber.

El cambio del zumbido en los motores del avión me devolvió a mi situación actual. El avión se inclinó mientras hacía la aproximación para aterrizar. Pude ver afuera con el rabillo del ojo ya que estaba sentado por debajo de una pequeña ventanilla. Una nube de polvo y de trozos de piedra volaron hacia atrás cuando las ruedas tocaron tierra. El avión se detuvo al final de la pista.

Dos oficiales abrieron las puertas laterales del avión. Fue cuando me di cuenta del cuerpo comatoso de Bairon Miguel. Sacudí la cabeza tristemente al ver el desperdicio inútil de la vida humana. Me corrieron lágrimas por las mejillas, hasta que recordé que se había terminado la batalla de mi hermano Bairon. La próxima voz que escucharía no iba a

ser la blasfemia de un guardia cubano sino las dulces palabras: «...*Levántate, tú que duermes...*».

Junto a Bairon se encontraba tirado en el piso del avión otro preso que había caído inconsciente. Uno de los guardias nos gritó que nos pusiéramos en marcha, cuando Antonio se levantó para socorrerlo.

Otro oficial, el instructor político—cada vuelo tiene uno—gritó: «Vayan y tomen una talega», cuando salí a la oscuridad. Señaló a un montón de talegas de lona que estaban sobre la calzada. «Y súbanse al camión. ¡Rápido!».

Me metí a la fila de presos que avanzaban dando traspiés, entre un corredor largo de soldados que gritaban y de perros policía, hacia los vehículos que nos esperaban. Los camiones no tenían escaleras para ayudarnos a trepar. Pero en lugar de ello, los soldados «ayudaron» a cualquiera que no podía lograrlo, con sus fusiles que tenían bayonetas caladas. El oficial encargado seguía instándonos todo el tiempo con: «¡Dense prisa! No tenemos todo el día. ¡Apúrense!».

El oficial les ordenó a los soldados disparar a cualquiera que hiciera el más mínimo movimiento, una vez estábamos a bordo. Llegamos al complejo carcelario unos minutos más tarde. Parecía un colegio grande con un cercado.

Encontramos una cárcel de alta seguridad que era sumamente sofisticada, dentro de los muros, donde vivían seis mil o más reclusos, en cuatro edificios circulares que habían sido construidos a manera de silos gigantes. Los llamaron con creatividad pabellón número 1, número 2, número 3 y número 4. Los otros edificios correspondían al comedor, oficinas centrales, el hospital y la barraca de recepción. En la mitad de la zona se encontraba la «plaza de transporte», donde despachaban a los presos cada mañana y los recibían cada noche, después de trabajar todo el día como esclavos.

El complejo estaba rodeado de doble hilera de alambrado de púas. Entre ellas había perros policía, que podían saltar el cercado, patrullando la zona. Ocho torres de vigilancia gris con negro encaramadas sobre

pilares, como monstruos del espacio exterior, custodiaban el recinto penitenciario.

Los camiones se detuvieron en frente de la barraca de recepción, un edificio de un piso que ocupaba una manzana, donde nos recibieron. Para entonces era la hora de cenar. Desde el comedor, en el siguiente edificio, nos miraban fijamente con curiosidad unas caras demacradas. El cabo llamó por nuestros nombres uno a uno.

«Humberto Noble Alexander», anunció. Crucé hacia la puerta abierta y me paré delante de él hasta que comprobó mi nombre en una lista.

Caminé por un corredor largo hacia un salón que estaba parcialmente desocupado y que pronto albergaría a 850 hombres. Había una ducha en un extremo del salón y al lado, un agujero en el piso que servía de retrete. También había un lavamanos. ¡Era el lavamanos que hacía que la cárcel de la Isla de Pinos fuera clasificada como una cárcel de primerísima categoría!

Nos ordenaron quitarnos toda la ropa y ponernos de cara a la pared. Los soldados nos requisaron inmediatamente y también nos golpearon. ¿Por qué la golpiza? Era sólo la rutina para todos los que ingresan a la cárcel modelo de la Isla de Pinos.

Nos enviaron la comida de la cocina a la barraca de recepción. La única diferencia que pude notar entre la comida que servían y lo que comíamos en la otra cárcel era que esta harina de maíz tenía más proteínas flotando. Mientras que los demás presos se comían su mazamorra llena de gusanos, encontré una esquina silenciosa en el salón. El último rayo del sol desapareció pronto del cielo. Me dormí porque no había luz en nuestra dependencia. Esta área de concreto fue mi cama por los siguientes quince días.

Varios altavoces me despertaron de un susto con una interpretación desentonada del himno nacional, la mañana siguiente a las 4:00 a.m. Por si fuera poco, una orquesta compuesta únicamente de platillos acompañaban a las trompetas. Yo podía gritar a pleno pulmón, y la persona parada junto a mí jamás me habría escuchado.

Las paredes de la cárcel se estremecieron, cuando se terminó el himno, por el estruendo que hicieron los guardianes que corrían mientras agitaban

sus linternas y gritaban para que todos se despertaran, ¡como si todavía hubiera alguien dormido! Los guardianes enfocaron nuestros ojos con sus linternas mientras hicieron el recuento de personas de la mañana. Las tuberías de agua resucitaron impetuosamente e hicieron ruido cuando abrieron la válvula principal. Comenzó mi primer día en la Isla de Pinos.

Me sonaron las tripas. Entonces recordé por qué. No había comido nada en veinticuatro horas. Pude escuchar a mis compañeros de cárcel que cambiaban de sitio y hacían cola para el desayuno, mientras caía de rodillas para hacer mi oración de la mañana.

«Padre, gracias —comencé diciendo— que estoy vivo esta mañana. Siento que volví a nacer». Recordé que acababa de cumplir mi segundo año en la cárcel.

Fui llevado al pabellón número cuatro a los quince días de estar recluso en la barraca. Cada uno de estos edificios en forma de tanque, fue diseñado para contener a 930 hombres, pero a menudo había 1.500 o más. Cada pabellón tenía seis pisos con noventa y tres celdas. Las celdas habitables debían tener dos literas de lona sujetas a cada pared. Sin embargo, en la mayoría de los casos, faltaban las cuerdas que sostenían las literas o las camas de lona. Rara vez se podía armar una cama completa.

En el centro de estos silos había una torre donde los guardianes se sentaban y vigilaban a cada preso todo el tiempo, y había una claraboya encima de la torre de vigilancia. Tres celdas servían de alcantarilla en cada piso. Los excrementos de seis mil hombres eran canalizados hacia un sumidero abierto por detrás del campamento.

Los reclusos de la Isla de Pinos a duras penas podían considerarse seres humanos de carne y hueso. Se parecían más a esqueletos con vida. La piel de algunos hombres se oscurecía y se arrugaba tanto que parecía un cuero barato. Otros se pusieron tan pálidos que parecía que sus cuerpos no tenían nada de sangre. Muchos no podían permanecer parados durante el repetido pase de lista diario. Supe pronto porqué. El sólo mantenerse vivo en esta Siberia cubana era una lucha diaria.

Cada día comenzaba a las 4:00 a.m. Marchábamos a la planta baja, luego al comedor, tras el recuento de la mañana. El desayuno consistía de una pequeña taza de café diluido o agua con azúcar y una rebanada de pan tan delgada que uno podía ver a través de ella. Como yo no tomaba café, a menudo pasaba sin él.

Comíamos un tercio de una lata de leche condensada de macarrones o harina de maíz, siempre sin condimentos y siempre en una condición menos que apetitosa, a las 12:30 p.m. Pasaban lista y cenábamos un par de tubérculos españoles que flotaban en agua caliente, entre las 4:30 y las 6:00 p.m. Los domingos agregaban algunos trozos de pescado cocido o una papa al agua caliente. Los cocineros de la cárcel variaban ocasionalmente nuestra dieta con arroz cocido y frijoles podridos, un gesto humanitario para que la cárcel se hiciera menos aburrida, de eso no cabe duda.

Trasladarse a un bloque de celdas nuevo era una experiencia interesante. Primero: uno debía encontrar un espacio disponible, territorio que aún no hubiera sido ocupado. Esto era importante, porque el territorio era más o menos todo lo que la mayoría de los presos podían considerar propio. Un preso nuevo debía hacer usualmente trueque por un sitio. Los intercambios más atractivos eran los cigarrillos, dinero, cigarros puros y medicamentos.

Me paseé de acá para allá, en el pabellón número cuatro, en busca de una celda para residir, cuando noté a un grupo de presos que me lanzaron una mirada, luego susurraron entre ellos. ¡Entonces oí su conversación! «¡Llegó el pastor de La Cabaña!».

Me pregunté si mi reputación jugaba a favor o en contra mío, pero no tuve que esperar mucho para saberlo. Dos desconocidos se me acercaron cuando me preparaba para subir las escaleras al sexto piso.

«Señor, perdón —dijo uno de los presos— me llamo Rosendo Martínez, y él, Abelardo Márquez».

Después de presentarme, Rosendo sonrió y dijo: «Sabemos todo sobre usted. Usted es el predicador de La Cabaña». Era evidente que los dos hombres habían venido a inspeccionarme. Representaban a un grupo

de cristianos que no estaban adscritos a ninguna confesión religiosa en particular del pabellón. Los vínculos del amor cristiano se formaron inmediatamente entre nosotros.

«No vaya a las celdas del sexto piso –me advirtió Abelardo– no hay pasamanos en las escaleras para impedir que se caiga, y usted debe subir y bajar cinco o seis veces al día para hacer sus necesidades básicas». Los hombres me instaron a que me juntara con ellos en el segundo piso, en la celda 79. No me tardé en absoluto en instalarme en mi nuevo entorno.

Tras contestar todas sus preguntas, llegó mi turno. «¿Hay alguna manera de entrar a los otros pabellones?» pregunté.

Negaron con sus cabezas. «No que sepamos».

Pensé por un momento, luego les pregunté: «¿Hay alguna Biblia aquí?».

Los dos hombres miraron primero en una dirección y después en otra. Rosendo se tocó los labios con el dedo.

«¡Chitón! –advirtió– si llega a saberse que...». Miró nerviosamente alrededor.

Abelardo se me acercó. «Se erigió una iglesia entre el pabellón 3 y la barraca de recepción cuando construyeron inicialmente la cárcel», explicó. «Diferentes confesiones realizaban sus oficios religiosos, durante la administración de Batista, pero la iglesia fue arrasada con motoniveladora, cuando Castro llegó al poder. Encontré esto entre los escombros». Sacó con sumo cuidado un manojo de papeles destrozados por debajo de su ropa gastada. Alisó con cautela las preciadas páginas.

«Esto es todo lo que tenemos de la Palabra de Dios –susurró– San Mateo y San Lucas, segmentos dispersos de las epístolas de Pablo y desde Isaías hasta Malaquías».

Sentí un torrente de lágrimas. Con sólo ver este tesoro precioso me quedé momentáneamente mudo. Mi misión para Dios podía continuar con esta Biblia destrozada.

Se notaba que mis nuevos compañeros de celda estaban tan entusiasmados como yo por empezar el estudio bíblico. Comenzamos con los Evangelios. Decidimos comenzar nuestro programa de dar

testimonio en el pabellón número cuatro. Rendíamos culto a Dios juntos, por las mañanas, sólo nosotros tres, hasta que se sumó otro preso llamado Gregorio Rubio. El número seguía creciendo gradualmente. Nuestra celda se convirtió en el lugar adecuado para refugiarse del ajetreo de la vida en la cárcel. Aunque éramos hombres de diferentes doctrinas que asistíamos a los mismos oficios religiosos, establecimos un lema: «No importa a qué iglesia pertenecemos si todos estamos en el Calvario. Si su corazón es como el mío, déme la mano y será mi hermano».

Tuvimos otro oficio religioso al atardecer. Vinieron a rendir culto a Dios hombres cuyos trasfondos variaban desde médicos e ingenieros muy educados hasta los más humildes campesinos que nunca habían asistido al colegio. Algunos llegaron por un deseo de desarrollar una devoción espiritual. Otros, por curiosidad, les gustó lo que escucharon y regresaron. Notas claras y nítidas de alabanza llenaban el pabellón número cuatro, dos veces al día, cuando alzábamos nuestras voces para cantar. La belleza dulce de los himnos cristianos servía de imán para atraer a los reclusos con almas hambrientas, en un ambiente acostumbrado a las groserías y al dolor. Nuestra pequeña celda no tuvo capacidad para tantos a los pocos días.

Esto les molestó a los guardianes en la torre. No les gustó poder ver a cada preso todo el tiempo. Su inquietud estalló un día.

«Despejen la celda», gruñó un guardián desde su puesto elevado. Le apuntó al grupo y disparó, para asegurarse que su orden fuera cumplida. Las balas rebotaron por las paredes de concreto y convirtieron los fragmentos de hormigón en metralla peligrosa que hirió a varios hombres. Sin embargo, continuamos realizando nuestros oficios religiosos. El hostigamiento de los guardianes actuó como un aliciente, en lugar de ahuyentar a los fieles. Los presos iban en tropel cada vez más a nuestra celda.

Los guardianes reportaron nuestras reuniones a la jefatura por temor a una insurrección, y fui llamado a dar explicaciones. Cuando me rehusé a suspender los oficios religiosos, el comandante, capitán Bernardo, me gritó y echó pestes, amenazó e intimidó, pero fue en vano. Me negué a interrumpir nuestros oficios.

«¿Usted piensa que triunfó?, bufó enojado. «El problema se solucionará sólo en pocos días. No va a tener el tiempo ni las energías para esta estupidez». Ordenó con un gesto de la mano: «Guardián, regréselo a su celda».

Los Campos de Muerte en el Caribe

Un guardia me regresó al pabellón número cuatro. Un interrogante persistente y tácito se suscitó entre nosotros, cuando le informé a mis compañeros de celda sobre la fatídica amenaza del comandante. ¿Qué más nos podían hacer nuestros guardias? ¿Cuánto más deprimente podían hacer nuestra vida? Descubrimos demasiado pronto las respuestas a estos interrogantes y a muchos más.

Pensé que era extraño que nos dieran de comer pollo asado, hasta que se propagó la noticia por el calabozo que las intensas lluvias habían inundado una gran finca avícola en la zona y que muchos pollos se habían ahogado. Los cocineros de la cárcel asaron las aves para los presos en lugar de desechar esa carne podrida. En la mañana siguiente nos dieron leche, o algo que parecía ser leche. Era una mezcla pulverulenta hidratada con agua con que alimentan normalmente a los terneros y cerdos.

A los dos días, los guardianes nos dieron nuevos uniformes amarillos y botas de caña alta de trabajo. Estos uniformes, odiados por los civiles fuera de la cárcel, hicieron que nos catalogaran para siempre como presos políticos. Los soldados nos cortaron el pelo y nos hicieron posar para las fotografías de las fichas. Descubrimos más tarde que el oficial de las fuerzas de seguridad de la cárcel envió un mechón de pelo de cada preso, junto con su fotografía, a otros países comunistas para los archivos. A partir de aquel día, Humberto Noble Alexander dejó de existir para los oficiales cubanos. El número 30954 ocupó su lugar.

Más tarde, esa noche, escuchamos las últimas noticias y luego las pasamos por el calabozo. Los oficiales iban a comenzar el Plan Camilo Cienfuego, un plan concebido para despedazar la moral de los presos y

explotar la productividad de la isla con trabajos forzados, con la ayuda de todos los seis mil presos de la cárcel de la Isla de Pinos.

El Plan Camilo Cienfuego se originó con un programa piloto llamado el Plan Morejón, que se le llamó así por su fundador, un sargento rudo que trató a sus soldados de una manera tan brutal que se ganó la fama de ser el peor negrero del sistema militar cubano. Morejón eligió al azar a trescientos presos y les ordenó a sus soldados que los llevaran a los campos y los pusieran a trabajar hasta que cayeran muertos. La más mínima demora en acatar una orden le acarrea la muerte al preso.

De los trescientos hombres que estaban destinados a ser ejecutados, sólo doce fueron en realidad asesinados. Doscientos ochenta y ocho presos trabajaron directamente sin mostrar debilidad, y de ese número, doscientos cincuenta fingieron haber sido «reeducados». Un solo hombre se rehusó a aceptar «el lavado de cerebro», al cabo de los noventa días. El comité central consideró que el proyecto piloto había sido todo un éxito y ascendió a Morejón a primer teniente. En 1964, el comité decidió adoptar el plan Morejón para todos los seis mil presos de la Isla de Pinos y le pusieron el nuevo nombre de Plan Camilo Cienfuego.

Hubo un cierto tinte de ironía cuando le pusieron el nombre de Camilo Cienfuego al programa de trabajos forzados. Cienfuego había sido un comandante famoso en el gobierno de Castro. Luchó denodadamente contra el gobierno de Batista, durante la revolución, y se ganó el título de jefe del Ejército Revolucionario. El comandante Cienfuego, junto con varios militares de carrera, protestaron contra la decisión del nuevo gobierno de despojar a todos los ex-soldados y oficiales de todos sus derechos y consideraron esta decisión sumamente injusta.

«Está bien si no los queremos utilizar en el nuevo ejército. Retirémoslos. Pero muchos de estos hombres han estado en el ejército por más de veinte años. Merecen un trato mejor», sostuvo Cienfuego. «No los puedo privar de algo que les pertenece».

Cuando el comandante Hubert Matos, otro oficial de alto rango, decidió dimitir de la revolución por la injusticia, le ordenaron a Cienfuego arrestarlo. Llegó en su avión privado al estado Matos en Camaguey, pero

tras una breve conversación, Cienfuego decidió no arrestar al hombre. El refrán popular que dice: «la revolución es un monstruo que devora a sus hijos», demostró ser verdad, pues el comandante Cienfuego nunca regresó a su casa. Su avión desapareció misteriosamente y él fue declarado muerto. El hombre que abogó por la imparcialidad en el nuevo gobierno fue «honrado», años más tarde, con el calificativo de héroe, cuando el programa de trabajos forzados de Castro del siglo veinte, llevó su nombre. Y la Isla de Pinos se convirtió en el campo de prueba.

Las luces del pabellón se encendieron a la mañana siguiente a las 4:00, y los guardias gritaron para que nos levantáramos. Me paré dando traspiés, me vestí y me metí a la fila. Después de pasar lista, los guardianes nos mandaron a desayunar y nos dieron de nuevo la ración de la mencionada leche.

Escuché que llamaron el número de mi bloque, el número ocho, cuando acababa de terminar con mi plato sopero de mazmorra. Comencé a tatarrear en voz baja la letra del himno «Cuando pasen lista a lo lejos», sin saber porqué. Solté una risita y luego me puse firme en seguida, ya que quienes vacilaban u olvidaban sus números sufrían las consecuencias lamentables de ser golpeados en la cabeza con la culata del fusil o apuñaleados en el muslo con la bayoneta.

Los guardianes nos empujaron a los camiones como si fuéramos una manada de vacas y nos llevaron a un campo de pasto elefante. Un camión más pequeño, lleno de soldados, se paró detrás de nosotros antes que desembarcáramos. Los soldados se apostaron a lo largo en el borde del campo. El sargento encargado, Luis Sánchez, le ordenó a un cabo que abriera las puertas de nuestro vehículo. El granjero, dueño del campo donde íbamos a trabajar ese día, se hizo a un lado mientras nos bajábamos de los camiones y hacíamos fila para que nos contaran. Los soldados pasaron por la fila entregando machetes, después del recuento. Cuando se le acabaron los machetes al sargento, les informó a los demás presos que debían hacer bultos de heno con el pasto que había sido cortado por los primeros presos.

El sargento supervisó el trabajo en el campo y les dijo a los soldados cuándo debían golpear, apuñalar, disparar o matar a un preso. Durante el día, uno que otro soldado se escondía de vez en cuando por detrás de un fardo de heno, para hostigarnos con su fusil mientras trabajábamos. Aprendimos rápidamente que cualquier cambio en la rutina de un guardián acarrearía problemas tarde o temprano.

A veces, cuando le permitían a los presos enviar o recibir correo de sus familiares, el sargento dedicaba parte de su día, sentado a la sombra de un árbol cercano, leyendo las cartas y decidiendo si debían ser entregadas o no.

Trabajamos cada día hasta el mediodía, después de lo cual el sargento Sánchez tocaba el pito para anunciar el almuerzo. Uno a uno, la fila de presos pasaba lentamente por un punto de inspección, donde un cabo nos entregaba un plato de metal y el siguiente soldado arrojaba un pegote blanco de una mazamorra hostigosa. Yo cogía mi comida, caminaba hacia el lugar que me indicaba el guardián y me sentaba a mirar esa cosa de apariencia extraña que se suponía que debía comer. Uno debía cortar la recocida mazamorra sin sabor como si fuera un postre para poderse la comer.

A los presos les tenían prohibido hablar entre si, pero mi vecino dijo en murmullos: «¿Qué se supone que es esta cosa?».

«Creo que son macarrones», susurré moviendo apenas los labios. «Por lo menos se parece a macarrones, creo».

El sargento tocó el pito al final del descanso y formamos una fila para un nuevo recuento de personas. Nos ordenó que regresáramos a trabajar, una vez se cercioró que ninguno de los presos se había fugado durante el descanso.

El sol sofocante de la tarde azotó despiadadamente nuestros cuerpos sudorosos e hizo que nuestras espaldas se tostaran y ampollaran. Los presos, debilitados por la desnutrición y la tortura, cortaron a golpe de machete el pasto elefante hasta las 7:30 u 8:00 de la noche.

Los guardianes realizaron otro recuento de personas en el campo antes de regresar al complejo carcelario y pasaron lista por última vez en

el patio de la cárcel. Nos dispersamos hacia nuestras celdas, a eso de las 10:00 p.m., para dormir un rato.

La primera noche, estuve despierto sobre mi litera durante varias horas. Mis músculos que no estaban acostumbrados daban alaridos de dolor por haber abusado de ellos ese día. Sin embargo, estos no eran la causa de mi desvelo. Lo era mi inquietud por no guardar el sábado judío.

Aunque no me molestaba trabajar de lunes a jueves en los campos, sabía que, como adventista del séptimo día, no podía trabajar el viernes, ya que el sábado comienza al anochecer, mucho antes de regresar a la cárcel. Supe que debía hacer algo, pero ¿qué? ¿En quién podía confiar? Los espías y soplones de la cárcel nos podían escuchar hablando, y nos meterían en un lío tanto a mí como a la persona a quien le confiara mi secreto.

Luché de nuevo con mi problema la segunda noche. ¿Será que debo ir de todas formas a los campos? ¿Qué pasará si no lo hago?, ¿si me rehúso? Me sentí débil, vulnerable y muy solo. Pero supe lo que debía hacer.

Trabajé de lunes a jueves como era exigido. Cuando el bloque salió hacia los campos el viernes por la mañana, me oculté entre las sombras de mi celda y esperé. Otros cuantos presos también decidieron quedarse, por motivos que desconocí.

«¿Está enfermo?» preguntó uno de los presos.

«No», respondí y no di más información de lo necesario.

«Se va a meter en serios apuros», advirtió otro preso.

«Estoy seguro que ya me metí en un problema grave», respondí.

No pasó nada al principio. No había guardianes gritando, ni perros amenazando con atacar, nada. Dos oficiales aparecieron hacia las 9:30 y fueron de celda en celda para interrogar a cada preso que se había quedado. Entraron a zancadas en mi celda al poco tiempo.

«¿Por qué está aquí hoy?», preguntó uno de ellos.

«¿Tiene una excusa médica?», preguntó el otro.

«¿Lo citaron para ir a la oficina de administración?».

«¿Está trabajando en el pabellón?».

Me bombardearon a preguntas a toda prisa y con exactitud.

Un teniente especial entró en mi celda al final del interrogatorio y gritó: «Número 30954, soy del Departamento de Veeduría Interna. Tiene que venir conmigo». Me sacó del edificio, donde me reunieron con otros presos que no habían aparecido cuando pasaron lista esa mañana. Él y sus secuaces armados nos llevaron, a punta de fusil, al «lago», la alcantarilla abierta de la cárcel. Nos ordenó parar en la orilla.

«Los han asignado a cortar el pasto dentro del estanque por no presentarse para trabajar esta mañana», el teniente nos informó haciendo una mueca de desprecio. «Guardias, échenlos al agua».

Dos guardianes me cogieron de las piernas y los brazos y luego me levantaron por el aire. Hice mucho ruido cuando caí al agua. Traté de ponerme de pie con dificultad en el fondo fangoso mientras me hundía bajo la superficie. Por fin logré nadar lo suficiente cerca de la orilla para ponerme de pie.

Quedé sumergido bajo los vapores nauseabundos que emanaban del excremento y de otros restos en putrefacción. Me revolqué en el agua para tratar de escapar, pero no hubo forma de huir. Los guardias se alinearon a lo largo del estanque, nos apuntaron con sus fusiles y nos desafiaron a que tratáramos de salir trepando.

Alcé la mirada al cielo y oré: «Señor, sálvame por favor. ¡No aguanto más! ¿Cuánto más voy a poder sobrevivir?». Luché por mantener mi mentón elevado para no permitir que la suciedad entrara en mi boca. Me cansé de la batalla constante por mantenerme de pie. Muchos de mis compañeros de sufrimiento se dieron por vencidos y murieron posteriormente por infecciones terribles. Samuel Vidahuereta, uno de mis amigos del alma, contrajo una infección y murió a la semana. «Señor, por ti lucharé por mantenerme vivo. Pero, ¿por qué Señor? ¿Dónde estás en todo esto?» grité.

Dios me escuchó. Después de mi oración, mis ojos se fijaron inmediatamente en una planta, un lirio, con un botón que crecía sobre la

superficie del agua pestilente junto a mi cara. Miré fascinado el botón del lirio que reaccionaba a la luz solar de la mañana. El capullo brotó lentamente, con la gracia de una bailarina de ballet, para convertirse en un lirio de color blanco puro. «Un lirio blanco en esta suciedad –pensé– ¡es imposible!». ¿Cómo puede haber un ser vivo tan puro y tan blanco en esta mugre asquerosa?».

La promesa que se encuentra en Hebreos 13.5 me cruzó la mente como un relámpago». . . *No te desampararé, ni te dejaré. . .*». ¿Dónde estaba mi Dios? Había preguntado. Supe de repente que mi Dios estuvo al pie mío, allí en la alcantarilla. Intenté formarme una imagen mental del Creador del universo soportando este lodazal de suciedad conmigo, por mí; la idea me dejó abrumado y me dio una lección de humildad. Al cabo de tres horas, el teniente ordenó sacar a los presos del pozo negro.

«¡Esto es sólo una pequeña muestra de lo que les pasará si deciden escurrir el bulto de nuevo! La próxima vez podrá ser una golpiza o incluso un balazo», advirtió antes de llevarnos a nuestros pabellones.

Acongojado, regresé a mi celda y consideré mi destino. El padre de las mentiras me bombardeó la mente con advertencias alarmantes del teniente, que me tentaron a sucumbir ante la presión. El demonio astuto se ideó una docena de maneras para que fuera al campo en la mañana sin que tuviera que trabajar en realidad.

El sábado siempre había sido el gozo de mi semana, pero mañana iba a ser una prueba en lugar de un placer. No tuve opciones, a pesar de las tentaciones de Satanás tenía que volver a desobedecer y sufrir las consecuencias de mi decisión. No lo haría ni podría dejar de observar el sábado judío.

Me pregunté si esta iba a ser mi última noche en la tierra, mientras me eché con la mirada perdida en la oscuridad de mi celda. Después de tener que estar de cara a un oficial furioso por la mañana, ¿la próxima cara que veré será la de Jesús, mi Señor?

Podía escuchar gotas de lluvia diminutas afuera, que golpeaban el techo de hojalata del pabellón. Las gotas de lluvia crecieron en número y tamaño, durante toda la noche, para convertirse finalmente en un fuerte

aguacero. Por mi melancolía, era como si todo el cielo llorara conmigo. Le recordé a Dios de su promesa de no permitir que seamos tentados más allá de lo que podamos soportar, de suministrar una vía de escape. Parecía de algún modo que estaba por fin de mejor humor, lo que me permitió dormir.

Llegaron las cuatro de la madrugada con la luz resplandeciente y el estruendo de los megáfonos. Me levanté, me vestí e hice la fila para el desayuno, donde, a manera de zombis, avanzamos por la lluvia torrencial hacia la planta baja. Levanté la vista hacia las nubes oscuras y tormentosas que encapotaron el cielo.

«Quizás no nos hagan salir con este tiempo», sugirió el preso junto a mí.

Me encogí de hombros. Dudaba que nuestros verdugos tuvieran tanta compasión. Pero, pese a todo, una chispa de esperanza brilló en mi mente. ¿Será que la lluvia es la vía de escape que me envió el Señor esta mañana?

Apenas habíamos terminado de desayunar cuando sonó el sistema de megafonía. «Bloques números 1, 2 y 3 formen fila en la zona de transporte». «Mala suerte», pensé. Los negreros nos van a obligar a los esclavos a sudar tinta en el barro, bajo la lluvia torrencial.

La voz llamó los siguientes tres bloques, 4, 5 y 6. Contuve la respiración. Iban a llamar mi número de bloque en cualquier momento. Tenía una última oportunidad para arrepentirme. No, no podía reconsiderarlo. No valía volverse atrás. No podía flaquear, ahora menos que nunca después de todo por lo que ya había pasado. «Bloques 7, 8 y 9...» me senté, paralizado en mi litera. Rosendo Valdés, un compañero que también guarda el sábado, se sentó junto a mí. «¡Vamos!, —me engatusó— actúe de forma inteligente en cuanto a esto. Vaya a los campos. Dios entenderá y te perdonará».

Negué con la cabeza.

Me lanzó una mirada, luego se dio prisa de mala gana para ocupar su lugar para el pase de lista. Escuché que el oficial comprobaba los números de cada uno de mis compañeros de cárcel. Clavé los dedos en mi piel

mientras esperaba mi suerte, la cual no se hizo esperar. Su voz retumbó por el sistema de megafonía. «¿Dónde está 3-0-9-5-4? ¡3-0-9-5-4!». El oficial continuó pasando lista mientras esperaba en mi celda. Supe que era inútil esconderme. Me iban a encontrar tarde o temprano e iba a sufrir las consecuencias. Así que esperé.

El sargento entró como un huracán en mi celda y gritaba: «¡Mire, 3-0-9-5-4! Usted hizo retrasar el bloque casi una hora. ¡Esto es un acto de sabotaje contra el plan y le va a costar!». Luego agregó por si acaso: «¿Por qué no está en el recuento de personas?».

«No voy a trabajar hoy», contesté en un tono de voz tan calmado como pude.

Me miró detenidamente con un gesto de desaprobación. «¿Está enfermo?»

Lo miré a los ojos. «No, señor, pero según mi fe no puedo trabajar hoy, sargento».

«Bien», gruñó el soldado, mientras me sujetaba del brazo, «tengo un jefe y él dice que debo llevarlo al campo».

«Sargento, tengo otro Jefe y Él dice:»... *Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra...*».

«Entonces, ¿no va a salir?».

Dije que no con la cabeza. «¡Se acabó! Usted lo ha dicho». Me di cuenta que con esas palabras seguramente había firmado mi sentencia de muerte.

El sargento dio la vuelta repentinamente y salió de la celda. Regresó a los pocos minutos con un capitán de aspecto implacable.

«Así que no va a trabajar», vociferó el capitán. «¿Está instigando una huelga?».

«No, señor –respondí– le dije a su sargento que no iba a trabajar hoy».

El capitán lanzó una mirada al sargento y luego otra vez a mí. «¿Por qué?».

«Señor, porque soy un adventista del séptimo día, tal como puede ver en mis registros».

La cara del capitán se ablandó un tanto y adoptó una postura menos amenazadora.

«Mire, no quiero tener ningún problema en este bloque», explicó. «Voy a ser considerado con usted. Lo llevaré al campo pero no tendrá que trabajar».

«De acuerdo, capitán, pero no voy a ir hoy», le recalqué en un tono agradable pero firme.

Frunció el ceño por un momento, y luego volvió a intentar. «Hagamos otra cosa. Lo llevo al campo y le doy un balde. Cuando sus compañeros tengan sed, les da de beber agua. Eso es un obra de caridad, ¿cierto?».

Moví lentamente la cabeza negando la pregunta. «No voy a ir hoy».

El capitán reanudó su actitud amenazadora. «Número 3-0-9-5-4, no será tan fácil como ayer para usted».

«Fácil», pensé. «¿Llama fácil a lo que me pasó ayer?».

Al no responder, el capitán se encogió de hombros. «Bien, usted se lo buscó». Los dos soldados salieron de mi celda.

El capitán regresó una hora más tarde, junto con un teniente y otros dos oficiales. «Número 3-0-9-5-4 —dijo el teniente— vendrá con nosotros. Va a ser un ejemplo para cualquier otro preso que pueda estar planeando una huelga o que quiera sabotear el éxito del programa».

El oficial y los dos soldados bajo su mando me llevaron al centro del pabellón, cerca de la base de la torre. Cada uno de los tres hombres llevaba un pedazo de cable eléctrico. El extremo de cada uno había sido abierto en tres partes. Me voltearon para estar de cara a la torre. Escuché el zumbido que hacían los cables cuando los oficiales los movían por el aire. Me azotaron con los cables en la espalda. Me caí al piso. Los cables rasgaban mi piel una y otra vez. Uno de los soldados me echó un baldado de agua para reanimarme, cuando me desmayé del dolor. Al recobrar el sentido, el capitán preguntó: «¿Va a trabajar?».

«Hoy no», dije con voz entrecortada.

Tres veces me azotaron con los cables sobre mi piel. Tres veces perdí el conocimiento por el dolor, para ser reanimado con baldados de agua. Tres veces el oficial preguntó si ahora iba a trabajar. Cada vez pensé que iba a morir ahí mismo sobre el concreto.

Después del cuarto azote, el oficial preguntó de nuevo: «¿Va a trabajar hoy?».

«No», dije, sin poder decir más que un susurro. «Sólo máteme y acabe con eso».

«¿Eso es lo que quiere?, ¿ser un mártir?». Pasó a grandes zancadas por mi cabeza y regresó de nuevo. «¡No somos tan tontos!».

El oficial se volvió hacia el otro hombre y espetó enojado: «¡Está loco, es un fanático!». Al decir eso, dio la vuelta apoyándose sobre sus talones y se marchó.

No supe si iba a vivir o a morir mientras estaba tendido sobre un charco de mi propia sangre. Sólo pude enfocarme en mi dolor y en nada más. A los pocos minutos, algunos de los reclusos más valientes se acercaron sigilosamente a mí y me llevaron a mi celda.

No supe en ese entonces que la agonía que padecí iba a preparar el terreno para que mis hermanos santificaran el día de reposo. Los guardianes les decían: «ese es uno de los de Noble» y no los hacían salir el sábado. Pero los guardianes estaban equivocados. Ellos no eran de Noble, eran de Dios.

Un guardián me llevó a la jefatura dos días después, donde me afeitaron, me tomaron las huellas dactilares y me reclasificaron. «Su número ya no es 30954 sino 31450», me informó el comandante de la cárcel. «Ha sido reclasificado como un fanático religioso y peligroso. Usted y sus amigos igual de fanáticos van a ser transferidos al pabellón número dos». Mientras se pavoneaba por su oficina, el comandante dio la vuelta, metió sus pulgares en la pretina de sus pantalones y movió su cabeza con un gesto de seguridad. «Ya sabe que vamos a ganar. Tarde o temprano siempre salimos ganando. Vamos a acabar con su secta de una vez por todas».

Vivir Más Allá del temor

Los guardias me llevaron al nuevo pabellón al día siguiente. Me horroricé cuando entré en el lugar. Los asesinos sicóticos y los enfermos mentales se mezclaban libremente por el pabellón, con tanta libertad que de hecho pude escoger mi propio lugar para dormir. Al principio me pregunté cuál podría ser el propósito de Dios para que me hubieran trasladado a estas dependencias nuevas y tan peligrosas. Sin embargo, la respuesta pronto se vio claramente. Como a los presos de este pabellón se les consideraba locos de remate, los guardianes de la prisión no eran tan diligentes para reprimir un comportamiento inapropiado, y esto implicaba que los cristianos podían practicar su religión con mayor libertad sin sufrir persecución. ¡Esta decisión demostró ser una de las más grandes bendiciones de Dios!

Las noticias de mi llegada corrieron de celda en celda, junto con la razón de mi traslado, mi negativa a trabajar el sábado. Tres presos me buscaron dentro de una hora. «Estamos aquí porque también somos cristianos», dijeron y me sugirieron que escogiera una litera en su celda.

Nos juntamos para tener fortaleza. Los calificativos de adventista del séptimo día, bautista, católico, presbiteriano no importaban en la cárcel. La iglesia de Cristo debía estar unida, y éramos uno solo, allí, en el estado más vergonzoso de una cárcel comunista. Los guardianes trajeron a Antonio y otros cuantos hermanos, a los pocos días, desde el otro pabellón para que se unieran a nosotros. Alabamos a Dios aquella noche por el regalo especial de darnos los unos a los otros. Supimos que era un regalo de Dios porque los oficiales de la cárcel no tenían la intención de hacernos ningún favor.

Mientras que muchos otros presos se rompían sus propias costillas o se amputaban los dedos para evitar ir a los campos, por temor a no regresar nunca, los hijos de Dios se atribuían la promesa de 1 Corintios 10:13: «... *fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar...*».

Me negué a trabajar cada semana durante las horas del sábado. Los resultados de aquella decisión variaban. Algunas semanas mis verdugos me golpeaban por resistirme. Otras, ignoraban mi resistencia sin motivo aparente.

Mientras que nuestra resistencia constante ante la persecución era una forma de dar testimonio de Dios a nuestros compañeros de cárcel, también lo hicimos de otras maneras. Los actos de servicio, como cuidar a los enfermos, compartir nuestra ración de comida diaria con los ancianos y los débiles, animar y orar con los presos que habían perdido la esperanza, atrajeron la atención de nuestros compañeros de cárcel. El solo hecho de ser amables el uno con el otro hizo que sobresaliéramos del resto de la población de presos.

Pero aún así quisimos hacer más. Decidimos, como iglesia, realizar obras clandestinas de servicio. Nos preguntamos qué teníamos que otros reclusos quisieran o necesitaran. Tras orar al respecto, decidimos dar clases. Un integrante de nuestro grupo sabía francés, otro inglés. Yo, álgebra. Enseñábamos estas clases normales y corrientes, y en el proceso, sobre Dios y su amor.

Funcionó. Llegaron uno a uno, hombres que les perseguían los recuerdos del pasado y desprovistos de un futuro. Los presos llegaron semana tras semana, mes tras mes, ya sea atraídos por una sonrisa compasiva, un acto amable, o por el odio a nuestro enemigo común. El número aumentaba. La fortaleza y el enfoque de los cristianos unidos se mofaba de todo el sistema carcelario comunista, un sistema concebido para aislar y quebrantar la resistencia de un hombre hasta someterlo a un control total de la mente.

Dimos testimonio de Dios en cada oportunidad que tuvimos, incluso a los oficiales de la cárcel durante las sesiones de interrogación. En una

ocasión, tras una sesión larga y frustrante, un oficial de la cárcel desenfundó su pistola y me dijo: «¡No me importa si usted es un pastor, no puede hablar aquí de religión!». Me pegó un tiro en mi mano y pierna derechas para dejar bien claro su mensaje. Cuando me desplomé, agregó: «La próxima vez, le pego un tiro en la boca».

Supe que no había proferido una amenaza a la ligera porque ya lo había hecho con otro pastor. Los oficiales nos golpearon; nos ofrecieron sobornos, nos pusieron en cuarentena por nuestra «enfermedad»; nos dividieron y nos separaron con la esperanza de reprimir el fervor evangélico. Con todo, el evangelio de Jesucristo no se pudo reprimir.

El mismo diseño del complejo carcelario hacía fracasar sus esfuerzos. Cada pabellón tenía entre mil y mil quinientos presos y operaba como un pueblo. Y como en cualquier corregimiento, los chismes corrían a una velocidad extraordinaria de un extremo al otro y traspasaban fácilmente las barreras que parecían impenetrables hacia los otros pabellones. Y así como la persecución religiosa hizo que los creyentes de la iglesia cristiana primitiva divulgaran el evangelio de Jesucristo por todo el mundo conocido en ese entonces, los castigos diseñados por nuestros verdugos para impedir el crecimiento del cristianismo en la Isla de Pinos, en realidad difundieron la buena noticia a los otros pabellones. Nuestra pequeña feligresía llegó a noventa y cinco antes de los dos años. Realizamos clases bautismales, formamos un coro, celebramos reuniones especiales para los presos más jóvenes e ¡incluso establecimos una junta directiva de la iglesia! Y todo esto fue posible por el hecho que éramos supuestamente locos, y por lo tanto, nuestras actividades no *debían* ser tan restringidas. ¡Por primera vez me alegré que me consideraran loco!

Tuvimos acceso a una Biblia que había sido introducida fraudulentamente para nosotros, y con ella hicimos copias escritas a mano de los versículos que utilizábamos en nuestras clases. Las provisiones de papel se reducían al respaldo de las cajetillas de cigarrillos y a otros pedazos de papel suelto que pasaban por nuestras manos.

Una noche, después que los miembros de la clase bautismal regresaron a sus celdas, Antonio y yo nos apresuramos para guardar todas las evidencias de la reunión.

Quité un trozo de bloque de cemento roto por detrás de la litera, deslicé en ese escondite una copia de los segmentos escritos a mano de la Biblia y luego volví a colocar el pedazo de hormigón. «Muchas de las clases bautismales ya están listas. Si pudiéramos encontrar la manera de bautizarlos, sobre todo al hermano Balbón».

«Lo sé». Antonio se acercó a la puerta para asegurarse que ninguno de los guardianes estuviera lo suficiente cerca para oír nuestra conversación. «Balbón se enteró hoy mismo que iba a ser transferido de vuelta a la isla principal».

Lo admití con la cabeza. «Y ¿quién sabe si habrá un pastor o una comunidad cristiana en la cárcel a donde lo envían?».

«Bueno —Antonio afirmó— Dios sabe. Si Dios quiere que el hermano Balbón se bautice antes de ser transferido, será bautizado, ¿no es cierto?».

«¿Qué tal salió la práctica del coro esta noche?», pregunté. «¿Van a estar listos para cantar en el oficio de despedida del hermano Balbón?».

Nuestro coro, llamado «El club de jóvenes» cantaba en nuestros oficios religiosos, en las reuniones de jóvenes los viernes por la noche, en las despedidas de algún hermano que era transferido o puesto en libertad y en cualquier otra ocasión especial que la familia de la iglesia organizara. Las canciones como «Este mundo no es mi hogar, estoy de paso nada más» y «Confíemos y obedezcamos, pues no hay más remedio» al cantarlas a cuatro voces, tomaban un patetismo único, cuando hacían eco en las paredes grises y austeras de la cárcel.

La rutina oficial de trabajos generales permanecía igual. Los soldados llevaban a los presos a los puestos asignados cada mañana, después de pasar lista. Los oficiales de la cárcel, paranoicos por fugas exitosas en el pasado, impedían que los guardianes y la población civil llegaran a conocer muy de cerca a cualquiera de nosotros, alternando nuestros trabajos diarios.

Todos los presos, sin distinción de edad, debían hacer la misma cantidad de trabajo. Algunos días cortaba pasto elefante para forraje del ganado o desyerbaba los jardines. Otras veces cogía toronjas o naranjas. Un equipo nuestro colocaba ocasionalmente alambre de púas en las fincas ganaderas y hacía el cercado por acres. Pero el trabajo más duro que

asignaban era en la cantera de mármol. En vez de que nos dieran un machete, blandíamos un mazo de veinticuatro libras de sol a sol, para romper piedra. Entre más alto subía el sol, más caliente azotaba nuestras espaldas desnudas y más caliente se ponían las rocas bajo nuestros pies, para convertir la cantera de mármol en un horno gigantesco. Se nublaba nuestra vista durante horas, por el reflejo del sol sobre las rocas de mármol.

Vaquerito, el jefe del bloque número ocho, nos llevó una mañana a un campo cerca de un pueblo que nosotros los presos llamábamos Moscú, porque allí vivían una gran cantidad de ateos y socialistas. Los primeros rayos del sol apuntaban en el horizonte mientras que Vaquerito terminaba de pasar lista y recorría pomposamente a lo largo de la fila. Aunque no teníamos respeto por el pequeño jefe creído del bloque, si le teníamos miedo. Se esforzó mucho para ganarse la reputación de ser el jefe de bloques más malo, cruel y despiadado. Le ordenó a sus guardianes que nos entregaran los machetes y nos hizo cortar y reunir forraje para el ganado cerca de la aldea.

Aunque la rutina de la mañana no había variado con respecto a las otras mañanas en los campos, había algo que me parecía extraño. Primero: los guardias andaban rondando cerca de los presos en lugar de estar por fuera del perímetro exterior del campo. Segundo: uno de cada cuatro soldados tenía un fusil belga automático. Los demás soldados portaban los fusiles rusos habituales, AK-47. Todos los guardianes movían nerviosamente sus armas de un lado para otro, como si estuvieran listos para atacar.

Los presos hicieron la fila acostumbrada a lo largo de un extremo del campo y comenzamos a cortar hileras de heno con nuestros machetes. Habíamos avanzado una cuarta parte del camino cuando algunos nos dimos cuenta que Seruto, un hermano joven cristiano de nuestro grupo, se rezagó de la fila de trabajo. El soldado más cercano gritó, antes que cualquiera de nosotros lo hiciéramos notar sin llamar la atención.

«¡Oiga, usted!» Pronunció el número de Seruto. «Se está quedando atrás de los demás trabajadores. ¿Será que tiene la intención de escaparse?»

Seruto asustado contestó de prisa: «No, no».

La tensión creció por el aire fresco de la mañana. Aunque nosotros continuamos trabajando, nos acercamos lentamente en un esfuerzo por cerrar la brecha y estirar la fila de trabajadores a su alrededor. Con eso esperábamos protegerlo de cualquier arrebato de violencia.

Los guardias se nos abalanzaron sin previo aviso, nos golpearon con nuestros machetes y con las culatas de sus fusiles. Nos golpearon en la cabeza, hombros y en la espalda desnuda. Luchamos por continuar trabajando y por mantener nuestro grupo compacto. Más allá del frenesí sanguinario, escuchamos a Vaquerito gritar: «¡Abra fuego!». El campo se volvió inmediatamente un campo de batalla. Los gritos, alaridos, el martilleo de las ametralladoras y el silbido de las balas de fusil sonaban por todas partes. Algunos presos se cayeron de plano en el suelo; otros, para que no los alcanzaran los disparos, se dispersaron para escudarse en el árbol más cercano o en un bulto de heno. Uno de los oficiales de grado superior corrió hacia el radio del camión y pidió auxilio. El tiroteo enloquecido continuó hasta que llegaron fuerzas adicionales del G-2.

La balacera se interrumpió tan rápido como comenzó. Una bala le atravesó la pierna al hermano Seruto. Vaquerito examinó la herida y ordenó que lo llevaran al hospital. Los soldados montaron a Seruto en la parte trasera de la camioneta y se lo llevaron. Supimos más tarde que Vaquerito descargó su ira por la atrocidad del día, disparándole un tiro en el cuello a Seruto, en el camino al hospital. El joven quedó paralítico tras recibir el disparo, dejándolo cuadripléjico.

No llegué a entender la inútil parodia, un muchacho en la flor de la vida, reducido a un estado de invalidez e impotencia, sin ni siquiera poder realizar por sí mismo la más simple función fisiológica. ¿Cómo puede algo así servir para la honra y gloria de Dios?

El segundo oficial al mando de nuestro bloque nos ordenó que hiciéramos fila de nuevo para pasar lista. Cuando quedó satisfecho que nadie hubiera escapado en medio de la confusión, gritó: «Todos a los camiones. Van a ser trasladados».

Tras un breve recorrido, llegamos al borde de un terreno cultivado donde nos ordenaron que pasáramos por los largos surcos y los

desyerbáramos. El campo descansaba sobre un valle verde rodeado de colinas por tres lados. Los aguaceros de la primavera y el verano habían llenado los cauces de los ríos, los cuales formaron unos lagos azules increíbles en la región. Pude ver desde donde estaba parado algunos de estos lagos y ríos que corrían hacia la playa Bibijaqua en el océano, a cincuenta kilómetros de distancia.

La belleza del paisaje me dejó sin aliento. Había visto tanta fealdad y dolor que casi había olvidado cuán preciosa podía ser la naturaleza cuando era entregada al Creador. Se me levantó la moral pese a la parodia de la mañana. Mientras desyerbaba los surcos, susurré las palabras del Salmo 148: «...*Alabad a Jehová desde los cielos; alabadle en las alturas. Alabadle, vosotros todos sus ángeles; Alabadle, vosotros todos sus ejércitos... Los montes y todos los collados, El árbol de fruto y todos los cedros...*».

Llegó la hora de almorzar. El hermano Balbón y yo nos arrimamos para comer y discutir sobre los acontecimientos del día. Nuestra conversación cambió de tema y se trataba de su deseo de bautizarse.

«Estoy listo para bautizarme ahora», me recordó el hermano Balbón. «Hermano, debe haber alguna forma —le aseguré— el Señor la debe tener».

Pasó más tiempo del que pensábamos, mientras hablábamos. No escuchamos la orden de formar filas para el recuento de personas. La sombra de un guardián apareció de repente sobre nosotros. «¿No escucharon la orden de formar filas?» gritó con tono amenazador mientras nos apuntaba con su fusil. «¿Están intentando huir?».

Miré sorprendido al cabo que gruñía. «¿Quién? ¿Nosotros?».

«¡Sí! Ordenaron al bloque ponerse en fila y ustedes todavía están aquí sentados, sin hacer nada. Lárguense». Agitó su fusil en la dirección que quería que fuéramos.

Nos pusimos de pie de un salto y nos apresuramos hacia el lugar. El sargento se detuvo delante de nosotros donde estábamos en posición de firme, cuando terminó de pasar lista después del almuerzo. «El cabo», regañó al guardián que estaba a su lado, «lleve a estos hombres al lago». Señaló al más profundo lago en el pequeño valle. «Póngalos a desyerbar el pasto allá».

«Con qué herramientas?» preguntó el guardián.

El sargento arqueó las cejas con desprecio. «¡Con las manos, y no pierda más tiempo! Si se rehúsan a trabajar o tratan de escapar, para eso tiene un fusil. ¡Utilícelo!». Nos iba a dar un castigo ejemplar.

Los demás presos nos miraban mientras el cabo nos llevaba hacia el lago al otro lado de la carretera. Cuando entramos en las aguas heladas, pensé: ¿Por qué no bautizar aquí al hermano Balbón?». Lancé una mirada a mi hermano en Cristo y sonreí. Me adivinó el pensamiento y también me sonrió. «El Señor obra de maneras misteriosas, para realizar sus milagros», dije mientras vadeábamos por el lago. Tomé las dos manos del hermano Balbón con mi mano izquierda y levanté mi mano derecha por encima de su cabeza para pronunciar el voto.

Los presos en la orilla no podían escuchar mis palabras ni percibir lo que estaba haciendo. Comenzaron a gritar porque pensaron que pedía auxilio. El instructor político y los guardianes corrieron hacia ellos en un esfuerzo por recuperar el orden, el mismo instante que sumergí al hermano Balbón en las aguas, luego hice que se levantara. Nos abrazamos con sonrisas y lágrimas, como si fuéramos niños, por la ironía del acontecimiento. ¡Dios no sólo había provisto el escenario más bello para llevar a cabo el primer bautismo en la Isla de Pinos, sino que permitió que ocurriera allí mismo, frente a nuestros enemigos!». El instructor político proporcionó la respuesta a nuestras oraciones, en su intento por castigarnos.

El oficial encargado nos ordenó salir del lago mientras que los guardianes recobraban el orden del resto del bloque. Nos unimos a la fila de presos mientras que los oficiales del bloque discutían qué hacer con nosotros. Sabía que estaban decidiendo mi destino. Habían disparado y matado a varios hombres por cosas de menos importancia. Pero a pesar del peligro, luché por contener la sonrisa. Miré de reojo al hermano Balbón. Su cara estaba también radiante de felicidad.

Los oficiales del bloque llegaron por fin a una decisión. El oficial encargado ordenó que todos los presos se subieran a los camiones y fueran llevados de vuelta a la cárcel. Un grupo de hermanos en Cristo se

dirigió a nuestra celda para conocer de primera mano los acontecimientos del día, inmediatamente después de la cena. Estábamos todavía contando la increíble historia cuando llegaron un oficial de alto rango y dos guardianes armados.

«Balbón, va a ser transferido a Cuba», anunció el oficial sin poder disimular su irritación en cada una de sus palabras. «Debe recoger todos sus pertenencias. El avión está por salir. ¿Usted sabe que lo estuve esperando desde la 1:30 de la tarde?».

Nos quedamos boquiabiertos del asombro. Dios había demostrado una vez más su amor y poder. Que yo sepa, bauticé exactamente al hermano Balbón a la 1:30 p.m. ¿Una coincidencia? ¡Jamás! Dios había convertido una secuencia satánica de salvajismo —la balacera y la parálisis de Seruto— en un triunfo para su buena causa. El Seruto afligido quizás nunca conozca el resultado completo del sacrificio que hizo aquel día, por lo menos no en este lado del cielo.

Después de que los guardianes se llevaron al hermano Balbón, los miembros de nuestra iglesia se reunieron para orar por él y para alabar a Dios por el milagro del día. Rendimos juntos culto a Dios hasta la hora de acostarnos. El clímax espiritual que experimentamos en el curso de los días siguientes nos levantó el ánimo. Por lo menos así fue para muchos de nosotros.

A los pocos días del tiroteo que hirió al hermano Seruto, uno de los hermanos, llamado Ariel, encontró a Roberto Chávez apoyado contra las barras de su celda. Sus ojos oscuros y penetrantes miraban hacia la noche, con la mirada perdida; su rostro joven y guapo estaba inmóvil con un signo de desesperación. Ariel reconoció inmediatamente los síntomas. Había visto esa mirada en las caras de hombres con muchos más años. Roberto había llegado al límite, punto donde su mente y su cuerpo se niegan a soportar más el abuso extremo. Cuando se acercó Ariel, Roberto se enderezó y se movió en seguida, como si se sacudiera para volver a la realidad.

«¡Oiga, Roberto! ¿Qué hace aquí tan solo? ¿Quiere acaparar la brisa para usted?» Ariel lo tomó del pelo, con la esperanza de levantarle la moral.

«No... no, hermano, miro el mar...». Su voz bajó de tono al mismo tiempo que se volteó otra vez hacia la ventana, pero después que su amigo notara su mirada perturbada en los ojos.

Ariel se le acercó y colocó su mano en el hombro de Roberto. «Roberto, ¿qué le pasa? ¿Recibió hoy malas noticias? Se ve muy triste».

Roberto se volvió hacia su amigo y lo miró fijamente por varios segundos, luego se sentó en su especie de catre. Se inclinó hacia delante, apoyó sus codos sobre sus rodillas, cruzó sus manos en la postura clásica para orar y sopló sus dedos antes de hablar. Cuando habló, sus palabras se pronunciaron con calma y pausadamente. «Hace un rato llegué a la conclusión que es mejor dormir con Jesús que continuar como un esclavo de estas bestias».

Ariel carraspeó. «Entonces, ¿qué piensa hacer?».

«Es sencillo». Roberto habló con tono tajante. «Roberto Chávez se negará a trabajar, desde mañana, viernes».

Ariel miró fijamente a su amigo y hermano en Cristo. Las pecas dispersas por la nariz de Roberto lo hacían ver mucho más joven de sus veinticinco años. «Roberto, piense en lo que está diciendo. ¿Se da cuenta lo que significa?».

Asintió lentamente con la cabeza. «Sí, lo sé, pero estoy decidido. ¡Estoy listo para cualquier cosa, cualquier cosa!». Roberto se puso de pie, miró a Ariel, luego se acercó a zancadas otra vez a la ventana enrejada. Era como si pudiera ver más allá de los muros de la cárcel, más allá del horizonte, hacia las playas de la isla principal, Cuba, su patria.

Ariel se acordó de las muchas veces desde su encarcelamiento en que había hecho exactamente la misma cosa, ¡pasaron por su mente los mismos pensamientos! «¿Qué puedo decir para hacerlo cambiar de parecer? ¿Qué esperanza le puedo ofrecer más allá de la bendita esperanza de la resurrección?». Una oleada de impotencia lo invadió. Había poco que podía hacer salvo por dejar a Roberto con sus pensamientos e informarle a los hermanos.

Todos habíamos tenido la misma actitud de Roberto en algún momento. Unos cuantos de nosotros oramos por Roberto durante la noche. «Señor, dale la fortaleza para resistir, para perseverar».

A medida que avanzaba la noche, las nubes borrascosas cubrían los cielos que de acuerdo con la estación debían ser despejados. Durante el recuento de personas de la mañana, cayó una llovizna ligera. Los soldados se arrimaron bajo unas capas gruesas para mantenerse secos mientras que nosotros, los presos, temblábamos con el aire frío y húmedo de la mañana y nos encogíamos como pudimos en nuestros delgados y rotos uniformes. Los presos nos preguntábamos los unos a los otros, por toda la fila: ¿Dónde estará Roberto? ¿Han visto a Roberto esta mañana?». Eché una mirada por todos lados, pero no lo vi. Un preso se parecía mucho al siguiente en nuestra condición demacrada y esquelética y con el mismo atuendo.

El sargento Girón, el líder del bloque 19, pasaba de un lado para otro pavoneándose en frente de los presos. Con cada movimiento que hacía, con cada palabra que pronunciaba, demostraba su desprecio hacia nosotros. Consideraba a cualquiera con una formación académica, tanto a los estudiantes como a los profesionales, como explotadores de la gente. Éramos una ofensa para su propio ser. Más allá de su intolerancia innata, le molestaba que nos negáramos a integrarnos a su «gloriosa revolución».

Nos gritaba con su voz aguda y áspera a través del megáfono que sostenía en su mano. «Vayan a los camiones, no hablen con nadie. Tampoco quiero que se saluden. Y ahora, a los camiones. Dense prisa».

A menudo, cuando un preso veía a un amigo de alguno de los otros bloques, hacía un gesto con la mano o lo saludaba. El sargento Girón no quería que esto ocurriera. Los guardianes nos observaban para asegurarse que nosotros obedeciéramos las órdenes del sargento Girón, mientras que los presos nos apresurábamos hacia los camiones.

A los pocos minutos, la larga fila de camiones avanzó por el campo y luego por la calle principal de un pequeño pueblo de la zona. Como siempre, los residentes adultos hacían señas con la mano a los guerrilleros

anticomunistas a espaldas de los soldados. Los niños, menos tímidos, lanzaban besos y saludaban con la mano desde el otro lado de la vía. Dos camiones se detuvieron más allá del pueblo, a la entrada de un campo de pasto pangola. Los guardianes se bajaron inmediatamente de sus vehículos y tomaron sus posiciones. El sargento Girón nos ordenó a los presos que nos bajáramos del camión.

Después de pasar lista, el sargento gritó: «Vayan y cojan sus azadones. Deben desyerbar estos campos». Todos, menos un preso, cogieron a regañadientes su herramienta y se dirigieron al campo abandonado. Reconocí al instante a Roberto.

El sargento Girón le dijo gruñendo: «¡Oiga, usted! ¿Qué está esperando? Recoja eso y comience a desyerbar, si no quiere...».

«Si quiere que el campo quede desyerbado, hágalo usted mismo», interrumpió Roberto. «¡No voy a arrancar más hierba!».

«¿Qué está diciendo, tonto desgraciado?» Los otros presos observaban escandalizados, mientras que el sargento odiado se acercaba echando pestes hacia donde Roberto estaba parado. «¿Está loco?».

Roberto miró fijamente y sin pestañear el rostro del oficial sorprendido. «Me escuchó. Usted o su jefe lo pueden hacer. Se acabó».

Antes que el sargento pudiera responder, un segundo preso se unió a Roberto. Dijo con una voz temblorosa: «Lo que Roberto dijo va también por mí».

La cara del sargento Girón se enrojeció. Sacó su bayoneta, luego hizo una pausa. El jefe de la unidad de guardianes estaba observando en una loma a poca distancia, pero muy lejos para poder escuchar el diálogo. Fue rápidamente al lado de Girón, con su ametralladora lista para la acción. «¿Qué pasa aquí?» preguntó.

«No mucho. Estos dos héroes se rehúsan a trabajar» gruñó Girón. «Vaya déle órdenes a sus hombres de que cierren filas. Vamos a tener una fiesta».

El líder de los guardianes llevó a cabo sus órdenes. Los soldados alistaron sus fusiles, para pelear. «Qué valientes», pensé. «Están

completamente armados con sus ametralladoras y fusiles rusos y belgas, para enfrentar a sus enemigos desalentados y hambrientos que están armados con su dignidad, moral y cristianismo, y con una determinación indómita por morir en lugar de rendirse».

Cuando los soldados se detuvieron frente al sargento, les ordenó a los dos presos que lo siguieran. Los demás nos quedamos ahí, sin poder hacer nada para evitar el salvajismo que sabíamos que iba a ocurrir. Los oficiales restantes nos ordenaron que regresáramos a trabajar. Obedecimos al saber que no serviría de nada rehusarnos.

El día pasó muy lentamente y creció nuestra preocupación por los dos hermanos. Cuando regresamos al complejo carcelario, nos enteramos a través de algunos presos que habían sido asignados a trabajar en el hospital, que los guardianes habían arrojado a Roberto y al otro preso desde un jeep al piso en frente del hospital, como a dos bultos de papas, con sus ropas hechas trizas y ensangrentadas con su propia sangre, con la piel lacerada, magullada y amoratada por los golpes de las bayonetas y las culatas de los rifles. Después de prestarles primeros auxilios básicos, llevaron a los hombres en condiciones críticas a sus celdas y les negaron cualquier tratamiento médico adicional. El superintendente le ordenó al oficial de seguridad de la cárcel que los encerraran en sus celdas.

Corrimos como locos a donde ellos estaban a ver si había algo que pudiéramos hacer para aliviar su sufrimiento, a penas escuchamos las noticias. Roberto continuó su campaña poniéndose en huelga de hambre, a pesar de su dolor y malestar.

«Roberto –le rogué– debe comer algo, cualquier cosa».

Sonrió y negó con la cabeza. «Nunca me voy a dar por vencido. Hermano mío, me llegó la hora».

«Pero, pero...» balbuceé.

«Escuché que en pocas semanas habrá una convención general» dijo Roberto. «Espero que le cuenten al mundo entero de los crímenes que cometen aquí».

Uno de los hermano negó con la cabeza. «¡No, Roberto! ¡No le importamos a nadie! Deje así».

Los ojos de Roberto se iluminaron a pesar de tener su cara amoratada e hinchada. «Está equivocado, amigo mío. A alguien le importa. Él me mostró el camino. Los hechos de los apóstoles de Jesucristo todavía se escriben».

Oramos con él y le dijimos buenas noches, luego regresamos a nuestras celdas. Deprimido, no pude conciliar el sueño esa noche, porque sabía cuál era el destino de Roberto. Los días pasaron. Roberto se ponía cada vez más débil. Los mayores esfuerzos de sus verdugos no cambiaron su forma de pensar ni su curso. Su respuesta a la insistencia que comiera seguía siendo la misma... *No sólo de pan vivirá el hombre...*

Continuamos visitándolo y dándole todo el apoyo moral que pudimos. Dejamos de visitarlo cuando el superintendente transfirió a Roberto a la sección de castigo de la cárcel, donde nadie lo podía visitar. Los días pasaron terriblemente lentos, para quienes lo amábamos. Nos perseguía una presencia fantasmal. Sabíamos que nuestro amigo y hermano, Roberto, que siempre estuvo lleno de vida y vitalidad, estaba muriendo solo.

Los chismes de la cárcel nos mantuvieron siempre informados de su estado. Con un dolor horrible, su cuerpo pedía alimento a voces, pero se rehusaba. Antes del final, apenas podía levantar sus brazos del catre, pero su corazón continuaba latiendo. Continuaba respirando con dificultad y sus labios que se habían puesto color violeta. Sus ojos que alguna vez habían sido brillantes e inteligentes ya no podían ver. Una sonrisa llenaba su cara, durante los momentos breves de lucidez. Sus verdugos resueltos lo tentaban con bocados suculentos de comida dos o tres veces al día. El olor a muerte se extendía por la celda.

El teniente Morejón visitó por fin la celda de Roberto. «¿Qué está buscando?» preguntó. «¿Qué es lo que quiere?».

Roberto movió sus labios, pero no emitió ningún sonido. Trató de nuevo con un esfuerzo sobrehumano y susurró: «Teniente, lo que quiero son flores».

«¿Flores?».

El oficial lanzó una mirada de odio a Roberto, cerró sus puños por la ira, dio la vuelta sobre sus talones y salió de la celda como

un huracán mientras repetía: «¡Flores, flores, flores! ¡Lo que quiero son flores! ¡Bah, flores!».

El guardián halló sin vida a Roberto, al amanecer del 13 de noviembre. Una sonrisa amable suavizó las arrugas duras de la inanición y del abuso que estaban grabadas en su cara que alguna vez había sido joven. Roberto Chávez por fin pudo descansar. Decidió morir en lugar de permitir que el «Plan Camilo Cienfuego de Trabajos Forzados» le lavara el cerebro para aceptar el comunismo de Castro.

La Universidad en las Tinieblas

Al inicio del gran plan de reeducación, Morejón, el arrogante capitán, predijo que nos quebrantaría y prometió darle una medalla de oro a cualquiera que resistiera la tortura y las privaciones que nos iba a infligir. Pero su pronóstico falló. Distábamos mucho de implorar misericordia de rodillas. La fe nos acompañó todo el camino. Pero adicionalmente despertó la furia del capitán.

Al final del primer año, el frustrado capitán le dijo a sus soldados: «hagan lo que les dé la gana con estos hombres. Pueden matarlos, herirlos, golpearlos, hagan lo que sea necesario para inculcar el terror comunista en su espíritu».

El teniente Aldama, el instructor político del bloque número ocho, se apoyó contra la pared con los brazos cruzados sobre el pecho mientras que el sargento de nuestro bloque terminaba de pasar lista por primera vez en ese día. Aldama pasó pavoneándose por la fila de presos, después que el sargento se hizo a un lado y nos miró detenidamente a cada uno de nosotros como si buscara el menor signo de resistencia y quebrantamiento en nuestros ojos.

«Van a dejar de trabajar en La Bibijagua para ser transferidos a La Reforma», nos informó. «Allá, el sargento y yo vamos a poder instruirlos sin ninguna intromisión exterior en el bloque número ocho».

Supimos muy bien a qué se refería. Los hombres del G-2 nos trataban mejor que los oficiales locales, pese a su crueldad. Nos trasladaban a La Reforma durante el día, un programa de trabajo localizado a setenta kilómetros, que producía cítricos, ya que el G-2 no supervisaba ese programa. El oficial político y el sargento podían hacer lo que quisieran y nadie iba a estar alrededor para entrometerse o

para suavizar la ira del soldado. Quedamos completamente a la merced de estos hombres.

Los soldados se desataron en furia contra nosotros casi al mismo instante en que llegamos. El cabo Louis Guesternay, uno de los soldados más sádicos, nos ordenó que cortáramos el pasto, con los dientes, el primer día de trabajo. Si un preso aflojaba el paso, los soldados abrían fuego contra él y lo mataban inmediatamente. Los soldados convertían el campo de trabajo en un campo de batalla por el más mínimo pretexto. A dos presos, Danny Crespo y Eddy Álvarez, los asesinaron el primer día. El cabo apuñaló a Julio Tan con su bayoneta al día siguiente. El soldado profundizó la herida con su bayoneta, después que el preso cayó al piso y la abrió más, hasta que Julio murió desangrado.

A unos veinticinco de nosotros de La Reforma nos mandaron a coger mandarinas. Resultó ser un verdadero tormento para los hombres hambrientos, estar rodeados de millones de naranjas, toronjas y mandarinas suculentas día tras día y no poder probar ni siquiera una. Se consideraba un robo el sólo comer una, ya que las frutas pertenecían a «la gente». De hecho, al que cogieran robando, le tocaba pagar un precio mortífero. Apuñalaban a la persona con una bayoneta o la golpeaban salvajemente.

Había una diferencia significativa, que era bien recibida por nosotros, entre nuestro antiguo lugar de trabajo y La Reforma. Aquí podíamos trabajar codo a codo con los civiles. Y aunque nos prohibían hablar con ellos o a ellos con nosotros, esa regla era casi imposible de imponer por los guardianes en un huerto repleto de árboles. No había manera de evitar que habláramos, porque no podían apostar a un guardián a cada preso. Hablábamos con frecuencia y extensamente con los civiles.

El antiguo dueño de la plantación vino un día al huerto. Él y su familia ya no eran dueños de la propiedad sino que la administraban para el gobierno, desde que terminó la revolución y Castro llegó al poder. Le habían dicho que si se negaba a trabajar por el bien del estado, también iba a perder su casa.

Dijo mientras miraba a ambos lados: «No me da miedo hablar con ustedes los presos, pero debo tener cuidado, no sea que nos oiga otro civil o alguno de los guardias. Ya me denunciaron en el pasado ante las autoridades, y ahora también hay gente que me investiga como a ustedes».

Señaló a un grupo de guardianes con la cabeza que estaban parados en el borde de la arboleda. «En lo que a mí se refiere, se pueden comer todas las frutas que quieran. Únicamente, no se dejen atrapar por los guardianes, y no les digan que yo les di permiso para comer. No me quiero meter en más problemas».

Mientras llegué a conocer al dueño de la plantación, otros presos cultivaron amistades con los trabajadores civiles. Carlos Sánchez, uno de nuestros hermanos cristianos, entabló amistad con uno de los chicos de la zona. Carlos compartió su fe con el muchacho porque siempre se mostraba entusiasmado por Jesús. Al cabo de un rato el chico se interesó en aprender más.

«Debe conocer al pastor», Carlos le informó. Trajo al muchacho para que me conociera. Charlamos un rato sobre las promesas en la Palabra de Dios.

«Tengo una Biblia –confesó el muchacho– no está completa, pero tengo una porción. Si quiere puede quedarse con ella. Puedo conseguir otra en la calle».

Al día siguiente, le entregó el libro envuelto en una bolsa de papel marrón a Carlos. Este le agradeció al chico, después de mirar a su alrededor para asegurarse que nadie estaba observando y luego enterró el paquete en el borde del campo de cítricos.

Desafortunadamente, alguien escuchó la conversación y vio el paquete. El comandante de la cárcel les ordenó a los guardianes que nos llevaran a Carlos y a mí a su oficina, a los pocos días. Mientras el comandante nos interrogaba, otro oficial inspeccionaba nuestras celdas en busca del paquete. Ninguno se enteró de nada. El comandante nos ordenó regresar a nuestras celdas, en lugar de continuar con la tortura habitual después del interrogatorio.

«Es raro» comentó Carlos. «¿No hay tortura? ¿No hay disciplina?».

Me limité a encogerme de hombros por no tener una mejor respuesta.

Nos enviaron a Carlos y a mí a trabajar en diferentes tareas, durante la semana después del interrogatorio. A la semana siguiente, nos reasignaron al huerto de árboles frutales, donde Carlos había escondido la Biblia. Al llegar a la arboleda, Carlos regresó al lugar donde había escondido el libro. Tras desenterrarlo, lo envolvió en un pedazo de plástico de una bolsa desocupada de fertilizantes. Usábamos a menudo las bolsas plásticas desocupadas como capas para protegernos de la lluvia. Metió disimuladamente el paquete por debajo de su camisa y colocó su plato de metal entre la Biblia y la camisa.

El instructor político de la cárcel había esperado la hora propicia y ganó. Un guardia que había sido asignado para vigilar a Carlos, reportó inmediatamente sus actos. Carlos acababa de esconder su tesoro cuando se oyó un disparo de un francotirador. Asustado, Carlos se dio de narices contra el suelo y se cortó su labio con una piedra puntiaguda. Antes que me diera cuenta de lo que estaba ocurriendo, el instructor político se abalanzó, gritándolo y acusándolo de tratar de huir. Los guardianes metieron a Carlos en un camión y se fueron dejando una nube de polvo, mientras que los demás guardianes nos ordenaron seguir trabajando. Aquella noche, Carlos nos contó lo que había pasado cuando regresó a la cárcel.

Los guardianes lo llevaron al hospital militar y se dieron prisa para transportarlo al consultorio del doctor. El labio abierto le había chorreado de sangre su ropa durante el paseo frenético hacia el hospital. En cuanto llegó al consultorio, el doctor le quitó de su cuerpo la ropa a tirones. Tras examinarlo completamente, el doctor dio un paso hacia atrás y le preguntó al instructor la razón por la que habían traído a Carlos a su consultorio.

«Porque le disparamos en el pecho», dijo gruñendo el instructor. «Intentó escapar».

«¿Que absurdo!» bufó enojado el doctor ateo. «No encontramos la bala. Se encuentra perfectamente de salud. Venga y mire».

«Pero la sangre...».

El doctor arqueó las cejas indignado. «¿Usted trae a un preso al hospital por una herida en el labio?».

«¡Es imposible!» gritó el instructor político. «Estoy seguro que mi hombre le apuntó directo a él. ¡No pudo haber fallado!».

El doctor se encogió de hombros. «Compruébelo usted mismo».

El oficial, resuelto a justificarse, recogió el paquete que se había caído al piso cuando rasgaron la camisa de Carlos. «¿Qué es esto?».

«No sé. No me interesan los paquetes sino los pacientes».

El instructor desenvolvió el paquete. Encontró la Biblia y dentro de ella la bala fría. «¡Ajá!» exclamó mientras le mostraba al doctor. «Le dije que le habíamos disparado en el pecho».

Carlos pidió tímidamente ver la Biblia, y por extraño que parezca, el oficial se la entregó. Carlos la abrió y hojeó las páginas que habían sido dañadas por la bala. La última página dañada coincidía con el Salmo 91, y una marca evidente se podía observar en el papel en el versículo 7: «...*Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra; mas a ti no llegará...*».

«Miren esto», dijo Carlos.

El doctor y el instructor se inclinaron para observar la Biblia.

«¿Ven estas hendiduras?» Dijo Carlos mientras señalaba las páginas dañadas. «¿Y esta página, donde la bala hizo una marca?».

El doctor asintió con la cabeza.

«Lean estas palabras, justo donde se encuentra la marca», dijo Carlos.

El doctor leyó el versículo y luego le entregó la Biblia al instructor político. Por fin habló y su voz estaba llena de asombro. «¡Si existen los milagros, éste sí que fue uno! Carlos, la Biblia le salvó la vida hoy, porque estaría ahora sin vida, si le hubiera atravesado el pecho».

El doctor conservó la bala y la Biblia, y desde aquel momento no dejaba escapar oportunidad alguna para examinar a Carlos y para hablar sobre Dios con él. Dios había tomado otra jugada sucia de Satanás y la había convertido en una bendición. Su Palabra se hizo valer una vez más. Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con su propósito.

La historia del milagro de Carlos se extendió por toda la cárcel a una velocidad sin precedentes. Los presos que nunca habían mostrado interés en las cosas espirituales aparecían en los oficios religiosos con la esperanza de conocer a Carlos y de escuchar su historia. Y muchos de estos curiosos conocieron mucho más que el milagro de un preso. Conocieron a Cristo detrás del milagro. El crecimiento espectacular de la concurrencia a nuestros oficios religiosos nos obligó a trasladarnos al sexto piso. Aunque era peligroso vivir en este piso, teníamos mucho más espacio para realizar nuestras reuniones, porque ya no cabíamos en las celdas inferiores. Aquí podíamos rendir culto a Dios con relativa tranquilidad. Algunos de los miembros de la iglesia se paraban en la entrada de la celda, para que los guardianes no pudieran ver lo que estábamos haciendo durante nuestros oficios religiosos. Incluso logramos sacar secretamente pan del comedor para usar en la comunión.

Al poco tiempo del incidente con Carlos, nos enteramos a través de la cadena de chismes que había llegado un nuevo preso, Marino Bofill, y que había sido asignado a nuestro pabellón. Reconocimos inmediatamente el nombre del ex-campeón olímpico de boxeo y esperamos ansiosamente su llegada. La historia de su arresto y juicio falso jugaban en su contra. Marino intentó escapar a Alemania Occidental, mientras competía en la parte oriental. Lo atraparon y lo devolvieron a Cuba donde lo procesaron por crímenes contra el estado y lo condenaron a diez años de trabajos forzados.

Aunque no conocíamos a Marino, lo saludamos con entusiasmo en la puerta del pabellón, tal como lo hacíamos con todo preso nuevo. Los presos lo recibieron con la habitual lluvia de preguntas sobre el mundo exterior. Las respondió pacientemente cada una. Cuando terminó, hizo sus propias preguntas.

La historia del preso cristiano que le habían disparado en el pecho sin ser herido había llegado a sus oídos, de la misma manera como nos enteramos de los chismes de la llegada de Marino.

«Por favor --dijo-- ¿es verdad lo que escuché? ¿Balearon a un hombre y la Biblia salvó su vida?».

«Sí —le aseguré— es verdad».

«¿Lo puedo conocer?».

Carlos, que había estado escuchando el diálogo, dio un paso hacia delante. «Soy yo».

Él y Carlos tuvieron inmediatamente una simpatía mutua. Invitamos a Marino a que se uniera a nosotros en el sexto piso. Marino nos sorprendió de muchas formas. Aunque se ganaba la vida boxeando, era un individuo manso y amoroso que estaba sediento de la verdad que se encuentra en la Palabra de Dios. Participó activamente en el grupo de jóvenes.

Día tras día, Marino aprendía más sobre el plan de salvación de Dios hasta que un día decidió tomar la clase bautismal. Mientras estudiaba para su bautismo, también se preparó para ser un predicador laico. Su entusiasmo y celo no se podían contener. Cuatro meses después, era uno de los candidatos para bautizarse.

Dios ya nos había suministrado nuestra propia pila bautismal. Había un tanque de agua en el sexto piso de cada uno de los pabellones hecho de ladrillos y cemento. El tanque se llenaba cada mañana con agua para lavar los platos y para almacenar el agua cuando cortaban el abastecimiento habitual del líquido. Tuvimos que planear bien la manera de mantener el agua limpia para un bautizo y para evitar que los guardianes observaran la ceremonia. Bañarse en el tanque provocaba una condena de diez días en el calabozo y un bautizo, veintiún días. Cuando estábamos listos para bautizar a una persona, los hermanos de la fe hacían una fila, para no dejar ver a los guardianes.

Habíamos programado que Marino predicara su primer sermón el domingo, el día siguiente de su bautizo. Se propagó la noticia por toda la cárcel. «¡Marino Boffill va a predicar el domingo!».

Los más o menos trescientos presos no lo intimidaron en absoluto porque estaba acostumbrado a hacer apariciones en público. Hizo su sermón sobre David y Goliat con tanto estilo como un pastor experimentado. Marino se convirtió en una celebridad de la noche a la mañana en el pabellón. A medida que los presos salían del piso sexto al terminar la canción de despedida de la primera reunión, los escuchamos

hacerse promesas entre sí de volver la semana siguiente para escuchar a Marino. La semana siguiente más presos llenaron el piso sexto a rebosar. La iglesia creció a un ritmo asombroso.

Por esas fechas, la junta directiva de la iglesia decidió crear una universidad dentro de la cárcel como una herramienta para dar testimonio de Dios. Tras juntar el talento de nuestros miembros, decidimos dar clases de aritmética, álgebra, geografía, historia, gramática, inglés y francés. De esta manera, los presos llegarían en busca de ser instruidos y, en el proceso, quizás también encontrarían la salvación. Dictábamos las clases en el pabellón, en los campos y en cualquier lugar donde tuviéramos la oportunidad de hacerlo.

Sin embargo, Satanás y su legión nunca descansaron. La jefatura empezó a preocuparse al ver tantas reuniones secretas por todas partes. Asignaron guardianes adicionales para escudriñar y comunicar todos nuestros movimientos.

Un día mientras trabajábamos en los campos, los soldados requisaron nuestras celdas y confiscaron todos los libros que habíamos pedido prestados para hacer anotaciones, nuestras Biblias que habíamos escondido cuidadosamente y los himnarios impresos a mano. Los libros no sólo representaban cientos de horas de trabajo esmerado, sino también todo nuestro suministro de papel. Nos enteramos de la tragedia al final del día. El comandante esperaba nuestra llegada.

«¿Usted insiste en perpetrar esos mitos religiosos? ¡Vamos a pararlo de una forma u otra!». Dijo, en su habitual estilo extravagante, los nombres de los líderes de la iglesia que serían transferidos a otras cárceles de máxima seguridad y a otros campos de concentración en la isla. «¡Vamos a dividirlos y a ganar!».

Quizás dividir, pero conquistar nunca. Sólo teníamos que volver a empezar. La noticia de la requisa y de la incautación se extendió por la cárcel. En el curso de las próximas noches, los presos llegaban de todas partes del pabellón al sexto piso con más papel que habían podido introducir secretamente.

«¡No lo puedo creer!». Antonio miró fijamente el montón de papel ante sus ojos. «Son más de cinco mil hojas, más de lo que nunca antes habíamos tenido. ¿Alguna vez deja Dios de ser bondadoso?».

«No –contesté–, pero ahora nos toca el trabajo duro de volver a escribir los himnos, los textos y las lecciones».

«Y quién sabe cuándo los vuelvan a confiscar de nuevo», Carlos recordó.

«Ah –Marino interrumpió–, esta vez debemos ser más cuidadosos y sabios».

Organizamos tres equipos diferentes de copiado, con el fin de reemplazar lo más pronto posible todo lo que habíamos perdido. Después de llegar de los campos a las 9:00 p.m., nos bañábamos rápidamente, comíamos y copiábamos hasta que apagaran las luces. Unos días después, terminamos los manuscritos y buscamos lugares nuevos para esconderlos. Logramos obtener unos cuantos libros, entre los que se incluían irónicamente las obras clásicas sobre el totalitarismo de George Orwell, «*Mil novecientos ochenta y cuatro*» y «*Rebelión en la granja*». Se reabrieron las puertas de la universidad para nuestros alumnos entusiastas.

El programa de estudios de la universidad creció con la llegada de José Carreño, un maestro de periodismo y psicología. Establecimos un consejo educativo con los siguientes profesores:

Pastor H. Noble Alexander, rector de la universidad, profesor de matemáticas y álgebra.

Pastor Luis Rodríguez, secretario general, profesor de gramática y oratoria.

Decano José Carreño, profesor de periodismo, gramática y poesía.

Decano Felipe Hernández, profesor de inglés y francés.

Profesor Bango, profesor de filosofía y humanidades.

Enseñamos lo que sabíamos de memoria y de lo poco que pudimos copiar de los libros introducidos fraudulentamente. Ya no confiábamos en los libros para nuestro conocimiento porque podían ser confiscados de nuevo. Siempre que algún material escrito llegaba a nuestras manos, lo

memorizábamos letra por letra. Nuestros estudiantes hacían lo mismo. Nuestros enemigos podían destruir la palabra escrita, pero las palabras consignadas en nuestra memoria eran nuestras para siempre.

Entre más crecía la iglesia, Satanás y sus cohortes comunistas más nos acosaban. La concurrencia de la iglesia creció a más de doscientos miembros en los cuatro años que estuve en la Isla de Pinos. Los oficiales de la cárcel se sintieron amenazados por el poder potencial de nuestra organización. Al terminar un día de trabajo en los campos, noté que el cabo encargado de nuestra brigada estaba en un extremo del campo y hablaba en un tono muy bajo con Aldama, nuestro supervisor político. No pude entender lo que decían, pero sabía que su diálogo sólo podía significar problemas para alguno de los presos. Los dos hombres caminaron en direcciones opuestas después de terminar de hablar. Había vuelto a concentrar mi atención en mi trabajo cuando escuché que llamaron mi número.

«¡Número 3-1-4-5-0, venga acá! Queremos hablar con usted». Di la vuelta y observé que Aldama hizo un gesto con la mano para que me acercara. Le habíamos dado el apodo de «el abuelo» a Aldama, por las técnicas que usaba en los interrogatorios. En la cara de un preso, Aldama comulgaba con la persona y hablaba dulce y afectuosamente, pero cuando el preso salía de la oficina, ordenaba que le dieran una golpiza o lo mataran.

«No puedo ir allá –respondí–, porque me salgo del círculo de protección».

«¡Pero lo estoy llamando!». Levantó apenas un poco su mentón en una actitud arrogante.

«Sí, pero los guardianes no saben eso» argumenté. «Me van a disparar si me salgo del círculo».

Se le encendieron los ojos. «¿No me va a obedecer?».

Negué con la cabeza. «No, en esta ocasión. Obedecer me cuesta la vida».

Apretó su mandíbula mientras cerraba y abría los puños. «¡Le va a costar esta desobediencia!».

Puse la espalda erguida y se cruzaron nuestras miradas. «Bien, si me quiere matar, hágalo aquí, dentro del círculo, para que no pueda decir que intentaba escaparme».

«¡Usted se cree inteligente! ¡Puedo acabar con usted con una bala!». Hizo una pausa para recobrar la calma. «Vamos a discutir este problema más tarde por la noche».

Cuando Aldama me llamó para que fuera al borde del campo, el cabo había ido a la dirección opuesta para alertar al francotirador para que me sorprendiera por fuera de la zona de seguridad. El reporte oficial indicaría que yo intentaba escapar. Su jugada para deshacerse de mí sin repercusiones falló cuando el Señor me reveló de ese complot y me rehusé a cruzar la línea. Fueron obligados a emplear un plan alterno.

A un guardián especial, el cabo Hienita, le ordenaron que me escoltara al calabozo por mi desobediencia, aquella noche después del recuento de personas. Escoltar no describe adecuadamente su labor. El trabajo del cabo Hienita era golpearme con un machete o punzarme con la bayoneta todo el camino hasta el calabozo. El cabo agregaba su propio toque a su tarea. Cantaba la melodía de una canción mejicana que decía: «Por qué te quejas, si te buscaste tu propio mal».

Hienita comenzó a cantar mientras me sacó a empujones al patio con su machete. Comenzó a llover, así que me ordenó correr, pero yo continué caminando a mi ritmo normal. Cuando entramos en el calabozo, refunfuñó: «Se da cuenta que me mojé por su culpa. Le dije que corriera y no lo hizo».

«No soy un criminal y por eso no tengo por qué correr», respondí.

«¿Me imagino que yo soy el criminal?».

Me encogí de hombros. «Usted lo dijo, no yo».

Desenfundó su revolver, furioso por mi osadía, y me disparó en el muslo derecho. Caí al suelo, él dio la vuelta y salió. Más tarde, el reporte oficial afirmaba que yo había tratado de forcejear con él para quitarle el arma y ésta se disparó accidentalmente. Por fortuna, la bala no me dio en el fémur y no me ocasionó un daño permanente en la pierna.

Los noventa calabozos reflejaban la brutal naturaleza draconiana de los oficiales de la cárcel. A dieciocho de estas celdas las llamaban «jaulas de tigre», y estaban suspendidas como jaulas de pájaros. El piso, techo y paredes estaban hechos de barras de acero de tres cuartos de pulgada. Otras dieciocho eran las «cajas para micos», tan pequeñas que el preso era obligado a permanecer en cuclillas y el techo le tocaba la cabeza. Había dieciocho «regaderas» a manera de ataúdes verticales. En éstas, el preso era obligado a ponerse de puntillas para no pararse sobre vidrios rotos y clavos incrustados parcialmente en la parte posterior del cubículo de la regadera mientras le caían rápidamente gotas de agua al compás en la cabeza. Los últimos treinta y seis calabozos eran celdas de castigo donde el preso quedaba incomunicado. Dieciocho estaban equipadas para dormir y dieciocho no. Las dieciocho celdas con literas eran para los presos que iban a estar varios meses incomunicados. Conocí todas las cinco en algún momento determinado.

Esta vez me colocaron en una celda sin litera por veintiún días, tiempo durante el cual no me permitieron bañarme ni afeitarme. Pero no estuve solo, incluso en este foso de degradación. Cada noche, al ponerse el sol, mis hermanos en Cristo se paraban en el edificio que contenían los calabozos y me llamaban para darme las buenas noches.

Cuando un guardián vino para ponerme en libertad, casi no pude caminar por la herida en mi pierna. Me vi obligado a saltar en mi pierna sana para regresar al pabellón. Cuando llegué, veinticinco de mis hermanos me recibieron con la canción: «Se está librando la batalla, ¡oh! soldados de Cristo».

«¡Dejen de cantar o les disparamos!» gritaron los guardianes en la torre con sus megáfonos.

Quedé anonadado cuando en lugar de obedecer la orden, otros presos se sumaron hasta que más de cien voces cantaban en el pabellón. Mi corazón estaba rebotando de emoción. Traté de tragarme las lágrimas pero no pude. La bienvenida de héroe me hizo olvidar mi pierna herida. De algún modo logré cruzar la zona descubierta del pabellón con mis dos piernas. Los guardianes sólo podían quedarse sentados en sus torres

y mirar con el ceño fruncido. Sus planes habían fracasado una vez más por el poder de Jesucristo y de la solidaridad cristiana.

Los oficiales cubanos decidieron que la manera de «suprimir» el cristianismo en la cárcel de la Isla de Pinos era transfiriendo a varios miembros de la iglesia a otras cárceles del sistema penitenciario. Interpretamos el traslado como una tragedia para la causa de Dios, la primera vez que escuchamos la noticia. Sin embargo, la dispersión de nuestros hermanos a nueve cárceles diferentes condujo a la formación de nueve iglesias nuevas. Dios sabía cómo volver una derrota aparente en una victoria arrolladora.

Hacia finales de 1965, corrieron los rumores por la cárcel que todos los presos políticos iban a ser transportados de vuelta a la isla principal y que los presos comunes tomarían nuestro lugar en los campos. Los presos nuevos también nos informaron de la fuerte presión internacional que se ejercía sobre el gobierno cubano por la muerte de Chino Atán, un preso que había muerto mientras trabajaba en uno de los campos. Su muerte ocurrió cuando nuestro instructor político y un sargento nos ordenaron trabajar en un campo durante una tormenta. Tres presos murieron alcanzados por un rayo, uno de los cuales era Chino Atán. La noticia se filtró a la prensa internacional y les provocó problemas a Castro y a los funcionarios del estado.

Disminuimos el ritmo de trabajo, cuando nos enteramos que los presos iban a ser enviados a la isla principal. Por desgracia, los sargentos del bloque notaron el cambio e intensificaron su salvajismo. Estos soldados devengaban su sueldo normal del ejército más dos dólares al día por llevarnos a los campos. También les daban un saco de lo que estuviéramos recolectando en las granjas junto con cinco dólares adicionales y tres días de permiso cada vez que uno de los presos optara por el plan de reeducación. Así que era su meta hacernos la vida lo más intolerable posible para convencernos de aceptar el plan de reeducación. Cuando un sargento gritaba: «¡Mátenlos!» aceptaban sin mucha vacilación, porque si un soldado no cumplía con su cuota, habían docenas de personas más ansiosas por tomar su lugar y cosechar las ventajas del trabajo.

Aunque era difícil imaginarse que estos demonios sanguinarios tenían familias que alimentar, se podían entender las condiciones que los motivaban. Cinco dólares a lo mejor no parecen mucho en otras partes del mundo, pero en Cuba, donde un ciudadano sólo puede comprar productos por el valor de \$9.60 al mes, era mucho. Además de las compras limitadas que permitían, muchos artículos no llegaban a tiempo para que un cliente los adquiriera. Por ejemplo, el cliente podía ir a la tienda de comestibles y pedir cuatro libras de arroz. El vendedor encargado entonces le pedía el cuadernillo de consumo para asegurarse que era su turno de obtener arroz. Después que el vendedor confirmaba que era el turno del cliente para adquirir arroz, le informaba que no había más arroz hasta la semana siguiente. Cuando el cliente regresaba a la semana siguiente por sus cuatro libras de arroz, el vendedor miraba el cuadernillo de consumo y decía: «Lo siento, su turno fue la semana pasada. No puede llevar ahora».

Los oficiales del bloque exigían diariamente más y más trabajos de los presos. Ocurrían golpizas y asesinatos, si los presos fracasaban en aumentar lo suficiente sus cuotas diarias. La vida en los campos se volvió tan insoportable que varios presos se automutilaban para evitar ir a trabajar. Así que cada día había menos y menos presos para hacer la misma cantidad de trabajo. Como aumentaron las tensiones en los campos, ocurría un accidente tras otro, ya sea en los camiones o con los equipos de la finca y hasta en la misma cárcel. La jefatura desarrolló una nueva estrategia de reeducación, en un esfuerzo por acabar con el descenso vertiginoso.

Primero: le pusieron el nuevo nombre de la «Isla de la Juventud» a la Isla de Pinos. La Isla de la Juventud serviría un doble propósito. Alojara a los presos políticos y sería utilizada para separar a los jóvenes de sus padres con el fin de adoctrinarlos, con el pretexto de educarlos. Si un estudiante solicitaba una beca, era enviado a un centro de entrenamiento lejos de la casa de sus padres para aislarlo. Recibiría alojamiento, comida y educación gratis, y su plan de estudios incluía trabajo, estudio y armas, el manejo hábil de fusiles, bayonetas y revólveres.

El mismo Castro recibió a los primeros tres mil estudiantes en la isla, al mismo tiempo que le puso el nombre de Isla de la Juventud, en honor a ellos. Se construyeron barracas junto con módulos de cocina. Los

estudiantes, tanto hombres como mujeres, fueron organizados en bloques, al igual que los presos, y eran llevados a los campos para trabajar. La única diferencia era que no había guardias que los siguieran.

El Departamento de Psicología llamó extraoficialmente el programa: «El Plan de Terapia Sexual». Los presos, después de llevar encarcelados más de tres años, debían trabajar codo con codo con las estudiantes bonitas. Razonaron que ningún hombre normal podría resistir tal tentación. Los psicólogos sabían que si los presos se dejaban dominar y perdían su fortaleza moral, serían muñecos del inspector. Funcionó con muchos hombres. Sin embargo, la mayoría de los hermanos resistieron la tentación, no por su propio esfuerzo sino por el poder de la oración colectiva. Cuando ya era evidente para nuestros captores que todos los que iban a sucumbir ya lo habían hecho, volvieron a destinar a los que habían resistido a otros bloques. A mí me adscribieron al bloque número siete, el bloque que trabajaba en la cantera de mármol, o la «mina de los tuberculosos», como la llamaban los presos.

El jefe del bloque, el teniente Rivera, me llamó a su despacho.

«¿Es usted 31450?».

«Sí –respondí– soy Humberto Noble Alexander». El número y la respuesta de mi nombre le proporcionaron al oficial una doble identidad.

Rivera hizo una señal de aprobación con la cabeza. Sus ojos fríos, oscuros y penetrantes no demostraban ninguna señal de compasión. Empezó diciendo: «Si no quiere trabajar, sólo dígame y lo mato en el acto».

Eché el cuerpo hacia atrás, apoyando los talones y me midió con la vista. «Para comenzar, no quiero un sermoneo aquí. Es suficiente con el lavado de cerebro que realiza en los pabellones». Hizo un gesto de repugnancia con la cabeza. «No logro entender cómo Tarrao se aguantó eso». Tarrao había sido el jefe de los pabellones, o el director de la cárcel.

«Usted va a comenzar a trabajar en la cantera mañana por la mañana. Eso es todo por hoy».

Miré al frente. Hacía mucho tiempo que aprendí a no dar información de cualquier tipo, a nunca decir «no» y a no exteriorizar mis emociones.

Un guardián le rompía un diente al preso por cada «no» que pronunciara. Sentí un vacío en mi interior por la idea de trabajar en la cantera de mármol cada día desde la siete de la mañana hasta la seis de la tarde. Los guardianes disfrutaban hostigar a los trabajadores haciendo que ellos cambiaran de sitio, hasta el otro lado de la cantera, las piedras que habían roto por la mañana, para después volver a dejarlas en su lugar.

La dureza extrema del trabajo forzado no era el calor achicharrante ni la luz del sol cegadora que se reflejaba en el mármol blanco ni los juegos sádicos de los guardianes. Era el temor...el temor de morir asfixiado por el polvo de mármol y la cal blanca que viciaba cada aliento que uno aspiraba. Los reclusos que trabajaban en la cantera por más de un cierto tiempo morían normalmente de una enfermedad pulmonar horrible.

¿Será que mi resolución inquebrantable de sobrevivir a esta pesadilla iba a sufrir una derrota por el polvo de mármol o cal? ¿Será que iba a exhalar mi último suspiro y nunca más iba a aspirar el dulce perfume de la libertad?

Promesas hechas, promesas rotas

La mañana siguiente, en la cantera de mármol, me bajé del camión y me dio la luz del sol. Un guardián me entregó un pico, al terminar de pasar lista, y me envió a una sección de la cantera, donde trabajé con Isaac de la Campa, un ex-policía de las fuerzas de Batista. Mientras trabajaba, eché una mirada alrededor a las paredes ensangrentadas de la cantera, donde los guardianes habían apuñalado o asesinado a un sinnúmero de presos por cualquier trasgresión menor de las normas que ellos se inventaban. «Qué desperdicio de potencial humano», pensé. «¡Qué crueldad!».

El vigilante que habían asignado para cuidar las herramientas, mantenía secretamente un pequeño grupo de animales en la cantera, incluyendo gallinas y gallos. Durante el día, uno de los gallos se pavoneaba frente a un grupo de gallinas cuando un gavián se lanzó en picada desde el cielo. El gallo cayó al suelo al sufrir un desmayo. Su cresta se volvió blanca como si cada gota de sangre se hubiera derramado. El gavián alzó vuelo de nuevo, pensando que el gallo estaba muerto. El gallo permaneció inmóvil por cinco minutos. Se levantó, una vez se aseguró que el gavián se había ido, batió sus alas, y cacareó como si dijera: «¡Gané!».

Di la vuelta hacia Isaac y susurré: «Este es un lugar de terror incluso para los gallos. Hasta las aves de corral aprenden a tener miedo aquí».

Mi garganta y mis pulmones me ardían al final del día, el dolor atroz detrás de mis ojos palpitaba al compás del latido de mi corazón y sentía como si se me fueran a caer los brazos. El camión brincaba por las carreteras de grava llenas de baches en el camino de regreso a la cárcel, lo cual me dio tiempo para pensar. Me pregunté si sobreviviría incluso una semana de trabajo en la cantera.

El capataz se enteró aquella noche que tenía experiencia en soldadura y en mecánica. Me reasignó para soldar las partes dañadas de una de las máquinas, el segundo día cuando llegué a trabajar. Por desgracia, los presos consideraban que cualquiera que trabajaba como profesional o experto en una habilidad estaba contribuyendo con el régimen. Los oficiales de la cárcel entendían esto, pero insistían.

«No puedo», dije. «Han pasado muchos años desde que hice ese tipo de trabajo».

«Venga –insistía–, sólo intente. Para ver si puede».

«¿Y qué pasa si no quiero intentar?» pregunté.

Sus labios formaron una expresión seria por un instante; luego respondió: «Si se niega a hacerlo, lo consideramos un sabotaje».

«Bien, lo siento, porque si algo sale mal, me van a acusar en todo caso, así que prefiero ni tocar esa máquina».

Molesto por mi negativa, me asignó a la mina de cal, la «sección de los tuberculosos», como la llamaban los presos. Allí, junto con varios presos, sacábamos cal blanca con palas. Inhalábamos las partículas finas de polvo durante el día, sin utilizar máscaras apropiadas de seguridad. Respirábamos fuertemente y con silbido hasta dormirnos, cuando regresábamos a la cárcel. La combinación letal de una desnutrición grave con las capas de polvo de cal en los pulmones de una persona, hacían que la tuberculosis fuera un destino casi garantizado. Preso tras preso sucumbía ante el ambiente agotador de la cantera y a la crueldad de los soldados.

El trabajo mecánico en la cantera me dio tiempo para pensar. Mientras rompía las piedras, ejercitaba mi memoria recitando los versículos de la Biblia y cantando todo el himnario de la iglesia. Tuve conversaciones largas con Dios y me formaba imágenes mentales de mi bella Yraida. No puedo ni siquiera especular cuántas veces reviví el día de nuestra boda mientras trabajaba bajo el agobiante sol tropical. Entre más detalles recordaba, era menos consciente del dolor que sentía. Mi rutina era previsible.

El 3 de agosto de 1959 fue el día de nuestro matrimonio. Los miembros de las iglesias de Marianao y de Cerro llenaron la pequeña

casa de mi suegra a rebosar para asistir a nuestra boda. Recuerdo la sonrisa de oreja a oreja en el rostro del pastor Roberto Acosta, mientras se preparaba para celebrar la ceremonia. Más tarde se rió de lo serio que me veía mientras esperaba en frente suyo a que apareciera mi novia.

«Tenía miedo que se desmayara» dijo bromeando. «¡Vaya que si estaba asustado el novio!».

Traté de recordar los nombres de los cuatro candeleros y del monaguillo que llevaba la Biblia. A veces los nombres y las caras afloraban; otras, mi mente se negaba a cooperar. Esto me asustaba. ¡No podía permitirles a los demonios que me tenían cautivo que me robaran mi memoria!

Cuando mi mente se declaraba en huelga, le suplicaba a Dios: «Padre, ayúdame a aferrarme a estos recuerdos preciosos».

Cuando mi mente cooperaba, continuaba reviviendo la ceremonia nupcial, observaba a cada uno de los asistentes a la boda cuando llegaban, caminaban por el pasillo y ocupaban sus puestos. Me producía un placer perverso entretenerme con mi recuerdo más vivo, la primera vez que vi fugazmente a Yraida con su traje de novia rosáceo. Me faltó el aliento al ver a la bella mujer que pronto iba a ser mi esposa. Casi podía sentir la textura de mi vestido de lino blanco mientras tocaba nerviosamente con mis dedos los bordes de mis mangas de acá para allá.

La palabra *radiante* no hace honor al brillo que tenía en su cara mientras se acercaba hacia mí por el pasillo. Nunca había visto a una mujer con una belleza tan imponente. Fui a recibirla con entusiasmo, coloqué suavemente su brazo en el mío y dimos la vuelta para estar de cara al pastor. En aquel momento, el grito del guardián me volvía rápidamente a la realidad. «3-1-4-5-0, deje de ser inútil!».

Me apresuraba a obedecer, ya que cualquier cosa que no fuera obediencia instantánea acarrearía violencia segura de parte del guardián.

Cuando las autoridades de la cárcel anunciaron el día de la visita, casi no podía tener presente otra cosa, hasta que comprendí lo que implicaba la visita para una esposa, madre e hijos. Durante la preparación para la visita, los presos eran obligados a quitarse toda la ropa, luego debían

saltar en cuclillas para asegurarse de que no habían escondido nada en el colon que pudieran sacar fraudulentamente. Con todas las atrocidades y violaciones contra la sensibilidad humana, podíamos soportar una más con el fin de tener el privilegio de ver a nuestros seres queridos, hasta que supimos que los visitantes los iban a pasar por la misma horrible experiencia. Ahí fue cuando los presos declararon la huelga. Después de cierto tiempo, los oficiales de la cárcel acordaron realizar el registro a los presos tanto al entrar como al salir en lugar de someter a los visitantes a tan malos tratos.

El primer día de visita va a predominar en mis recuerdos para siempre. La escena patética en la sala de visitas resulta difícil describirla. Las madres se lamentaban como si estuvieran de luto por la muerte de sus hijos. Las esposas y las hijas se aferraban a sus esposos y padres. Algunos se desmayaban al ver los cuerpos demacrados de sus seres queridos. Otros tenían arrebatos de histeria, mientras que otros temblaban incontinentemente de la impresión y quedaban estupefactos por el horror del momento.

Busqué a Yraida pero no logró venir. Pensé que algo terrible le debió pasar. Sabía que mi hijo sufría frecuentemente de disentería tropical. Quizás alguno de los dos estaba enfermo o había muerto o... mi mente se inventaba toda fantasía espeluznante posible. Cuando ella no vino cuarenta y cinco días después para el segundo día de visita, necesitaba saber qué estaba pasando, así que le envié secretamente una nota.

El tercer día de visita, entré a la recepción aterrorizado de pensar que ella no vendría otra vez. Me invadió un alivio paralizante cuando la vi parada en la parte trasera de la multitud de mujeres. Encantado, corrí hacia ella. Pero sentí un hermetismo extraño en ella en el mismo instante que me acerqué. Pensé que sólo estaba incómoda con el entorno. Después de todo, ¿qué mujer con tales susceptibilidades podía actuar naturalmente en una situación tan engorrosa? Una cacofonía de señales de alarma hizo estruendo en mi cabeza, cuando sacó un cigarrillo y lo encendió.

Un antiguo vecino de nosotros me fue a visitar a mi celda después que ella se fue. «Noble, siento ser el portador de malas noticias, pero

tiene que ser fuerte. Mi esposa me dijo que Yraida ha estado viendo a un capitán del ejército».

«¿Qué? ¡No puede ser!». Grité mientras abría y cerraba los puños. Podía sentir una furia intensa que me desgarraba las tripas. ¡Me moría por darle un puñetazo a algo, a alguien, a cualquiera, yo que nunca recurría a la violencia!

Me negué a creerlo. Otras esposas podían ser infieles a sus esposos encarcelados, pero no Yraida. Sacudí la cabeza con violencia para librarme de la mera sugerencia.

Mi vecino me agarró por los hombros e interrumpió mi reacción. «Noble, es verdad. Ella tiene intención de solicitar el divorcio».

«¡No! ¡No! ¡No! Mi Yraida es una buena cristiana. Ella nunca...». Hice una pausa al notar el dolor en los ojos de mi amigo. Me sentí hundido por el temor. Tragué saliva para interrumpir el mar de lágrimas que amenazaba con descomponerme. «Le voy a escribir y ella va a negar estos rumores. Verá que no son verdad», grité. Él dio la vuelta y me dejó parado en la mitad de mi celda, sin decir una palabra más.

Logré enviarle secretamente una carta a Yraida, con la ayuda de un preso que iba a ser puesto en libertad, durante el curso de los próximos días. Le pregunté si era verdad lo que decía nuestro vecino. Negó totalmente la historia, cuando respondió. Pensé en las palabras de Proverbios 31.10, 11: «...*Mujer virtuosa, ¿quién la ballará? Porque su estima sobrepasa largamente a la de las piedras preciosas. El corazón de su marido está en ella confiado, y no carecerá de ganancias...*». Ni siquiera el trabajo en la cantera de mármol me podía deprimir, durante las semanas siguientes. Alabé a Dios una y otra vez por mi esposa bella y fiel.

Más buenas noticias le siguieron a la carta de Yraida. Supimos, por medio de la cadena de chismes de la cárcel, que los oficiales enviarían pronto a los presos políticos y religiosos a la isla principal de Cuba. Pronto terminaría nuestro exilio.

Nos mostramos entusiasmados por trabajar en la cantera. Nadie quería morir o ser asesinado con la bayoneta de un guardia en el último momento antes de ir a casa. Cuando algún recluso amenazaba con reaccionar ante

el abuso de un guardia o con hacer alguna estupidez o una imprudencia, los demás lo deteníamos diciendo: «No vale la pena». Quizás iremos a Cuba mañana». Por desgracia, el rumor se demoró un año y ocho meses en hacerse realidad. Los guardianes, entretanto, aprovecharon la poca resistencia de los presos e intensificaron su crueldad.

La familia de la iglesia celebró una reunión de oración colectiva, el miércoles por la noche, antes de nuestra partida programada. Cada hombre compartió el testimonio de su lucha y de una fe triunfante. Cantamos con renovado vigor las estrofas de: «¡Alabémoslo! ¡Alabémoslo! ¡A Jesús nuestro bendito Redentor!». La parte conmovedora de la canción: «Oh, el camino es largo y pesado» tomó un significado completamente diferente mientras estábamos al borde de nuestra salida. Las nacionalidades, credos, razas y corrientes políticas no importaban en nuestro círculo gigante de oración. Como hermanos en Cristo, éramos más cercanos que cualquier hermano de sangre.

Los oficiales de la cárcel, enfadados por nuestra reunión de oración, nos hicieron salir bruscamente de nuestras literas mucho más temprano que de costumbre a la mañana siguiente. Los guardianes nos apresuraron a ir a nuestras áreas e hicieron el recuento de personas en la cantera. Entonces comenzó la golpiza. Estábamos escuchando nuestros números, cuando de repente, sin previo aviso, los soldados comenzaron a golpearnos con las culatas de sus fusiles y con las bayonetas.

Los oficiales de la cárcel reservaban la violencia más severa para los negros y los estadounidenses; los negros, porque la revolución trajo consigo su emancipación, y al rehusarnos a formar parte de ella éramos desagradecidos, y los estadounidenses porque, como imperialistas, tenían la intención de suprimir la revolución.

El teniente ordenó a los guardianes golpear a Larry Lunt, un preso norteamericano, pariente de la reina de Bélgica. Este acaudalado caballero cristiano era dueño de una gran finca en Pinar del Río, en el extremo oeste de la isla de Cuba. El estado cubano confiscó su finca, alegando que ayudó a los rebeldes, y lo condenó a treinta años de trabajos forzados en la Isla de Pinos. Los guardias se fijaron como objetivo particularmente

a este antiguo hacendado «gringo» para que sufriera la venganza, por la repugnancia que les tenían a los estadounidenses.

Un guardián le disparó en el abdomen a otro preso, Chico Praderas, unos minutos más tarde. Ambos hombres sobrevivieron a pesar de la violencia irracional que se desencadenó.

A un hombre que siempre voy a recordar es Elroy Menoya, un ex-oficial de alto rango del ejército de Castro. Cuando él y cincuenta de sus hombres cuestionaron el rumbo que estaba tomando la revolución, fueron encarcelados y acusados de conspirar contra la revolución. A Elroy lo asignaron al bloque de la cantera. Rara vez pasaba un mes sin que los guardias lo trajeran a rastras al pabellón por la noche, hecho un saco de carne y sangre. ¿Cuánto tiempo era capaz su cuerpo de aguantar el abuso indecente que padecía?

Un preso, llamado Reinaldo Aquí, se escapó unos días antes en uno de los campos. Los guardianes no habían prestado mucha atención porque sabían que los reclusos regresarían pronto a casa. Los soldados pusieron fin a la búsqueda infructuosa de Reinaldo cuatro días después. Los guardianes buscaban sangre, nuestra sangre, por haber sido reprendidos por sus superiores debido al descuido.

Formamos fila para el recuento de personas, cuando los soldados nos trajeron de vuelta a la cárcel, la noche después de la violencia en la cantera. A Chino Aquí, el hermano de Reinaldo, se le cayó el sombrero de la cabeza y éste pidió permiso para recogerlo, lo cual le dio vía libre a los guardias para ser violentos. Después que el oficial le dio permiso a Chino de recoger su sombrero, éste se salió de la fila, se agachó y sonó el estallido. Le pegaron un tiro.

«Había planeado escaparse como su hermano. Lo planearon juntos», dijo el teniente, desafiando a todo el que no estuviera de acuerdo. Después ordenó a que le dieran una paliza severa a todo el bloque. Nos mandaron a que regresáramos al pabellón, cuando los soldados agotaron toda la energía y desahogaron todo su odio reprimido. Tres de los hermanos yacían muertos en el piso frío de piedra. Pagaron el precio por la fuga de Reinaldo y por la reunión de oración colectiva que celebramos la noche

anterior. La muerte de nuestros hermanos en Cristo, turbó nuestro regocijo anticipado de ser transferidos de vuelta a la cárcel de la isla principal.

«Muchas muertes, muchas pérdidas», pensé. Mientras consideraba la posibilidad de salir de la Isla de Pinos, recordé los nombres y los rostros de quienes no saldrían con nosotros, de quienes continuarían siendo parte de la isla hasta el regreso de Jesús.

Siguiéndole los Pasos

Sonó el pito del trasbordador y mis sentidos se llenaron de regocijo y esperanza. ¡Voy a casa! Voy a mi tierra. Aún cuando tuve que sentarme por seis horas en la misma posición en el compartimiento de carga del barco, esto no opacó mi entusiasmo. No tenía ni idea a qué cárcel me iban a transferir, ni cuáles podían ser las condiciones de vida, pero no me importaba. El sólo hecho de regresar a la isla principal era una señal que sobreviviría; algún día sería libre. Aunque nadie se atrevía a hablar, pude notar el mismo entusiasmo en los demás presos mientras estábamos apeñuscados en el compartimiento de carga del ferry.

Cuando el barco echó anclas en el malecón de Batabano, a las afueras de La Habana, el muelle estaba repleto de familiares de los presos que llegaban y se esforzaban por ver a sus seres queridos. También había policías, perros entrenados y guardias militares esforzándose igual de duro por evitar que ellos se acercaran a los presos. Nos subimos a los autobuses, bajo estrictas medidas de seguridad. Y como siempre, nos sentamos por cinco horas, debilitados por el hambre, la sed y el agotamiento por el calor. Los autobuses comenzaron por fin a avanzar hacia nuestro destino desconocido. Uno de los conductores hizo un giro equivocado y se perdió, junto con su cargamento de guardias, perros y presos, haciendo que el resto de nosotros tuviéramos que estar sentados por otras dos horas mientras los oficiales de la cárcel trataban frenéticamente de localizar al autobús desaparecido. Llegamos a la ciudad de Sagua la Grande, donde nos recibieron como héroes.

Sagua la Grande, una ciudad importante en la sección central de la provincia de Las Villas, está localizada en la región montañosa de Cuba, un refugio natural para muchos rebeldes que se oponían a Castro. Los

ciudadanos de este lugar inundaron las calles, cuando se enteraron que un contingente de presos políticos era transferido a la cárcel de Sagua. La gente se arremolinó alrededor del autobús para darnos toda clase de golosinas, café, leche, galletas, dulces, etc., cuando los conductores trataron de estacionar los autobuses en las calles de la ciudad. Los guardianes de los autobuses trataron de detenerlos, pero fuera de una masacre, no había nada que pudieran hacer. El jefe de guardias anunció finalmente: «Les pueden dar lo que quieran, pero no se pueden subir a los autobuses». Los oficiales decidieron que la solidaridad de la gente de Sagua con nosotros había sido tanta que el estado no podía correr el riesgo de colocarnos allá, así que fuimos transferidos por la noche a otra cárcel antes de haber llegado a la primera. Nos dijeron que la cárcel de Sagua era muy pequeña para alojarnos a todos. Llegamos a la cárcel de Remedios, a las diez de la noche.

Comenzamos los servicios de adoración diarios, una vez establecimos nuestra residencia en las nuevas dependencias. Elegimos a Gerardo Álvarez, también conocido como «el hermano en la fe», para que dirigiera nuestros servicios de adoración de las mañanas. G.G., como también lo llamaban, tuvo una vida de violencia como proxeneta y prestamista usurero, antes de volverse cristiano, en la cárcel, donde conoció a Jesucristo y fue transformado por el poder de Dios. Su carisma natural y su deseo de contarles a los demás sobre su nueva fe, lo convirtieron en un candidato perfecto para predicar la Palabra de Dios. Antes que concluyera la primera semana, los civiles vecinos se quejaron ante los guardias que nuestros cultos de adoración los molestaban. Algunos de ellos trabajaban de noche, y nuestras canciones no les permitían dormir durante el día.

El director de la cárcel castigó a la población entera de presos religiosos y políticos por esta infracción. Anunció por los altavoces: «Las normas siguientes se van a hacer cumplir rigurosamente. Primero: tienen diez minutos para comer. Segundo: deben presentarse bien arreglados al comedor. Tercero: no pueden hablar con nadie. Cuarto: no se pueden sentar hasta que todos hayan llegado a la mesa, y luego se deben sentar en el mismo orden que llegaron. Y quinto: deben permanecer sentados hasta que todos hayan terminado de comer o hasta que hayan pasado los diez minutos».

El castigo llegó cuando el oficial del comedor empezó a cronometrar los diez minutos el mismo instante que los presos de la primera mesa comenzaron a comer y no los de la última. Esto quería decir que la mayoría de presos debía engullir su comida casi sin masticarla o pasar hambre, porque no se podía sacar la comida de la zona.

Sirvieron pescado cocido una mañana, algo muy especial. El pescado tenía muchas espinas pequeñas que tocaba quitar antes de comer. Logramos comer menos de la mitad de la ración, cuando sonó la campana para salir. Todos los presos del recinto, enojados y hambrientos, levantaron su plato metálico. Los pescados y las espinas volaron en todas direcciones. Algunos voltearon los platos sobre la mesa mientras que otros arrojaron la comida al piso. Unos cuantos de los presos más valientes lanzaron el pescado a las paredes del comedor en señal de protesta.

Una tropa de soldados, con fusiles y bayonetas preparadas para acometer, irrumpió en el edificio, gritando y golpeando a todo el que se atravesara en su camino, antes que el último pedazo de pescado se deslizara por la pared hacia el piso. Despejaron el comedor salvajemente.

Tres autobuses esperaban temprano a la mañana siguiente en el patio de la cárcel para llevarnos junto con nuestras escasas pertenencias a otras cárceles. Los miembros de la iglesia permanecimos juntos, cuando los oficiales anunciaron que nos trasladarían a otra cárcel, porque sabíamos que tendríamos mayores posibilidades de ser alojados en la misma unidad. Los guardianes nos ordenaron subir a los autobuses, tras requisarnos minuciosamente. «Lo que ocurrió en Sagua la Grande nunca se volverá a presentar» anunció el oficial encargado. «No vamos a permitir de nuevo que nadie tenga la oportunidad de manifestar su solidaridad con ustedes que son traidores del estado».

Esperamos para salir, una vez en los autobuses. Esperamos todo el día, hasta las diez en punto de la noche. Los conductores prendieron por fin los motores y quedó atrás la cárcel de Remedios, para dirigirnos a un destino desconocido, cincuenta y nueve días después de haber llegado de la Isla de Pinos.

Llegamos a la cárcel La Cabaña, ocho horas después, con los efectos del agotamiento por el calor, hambre y cansancio extremo. Los guardianes de la nueva prisión nos observaron detenidamente mientras nos bajábamos de los autobuses, de la misma manera que unos lobos hambrientos inspeccionarían a un rebaño de ovejas. Los miembros de la iglesia habían maquinado un plan para estar juntos en la nueva cárcel, antes de salir de la cárcel de Remedios. Nuestro plan funcionó. Nos asignaron al mismo pabellón, al patio número dos. Las noticias de nuestra llegada nos antecedieron porque al ingresar al patio número dos, los reclusos de los diferentes pabellones que rodeaban el patio comenzaron a cantar: «En dificultades y luchas, la iglesia siempre continúa...».

Este acto desafiante enfureció a los oficiales de La Cabaña, porque habían declarado que los presos no podían hablar entre sí y aún menos cantar. Asignaron a una fuerza especial a cada pabellón para asegurarse que nadie hablara.

Tomó algo de tiempo la adaptación a los problemas únicos de vivir en La Cabaña. La escasez de comida suficiente fue el problema más grande. Segundo, las personalidades chocaban con regularidad, con doscientos presos alojados en un pabellón diseñado para ochenta y seis. La tercera adaptación tenía que ver con la falta de suficientes baños y la zona común para bañarse en el patio que servía a todos los pabellones circundantes. Las duchas consistían en una tubería de media pulgada a lo largo de la pared. Unos tubos más pequeños de un cuarto de pulgada sobresalían a intervalos precisos de la tubería madre. Estas eran las regaderas de las duchas.

Un grifo, operado por un guardia, controlaba el flujo de agua. Aprendimos exactamente cómo funcionaban las duchas, poco después de nuestra llegada a La Cabaña. Se abrió la puerta del pabellón y entró uno de los guardianes de la cárcel, con lo cual y de acuerdo con la norma, todos los presos ponían atención en seguida. La llegada de un guardia significaba por lo general problemas, ya sea que iban a golpear a alguien o lo iban a interrogar, pero esta vez el soldado entró en el pabellón y gritó: «prepárense para ducharse».

Otros guardianes abrieron la puerta de par en par inmediatamente y los presos salieron disparados hacia las duchas.

«Noble, corre», susurró uno de mis amigos.

El instante en que se abrió la puerta, el guardia que operaba el grifo abrió la llave y comenzó a cronometrar las duchas.

Miré perplejo la confusión a mi alrededor. No había privacidad ni tiempo para alistarse. No me habían permitido ducharme hacía tres o cuatro días, así que me apresuré a lanzarme a la batalla. Me había enjabonado cuando el guardia cerró la llave. Lo único que podía hacer era secarme y regresar a mi pabellón, peor que antes. Por alguna razón, los guardianes hacían esto por diversión. El maltrato a los presos funcionaba como una escala musical, donde el oficial de cada pabellón se esforzaba por causar la nota más alta de molestia y sufrimiento posible a los que estaban bajo su cargo. Nuestros verdugos parecían que nunca iban a quedarse sin ideas nuevas para hacer nuestra vida deprimente, por todas las variaciones que hacían, a las golpizas, privaciones y humillaciones.

Realizábamos un culto de adoración, una mañana, tres días después que nos hubieran trasladado a rastras de una sección de la cárcel a otra, cuando un coronel, dos comandantes y tres capitanes entraron al patio número dos y llamaron a los directores del pabellón y a los presos que habían sido elegidos como representantes ante las oficinas administrativas. Sabíamos de una manera u otra que esa visita representaba un problema para nosotros.

Cuando el representante elegido por nosotros regresó de su reunión, anunció: «Los oficiales de la cárcel han decidido que sus familiares pueden venir para la visita mensual. Pueden traer un paquete de artículos que pesen hasta 15 kilos, que puede contener tres libros de la lista aprobada, papel, lápices...». Continuó leyendo la lista de artículos permitidos. Los que habíamos estado encarcelados más de un cierto tiempo escuchamos desconfiados y con escepticismo el acto aparente de amabilidad.

El día de visitas resultó ser todo lo que los oficiales prometieron. Yraida llegó a la gran sala de visitas, preparada por su hermano para convencerme de aceptar el lavado de cerebro. Un oficial se sentó a un

lado para escuchar mientras que ella urdió con destreza su encanto sobre mí, mofándose, bromeando, tentando mis sentidos, empleando mi amor por ella como el arma para atraparme y destruirme.

«Ay, Dios», oré, mientras observaba a la hermosa mujer presentándose ante mí, «¿cómo puedo resistir?». Me di cuenta de repente, como si me despertara de un sobresalto, de lo que estaba ocurriendo, y al caer en cuenta tuve la fortaleza para resistir. «Yraida», dije, tomándola por los hombros y sujetándola con el brazo extendido: «¡Prefiero morir antes de aceptar tu oferta!».

Noté por un instante el dolor en su cara por lo que habíamos perdido y por la ira de ser menospreciada, pero luego percibí altivez. Se apartó de mi alcance y alzó la barbilla con gesto desafiante. «No quiero perder más tiempo. Puedes continuar siguiendo a la gente allá adentro si tú quieres». Hizo una pausa para cambiar de táctica. «Otros hermanos cristianos han aceptado la propuesta. ¿Te crees mejor que ellos? Ellos se dieron cuenta que tienen el deber de sostener a sus esposas e hijos; ellos conocen sus obligaciones».

Sus acusaciones me dieron donde más le duele a un hombre, la obligación del hombre es sostener a su familia. Recobré la calma y contesté: «Sí, ellos saben cuales son sus obligaciones, pero yo conozco la mía. Ellos se sienten frustrados por la decisión que tomaron; yo no. ¡Ellos traicionaron a su Dios, pero yo al mío no!».

Terminaba apenas de hablar cuando el oficial que escuchaba nuestra conversación dijo: «Se acabó su visita».

No estaba seguro de haberlo escuchado correctamente y le pregunté: «¿Se acabó el tiempo de visitas?».

«No —contestó— sólo el suyo».

Yraida se levantó, me lanzó una mirada por última vez, dio media vuelta y abandonó la sala.

El coronel Lemus, el director de la cárcel, reunió a los presos y juntó los paquetes de regalo antes de haber sido abiertos, cuando se fueron los invitados. «Van a ver algunos cambios, por orden del Ministro del Interior, los cuales serán anunciados en un futuro. Deben aceptar nuestras

condiciones, para recibir sus regalos, y debe haber una mejora notable en su comportamiento». La visita resultó ser una trampa para nosotros, un momento de placer al cual aferrarse, con promesas que se iban a cumplir si cooperábamos con el ejército.

Entre las condiciones se encontraban cambiar nuestros uniformes amarillos, que nos identificaba como presos políticos, por uniformes azules que utilizaban los criminales comunes. Todos nosotros reconocimos inmediatamente el significado del cambio de uniforme. Surgió de una historia interesante.

El código de colores de los uniformes comenzó años atrás cuando Cuba se independizó de España. La popularidad del sistema se extinguió por un tiempo, hasta que el estado volvió a escribir la constitución del país en 1940. Se decidió en aquel tiempo que el cuerpo de policía llevaría puesto el color azul, la marina el blanco y el ejército el amarillo. La policía rural y el ejército profesional llevaron a cabo la mayoría de la acción, durante la rebelión de 1953, así que cuando Castro se hizo con el control del país en 1959, su venganza contra las dos ramas de las fuerzas armadas consistió en designar que los presos utilizaran los uniformes que alguna vez fueron motivo de orgullo. El azul lo debían utilizar los criminales comunes y el amarillo los presos políticos. El nuevo ejército llevaba uniformes verde oliva.

Los ciudadanos de Cuba odiaron al principio a los presos que llevaban puesto el color amarillo. Era un símbolo de rebelión. Sin embargo, la actitud de la gente cambió, cuando el gobierno revolucionario aún no llevaba mucho tiempo al mando. Los presos se convirtieron de inmediato en héroes, y sus uniformes amarillos se volvieron insignias de honor. Cada vez que los oficiales de la cárcel transferían a alguno de los presos políticos a una nueva cárcel o a un hospital, la población civil expresaba su afecto en lugar de menosprecio.

Sólo era cuestión de tiempo antes que esta creciente oleada de solidaridad hiciera enfadar y preocupar al Ministro del Interior y a los miembros del Comité Central. Decidieron, entonces, vestir a todos los presos con los uniformes azules de los presos comunes, para evitar disturbios o una desobediencia civil más adelante.

Una flota de camiones llegó la mañana siguiente con fardos de uniformes azules y con ochenta soldados adicionales. Yo, al igual que el resto de la población de presos, miramos con indignación cuando descargaban los uniformes. El director de la cárcel esperaba obviamente que los presos políticos y religiosos crearan problemas. Además de traer tropas adicionales, ordenó que los presos pasáramos por baquetas mientras que los soldados batían bayonetas, porras, cadenas y pedazos de tubos de hierro. Anunció que al final de la carrera de baquetas, tendríamos una alternativa. Podíamos entrar a la celda número nueve, quitarnos los uniformes amarillos y colocarnos los azules, o entrar a la celda número siete y quitarnos los uniformes amarillos. Todos debíamos salir de la celda sólo con nuestra ropa interior.

Los que escogieran vestirse con los uniformes azules desde luego justificarían su encarcelamiento. Serían clasificados como ladrones comunes, violadores o asesinos. Ser disidentes políticos y religiosos nos hacía diferentes, y no podíamos dejar de tener esa distinción. De los presos políticos que corrieron las baquetas y se despojaron de sus uniformes, ochocientos cincuenta no escogieron llevar los azules. El capitán encargado, enojado por nuestro gesto desafiante, nos acorraló a todos en dos pabellones que les habían quitado las literas y cualquier mueble, ¡éramos ochocientos cincuenta hombres en un espacio construido para alojar a ochenta y seis! Los que encontraron un lugar para sentarse en el piso frío de granito se podían considerar afortunados. Establecimos unos turnos de cuatro horas para dormir, con el fin de darles a todos la oportunidad de descansar.

Los oficiales de la cárcel nos dieron tiempo para agotarnos con la falta de sueño y con la inanición antes de comenzar con la nueva fase de la inquisición. La sumisión total se convirtió en una cuestión de honor para los interrogadores. Los guardias nos condujeron uno a uno desde el pabellón hacia las salas de interrogatorios, donde un oficial del ejército esperaba, decidido a doblegar nuestra moral.

«Alexander —reclamó el capitán cuando entré— ¿por qué es tan beligerante e irrazonable? ¿Por qué tiene que desafiar cada cosa que hacemos?».

«No soy un preso común».

El capitán golpeó el escritorio con el puño. «¡Usted quiere retornos y retar a la revolución! ¡La revolución es algo bueno y usted está equivocado! ¡Equivocado! ¡Equivocado!».

Miré fijamente al frente en silencio. Nada de lo que dijera iba a cambiar nada.

De repente, se levantó de un salto del escritorio, me apergolló y me empujó hacia atrás. Mi cabeza golpeó los bloques de concreto con tanta fuerza que vi destellos de estrellas fugaces en mi mente.

«¡Admítalo!» gritó. «¡Admita que usted está equivocado y que la gran revolución es razonable!».

Traté de negar con la cabeza para indicar mi desacuerdo, cuando su puño crujió contra mi nariz. Sentí el golpe; luego chorreó sangre sobre su uniforme y mi pecho desnudo. Me empujó hacia atrás una vez más y se fue indignado.

«Saquen a ese *plantado* infeliz de aquí», le ordenó el capitán al guardián. Les decían *plantados* a los presos políticos que se resistían firmemente a los esfuerzos de reeducación del gobierno.

Los guardianes continuaron con los insultos y el maltrato, de vuelta en el pabellón. «Usted es un *plantado*. No merece llevar la ropa que le entrega la revolución».

Pedí ver al médico por el mareo producido por el dolor de cabeza y la pérdida de sangre.

«¿Un doctor?» El guardia se rió. «Los *plantados* no merecen tratamientos médicos. Tampoco le van a permitir más leer libros ni cartas de familiares ni tener los privilegios de la visita mensual, a menos que, desde luego, usted...».

Mis compañeros de cárcel no se esperaron hasta el final del discurso. Lo hemos escuchado muchas veces en el pasado. Me llevaron a un lugar despejado en el suelo donde podía acostarme para tratar de detener el sangrado. Nos quitaron la última migaja de dignidad cuando escogimos permanecer firmes en nuestras creencias. Estábamos decididos y se lo

íbamos a mostrar. ¿*Plantados*? Sí, éramos *plantados*. Resistiríamos sus intentos de lavarnos el cerebro. No llevé nada puesto, fuera de la ropa interior, durante los siguientes diecisiete años.

Para agotarnos, los oficiales de la cárcel contaban con el calor agobiante del verano, los olores de tantos hombres viviendo en unas dependencias cerradas y el hambre que producía retortijones. Sin embargo, nos adaptamos al nuevo ambiente a los pocos días, estableciendo normas que nos permitían vivir juntos de manera ordenada. Elegimos a una persona respetada para mantener el orden en el pabellón.

Con razón se ha dicho que durante los momentos difíciles el pueblo de Dios se aferra más a Él. Esto también fue verdad durante nuestros momentos difíciles, cuando no teníamos ningún material de religión. Los reclusos se congregaron para rendir culto a Dios, para aprender más sobre la Biblia, para cantar himnos de alabanza y para orar. Un grupo de nosotros dedicamos cada minuto libre de nuestro tiempo para formar oralmente a los nuevos conversos.

Nuestros enemigos esperaron la hora propicia. El invierno llegaría pronto. Nos debilitaríamos por la falta de alimentos adecuados y de ropa. «¡Pronto nos van a implorar de rodillas que los ‘reeduquemos!’» repetían los guardias.

Se presentó una increíble baja de temperatura durante el invierno hacia los 5°C, como si nuestros verdugos tuvieran poderes satánicos. Tanto los presos como los soldados sufrieron por el inusual frío, y los *plantados* llevaron la peor parte.

«No puedo continuar», susurró un joven mientras apretaba los dientes. «Tengo mucho frío».

«Lo sé, hermano», le aseguró uno de los diáconos de la iglesia. «Pero lo lograremos juntos».

«Yo, yo, yo no estoy tan seguro al respecto», respondió el joven, mientras miraba hacia el patio, donde los soldados calentaban sus manos en una fogata. «Quizás yo pueda...por lo menos por un rato...». Sus palabras se desvanecían con nostalgia.

«Sí», respondió otro preso, su voz le temblaba de la debilidad y del frío. «Sólo hasta la primavera; luego cambiaremos nuestro modo de pensar».

«No —sostuvo el diácono—, no puede renunciar a su profesión de fe. Por favor, manténgase firme. Lo lograremos juntos».

Conversaciones como estas ocurrían con demasiada frecuencia hasta que las temperaturas descendieron hasta alcanzar el valor drástico, nunca igualado de los 3°C.

Los presos criminales tenían un poco más de libertad que los presos políticos. Les daban periódicos diarios para que leyeran, entre otras cosas, por estar alojados en una sección diferente de la cárcel. Sin embargo, los presos de las dos secciones establecieron rápidamente un sistema muy eficiente para pasar secretamente papel periódico hacia nuestro lado.

Estos periódicos no sólo nos proporcionaron algo de contacto con el mundo exterior, sino que nos suministraron abrigo.

Tapamos las rendijas de la puerta con periódicos viejos para impedir que la brisa helada se colara por las celdas. El director de la cárcel ordenó que nada tapara las puertas, pero nosotros insistimos. Los guardianes recogían los periódicos cada mañana y alegaban que no les permitían ver nuestras actividades. Esta jugada fue paradójicamente desfavorable para el plan del estado, porque armó de valor a los *plantados* hasta la médula, quienes habían estado considerando seriamente aceptar el plan de «reeducación», a cambio de abrigo y ropa. El Espíritu de Dios nos hizo más unidos.

Era verdaderamente asombroso ver lo mucho que un pañuelo le puede cubrir a uno el cuerpo, la cantidad de calor que irradia el cuerpo humano y el abrigo que proporciona un rollo de papel higiénico.

Los guardianes requisaban nuestras celdas cada mañana y nos quitaban cualquier cosa que hubiéramos utilizado para sobrevivir la noche anterior. Entonces utilizaban lo que hubieran encontrado para calentarse ellos mismos.

Los oficiales intensificaron sus esfuerzos por quitarnos la única libertad personal que teníamos, dormir, cuando nos negamos a ceder o a morir.

Instalaron altavoces en las puertas de nuestro pabellón. Los altavoces hacían un estruendo, cada dos horas por la noche, con la melodía de una vieja canción tradicional que decía: «Más de mil años, muchos más, tendrás que esperar. No sé si la eternidad tendrá fin...».

Siguió una serie de propaganda del departamento de salud. «Los presos en condiciones de tanta desnutrición, que duermen en el suelo, contraerán resfriados. Estos catarros no tratados se pueden convertir fácilmente en tuberculosis. Con la pérdida de sangre se volverán anémicos. Si la anemia continúa, contraerán leucemia. El estado no quiere que esto les ocurra. Pero ustedes tienen libre albedrío. Si ustedes aceptan el plan del gobierno, aceptan la vida; si rechazan la oferta, ustedes escogen una muerte lenta pero segura».

Muchos hombres buenos creyeron la propaganda del estado y cedieron. Mientras ellos se iban, los que permanecimos nos apiñamos. La rutina continuó, noche tras noche, por más de dos meses. La vida se hacía más imposible con cada día que pasaba. Algo se tenía que hacer, pero ¿qué? ¿Qué podía hacer un montón de marginados políticos hambrientos y medio desnudos para presionar a los oficiales de la cárcel cubana, que tenían aparentemente todas las de ganar?

La Vida en el Pabellón de los Condenados a Muerte

Los altavoces me robaron de nuevo nuestro sueño. La falta de dormir nos hizo sentir agotados. «Tenemos que hacer algo — decidí—, «pero, ¿qué? ¿Qué podíamos hacer? ¿Qué ventaja le llevábamos a nuestros verdugos?». La única cosa que teníamos y que no aceptamos darles, fue nuestra colaboración. Me di cuenta que, por una u otra razón, era vital que los presos políticos se sometieran al programa de «reeducación», para tenerlos contentos, quizás porque era importante para su prestigio y para que fueran ascendidos en el nuevo gobierno de Castro.

El versículo de Mateo 5.6 me pasó por la mente: «... *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados...*». ¡Una huelga de hambre! Esa puede ser la respuesta. Sin duda alguna que no íbamos a perder una gran alegría al privarnos de las miserables comidas que nos ofrecían. Antes que pudiera compartir mi idea con alguien más, otro hermano sugirió lo mismo, y otro, y después otro. Un gran número de nosotros propusimos espontáneamente la misma idea a la vez. Les planteamos el plan a los demás reclusos, advirtiéndoles de las posibles consecuencias y lo sometimos a votación. El noventa y tres por ciento del grupo estuvo de acuerdo, íbamos a comenzar nuestra huelga la mañana siguiente.

Escuchamos el chirrido que indicaba que se acercaba el carrito de ruedas metálicas que repartía nuestra comida, ya que no nos permitían consumir los alimentos en el comedor que utilizan los presos comunes. Se sintió un silencio en nuestro pabellón cuando se acercó el soldado que empujaba el carrito de la comida. Observamos cuando se abrió la puerta. El desayuno del día consistía en agua de panela caliente y una rebanada de pan tan delgada que literalmente se podía ver a través de ella.

El soldado gritó: «Vengan por su desayuno».

Nadie respondió.

«El que quiera desayuno, venga y cójalo ahora», el sargento de la cocina dijo a voz en grito. «El resto lo devuelvo».

Nadie habló de nuevo.

Rafael Alzamora, el recluso encargado de distribuir nuestras comidas, dio un paso hacia delante. «No quieren».

«¿Y usted qué?» preguntó el soldado.

«Yo tampoco».

«¿Es esto una huelga?»

Rafael hizo una pausa por un instante y arqueó una ceja un poquito. «Puede ser, todo depende de ustedes».

Los ojos del sargento se entrecerraron mientras miraba los rostros de los presos de expresión pétreas alrededor del pabellón. «¿Usted conoce las consecuencias?» Salió sin esperar una respuesta. Cantamos y oramos juntos durante el curso de las siguientes horas.

El soldado regresó a las nueve en punto con nuestro almuerzo y con su sargento, un hombre de poca estatura, fornido y con la cara colorada, y quien por lo visto, no estaba acostumbrado a que le pusieran resistencia. Esta vez yo era el portavoz del grupo. Cuando le repetí el mismo diálogo que tuvimos a la hora del desayuno, el soldado se puso furioso y gritó una y otra vez: «¡Esto es una huelga! ¡Esto es una huelga! ¡Esto es una huelga! Arrojó su gorra al piso y saltó sobre ella como si fuera un niño haciendo una rabieta.

El sargento estaba obligado a informar acerca de la huelga de hambre a la oficina principal, y esto suponía problemas. Un problema en la cárcel implicaba que todo el personal militar tenía que estar de guardia las veinticuatro horas y que cancelaban todos los permisos.

La cena llegó con el mismo resultado. Cada vez que llegaba una comida durante los siguientes tres días, más oficiales de la cárcel venían para presenciar nuestra rebelión y para gritarnos y amenazarnos. Los oficiales, tras desahogar su ira, daban media vuelta y se iban.

El cuarto día, los guardias no trajeron la comida habitual, sino la más apetitosa y que les daban a ellos. La colocaron junto a la puerta para que la pudiéramos ver y oler. Se la llevaron al comedor, cuando nos rehusamos a ceder. Acabábamos de empezar a rendir culto a Dios esa noche, cuando sonaron los altavoces.

«Su atención por favor, presten atención por favor, todos los reclusos que están haciendo la huelga de hambre en el patio número dos. Soy del Departamento de Salud del Ministerio del Interior. Su metabolismo puede cambiar después de tres días de hacer huelga. Si usted es gordo, el mismo tejido adiposo sustentará a su cuerpo. Si no lo es, su cuerpo va a empezar a quitar alimento de su estómago. Los jugos gástricos desgastarán las paredes del estómago y originarán úlceras, cáncer y otras enfermedades. La pérdida de la vitalidad imposibilitará que se puedan recuperar».

Mientras perdíamos la fortaleza física con cada kilo, ganamos fortaleza espiritual. Recitamos las palabras de Pablo en 2 Corintios 4: 16-18: «... *Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas...*».

Nos fortalecimos espiritualmente a través de la oración porque nuestros músculos físicos empeoraban por la inanición. Estábamos ocupados utilizando nuestros músculos intelectuales para alertar a otros de nuestra difícil situación. Ideamos una manera de tener un servicio postal en la cárcel porque sabíamos que el partido comunista cubano quería tener buena prensa. Escribimos cartas a organizaciones como la Cruz Roja Internacional y Amnistía Internacional usando el interior de las cajetillas de cigarrillos y otros pedazos de papel. Perforamos un agujero en cada una de las paredes, y pasamos una larga cuerda negra desde un pabellón al otro que recorría toda la distancia hasta el bloque uno del patio cuatro. Entonces doblábamos nuestras cartas en pequeños rectángulos, las colgamos en la cuerda y las deslizamos a los presos que estaban a punto de salir, quienes, a la vez, las sacaban secretamente de la cárcel. Para cuando los oficiales de la cárcel descubrieron nuestro sistema

d e o m u n i d æ s i o e n l p a s e r l o a h n a n b b a d p o e s t , æ s a r t a
y æ s t a d b e a a n m i a n w l e s t d i e r s æ a d o .

U n g r u p b o e f i c i d a e l l i e f i s e r r æ m g æ r e æ h i t r o a u a a
d í A g u n o s d d o h s e r m a m á o s é b i a l c e p t e a l r n d i n f o y e n b e
p r o g d æ m æ e d u g f a e r i t o m a n s f a m e d d i s a t o a t r a e s n
c á r c C e u l a e n s d j o s e f i d æ h j s é t e r i m o l n i a n r s o p n e e c d c o i r o o n n , e
P a c h e d c o o m a n d e a n e t a e g g r a u d n o l s p r o e s s o e s i a b e m e n
d a n f a e n d e s c o n j o l d e i o d a n t r y a n r a i b o m i u a e r r t o !

E n t o m o r e d s e q u e t o s o l d a d p o s s t d a e r n a t n e c o a d a
p a b e p á r n s c u l o m i o d a c e i t a o n t r a d b e a n m i d a a .
p r e s e d d h a o m b d i f e u l t a b a c a m v e s t r s a i e n i m b a e g o
c o n t i n u t a e n m o i s e u e d s o t r a n l i e o r n a e i n f r o e n d t e e l l d o s n , d e
o r á b a c m a o n s t , á p r a e m o i s t á b æ b n i o b s l U n c d o e s o s o l d a d
a d m i q u i e l g u e i n e r r æ b g a u l a a r l r a e r d e d a a , r e d t o r o n e
P a c h r e e g o p e a h á c l e a r s n d a g a c i o n e s .

« N b h e i s p t e o e , o h l e m b r e , v i e c m e d a r a p o n e r s
e s o e x p l e i l o b d e l d o s e h s o e u e m í r a s u d l o r e d e d
i n v o s c u a m b r C e r æ q u o É l d e b e e r h u l e t s r h æ o m i d a
p o r q u e d e o s s c u d e h c o i G r : a c i a s ,

N o s e í m a s d r i e e n d t e e s c r , o m e o s o l d p a u d d o u g e a i l r
c o n c l p u s f o s e u s s m o m b n r u e y o m p a t h s o m b e t a
c u l h i u s p a n a

E l d í q u a i r e d e r o P r a e c h l h e e r o d e a h o s s o l d q u d r o s
d i s p a s i o m a i m u á r b i a n n o i c e a t a D i o r S e . a l i z u a m s o t s r
s e r v i l i s p p p t s o e p a b e l l ó n d i g d o s p o s e q u e ñ o
d e r æ s u a p e r o s p a n a s i p t r a o r b l i e n m a e s c e s a r i o s .

E l c o r o P r a e c h h e u n c t o o n t e n i c e o n r t o f e a l y o i t o s
o f i c i d a e l l e t s a o n g o t r a l r a n a n a s e i m g u e i s e t n r t o e p a
E l t e n i c e o n r t o f a e r l s h l i z o r d g e o a i t u a l e i s o q u e d e s o s
g u a r n d o i s æ s u n i e r o n .

« N o é u e s q u l e e s s p á s a h e d o f r e c e p r o i s v i d l e e g
v i s y i u s a d d e c h a p r e r d e s t á b d i m s o p u a s u t m o n i s t r
u n i f o r m e s n u a e z p u l s e a s e o n t i t u e a n i æ m e d e d e h o

visita normal y negaron aceptarlos». Exhaló un profundo suspiro de indignación. «Ahora les toca a ustedes. Aquí está el coronel Pacheco. Díganle qué quieren».

Los oficiales echaron un vistazo al grupo de presos que guardaban silencio. Nadie se movió.

El teniente coronel Ofarril atacó nuestra espiritualidad. «Ustedes dicen que son presos religiosos y políticos, no criminales comunes, pero no son nada. No tienen disciplina. Si tuvieran un poco de... no de instrucción, sino de educación, por lo menos, me contestarían». Agitó la mano con frustración y agregó: «Hasta una manada de perros ladra cuando se les habla. Ustedes no son más que cadáveres».

En ese momento, uno de los presos políticos, Francisco Rodríguez, contestó: «Tiene razón, porque incluso a los perros los tratan mejor en las casas de sus dueños que a nosotros en este país».

Ofarril miró a Francisco. «Hemos hecho todo lo que nos compete para ayudarlos».

«¡Entonces, quizás no son ustedes los que nos tratan peor que a animales; es su gobierno dirigido por Fidel Castro!».

Ofarril cerró sus puños y arremetió contra Francisco, pero los demás oficiales se interpusieron entre él y el preso.

Francisco pronunció otro mal al teniente coronel, y Ofarril trató de soltarse de sus hombres. «¡Déjenme que le ponga la mano encima! ¡Rodríguez, voy a hacerle tragar esas palabras!».

Todos los oficiales encontraron cada vez más difícil contenerse, porque estaban acostumbrados a que su palabra fuera ley. Ofarril y Francisco continuaron con la andanada de improperios, instigando tanto a los presos como a los oficiales a estar a punto de formar un amotinamiento. Todos estaban así, salvo por el coronel Pacheco, que permaneció sereno y distanciado de la acción.

Justo antes que se empezara una pelea a puñetazos en el pabellón, el coronel Pacheco se dirigió a Ofarril. «Ofarril, ya se puede ir. Yo me encargo de esto de aquí en adelante».

Se le encendieron los ojos a Ofarril. Por un instante pareció que la iba a emprender con el mismo coronel, pero en lugar de ello, recobró la postura militar, se puso en posición de firmes, hizo la venia y se marchó.

Pacheco se volvió hacia Francisco y dijo: «Todo esto se pudo evitar. Vine a proponerles una lista de concesiones». El efecto tranquilizador de su voz y sus ojos llenos de compasión engañaron a muchos de los presos jóvenes.

«Si se retractan de la huelga y cambian su actitud, voy a restablecer la asistencia médica y los privilegios de visita. Voy a asegurarme que les den mejor comida, que puedan ver televisión dos veces por semana y voy a considerar cualquier otra mejora que sugieran». Muchos de los presos, jóvenes e incautos, le creyeron y fueron transferidos a otro grupo. Más tarde supimos que cada uno cedió y fueron aún más lejos, hasta que finalmente negaron su fe en Dios y aceptaron por completo el plan de reeducación.

Ochocientos treinta permanecieron fieles. Cerraron el suministro de agua el día diecisiete de la huelga. No teníamos agua para el baño ni para beber. Algunos presos comenzaron a perder el pelo, pero aún así se empeñaron en seguir. Desarrollamos un nuevo plan después que se vino abajo nuestro servicio de correo. Doblamos nuestras cartas en rectángulos diminutos como antes, luego hicimos hondas de caucho para tirarlas al otro lado de los muros. Los parientes de los presos se reunían cada día, tras los muros de concreto, para tratar de obtener permiso de visitar a sus seres queridos. Usaban sobornos, sexo y amenazas para conseguir sus propósitos y estaban encantados de pasar nuestras cartas a las debidas organizaciones.

Doscientos soldados entraron resueltamente al patio número dos, el día veinte de nuestra huelga de hambre, poco después de las dos en punto. Aunque nos reunieron a muchos de nosotros en el patio, el comandante ordenó que otros presos se quedaran en las celdas y vieran como los soldados requisaban los pabellones, donde quitaron hasta pedazos del piso. Buscaban un radio. Se filtró de alguna manera la noticia de nuestra huelga de hambre a la Cruz Roja Internacional; ¿cómo?, los

oficiales de la cárcel no tenían ni idea. Las autoridades de la Cruz Roja pidieron hablar con nosotros, pero el estado revolucionario se negó. El Departamento del Interior decidió que los protestantes iban a aguantar porque de alguna manera nosotros nos dimos cuenta que la Cruz Roja y Amnistía Internacional estaban preguntando por nosotros, de ahí que teníamos fortaleza moral, o como ellos lo llamaban, terquedad.

Los oficiales de la cárcel reunieron a nuestros familiares, los días que siguieron, y los trajeron a la cárcel sin nuestro conocimiento. Los oficiales le contaron a nuestros seres queridos sobre la huelga de hambre. «Están actuando totalmente de manera irracional. No quieren verlos. Les ofrecimos que ustedes los visitaran, pero no aceptaron nuestra oferta. Quieren servir a los imperialistas», mintió el comandante de la cárcel. «El estado revolucionario ha dado el paso siguiente con ellos, los mandamos a llamar a ustedes para ver si los hacen entrar en razón. ¿Ven esta ropa aquí?». Era la ropa que habíamos llevado puesta cuando nos arrestaron, o así fue lo que nos dijo más tarde un preso que trabajó en la lavandería.

«Estamos dispuestos a darles un permiso de cinco días para que vayan a sus casas con ustedes si tan sólo dicen 'sí'. Yo sé que ustedes no nos creen, pero si quieren, pueden enviarles una nota y se la hacemos llegar a su familia».

Uno de los parientes preguntó: «¿Cómo podemos saber que sí la recibieron?».

«Les vamos a permitir que la contesten», explicó el oficial. Las familias de los presos no tenían ni idea cuán falsos y diabólicos eran estos oficiales. Muchos creyeron las mentiras y comenzaron a escribir las notas. Los guardianes leyeron cada nota y si el preso no la contestaba de la manera que los oficiales querían, escribían sus propias respuestas bajo el nombre del preso y daban respuestas falsas. Deseábamos ver a nuestros seres queridos pero no bajo esas condiciones. Después que los oficiales del ejército crearon el marco idóneo para su patraña, nos llevaron a un pequeño salón donde nos esperaban nuestros familiares.

Vi la lucha angustiada de un amigo cuando su esposa se arrodilló ante él, rogándole que cediera. «Toma el permiso de cinco días. Ven a casa conmigo. Si no lo haces, –gritó– me suicido».

Un oficial estuvo sentado todo el tiempo a un lado de la mesa, mirando y mofándose como si dijera: «Con este va a funcionar».

Mi amigo se debilitó y tomó el permiso de cinco días. Descubrió, cuando regresó a la cárcel, que la huelga había terminado precisamente el día siguiente de haber salido.

Supimos, después de eso, que las noticias de nuestra huelga se habían filtrado fuera de la prisión y de Cuba. La prensa internacional la reportó por todo el mundo, lo cual hizo que se pusiera en duda el régimen comunista de Cuba. El estado cubano recibió órdenes de Rusia para ponerle fin a la huelga. ¿Era posible que el monstruo que Fidel Castro había formado pudiera ser obligado por la opinión internacional a cambiar de imagen y mostrar una fisonomía de humanidad?

Buscaron culpar a las altas filas del ejército, hasta que se la achacaron finalmente al director de la cárcel. El Ministro del Interior destituyó al director de la cárcel de su oficio y colocó a otro hombre en el cargo. El nuevo director de la cárcel restableció inmediatamente la debida ayuda médica, las visitas de las familias y suministró libros para leer. Supimos luego que el director destituido tuvo una crisis nerviosa y ha requerido desde entonces pasar varios años en tratamiento psiquiátrico.

Mejoraron casi de inmediato nuestra dieta. El nuevo director quiso asegurarse que teníamos un aspecto saludable y lozano. Uno de los aditivos más populares para nuestra comida fue la levadura de cebada, para dar peso rápidamente a nuestros esqueletos. El nuevo director también quiso mejorar la imagen de conjunto de la cárcel y trajo camas, colchones, almohadas y sábanas para nuestro uso.

Aunque queríamos ver a nuestros seres queridos, no nos entusiasmaba la idea que nos visitaran mientras llevábamos puesto solamente la ropa interior. Ahí fue cuando tuvimos la idea de hacer bermudas y camisas con nuestras sábanas. Miramos con mucho orgullo nuestro proyecto de sastrería cuando lo terminamos. Nos sentíamos otra vez decentes.

Siempre me va a conmovir el recuerdo de la primera visita después de la huelga. Nos reunimos en el patio número dos con los familiares y realizamos un oficio religioso de alabanza. Derramamos inconteniblemente las lágrimas y nos quedamos sin habla mientras alzábamos juntos nuestra voz para cantar himnos como «La Asombrosa Gracia de Dios» y «El Antiguo Centésimo». Nos dividimos con los familiares en grupos pequeños para escuchar sobre todos los momentos preciosos que nos habíamos perdido desde que nos encarcelaron, sobre la pérdida de parientes preferidos como tíos, tías o abuelos, y sobre el nacimiento de nuevos miembros de la familia que quizás nunca íbamos a conocer. El tiempo que pasamos juntos terminó muy pronto. Nos dimos un beso de despedida y nos prometimos volvernos a ver dentro de un mes. La vida en La Cabaña hasta se podía soportar al saber que en treinta días me permitirían ver de nuevo a mis familiares y amigos y podría escuchar las noticias del mundo exterior.

Las visitas llegaron a su fin después de unos pocos meses. Una mañana de febrero muy temprano, nos despertó una voz que gritaba una lista de nombres por los altavoces, entre ellos el mío. «¿Para qué me querrán ahora?» me pregunté. Hice memoria para recordar qué pude haber hecho mal, pero nada me vino a la mente. No tuve que esperar mucho.

Un teniente y su edecán se acercaron resueltamente al pabellón y abrieron la puerta. «Humberto Noble Alexander, recoja inmediatamente sus pertenencias. Va a ser transferido a otra cárcel».

¿Pertenencias? ¿Qué pertenencias? Mis hermanos en Cristo formaron un círculo de oración una última vez, mientras envolvía y ataba mis pocas cosas en mi camisa extra hecha en casa. Eché una mirada alrededor del círculo a mis compañeros de sufrimiento y tragué saliva para contener las lágrimas. Habíamos pasado por mucho juntos. Habíamos cantado himnos de alabanza hombro con hombro; orado por fortaleza; tiritado de frío; y casi morimos de hambre. Podía sentir que su amor me armaba de valor para hacerle frente a cualquier cosa que me pudiera sobrevenir.

La cercanía que compartimos en esa celda sobrepasaba cualquier religión, raza o ideología política. Estos hombres eran mi familia. Miré

cada rostro mientras nos abrazábamos por última vez. ¿Nos encontraríamos de nuevo en este lado de la eternidad? Quizás con algunos, pero no con todos.

«Vamos, Alexander, desaloje», refunfuñó el teniente.

Di la vuelta para salir, lo miré a sus ojos oscuros y sin emoción y me pregunté: «¿Será que es tan duro, tan desprovisto de humanidad como para no sentir nada?».

Nos hicieron ir al patio y nos subieron a camiones provistos de divisiones, similares a las perreras, acondicionados para transportar personas arrestadas. Un guardia nos hizo subir a cuatro de nosotros en una de estas jaulas y cerró con seguro la puerta. Más presos llenaron las otras cuatro jaulas. El conductor y un soldado ocuparon el asiento delantero. Un cabo vigilaba a los presos desde el asiento de la mitad. Por alguna razón desconocida para nosotros, le echaron una dosis de ipecacuana a nuestra ración de la mañana, un producto nauseabundo que produce vómito, diarrea y dolor de cabeza.

Los camiones se detuvieron, treinta horas después, en la cárcel de Boniato. Esta cárcel tenía la reputación de ser la peor cárcel de Cuba. Los oficiales de la cárcel de Boniato realizaban experimentos con los presos, como en los campamentos de concentración nazi, durante la Segunda Guerra Mundial. Recopilaban información de cuánto tiempo podía sobrevivir el cuerpo humano, primero sin comida, y después, mientras se debilitaban los presos, sin agua, antes de morir.

Salimos tambaleándonos de nuestras jaulas para estar de cara al director de la cárcel y a su personal, débiles y deshidratados por la medicina que nos habían dado y por las instalaciones tan incómodas en que viajábamos. Los guardianes de la cárcel nos echaron un vistazo como si fuéramos mercancías en la plaza de mercado.

«Bueno, muchachos—el director de la cárcel hizo una mueca—ustedes están ahora en Boniato. Así que olvidense de todos los privilegios que tuvieron en La Cabaña. Aquí se ganarán los beneficios según sus obras».

Entendimos. No se iban a ser realidad todas las promesas gloriosas que hicieron después de nuestra huelga de hambre. El monstruo del

comunismo no había cambiado su naturaleza. El malvado sólo ocultó su perversidad, el tiempo suficiente, para permitir que la comunidad internacional se olvidara y concentrara su atención en otra causa nueva.

La ubicación de la cárcel de Boniato, en un pequeño valle rodeado de cerros, les garantizaba completa privacidad a nuestros verdugos para que llevaran a cabo sus atrocidades con los reclusos. El complejo carcelario consistía de cinco edificios de dos plantas, cada uno dividido en cuatro pabellones.

Guardias armados me llevaron al pabellón 5-C. Un corredor largo se extendía ante nosotros, dentro de puertas enrejadas de hierro. Treinta y nueve puertas de acero macizo bordeaban cada lado del corredor. Me llevaron a la celda veintiséis. Esperé mientras uno de los guardianes sacaba un llavero enorme de su bolsillo, abrió el candado y deslizaba el cerrojo de hierro. El segundo guardián abrió la puerta de un tirón y me hizo entrar bruscamente de un empujón. La puerta de hierro de un cuarto de pulgada de gruesa se cerró ruidosamente detrás de mí, seguida de un sonido áspero del metal que chirriaba y del golpe seco del candado. La celda, de casi metro y medio por tres metros, tenía un bombillo que colgaba del techo. Era controlado desde la oficina. Era de día o de noche, cuando el oficial así lo decidía. Al girar el interruptor, la luz podía cambiar de tenue a luminoso, muy luminoso, extremadamente luminoso y a oscuridad total. Había dos literas en la celda, una encima de la otra. Un joven se encogía contra la pared en posición fetal, en la esquina trasera de la celda.

«No se acerque», dijo lloriqueando. «No me lastime».

«No estoy aquí para hacerle daño», le aseguré mientras miraba la condición austera de la celda. «Parece que vamos a ser compañeros de celda por un rato. Me llamo Alexander, Noble Alexander».

Comenzó a estirar cautelosamente su cuerpo, sus ojos hundidos y rodeados de manchas oscuras me miraban, tratando de formarse un juicio.

«Bueno —solté mi paquete y eché un vistazo alrededor de la celda— ¿cuál litera prefiere, la de arriba o la de abajo?».

Miró hacia la de abajo.

«Está bien». Recogí mi bulto y lo coloqué en la litera que iba a ser mía. «Ah, amigo, ¿cómo quiere que le diga? ¿Cómo se llama?».

Me miró con el ceño fruncido como si tratara de decidir hasta dónde iba a confiar en mí. «Calixto Orihuela», balbuceó, haciéndose un ovillo en su cama.

Calixto se dio a conocer más en el curso de los días siguientes. Dijo que había sido arrestado por ser ayudante de un líder rebelde y que había sido condenado a muerte. Vio como el pelotón de fusilamiento ejecutó a dos de sus compañeros. Luego, los tres fueron indultados a última hora de sus penas y fueron conmutadas por treinta años de cárcel. Por desgracia, los dos ya habían sido fusilados. Sin embargo, el ver morir a sus amigos y la tortura que aguantó durante los siguientes días hizo que su mente se cerrara. Era lúcido y sensato a ratos, pero a veces se acostaba en su litera, con los ojos muy abiertos y miraba fijamente al techo sin decir palabra. Algunas veces, cuando se encontraba en este estado, no dormía ni hablaba por semanas enteras. Los únicos alimentos que ingería, tenía que dárselos a la fuerza. Y había ocasiones en que se descontrolaba y se ponía furioso.

Calixto necesitaba de mi atención constante, mis conocimientos de enfermería, cuando se escapaba de la realidad o perdía el control, y de mi habilidad pastoral cuando era consciente de su entorno. Pero fue la obra del Espíritu Santo que, a su tiempo, hizo que aceptara a Jesús como su Salvador.

Mi primer día en Boniato comenzó a las 6:00 a.m. con el primer recuento de personas. Cualquier preso que no se ponía de pie de un salto cuando sonaba el pito, era golpeado despiadadamente sin prestarle atención médica. Después del recuento, una tropa de soldados entró resueltamente en el pasillo, las puertas se abrieron y cada preso fue golpeado. Repitieron la rutina a las seis de la tarde, y después cada mañana y cada tarde durante el curso de un mes.

Nuestra celda tenía una ventana pequeña en la pared trasera. Las ventanas de las demás celdas habían sido cubiertas con una lámina de hierro, así que cuando nuestros verdugos se dieron cuenta de nuestro

lujo, nos trasladaron a Calixto y a mí a un pabellón y a un calabozo nuevo. Cada puerta de hierro, a lo largo de los pasillos de este pabellón, tenía una pequeña abertura, por donde nos pasaban los alimentos. La abertura se convirtió en mi púlpito, porque estábamos encerrados las veinticuatro horas del día. Prediqué la Palabra de Dios por esta estrecha ranura. Los rostros de los presos que alababan a Dios se podían ver, cada mañana y cada noche, cuando se apretujaban contra sus puertas. Realizamos un oficio general los sábados y una clase de historia de la Biblia los domingos. Los que nos sabíamos algunos versículos de la Palabra de Dios, los recitábamos, y los conversos repetían con nosotros. Una nueva iglesia comenzó a crecer.

La Cabaña, la Isla de Pinos, Remedios, Boniato, cada cárcel tenía su propio rasgo distintivo infernal, muy parecido a las huellas dactilares de un individuo. Sin embargo, la peor tortura que experimenté ocurrió en Boniato, no a través de los oficiales de la cárcel ni de sus guardianes sádicos, sino de mi querida Yraida. Fue aquí, en 1972, que nuestro divorcio fue definitivo. Me rehusé a creer que mi bella esposa, la madre de mi hijo, haría algo así, hasta que recibí la noticia de la sentencia final. Ella alegó en su pleito de divorcio que yo traté de «asesinar a su primer ministro». Aunque el divorcio es común en la vida de muchos presos, no creí que me pudiera suceder a mí. Después de todo, yo era cristiano; Yraida era cristiana; y los cristianos no se divorcian. Permanecen casados toda la vida.

«¡Esto no me puede estar pasando!» les grité a mis amigos. «Los comunistas la deben estar obligando a decir estas cosas, o quizás es un truco para destruirme». Me aferraba a cualquier esperanza que me pudiera imaginar para negar la veracidad de la sentencia de divorcio. Tenía que creer que ella todavía me amaba; ¡debía hacerlo!

«El divorcio es una realidad» mis amigos sostuvieron. «Eres un tonto si no lo crees».

Los presos mayores sabían cómo reacciona un compañero de cárcel ante la noticia de un divorcio en trámite o por el anuncio de la pena de muerte. Se sume en la depresión y posiblemente se suicida o arremete

con cualquier persona en un acto desafiante. Cualquiera de las dos lo destruye.

«Déjenme en paz», les gruñí a mis hermanos en Cristo. «¡Solamente quiero estar solo!».

«No, Noble—insistieron mis amigos— vamos a acompañarlo por esto que atraviesa. Lo amamos y es peligroso que se quede solo en este momento».

Traté de discutir. Quise pelear con alguien, a ser posible con un guardia. La muerte y el peligro ya no me causaban temor. La bala de un soldado podía aliviar el dolor que me partía el pecho y que sentía en lo más profundo del alma. «¿Para qué seguir viviendo?». ¡Perdí mi esposa, mi hijo, perdí todo! Los únicos parientes que me quedaban vivían en otro país, a más de mil quinientos kilómetros de distancia y quizás no los vuelva a ver de todos modos.

Cada vez más nos permitían estar juntos fuera de nuestras celdas. Mis amigos se quedaron constantemente a mi lado, aún cuando me sumía en la depresión, mucho más profundo de lo que jamás había experimentado. Mi vida en la jaula del tigre, en la cantera de mármol, en el pozo negro y en los calabozos no era nada, al lado de la desesperación que sentía en ese momento. «¿Cómo iba a sobrevivir? ¿Para qué iba a querer sobrevivir?» me pregunté. Pero comencé a darme cuenta lentamente, que aunque me habían quitado a mi familia terrenal, tenía un sinnúmero de hermanos, no de padre y madre, sino de Dios.

Un golpe suave en el hombro, una sonrisa compasiva, una palmada en la espalda, aliviaban la agonía. Y cuando la compasión no hacía su efecto, recurrieron a la burla. «¿Va a permitir que al final ganen los monstruos comunistas? De todas formas, ¿qué tipo de hombre es usted? ¿Dónde está la fortaleza de la que siempre ha predicado? ¡Vamos, pastor, cálmese!».

Rolando Fuentes, el diácono titular, me obligó a ver mi deber. «Pastor, deje de pensar en Yraida. Vamos, cumpla con su obligación para con nosotros antes que lo pierda todo».

De alguna manera la mención de mi seudónimo, pastor, me recordó

de mi llamado. Los guardianes traían diariamente presos nuevos. Estos hombres estaban sedientos de la esperanza que el evangelio les podía dar. Y peor aún, parecía últimamente que el régimen de Castro se había quedado sin adultos y había comenzado a arrestar a los niños que a duras penas entraban en la adolescencia. Los guardianes alegaban que habían sido arrestados por robos insignificantes, algo que dudaba. Sentí que tenía una misión especial con estos jóvenes confundidos y aterrorizados. También los presos, a quien aconsejaba y con quien oraba, y que estaban al borde de tomar una decisión por seguir a Cristo, me estaban observando para ver si mi fe tambaleaba.

Recordé las promesas del Salmo 27: 10-14 y los ejemplos de fidelidad en Hebreos 11, especialmente los versículos 33 al 37. Me di cuenta que debía superar mi pena, o perdería mi ministerio hacia estos hombres. Si la fe del «pastor» se debilitaba durante los momentos de adversidad, ¿cómo podía la fe de ellos levantarlos durante sus momentos difíciles?

La Familia

Me perseguían los recuerdos de Yraida y de mi amor perdido. Tenía que saber. Decidí que tenía que averiguar por mi cuenta la razón por la cual se había divorciado. Le envié una nota de contrabando exigiéndole una explicación. Me destrozó su respuesta.

«Noble, no pude seguir esperando. Ni su hijo ni yo vamos a aguantar más su terquedad, si no desea aceptar el plan de reeducación. Tiene que elegir», escribió. «Dejé de ir a la iglesia y su hijo es ahora miembro del Partido Juvenil Comunista, es un pionero en pro de Castro. Llegué a conocer a un hombre amable, un capitán del ejército. Me pidió la mano y acepté».

Leí su carta una y otra vez. Parecía muy irreal. Empecé a pensar en el día que nos conocimos en el ensayo de coro en la iglesia de Marianao, el 28 de diciembre de 1958. Aquella noche, luché con mis pensamientos al sentirme inmediatamente atraído por su vivacidad y su vehemencia evidente. ¿Podrá ser la mujer que Dios destinó para mí? La invité a salir; ella trajo consigo a su hermana. Entre más salía con ella durante el curso de los siguientes meses, más seguro estaba que Yraida iba a ser la mujer a quien amaría el resto de mi vida. Nos casamos el 3 de agosto de 1959. Y ahora, trece años después, debía dejarla ir de alguna manera.

Traté de explicarle en mi carta de respuesta por qué no podía someterme al plan de reeducación, porque debía permanecer siendo un *plantado*. Concluí mi carta con: «Prefiero a mi Jesús a plata u oro, prefiero servirle a tener infinidad de oro».

Mi familia de la cárcel me apoyó durante mi crisis. Me moví a manera de zombi durante la rutina de tormento diaria, mientras me atribuía la promesa que hizo Jesús cuando ascendía al cielo:»...*be aquí yo estoy con*

vosotros todos los días...». Un hermano siempre estuvo allí para instarme a salir de mi estado de desesperación cada vez que amenazaba con quebrantarme o con dar un paso atrás. Me recuperé lentamente. El trabajo con la iglesia naciente de Boniato me obligó a reanimarme. La iglesia se convirtió en mi esposa y mi hijo.

Por esas fechas conocí a Andrés Gómez, un abogado y ex embajador en varios países latinoamericanos. El hermano Andrés fue acreditado como embajador cubano en Francia, cuando Fidel Castro ganó la revolución. A medida que el estado cubano empezó a asumir un inquietante matiz rojizo, Andrés y otros de sus colegas vivieron como exiliados en Europa y conspiraron para invadir a Cuba y volverla a tomar.

Andrés viajó a los Estados Unidos en 1961, antes de la invasión de Bahía Cochinos, y luego entró secretamente a Cuba con el fin de preparar el terreno para la invasión. Andrés esperaba su destino, después de haber sido capturado, procesado y condenado a muerte por el pelotón de fusilamiento. Cuando las noticias de su sentencia se filtraron a otros países, los presidentes de los países donde sirvió en el transcurso de los años apelaron el fallo de muerte. La presión resultante hizo que el Comité Central cambiara su condena a treinta años de trabajos forzados.

El abuelo de Andrés, Máximo Gómez, fue el líder de la lucha cubana durante la guerra de la independencia contra España, entre 1895 y 1902. Máximo hubiera sido el primer presidente cubano, si no fuera porque cuando le pidieron que asumiera el cargo, se rehusó a hacerlo con las siguientes palabras: «Mi labor es liberar, no gobernar».

Andrés era un caballero cristiano que estudió en colegios católicos de su patria. Los dos comenzamos oficios religiosos uno detrás del otro. Yo les predicaba a los presos protestantes y él, a los católicos. Nuestros servicios de adoración llamaron la atención del director de la cárcel. Ordenó una requisita, porque tenía la certeza que uno o más reclusos de nuestra unidad habían introducido fraudulentamente una Biblia. Los soldados no encontraron ninguna Biblia. El director, furioso, anunció por los altavoces: «Lo pagarán, ya saben, porque cada acción tiene una reacción».

Cuando el director se enteró que algunos de los líderes que rendían culto a Dios no comían cerdo, fue a la granja más cercana y compró varios cerdos enfermos que el granjero tenía la intención de sacrificar.

El cocinero nos dio de comer cerdo dos veces al día. Los que decidieron comer la carne dañada se enfermaron y no les prestaron atención médica, mientras que los que no, nos debilitamos por la inanición.

«¿Qué tiene Dios para nosotros?» gritó frustrado un converso nuevo. «Nos va a dejar morir de hambre? ¿Eso le da honra?». Otros presos se sumaron.

No tenía respuestas. ¿Qué quería Dios? ¿Iba a ser este nuestro final? ¿Todas las promesas que hicimos de permanecer vivos hasta que fuéramos libres no eran más que el deseo histórico de niños atrevidos? Comprendía su angustia, especialmente la de los más jóvenes. Yo era joven en el momento de mi arresto, pero había envejecido rápidamente. Apenas me recordaba lo que se sentía ser joven y libre. ¿Me sentiré así otra vez?

«Pastor», interrumpió mis meditaciones, Enrique Correa, uno de los presos más viejos. «Lo que necesitamos aquí es una inyección de ánimo, ¿no cree? Tengo una idea».

«Sí»

«Mire —razonó— todos venimos de trasfondos diferentes. Cada uno de nosotros tenemos apellidos diferentes, pero vivimos bajo el mismo techo como una familia».

«Cierto».

«Quizás debemos conocernos mejor. Aprendamos lo que más podamos de cada uno de nosotros» sugirió. «Nos podemos enseñar mutuamente nuestras ocupaciones, oficios, talentos, habilidades —cualquier aptitud que tengamos— así como hicimos en la Isla de Pinos con la universidad. Así sabremos de toda clase de temas, para cuando seamos puestos por fin en libertad».

Siete de nosotros decidimos comenzar el programa llamado «La Familia». Un hermano llamado Esteban Kaisser tenía una memoria asombrosa, una verdadera bendición de Dios y un talento para hablar en

público. Esteban, un ex-empresario del boxeo, podía hacer una narración pormenorizada de los combates de cada campeón cubano y su retador. Elegimos al hermano Esteban como el historiador del grupo.

El pastor Luis Rodríguez, que todavía permanece en la cárcel en Cuba hoy en día, enseñó predicación; José Carreño, periodismo. El ingeniero, Arnaldo Mangado, química, y Aldo Cabrera, nos capacitó en salud y templanza. Estudiamos agricultura bajo la tutela de Pablo Avilis y pasamos muchas horas disfrutando de los talentos de Mario del Toro, un artista profesional. Andrés Gómez actuó de abogado del grupo.

Cada uno de los profesores nos enseñó entre media hora y cuarenta y cinco minutos el primer día de la semana. Nos aprendíamos de memoria sus clases, palabra por palabra. Cuando lográbamos encontrar ocasionalmente un trozo de papel, escribíamos todo lo que nos acordábamos. Los diferentes cursos levantaron nuestra moral, disminuyeron nuestro aburrimiento e impidieron que nuestra mente se deteriorara.

Hasta este momento, nunca había visto morir a nadie de inanición; pero cuando lo presencié, el recuerdo lo voy a tener grabado para siempre en mi memoria. Los cuerpos de los hombres se hinchaban tanto que quedaban irreconocibles. El primero en morir fue nuestro historiador, Esteban. Dos días después, sucumbió Israel Martínez, el más joven de nuestra sección. Para entonces otro preso, J.C. Correno, se hinchó tanto que parecía un monstruo de alguna película vieja de Hollywood. Mientras J.C. se volvía cada vez más grotesco, lo acompañamos sin poder hacer nada. Su cuerpo comenzó finalmente a liberar la acumulación de agua. Perdió veinte kilogramos en veinticuatro horas, pero sobrevivió.

Los guardias de nuestro pabellón le informaron al director de la cárcel sobre nuestra condición que se deterioraba. El director, preocupado por su propia imagen como comandante de la cárcel y con temor que se filtrara información desfavorable a la prensa internacional, envió a tres oficiales para que nos interrogaran y nos hicieran un examen físico. Los oficiales no perdían el tiempo con los presos que ya estaban muy débiles.

Los dejaron morir. Examinaron e interrogaron al resto de nosotros e intentaron hacernos prometer que íbamos a dejar de rendir culto a Dios. Unos cuantos hombres desesperados eligieron no sufrir más y traicionaron sus ideales. A estos hombres los separaron inmediatamente de entre nosotros. ¿Qué pasó con ellos después de salir?, no lo sé. Sé, sin embargo, que les dijimos adiós con tristeza y no con censura. Nadie puede estar completamente seguro de su fe y su aguante, hasta que es obligado y sometido a prueba.

Nos transfirieron a un pabellón de infecciosos, a los que continuamos resistiendo. ¿La razón? El Comité Central se estaba preparando para celebrar el primer congreso del partido comunista cubano y temía que nuestra huelga de hambre desenmascarara la apariencia que había sido cuidadosamente diseñada y que querían presentar a la comunidad mundial.

Un destacamento especial de soldados custodió nuestra sección de la cárcel, para evitar que cualquier comunicación no autorizada se escapara al mundo exterior. En lugar de llevarnos a la clínica general de la cárcel para ver al médico, ellos venían a nuestro calabozo para examinarnos. Comenzaron inmediatamente a atiborrarnos de toda clase de nutrientes para fortalecer nuestro organismo en un tiempo récord. Pero no funcionó. A la vez que el director de la cárcel ordenó que colocaran un dispensario médico a un extremo de nuestra celda para poder demostrarle al Comité Central que nos atendían bien, también hizo que colocaran una cocina especial al otro extremo. Nuestros verdugos canalizaron el monóxido de carbono y otros gases tóxicos a nuestros calabozos. Cuando nos quejamos, el capitán se encogió de hombros y luego nos aseguró que estaban buscando mejores dependencias.

Durante la huelga de hambre y en los meses que siguieron, nuestra iglesia, que en otras épocas había sido fuerte, quedó reducida a menos de treinta miembros. Supe por las Escrituras que «...*algunos apostatarán...*», no por la voluntad del Señor, sino por la de los mismos individuos. Hasta las personas ejemplares más fuertes no fueron inmunes, incluidos los hermanos que pensamos eran los pilares que servían de apoyo a la iglesia de Dios en el exilio. Estas capitulaciones nos llenaron de asombro y luego de una tristeza

incontenible, la cual continuó durante varios días. Aún así seguimos rindiendo culto a Dios sin reparar en la oposición.

Una noche que nos congregamos en el centro del pabellón para rendir culto a Dios, un guardián se sentó en la torre del francotirador para contar a los presos que asistían a la reunión. Un soldado apareció en la puerta del pabellón, cuando acabábamos de terminar de cantar el himno de apertura: «Confía y obedece».

«¡Todos ustedes, los miembros de la secta, vengan acá y formen!» ordenó.

Nos miramos todos y luego dirigimos la mirada hacia el suelo. Supimos lo que seguía en su orden, íbamos a ser llevados al calabozo para recibir el castigo.

Como yo había dirigido el oficio religioso de adoración, fui primero hacia el patio. Los demás siguieron. Una vez estábamos afuera, esperamos a que el soldado hiciera el recuento de personas.

«Sólo hay veinte de ustedes aquí» anunció. «Yo conté treinta, ¿dónde están los otros diez?»

Miré abajo hacia mis pies y luego al otro lado del patio de la cárcel a la pared lejana para evitar llamar la atención del soldado, mientras oraba todo el tiempo para que Dios me diera la fortaleza para el juicio venidero. Sabía que los presos que me rodeaban estaban haciendo exactamente lo mismo. Para entonces, todos los presos que no habían participado en el desarrollo del drama en el patio se quedaron en el pabellón observando.

Nos gritó de nuevo mientras recorría de un lado para el otro por delante de nosotros: «¿Dónde están los otros diez presos que estaban en la reunión?».

El soldado supo, y nosotros también, que nadie iba a delatar a un compañero de cárcel a un oficial. Si diez personas de nuestro grupo lograron escabullirse sin que se notara, nosotros no los íbamos a traicionar. Cualquier recluso que delatara a un compañero, por lo menos iba a ser rechazado por toda la comunidad de presos por el resto de su estadía o quizás hasta lo podían matar mientras dormía. Sólo la comunidad cristiana aceptaba al preso que le hacía tontamente

confidencias a un guardián, pero aún así, los hermanos iban a tener cuidado con lo que dijeran mientras estuvieran a su alrededor.

El soldado se paseaba de nuevo de un lado para otro y agitaba de modo amenazador su fusil delante de nuestras caras. «¡Si esos diez reclusos no aparecen inmediatamente, voy a castigar al pabellón entero! Serán colocados en el calabozo».

Ahora teníamos un problema grave. Aunque nadie iba a delatar a un hermano, tampoco nadie quería ser golpeado ni puesto en el calabozo por el quebrantamiento de una norma de otro preso; sobre todo los presos que no tenían ningún interés en el cristianismo.

«¡Míre!» El guardia se detuvo delante de mí con su cara a pocos centímetros de la mía. «Usted y su secta son poco razonables y no hacen más que causar problemas a los demás presos del pabellón. Ustedes pueden decir que somos nosotros los que los hostigamos, pero ustedes mismos se causan sus problemas al violar las normas de la cárcel. ¿Por qué continúan haciéndolo?».

Continué orando mientras miraba justo al frente.

En aquel momento, un recluso, como si hubiera sido impulsado por el Espíritu Santo y que nunca había asistido a ninguna reunión ni había mostrado ningún interés por el cristianismo, caminó hacia donde estábamos. «Señor, yo soy uno de los treinta hombres», anunció.

Un segundo recluso, que tampoco era miembro de la familia de la iglesia, se unió a nosotros, un tercero, un cuarto, un quinto, y así hasta que más de cincuenta presos insistieron en que habían asistido a la reunión. El rostro del guardia se ponía colorado a medida que se sumaba cada preso. Ahora el problema que el guardia quiso causarnos se volvió un problema más grande para él. Como sólo había noventa calabozos y cuarenta ya estaban ocupados, no tenía a dónde llevarnos. ¡No había espacio para todos aunque desocuparan todos los calabozos!

El soldado, furioso, frustrado y asustado, por la situación que provocó, fue a buscar a su superior pero nunca regresó.

Los reclusos que acudieron al rescate de nosotros comenzaron a asistir a los oficios diarios de adoración y de esta manera duplicaron y

triplicaron nuestro grupo. Aunque los diez que se escabulleron nunca regresaron, más de cincuenta ocuparon sus lugares. En las semanas siguientes, cuando pensaba en los hermanos que se quedaron a mitad de camino, también me acordé del mensaje en Apocalipsis 3.11 sobre aquellos que tomarán nuestro lugar y nuestra corona. Y aunque me sentí triste por mis hermanos que se apartaron, supe que podía confiar en la promesa de Romanos 8.28 que: *... a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien... ».*

Durante alguna de nuestras varias huelgas de hambre, un guardia me llevó a una de las oficinas principales y me dijo que entrara. Abrí la puerta y entré, esperando lo peor. Un oficial estaba sentado a un lado del recinto. De repente paré en seco y miré con un gesto incrédulo. Mi ex-esposa, Yraida, estaba sentada allí, en el lado opuesto del cubículo, con un niño en sus rodillas. Me miró también asombrada. Su rostro se ruborizó al echar un vistazo a mi cuerpo con muchas cicatrices y demacrado y vestido únicamente con calzoncillos.

De pronto me acordé de mi falta de ropa y sentí vergüenza. «¿Qué hace aquí?» pregunté.

«¿No le da vergüenza estar así?». Indicó con su mano la poca ropa que yo llevaba.

Me puse derecho visiblemente. «¡No, soy así!» dije, haciendo énfasis en la palabra *así* de la misma manera que ella lo dijo. «¡Es su gente la que me tiene así!».

Ella cambió su ataque, estando nerviosa pero indignada. «¿Por qué me hizo venir estando en esa condición? Me volví a casar y este es nuestro hijo. ¿Y qué si le cuenta a su padre que fui a ver un hombre desnudo?».

«Yo no la mandé buscar». Luché para que mi voz no sonara con ira. «Su gente hizo todo esto. La última persona que esperaba ver cuando abrí la puerta era usted. Pensé que me llevaban para ser interrogado por un oficial o algo así».

El oficial, al ver nuestra irritación, se dio cuenta del error y se levantó. «Se cancela la visita». Se volvió hacia el guardia que me trajo a la oficina y ordenó: «devuelvan a Alexander a su departamento».

Me enteré luego que habían mandado buscar a Yraida, junto con los parientes de otros huelguistas, con la esperanza de romper la huelga. Desgraciadamente para los oficiales de la cárcel, su plan resultó contraproducente, porque ellos no sabían de nuestro divorcio y de su posterior matrimonio.

Cuando estuve otra vez en mi celda, no pude evitar comparar los recuerdos de la Yraida de carácter dulce y amoroso con que me casé, con la mujer frustrada que vi en la oficina. Era verdad. Todos éramos víctimas del monstruo comunista. Nadie se podía escapar.

Aunque se frustraron algunos sueños, Dios hizo realidad otros. Dos pastores adventistas fueron a visitarme y el doctor Pedro de Armas, un ex-oficial de la iglesia adventista de Cuba que estaba en la misma cárcel que yo, pero en un piso diferente. Las noticias de que se había levantado una iglesia en la cárcel se extendieron más allá de las paredes de la cárcel, y un grupo de hermanos en Cristo organizó la manera para que estos tres ministros me ordenaran. El obstáculo principal era que vivía en el piso cuarto, y el doctor de Armas, en el primero. Esto quería decir que teníamos diferentes horas de visita. Me puse de acuerdo con los guardianes para salir durante las horas de visita del primer piso, y ellos, pensando que mi deseo de hablar con los *no plantados* me iba a debilitar, me otorgaron el permiso.

Salí hacia donde el pastor de Armas y me presenté. Él, a su vez, me presentó a los otros dos pastores. Me interrogaron por unos minutos sobre mi ministerio en la cárcel. Hablaron de Matías en Hechos 1.24, 25 y 2 Corintios 3.1-6, luego me ordenaron como pastor del evangelio de la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

Me invadió una alegría que jamás había experimentado. Los sueños de mi juventud se hicieron realidad, aunque después de muchos años. El pastor de Armas me advirtió, al notar mi emoción: «La conferencia debe confirmar el oficio para que se haga oficial. Le informaré cuando se haga oficial su ordenación».

No pude contener mi alegría, a pesar del retraso necesario. ¡Siempre que pensé en mi oficio religioso de ordenación, me lo imaginaba en una

reunión grande de la iglesia, nunca dentro de una cárcel! Los guardianes nos sacaron a todos al patio dos semanas más tarde, para realizar una requisa. El pastor de Armas me hizo señas desde el otro lado del patio. ¡Mi ordenación se había confirmado! Estoy seguro que mi sonrisa de alegría le aseguró que recibí y entendí el mensaje.

En Espera de la Eternidad

Alimentar el amor y apaciguar el odio debe ser la segunda batalla que supone el mayor desafío para el cristiano, mientras está preso en una cárcel cubana; la primera es sobrevivir. Uno de los que abogaron por el amor fue Sergio Bravo, un preso joven de constitución delgada y tan ágil como un atleta profesional. Hizo que su misión diaria fuera difundir, a todo aquél que escuchase, el principio del amor que triunfa sobre el odio. «Usted puede dominar las pasiones propias del ser humano en el servicio a Cristo», afirmó, una tarea que no es sencilla cuando se vive en un ambiente de privación, crueldad gratuita y tormento salvaje.

Sergio vivió en el quinto piso del pabellón número tres. Se las arregló de alguna manera para introducir fraudulentamente una pequeña Biblia del tamaño de una cajetilla de cigarrillos. Custodió celosamente el libro, el tesoro de su vida. Cuando no lo estaba utilizando, lo escondía en un agujero que excavó en la pared de concreto junto a su litera. El libro aguantó varias requisas.

Cierta madrugada, un aviso aterrador resonó por todo el pabellón: «¡Vienen los guardias! Hay requisas». Sergio se despertó asustado y se levantó de su litera de un salto. Notó que la garita del guardia estaba abierta, mientras se apresuraba hacia la puerta de su celda. Desde su mirador también vio algo más que hizo que se le helara la sangre en las venas. Los guardianes habían construido dos paredes paralelas con sacos de arena, a cada lado de la entrada al pabellón. Los soldados esperaban con ametralladoras y fusiles, detrás de los sacos.

«¡Todos afuera!» gritó un oficial por el sistema de altoparlantes. «¡Hay requisas! ¡Todos afuera!». A la vez, una unidad de soldados avanzaba a

saltos por las escaleras. Los guardias ya estaban empujando a los presos con sus bayonetas hacia el pasillo de la muerte que conducía al patio. Los presos corrían a salvarse entre la descarga cerrada de balas, una vez estaban en el campo de tiro de los guardias detrás de las paredes hechas con los sacos de arena. Muchos cayeron heridos.

Hubo una fuga de la cárcel que tuvo éxito, la pesadilla de todo recluso y de cada oficial de la cárcel, desde el director hasta el guardia de menor rango, que pedían la cabeza de alguien. Clamaban venganza, furiosos, por manchar su reputación de llevar un estricto control de la cárcel.

Sergio bajaba corriendo tres escalones a la vez. Cuando llegó al cuarto piso, se dio cuenta que había dejado su Biblia debajo de su almohada, la noche anterior, en lugar de volverla a meter en la pared. Estaba seguro que los guardianes la iban a encontrar si la dejaba ahí, pero si regresaba por ella, iba a recibir más golpes por salir tan despacio. Resolvió que valía la pena un dolor adicional. Subió a saltos por las escaleras y avanzó por el corredor hacia su celda. Doce pasos más y entró en su celda. El corazón le daba latidos violentos y le faltaba el aliento mientras deslizaba la Biblia en el lugar secreto. Se felicitó así mismo por lograr mantenerla fuera del alcance y salió corriendo de la celda. Bajó corriendo a toda velocidad por las escaleras y era el único en el corredor. Los guardianes apuntaron y dispararon contra él como si estuvieran cazando un ciervo salvaje. Dos balas en la parte inferior de la pierna izquierda lo mandaron con gran estrépito al suelo. Dejó un reguero de sangre atrás a medida que dos guardias lo sacaron a rastras del pabellón.

El médico de turno examinó la pierna herida de Sergio en el hospital, luego consultó con otros miembros del personal quirúrgico. El médico regresó donde Sergio y anunció en un tono de voz frío y flemático: «Puedo remover la bala y normalizar su pierna, pero con toda franqueza, nos llevará más tiempo y medicamentos de lo que creo valen la pena. Bravo, tiene una alternativa. Permitirme que le ampute la pierna o morir desangrado, ¿cuál escoge?». Sergio estuvo de acuerdo con la amputación, en su estado de tortura y de dolor. Sobrevivió, sin la pierna izquierda. Sergio continuó predicando su mensaje de amor, cuando regresó al pabellón, no sólo con sus palabras, sino con sus acciones.

Otro hombre, conocido en el pabellón por su compasión, era el pastor Gerardo Álvarez, aunque muy pocos conocieron su nombre. En lugar de ello, lo conocían como el Hermano de la Fe. Gerardo, un anciano de la iglesia, había consagrado su vida a la propagación de la Palabra de Dios. Hasta los no creyentes vieron a Cristo reflejado en la manera como él vivió. Y, así como Sergio, Gerardo hizo que su misión fuera enseñarnos a amar y a no odiar a nuestro enemigo.

Gerardo, un hombre ya mayor con canas, llegó a la cárcel de Boniato junto con centenares de presos más y fue confinado en un pabellón que ya estaba atestado de gente. Durmió sobre el piso de concreto debajo de la litera de otro preso. Cada noche, los soldados sacaban a presos de los pabellones, los llevaban al paredón y los fusilaban. Los que quedamos, escuchamos la consigna de una tradición muy antigua: «¡Viva, Cristo el Rey!», antes de los tiros de fusil. Luego, un silencio.

Gerardo andaba de un lugar a otro del pabellón, durante esos momentos terribles, mientras temblaba del miedo, para colocar su mano cordial sobre un hombro tembloroso a la vez que repetía las palabras tranquilizadoras: «No se turbe vuestro corazón. Nuestro querido hermano duerme en Cristo». Ayudó a los presos a prepararse para enfrentar con valor la muerte, a esperar con ansia la resurrección. Este pastor dejó atrás un rastro de su fe, optimismo y paz, por dondequiera que iba y en cualquier corazón que tocaba.

Andaba de una sección a otra en busca de los enfermos, cuando abrían los pabellones de día. Compartía su comida escasa con ellos, lavaba sus ropas y hacía cualquier cosa que estuviera a su alcance para aliviar sus penas. Durante el tiempo de rendir culto a Dios, se volvió un miembro muy activo con su entusiasmo.

Este santo, de pelo cano, pasaba de litera en litera, invitando a cada recluso, para asistir a la reunión. «Vamos», decía mientras los sacaba de sus camas o los levantaba del piso: «Los llama Jesús».

Cuando un preso vacilaba, Gerardo lo animaba: «Lo estoy esperando para comenzar el oficio y rendir culto a Dios». Nadie le podía decir «no» a este hombre amoroso. Predicaba con una belleza anticuada y poseía un

encanto natural que atraía a la gente hacia él. Su mensaje centrado en Cristo les dio a muchos cristianos la fortaleza para resistirse a caer en las filas del enemigo y para no ser devorados por el cáncer del odio.

Un día, el director de la cárcel reunió a los presos de nuestro pabellón. «Parece que ustedes no están cumpliendo con el plan de reeducación», gritó. «Esto no se puede permitir». Luego llamó a una guarnición especial de soldados entrenados para usar, de la manera más eficaz, la bayoneta, la picana eléctrica, la porra y la cadena. Recibimos una lluvia de golpes en la cabeza y en la espalda. Sentimos el dolor mutuo, unidos por el temor.

Un viernes por la noche, mientras regresábamos de un día largo y duro de trabajo en un pantano infestado de mosquitos, andábamos totalmente exhaustos hacia nuestro pabellón. En el cielo los nubarrones estacionales amenazaban con hacer llover y el sargento encargado nos gritó para que corriéramos. A duras penas podíamos caminar, y aún menos correr, pues estábamos agotados, desnutridos y enfermos con toda clase de males.

«Va a llover. ¡Corran!», gritó, mientras pinchaba al primer hombre de la fila con la punta de su bayoneta. El hombre que iba a la cabeza avanzó dando traspies y escasamente podía levantar un pie delante del otro; los demás, lo seguimos.

«Corran, dije». Tratamos de complacerlo, pero nuestro esfuerzo defraudó sus esperanzas.

Furioso, nos gritó. «¡Dense prisa, gusanos miserables!».

El jefe del bloque sacó de repente su machete y comenzó a golpearlos y a gritar para que los demás soldados hicieran lo mismo. El instructor dio una señal a los soldados especialmente entrenados, que desencadenó una reacción violenta sobre nosotros, como si fueran una manada de lobos hambrientos. Los gritos y las pestes que echaban atrajeron la atención de los presos en los pabellones dos y tres. Ellos se reunieron para observar.

Uno de los presos en la fila alzó sus manos y ojos al cielo y dijo, con voz tranquila y clara: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen».

No se notaba en su rostro ninguna evidencia del dolor. Esto enfureció aún más a sus verdugos. El sargento le rasgó la camisa por detrás; después

cuatro soldados lo golpearon, con una satisfacción movida por un salvajismo demente, hasta que se cayó de rodillas. La sangre le manaba por su espalda lacerada, pero aún así permaneció con sus ojos mirando fijamente hacia el cielo, como si pudiera ver más allá del entorno monótono de la cárcel y estuviera ante el mismo trono de Dios. La población entera de presos miraba cómo este coloso de hombre, Gerardo, oraba por sus enemigos aunque lo estuvieran golpeando.

El sombrero del anciano preso cayó al suelo. Se hizo un silencio por toda el área al ver la cabeza de Gerardo, el Hermano de la Fe, que conservaba todo su pelo blanco. Luego se desmayó. Dos soldados lo levantaron y lo llevaron a su pabellón, donde lo dejaron sin prestarle ninguna atención médica.

Existía una aversión natural entre los soldados y la población de presos, aún antes del disturbio. Cualquier intento de un guardia por ser cordial era automáticamente sospechoso, porque las actitudes de un soldado variaban entre hoscas (en aquellos que le tenían aversión al trabajo que les habían asignado en la cárcel) hasta sádicas (en aquellos que disfrutaban infligir el dolor). Y cualquier insinuación que le hiciera un preso a un guardia tachaba al preso de informante, y anunciaba su muerte. Había un alto sentido de justicia entre rejas. Los oficiales de la cárcel cometían la peor injusticia cuando se negaban a liberar al preso que había cumplido su condena, aún en los que habían sido encarcelados por robo, asesinato y cualquier otro delito justificado. Por lo general, cuando le preguntaban a un guardia, este decía: «Debo esperar la notificación de la oficina central». Así fue la historia del hermano Cordero.

El último día de su condena de diez años, el 10 de septiembre de 1972, llevaron al hermano Cordero al tribunal de Pinar del Río, donde los oficiales cubanos lo procesaron y lo condenaron por cargos inventados para mantenerlo en la cárcel.

Más tarde, ese día, el guardián abrió la puerta de nuestro pabellón y trajo nuevamente al preso, pálido y demacrado por el corredor angosto. Los rostros se apretujaban contra las ventanas enrejadas de las puertas de hierro para ver quién podía ser el preso.

«¡Es Cordero!». El rumor de la noticia corrió por todo el pasillo y llegó más rápido que el mismo preso y su carcelero.

Le siguió un segundo mensaje al primero. «Pasó a la eternidad», una expresión que significaba que la fecha de excarcelación llegó y pasó, y no fue puesto en libertad. Siempre había otras excusas, otras acusaciones para que siguiera preso.

El guardia abrió la celda número doce y Cordero entró. La puerta se cerró ruidosamente detrás de él. Se quitó la camisa y caminó hacia la ventana enrejada. Sólo unas grietas pequeñas entre las rejas metálicas de hierro y las paredes de concreto permitían la ventilación o que entrara la luz a la celda. Se asomó para ver por la pequeña grieta y miró fijamente hacia el patio de la cárcel hasta que las luces resplandecientes del patio sustituyeron al sol poniente.

Les contó más tarde a los hermanos que mientras observaba como el día se desvanecía, el día que debió ser puesto en libertad, pensó en las golpizas que tuvo que soportar en los últimos diez años, en la comida agusanada que le obligaron a comer, en las humillaciones y las privaciones que le ocasionaron casi a diario. «¿Qué esperanza tengo de ser puesto en libertad?, —se preguntó—, ¿cómo puedo continuar viviendo a sabiendas que mis días van a estar llenos con más del mismo trato? ¡Debo hacer algo, cualquier cosa!».

Dos días después, un oficial se detuvo por fuera de la celda de Cordero y dijo su nombre: «Cordero Rodríguez». El oficial, con una voz seca y cortante, no levantó la vista del papel que tenía en la mano.

«Soy yo», contestó Cordero.

El oficial le ordenó al guardián del pabellón que abriera la puerta. El guardián obedeció inmediatamente. La puerta se abrió de un golpe y Cordero salió. «¡Sígame!», dijo el oficial.

Cordero siguió al soldado por el pasillo y fuera del pabellón. El oficial llevó directamente a Cordero a la oficina del director, al llegar a la jefatura, el director le ordenó que se sentara. Un grupo de soldados entró en el despacho por detrás de Cordero, luego cerraron la puerta de la oficina.

El director se reclinó en su silla de trabajo, cruzó las manos en su estómago y dijo en tono burlón: «De ahora en adelante no va a ser clasificado como preso político. Ahora es un preso común».

Cordero se levantó de un salto. «¡No!» gritó. «No puede...».

No tuvo tiempo de terminar su declaración cuando los soldados que estaban detrás lo agarraron y comenzaron a golpearlo. Cordero se les enfrentó, pero el número desigual y su débil condición física lo vencieron. Una vez sometieron al preso, guardianes los vistieron con el uniforme azul para los presos comunes. Lo ataron de manos, para evitar que se quitara el uniforme, luego lo llevaron al pabellón número cinco en el otro extremo del complejo carcelario, un pabellón construido enteramente bajo tierra.

Los guardias le desataron las manos cuando llegaron a la celda húmeda y oscura que se convertiría en el nuevo hogar de Cordero. El preso se despojó inmediatamente de la odiada indumentaria. Los presos comunes no entendían porqué hacía cosa semejante, su mentalidad era totalmente diferente a la del preso político, que había sido encarcelado por sus principios y no por la avaricia.

A Cordero le caían constantemente gotas de agua del techo. La celda nunca había sido limpiada ni aireada y estaba cubierta de grasa, mugre y moho. La temperatura era mucho más alta en la celda de Cordero porque estaba localizada junto al módulo de la cocina.

Cordero decidió ponerse en huelga de hambre. En el mejor de los casos, podría exigir un mejor trato, y en el peor, moriría. En ese momento, se preguntaba si lo peor que le pasaría en realidad era lo peor. Estuvo once días haciendo huelga de hambre, pero la terminó cuando se dio cuenta que era inútil. Los presos comunes no lo entendieron y esto no hizo nada por fortalecer a los hermanos. Después de darle una paliza por no comer y por no usar el uniforme, los guardianes lo despojaron de la ropa interior y lo trasladaron a la sección cuatro, que quedaba cerca de nosotros.

Ideamos un método de comunicación entre secciones que nos permitió «hablar» a diario con él.

Temprano en la mañana, un año después del aparente juicio de Cordero, un oficial anunció: «He venido para informarle de su sentencia». El oficial miró detenidamente y de una forma extraña a Cordero mientras hablaba. Había adelgazado tanto durante el año que pasó y que lo vio por última vez, que su pecho y clavícula formaban una proa puntiaguda, como la de un barco en construcción. Se quedó mirando con sus ojos hundidos de color castaño intenso. Su piel pálida y demacrada se estiraba como un cuero por sus huesos sobresalientes. Era un esqueleto ambulante.

«Ah, sí —Cordero susurró, su latido del corazón aumentaba con un rayo de esperanza— el fallo».

El oficial espetó enojado, aparentemente desconcertado por la condición del preso: «Son dos años», luego dio una vuelta y se fue del pabellón marchando a paso ligero.

Al cabo de unos meses, los oficiales de la cárcel trasladaron a Cordero al «calabozo de caridad», un eufemismo para el calabozo más asqueroso y despreciable del complejo carcelario. Se acababa de instalar cuando otro oficial le informó que hubo un error. «Su condena es de tres años».

Desde ese momento, Cordero se dio cuenta que nunca iba a salir de la cárcel con vida. Sus verdugos nunca tuvieron la intención de ponerlo en libertad. Pasaría el resto de su vida viviendo año tras año, sólo para que le aumentaran la condena. Fue originalmente encarcelado por darle comida a un rebelde. Desde entonces, sus «delitos» han variado desde participar en huelgas de hambre, hasta ser descubierto con un papel escondido en su zapato.

Un campesino sencillo que dedicó su juventud trabajando en una plantación de tabaco, sabía que su única esperanza de sobrevivir estaba en ser reincorporado como preso político. Mientras estuvo encarcelado con nosotros, aprendió gramática, álgebra, aritmética y el evangelio de Cristo, en el cual creyó con todo su corazón.

Todo cristiano debe afrontar el Calvario. El de Cordero fue estar incomunicado. Reflexionó sobre todo lo que aprendió desde que fue encarcelado, a medida que pasaban los días, las semanas y los meses.

Entre más pensaba en sus compañeros, más se desvivía por su compañía y apoyo. Necesitaba de la compasión y comprensión que había encontrado en la presencia de los santos.

Un día llegó a una decisión. Se iba a declarar en huelga otra vez para exigir que fuera reclasificado como preso político. Como ya estaba débil por dos huelgas de hambre anteriores, su cuerpo se descompuso lentamente hasta quedar un cuerpo huesudo, envuelto en una capa pálida y maloliente de piel arrugada. No consiguió regresar a nuestro pabellón. Entró a la sombra de la muerte el 21 de mayo de 1975.

Los Hermanos en Cristo

MI segunda estadía en la cárcel de La Cabaña duró menos de un año, luego me transfirieron al bloque número dos de la cárcel de Combinado del Este. En esta cárcel había más de siete mil presos, todos sin afeitar, les faltaban algunos dientes y estaban tan ojerosos como los demás presos que había visto en las cárceles anteriores. Mientras miraba fijamente sus cuerpos demacrados, no era consciente de lo mucho que me parecía a mis hermanos.

A la cárcel la llamaban «Combinado», porque al lado del complejo carcelario prefabricado, el gobierno tenía una fábrica. Se producía acero y concreto para la construcción de cárceles adicionales en las colinas circundantes, con los trabajos forzados de la cárcel. Las unidades prefabricadas tenían goteras cuando llovía, como si fueran hechas con queso suizo. Cuando llovía, el agua entraba a raudales, y cuando paraba de llover, el techo continuaba goteando.

Me pregunté, una mañana mientras examinaba el revoltijo de edificios grises dispersos a través del terreno, si Castro y sus secuaces quedarían satisfechos cuando encarcelaran a todos los cubanos. Cuando se le acabara la sangre de los nativos, a los héroes de la revolución para alimentar su máquina diabólica de destrucción, ¿a quién le tocaba turno? ¿México? ¿Las Bahamas? ¿Estados Unidos?

A la cárcel de Combinado del Este se le consideraba una cárcel de apariencias, donde llevaban a las delegaciones extranjeras en recorridos turísticos por autobús. Los propagandistas en materia comunista habían aprendido a «engañar» a los extranjeros incautos; les decían lo que querían escuchar, les mostraban lo que querían ver y los mandaban a sus casas para anunciar los avances de la gran sociedad proletaria. Cuando llegaron

un grupo de periodistas y otros dignatarios internacionales, los oficiales de la cárcel seleccionaron cuidadosamente a presos involucrados en el plan de reeducación para vestirlos con uniformes de baloncesto y para ponerlos a jugar en el patio afuera de los bloques. Cuando se fueron los visitantes, el «equipo de baloncesto» devolvió los uniformes y regresó a su celda.

Mi apodo de «el pastor» y mi reputación por formar iglesias jugaron a mi favor. Muchos de mis compañeros de cárcel anteriores me saludaron cuando llegué. Me invitaron a unirme a ellos en el cuarto piso. Poco después estábamos operando un programa extenso de educación religiosa.

Combinado del Este le llevaba una ventaja a las anteriores cárceles en las que había estado, una ventaja provechosa para nuestros oficios religiosos. También, por esas fechas, nos habíamos vuelto más prudentes en cuanto a nuestros hábitos para rendir culto a Dios. Había una lavandería en cada piso, junto a los comedores, donde realizamos nuestros oficios religiosos de adoración tanto católicos, bautistas, pentecostales y adventistas. Establecimos un Equipo Cristiano de Vigilancia. Mientras un grupo rendía culto a Dios, los miembros del equipo de vigilancia actuaban de «porteros en la casa del Señor» para advertirnos de la cercanía de los guardias. De esta manera nos ayudamos y apoyamos mutuamente.

Nuestro destino mejoró cuando un visitante introdujo secretamente un radio transistor pequeño a la cárcel. Esto nos dio acceso a las noticias del mundo exterior. Cuando una rata mordió a Everett Jackson, un periodista estadounidense, y el equipo médico de la cárcel no logró detener el sangrado, lo transfirieron a un hospital civil en La Habana. Cuando regresó, tuvo más noticias buenas. «Hoy conocí a dos presos estadounidenses en el hospital», dijo. «Son estupendos. Ustedes los van a querer tanto como yo».

¡Estadounidenses! ¡Uno de los medios más eficaces para enviar información! Las dos semanas siguientes pasaron muy lentamente hasta que comencé a dudar que los hombres fueran a venir a Combinado. Dedicé más tiempo que en los años anteriores pensando en mi madre y mi hermana Paulina, que vivían en Salem, Massachusetts. En ocasiones,

durante el curso de los años, logré enviarles secretamente una que otra carta para hacerles saber que todavía estaba con vida, y ellas lograron enviarme algunas notas de respuesta. Quería mucho hablar con estos hombres, para saber más del país adoptivo de mi madre, qué posición política asumía el estado y, aunque ni siquiera me atreví a esperarlo, qué se podría hacer para iniciar mi liberación.

Un domingo por la noche, cuando orientaba a la feligresía para cantar «En la cruz», nuestro líder de alabanza, Luis Gallo, estaba en la parte trasera del recinto y cubría a un extraño para que los guardianes no se fijaran en él. El desconocido, alto, delgado y con apariencia absoluta de estadounidense, observaba y escuchaba cantar a la feligresía. Corrió el rumor hasta la parte delantera del recinto: «Es estadounidense».

Se formó un lazo de amistad en el instante que los ojos de Tom se cruzaron con los míos. Los feligreses dejaron de cantar cuando me apresuré a saludar a nuestro visitante. Nos abrazamos como si hubiéramos sido amigos por muchos años. Cambió el programa que se había planeado para el oficio religioso de adoración. Todos querían escuchar lo que este ex-maestro de escuela de Los Ángeles tenía para contar sobre el mundo más allá de las paredes grises y frías de nuestra existencia.

Tom nos dijo cómo se había enterado de nuestra iglesia. «Supimos que algunos cristianos cubanos y presos políticos vivían en el cuarto piso», dijo. «Escuché a algunos de ustedes cantando una mañana. Unas treinta o cuarenta voces masculinas penetraron con fuerza por la atmósfera miserable de la cárcel. Era como si ustedes cantaran con la euforia del triunfo, con la esperanza puesta en Jesús». Tragó saliva antes de continuar con su historia. «Quise ir inmediatamente al cuarto piso. Supe que mis hermanos estaban allí, mi familia. Y escuché que había un pastor entre los creyentes».

Everett Jackson le había contado a Tom White y a Mel Bailey, el segundo estadounidense, de lo ansiosos que estábamos de conocerlos, así que aquel domingo por la noche, decidió asistir a nuestra iglesia en el cuarto piso.

«¿Cómo subió hasta aquí?» le pregunté.

«En el montaplatos» contestó. Era un ascensor antiguo, rechinador y cubierto de grasa, destinado para transportar comida hacia arriba y basura hacia abajo por los diferentes pisos.

«Ay, no puede volver a subir por ahí», le advirtió Luis. «El cable se ha roto dos veces; puede morir! Buscaremos otra manera para que venga, cuando llegue el momento para otra visita».

«¿Usted es el pastor?» preguntó Tom.

«Sí y ¿usted es uno de los estadounidenses que fueron arrestados por lanzar literatura religiosa en la isla principal de Cuba?».

«¿Cómo se enteró de los escritos que dejamos caer?». Tom y Mel se estrellaron en Manzanillo después de esparcir su cargamento por toda la provincia de Camaguey, a más de 300 kilómetros de la cárcel de Combinado del Este.

«Hemos estado leyendo sus impresos», explicó. «Algunos fueron introducidos a la cárcel durante la primera semana de junio. Todos los leímos». Tuve cara de satisfacción por la sorpresa que se manifestó en su rostro.

«Pero la primera semana de junio fue sólo unos cuantos días después de nuestro accidente. ¿Cómo pudieron llegar los panfletos a la cárcel tan rápido?».

Me limité a encogerme de hombros, sin poder concebir las obras milagrosas del Espíritu Santo. «Y usted ha estado en La Habana?», lo insté a que hablara.

Asintió con la cabeza.

«¿Cómo está la situación con las iglesias?».

«¿Conoce al capitán Santos?».

Un murmullo se escuchó entre los hombres que estaban allí reunidos. Todos conocíamos al capitán Santos.

«Bien, tras más de cien horas de jugar al gato y al ratón conmigo dentro y fuera de la sala de interrogatorios, el capitán nos llevó a Mel y a mí, en automóviles separados, junto con una corte de policía secreta,

desde luego, a un recorrido turístico de dos horas por las iglesias de La Habana. Esperaba convencernos que el pueblo cubano disfrutaba de la libertad de culto», explicó Tom. «El conductor nos llevó primero a una gran catedral católica cerca al mar en el occidente de La Habana».

«Sí—contesté— la conozco».

«Soldaron rejas de hierro en las puertas y en las ventanas y bloquearon la acera que daba con la puerta principal, con una verja de dos metros y medio. El capitán, en un esfuerzo por quedar bien, buscó un pretexto para decir que no era la hora de la misa. Luego regañó al conductor».

Tom contó sobre una visita a otra catedral donde había seis o siete personas adentro, y a otras dos donde había menos de veinte en cada una. En una iglesia bautista, el letrero se había caído sobre los arbustos y habían construido unas escaleras en la entrada principal. Una mujer que llevaba unas bolsas se acercó a la «iglesia» en medio de lo que Santos dijo que era un oficio religioso y subió las escaleras. Era una casa de apartamentos. El avergonzado capitán se encogió de hombros y dijo algo como: «Es lo suficientemente grande para aprovecharla como casa de apartamentos». Tom contó sobre una iglesia que el gobierno había convertido en un almacén mayorista.

«¿Y la iglesia adventista?, —le insistí— ¿qué pasó con la iglesia adventista?».

Tom sacudió la cabeza tristemente. «Nadie estaba allí porque era domingo, pero habían soldado rejas de hierro en las ventanas y un candado grande aseguraba la puerta principal».

Hice una pausa por un instante. El peso de esta noticia embotó mi alegría habitual. ¿Dónde estaban mis hermanos y hermanas? ¿Se habrá enfriado el entusiasmo de mi familia cristiana ahora que no tenían un lugar para rendir culto a Dios?

Tom nos contó luego sobre el incidente con el mango. «Durante uno de los interrogatorios, le conté al capitán Santos sobre la esposa de un amigo, que visitó recientemente a Cuba y que compró mangos por la suma cuantiosa de dos salarios diarios. Escuché que el gobierno exportaba tantas cosechas de mango que no quedaba para la gente. Un rato después, el capitán me llevó a caminar por La Habana, en uno de sus recorridos

turísticos de propaganda. Una mujer que llevaba seis o siete mangos maduros y grandes en una bolsa de malla nos adelantó en la calle. El capitán Santos señaló a la mujer y exclamó: «¡Vaya! ¡Mire esos mangos!». Uno de los guardias hizo lo mismo unos segundos después.

«Me costó mucho trabajo mantener la cara seria. Era muy evidente que todo el drama era eso, puro teatro». Luego, antes que el capitán pudiera llevarme con toda rapidez al automóvil, una segunda mujer, que no formaba parte de la trama del capitán, escuchó la conversación y vio las frutas. Se apresuró para meterse en la fila de los mangos, ansiosa por tener unas cuantas frutas, pero desde luego no había ninguna disponible».

Nos reímos con Tom. La pasábamos muy bien, cada vez que nos podíamos burlar de nuestros captores. Más tarde el capitán Santos ordenó que enviaran mangos a cada una de las celdas de Tom y Mel. Los guardianes, asombrados por el tamaño de los mangos, se asomaron para ver ambas celdas y no hicieron más que preguntar si les habían gustado las frutas a los estadounidenses.

Luego cada uno de nosotros compartió su experiencia en la cárcel con el americano. Le contamos de las veces en la cárcel de La Cabaña cuando los guardias abrieron fuego sobre nuestros grupos de oración. «Continuamos orando y cantando aunque las balas y la metralla se incrustaran en nuestra piel», dije, riendo. «No íbamos a permitir que esos matones interrumpieran nuestro oficio religioso de rendir culto a Dios».

Tom me miró de manera burlona. ¿Cómo hacía para explicarle que mi sonrisa se debía a la alegría y no porque me causara gracia?

«A veces uno que otro fiel se escapaba y se echaba a correr, pero regresaba. Y los guardias siempre nos daban una golpiza pero nosotros seguíamos rindiendo culto a Dios. Como ya se dio cuenta, los cristianos tras las rejas se pueden identificar perfectamente con... *la participación de los padecimientos*... de la que habla el apóstol Pablo en Filipenses 3.10».

A partir de aquella noche, Tom y Mel asistieron los domingos a cuantos oficios religiosos les fuera posible. Los oficiales de la cárcel asignaron un área especial del cuarto piso del bloque dos, al final del lado derecho del edificio, para los presos extranjeros. Los *plantados* vivimos en

el cuarto piso en el extremo izquierdo de nuestro edificio, que estaba enfrente del bloque dos. Los presos a quienes les lavaron el cerebro y los presos comunes ocupaban los demás pisos de ambos edificios. Aunque dos pabellones y un comedor nos separaban de los estadounidenses, pudimos pasar a hurtadillas al otro lado del comedor a la hora del almuerzo mientras que los guardias controlaban la comida. En cuanto un guardián miraba para otro lado, pasábamos desapercibidos a alguno de los otros pabellones, para regresar a la hora de la comida. Antes que los guardianes confiscaran el radio transistor de Tom, él y yo nos arrimamos a la pared durante varios meses, todos los días, para escuchar la Voz de América y una emisora de radio cristiana del Ecuador. Los presentadores de esas emisoras nunca se van a poder imaginar, en este lado de la eternidad, lo mucho que animaron a las almas perdidas en la cárcel de Castro.

Nos comunicábamos con señas para mantenernos informados mutuamente, afuera en el patio de la cárcel, entre una visita y otra. Desarrollamos unas claves silenciosas, porque la presencia constante de los guardias restringía nuestra comunicación verbal: la letra A era una mano sobre la cabeza; luego cuando la mano pasaba a la cara era B; el dedo pulgar con el índice en la boca era la C; la D era el puño cerrado, y así sucesivamente.

Tom y yo estábamos una noche en uno de los pabellones donde vivían sesenta y cinco presos veteranos que estaban paralizados o muy enfermos para levantarse de sus camas y nos alistábamos para colocar el «púlpito» (una tabla cubierta con una sábana), cuando un guardia llamado Pedro irrumpió en la celda.

«Tom White», gritó. «¡Sé que está aquí! Lo vi entrar al pabellón». Los reclusos actuaron como un equipo bien entrenado y empujaron a Tom a una a la litera de encima y lo taparon con una sábana.

«Está bien, ¿dónde está? ¿Dónde está el americano?» preguntó Pedro. «Sé que lo tienen aquí».

Pedro, desconfiado, se paseó de acá para allá por la celda, luego se detuvo junto a una de las literas. El guardia reposó su mano sobre una litera

mientras que sus dedos daban golpecitos para desahogar la frustración. Pedro recorría la habitación con la mirada mientras hacía algunas preguntas más. Los reclusos se encogían de hombros o respondían con chistes. Pedro, furioso, salió de la celda dando fuertes pisotones, ¡sin darse cuenta que sus dedos estaban a pocos centímetros del cuerpo tieso de Tom!

Uno de los hermanos se aseguró que el guardia se había ido de la zona antes que le quitara la sábana a Tom y volviéramos a la tarea de preparar el púlpito para la reunión de la noche. Los reclusos sacaron sus himnarios de los escondites y comenzaron a cantar. Sentimos, como de costumbre, una oleada de poder y fortaleza mientras cantábamos y uníamos nuestras voces en Cristo. Le eché un vistazo a Tom a medida que cantábamos. Sus ojos rebosaban de lágrimas. Él también estaba experimentando el amor, la compasión y la unidad que se siente cuando los cristianos alaban juntos a Dios.

Después del sermón, pregunté si alguien tenía alguna petición especial de oración. Los reclusos oraron por otros, no por ellos mismos. La mayoría pidió oración por sus familiares. Algunos oraron por su amada Cuba y por Estados Unidos. Cada uno regresó a su celda después de la oración.

Tom nos detuvo en la entrada a mí, a Rosendo Valdés, Tony Padilla y a Alfredo Cadoval, un domingo, después de nuestro oficio religioso.

«Hermanos, saben una cosa –dijo– debemos tener un oficio con comunión».

Suspiré y sacudí la cabeza. «Dígame, ¿cómo sacamos el pan del comedor? El guardia siempre está mirando».

Los guardianes llevaban los alimentos al comedor en el horario establecido. La cena era servida a la 1:00 p.m., y no servían nada más hasta la mañana siguiente, a las 7:00, dieciocho horas después. Los oficiales de la cárcel hicieron cumplir rigurosamente la norma de no permitir sacar ningún alimento del comedor, colocando a un guardia en la puerta para que nos requisara cuando saliéramos.

«Bien», Tom dijo, alargando las palabras, con su estilo típico estadounidense: «Querer es poder. Por qué no miran que pueden hacer por su lado y yo hago lo mismo por el mío».

Discutimos su propuesta después que Tom se fue.

«Él tiene razón», admitió Tony. «¡Debe haber alguna forma!».

Miré a Rosendo. «¿Qué piensa?»

«Debe haber...», Rosendo sonrió. «¡Tácticas para desviar la atención del enemigo!».

«¡Sí! Algunos podemos llamar la atención del guardia mientras que otros sacan suficiente pan para el oficio de comunión». Los ojos de Alfredo brillaron por la intrepidez.

Asentí con la cabeza y pasé la mano por mi mentón. «Saben, esa parece que va a ser la solución».

Tony sugirió: «El guardián de la puerta intervino, el otro día cuando esos dos tipos comenzaron a empujarse mutuamente. ¡Eso es, una pelea siempre hace que vayan por ellos! Rosendo, Alfredo y yo, los tres, podemos comenzar a discutir. Jesús Sánchez le puede ayudar a hacer su papel, pastor».

Sánchez estuvo de acuerdo. Nosotros cinco hablamos con detalle de nuestro plan. Cada vez que un preso alegaba o incluso insinuaba que otro podía ser un informante, se producía una pelea. Esa iba a ser nuestra estrategia. Cuando sonó la campana para la comida del mediodía, fuimos al comedor, nos sentamos y comimos una pequeña porción de nuestra ración de comida. Los cuatros presos, uno tras otro, me pasaban disimuladamente los pedazos de pan.

Le hice señas a los demás cuando tuve todo el pan escondido. Jesús Sánchez se paró inmediatamente y salió del comedor. Rosendo le gritó a Alfredo: «Lo vi hablando con el guardián. ¿Qué estaba haciendo, delatando a alguien?».

Alfredo se levantó de un salto y se apoyó contra la mesa. «No me acuse de ser un soplón».

«Oiga, hombre –interrumpió Tony– se equivoca. Alfredo nunca va a delatar a un recluso».

«Ah, ¿sí?».

«¡Sí!». Sus voces subían de tono más y más hasta que todos en el comedor estiraron el cuello para ver y escuchar el altercado.

El guardia en la puerta miró detenidamente a los hombres que gritaban durante un rato, luego dio un salto y entró en acción.

«Muy bien, muchachos, no vamos a tener peleas a puñetazos durante mi turno».

Todos los ojos miraban para ver si los tres hombres enfadados iban a retirarse o iban a desafiar al guardia. Nadie se dio cuenta cuando me acerqué a una ventana abierta donde Jesús Sánchez esperaba y le entregué mi paquete. Una vez que Sánchez se perdió de vista, los tres hombres inclinaron sus rostros en un acto de humildad. El guardia, satisfecho que se encogieran de miedo y se sometieran a él, les gritó unos cuantos calificativos, luego se devolvió pavoneándose hacia su puesto junto a la puerta.

Las lágrimas de alegría y victoria corrían entre nosotros mientras celebrábamos juntos la comunión.

Varios meses después, los oficiales cubanos le permitieron a la madre de Tom ir a visitarlo a la cárcel y llevarle unas gafas para remplazar las que había roto en el accidente aéreo. Se enteró, a través de ella y de los rumores de la cárcel, de una gran campaña internacional dirigida por funcionarios del gobierno y líderes religiosos de Estados Unidos. Un movimiento así podía funcionar, al saber del insaciable anhelo de los comunistas cubanos de ser aceptados por la comunidad internacional.

Todos decidimos que debíamos orar por la liberación de Tom White y Mel Bailey. Los americanos nos pidieron que oráramos diariamente hasta una cierta fecha. Si Dios no respondía nuestras oraciones para ese entonces, ellos se comprometían a aceptar su encarcelamiento en la cárcel de Combinado del Este como parte de su voluntad.

El día anterior al que habíamos programado para dejar de orar, los rumores de la cárcel reportaron que los dos estadounidenses habían sido llamados a la oficina del director de la cárcel. Cuando nos reunimos en el patio de la cárcel para el recuento de personas de la noche, Tom me hizo señas que él y Mel saldrían pronto.

Tom y Mel buscaron la manera de subir desapercibidos al cuarto piso antes de salir. Reprimí las lágrimas mientras compartíamos juntos nuestro último servicio de adoración. Los lazos férreos de amor que establecimos se forjaron en los hornos de la tribulación. Me pregunté si los volvería a ver a este lado del cielo.

«No lo olvidaré. Y mi hermano, voy a hacer todo lo que pueda para presionar por su liberación. ¡El mundo se dará cuenta!». Tom colocó su Biblia en mis manos.

Durante mi estadía en la cárcel, un piloto francés me regaló una vieja pluma estilográfica *Esterbrook*. Valoré mi pluma casi tanto como a mis porciones de la Biblia que había copiado esmeradamente a mano. Metí la mano en mi bolsillo, saqué la pluma, y se la entregué a Tom. En el futuro, le escribiré mis cartas con alguno de los esferos hechos a mano que los reclusos hacen con las barras de acero inoxidable que desechan en las instalaciones de la cárcel.

«Tom, estoy seguro que si me quedo con la pluma aquí, la perderé con el tiempo» le dije. «Así que llévesela por mí hasta que nos volvamos a encontrar. Tome, llévese una copia del himnario y cuídelo con su vida».

Se rió entre dientes y los metió en sus medias. «Noble, no se preocupe. Sacaré las dos cosas». Tom preparó aquella noche un compartimiento secreto en sus zapatos para poder llevarse mis tesoros.

Mel me abrazó, luego apretó las fotos de su esposa e hijos en mi mano. Entendí el sentimiento de su gesto.

En un Lugar Desalmado

Aprecié la Biblia de Tom, no sólo por ser la Palabra de Dios y un recuerdo de nuestra amistad, sino porque simbolizaba una esperanza, la ilusión con el tiempo, de ser puesto en libertad. Era para nosotros una gran satisfacción, el sólo hecho de saber que la gente de afuera, conociera de la difícil situación en que nos encontrábamos. También esto redobló mi empeño de salir con vida de esta experiencia.

Nuestra iglesia en Combinado del Este continuó creciendo, una ofensa obvia a los oficiales comunistas, que juraron repetidamente borrar de Cuba todo indicio del cristianismo, y con el tiempo, de todo el mundo. Los oficiales de la cárcel, incitados por organismos satánicos, intensificaron su vigilancia, porque nosotros representábamos la «prueba» de su fracaso. Mejoramos nuestras técnicas de «jugar al escondite» con la Palabra de Dios y con nuestros himnarios caseros. Era mucho lo que estaba en juego con esta actividad macabra, cuando el director de la cárcel aumentó el castigo al que atraparan con literatura introducida secretamente.

La Biblia de Tom era para compartir con los demás, sin importar cuánto la apreciaba. Así que, a pesar de la amenaza, la pasábamos regularmente de una celda a otra. Tratamos de protegernos a nosotros mismos y al Libro de ser descubiertos, pero como cristianos, teníamos poca protección contra los soplones de la cárcel. La naturaleza inherente a los cristianos es de aceptar incondicionalmente a los demás y confiar en ellos. Así que era inevitable que, aunque ganábamos a algunos, tarde o temprano también perderíamos a otros.

Un pelotón de guardias dirigido por el teniente Nauarlart, el oficial encargado del programa de reeducación, anunció una mañana que había una requisa sorpresa. Él y sus guardias requisaron nuestro pabellón desde

las seis de la mañana hasta las dos de la tarde. Cuando hacían una requisa, desalojaban normalmente a todos los reclusos de las celdas antes de buscar papeles y libros. Esta vez, hicieron que cada preso vaciara sus pertenencias sobre su litera. Luego un oficial especial registraba las pertenencias de cada hombre mientras los demás observábamos. Otros tres militares requisaban el resto de la celda.

Cuando un guardia encontraba algo, preguntaba: «¿De quién es esto?». Castigaban a todo el pabellón, si el dueño no reclamaba el artículo. Así que cuando un hombre encontró la Biblia y la llevó al teniente, no dudé en afirmar que el libro era mío. No quise que castigaran al pabellón entero por mi culpa.

«Todos ustedes continúan introduciendo secretamente cosas aquí». Me señaló la cara agitando el dedo. «¡Van a cosechar lo que siembran!». Continuaron con la inspección. Me llamaron a la oficina, cuando terminaron de registrar nuestras celdas de arriba abajo.

«Alexander, en vista de su delito, va a pasar los próximos treinta días en la caja», me dijo el teniente. Mi condena de treinta días se alargó hasta noventa antes que me liberaran.

La «caja», o el «cajón», como los llamaban algunas veces, se parecían a un ataúd. Tenía una abertura en cada extremo que servía de ventilación, y una era más grande que la otra para introducir por ahí los alimentos. La caja medía más de dos metros de largo. El piso tenía un metro de ancho y tenía probablemente un poco más de un metro de alto. Había también una abertura en la parte inferior de la caja, la cuál estaba inclinada hacia ese lado para depurar por ahí los excrementos. Según la definición de nuestros verdugos, cada caja era lo suficiente grande para dar cabida a seis personas acurrucadas uno al lado del otro.

El guardián abrió la caja y me ordenó que me metiera. Obedecí.

«¡Agáchese!» ordenó el guardia. Me uní a mis hermanos, Antonio Díaz y Rafael Pacheco. Había otros tres presos apretujados en el ya incómodo lugar junto a nosotros. Me senté en cuclillas y la tapa se cerró de golpe, dejándonos a los seis en completa oscuridad. Los días se confundían con las noches. Sabíamos que era por la mañana porque el guardia traía el

agua de panela caliente y las rebanadas esqueléticas de pan. Asumíamos que era hora para realizar el servicio de adoración de la noche, cuando escuchábamos a los guardias haciendo el recuento de personas.

Realizábamos nuestros servicios de adoración, allí en una perpetua oscuridad. Teníamos en común la esperanza de ser libres. Hablábamos sobre lo que haríamos cuando fuéramos puestos en libertad. Discutimos sobre la historia de Job y volvimos a contar la historia de Jeremías en el foso y la de Pablo en la cárcel romana.

Oramos por los otros tres presos que aguantaban desesperadamente este castigo atroz. Vociferaban y proferían obscenidades a sus verdugos las veinticuatro horas del día. Pero se calmaban lo suficiente durante nuestro tiempo de adoración, cuando comenzábamos a cantar nuestro himno de la noche: «Ya se acabó el día, la noche casi se aproxima», y nos permitían tener unas horas de sueño.

Además del himno, recitaba un poema que compuse cuando estuve en la caja:

El sol cubano se oculta lentamente,
A lo lejos por las montañas de Bonita,
Se llenan todas las celdas de aflicción,
Al final de un día sombrío.
Levantemos nuestras frentes,
Con la sagrada esperanza del cristiano,
Como hombres que se han forjado en el temor,
Alegrando a quienes están a nuestro alrededor.

Aunque la rutina hizo que pudiéramos aguantar las largas horas, los primeros minutos en la caja fueron de intenso dolor. Sabía a qué atenerme. Nuestros músculos encalambrados se contrajeron. Nuestras venas y arterias dejaron de llevar la sangre a los pies y a la parte inferior de las piernas. Nos dolía estirar los brazos y las piernas, arquear la espalda, tomar aire fresco y limpio en nuestros pulmones limitados. Tuvimos claustrofobia. Me dejé llevar por la imaginación, ¿y si me dejan aquí para siempre? ¿Y si me muero aquí?

Me acordé del hermano Calsadilla que duró un año entero en la caja. Le tomó seis meses aprender a caminar otra vez. ¿Quedaría cojo por seis meses al salir de la «caja»? ¿quizás por el resto de mi vida? Me recordé a mí mismo que estaba en las manos de Dios, incluso en este horroroso compartimiento. No dejé de decir para mí que el Dios a quien servía caminaba entre el fuego con sus hijos, caminaba entre los leones y soportó solo el dolor en el Calvario por mí. Traté de formarme una imagen mental de Él encogido en cuclillas junto a mí.

Los músculos de mis piernas y las caderas se encalambraron. Traté de volcar un poco el peso para aliviar el dolor, pero no pude. Estábamos bien apretujados en la caja. Podía sentir que se estrangulaban los vasos sanguíneos de mis rodillas y tobillos. Pensé que una vez se afianzara el adormecimiento, a lo mejor el dolor disminuiría. Al contrario, aumentó. En desesperación, repetí las promesas que se encuentran en la Palabra de Dios. En mis súplicas pedí fortaleza para soportar. Repetí una y otra vez las palabras: «...*Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida...*».

Como no podía escapar físicamente de mi reclusión, conseguí que mi mente se apartara de mi cuerpo transido de dolor y se concentrara en el mundo íntimo de mi infancia. Mis pensamientos se centraron en el amigo que me presentó por primera vez a Cristo. Rolando Claxton era su nombre; jugábamos a la pelota juntos.

Por alguna razón, mis recuerdos se remontaron a un día en particular. Rolando fue a mi casa y llamó a la puerta. «Oye, Noble, ¿quieres batear un poco?» dijo.

«Claro», le respondí mientras cogía mi pelota y mi bate. «Y lánzala sobre el plato esta vez, ¿vale?». Caminamos hacia un terreno desocupado y cogí el bate primero.

«¿Crees que le puedes dar a la pelota si la lanzo derecho?», Rolando bromeó y lanzó su mejor curva hacia mí. Se rió cuando la pelota pasó silbando justo sobre el plato antes que el bate se hubiera movido de mi hombro.

«No estaba listo», protesté sin fuerzas.

Le di a la pelota después de varios lanzamientos y la mandé por los aires hacia el campo izquierdo. «Oye, Alexander, no está mal», admitió Rolando. «Entre unos cuantos más vamos a formar un equipo. ¿Quieres unirte?».

«¡Claro!». Como un quinceañero, no dejé escapar la oportunidad. Orlando Mondosa, mi mejor amigo de la niñez, se unió al ejército de Batista para asegurar un título universitario, y eché de menos la camaradería que manteníamos entre nosotros. No hubo manera de saberlo en ese entonces, cuánto afectaría aquella decisión mi vida entera. Me llevé bien con los demás miembros del equipo desde el principio. Ganamos unos partidos y perdimos otros. La única consistencia que mostraba nuestro equipo era que nunca jugábamos béisbol los sábados. Cuando le pregunté la razón a Rolando, me dijo que la mayoría de los miembros del equipo pertenecían a la Iglesia Adventista del Séptimo Día. «Vamos a la iglesia los sábados», explicó.

«¿Los sábados?», le pregunté con incredulidad. Nunca había escuchado de una iglesia así. Todas las personas que conocía rendían culto a Dios los domingos en la iglesia católica. Reflexioné por algún tiempo sobre esta escasa y extraña información, sobre todo los sábados por las tardes, cuando me encontraba completamente solo y sin nada que hacer.

Un sábado en particular por la tarde, tras agotar todas mis actividades habituales de los sábados, estaba aburrido e intranquilo y fui a la casa de Rolando, con la esperanza que estuviera para hablar un rato o jugar cantillos con su hermanita, Martha. Quizás su mamá me ofrecería unas de sus deliciosas galletas. «Los adventistas del séptimo día por lo menos deben hablar o comer galletas los sábados» razoné.

Cuando llegué, la familia de Rolando tenía visita, todos los jóvenes de la iglesia. Me presentaron a todos.

«Estamos jugando» explicó. «El juego se llama el Trono».

Hice muecas. El «trono» era una silla en medio del círculo de personas. Me parecía un juego de niños.

El líder, una persona sentada en la silla, decía una letra. «Pienso en el nombre de una persona de la Biblia que comienza con la *es*». Los demás

participantes intentaban adivinar de quién se trataba según las pistas del líder. Intenté unirme, pero no supe los nombres de muchos personajes bíblicos.

Habíamos jugado al *Trono* por un rato cuando llegó un hombre, a quien mi amigo Rolando, presentó como William Burke, un estudiante de medicina jamaquino que vendía libros cristianos en la región durante las vacaciones de la universidad.

Después de observarnos jugar por un rato, William le sugirió a Rolando: «Deberías contarle a Noble sobre la salvación de su alma en lugar de estar jugando al Trono». William se volvió hacia mí. «¿Estás interesado en conocer sobre Cristo y lo que hizo por ti?», preguntó.

Asentí con la cabeza. Ser el extraño del grupo los sábados por la mañana no era la idea que tenía de pasarla bien. Decidí escuchar lo que el hombre tenía que decir. Me bauticé en 1953, después de seguir los estudios de la Biblia que me dio William.

Cuando estaba allí agachado en la caja, sentí un torrente de calor que corría por mi cuerpo mientras recordaba el rostro del joven jamaquino. Traté de formarme una imagen mental del lago donde fui bautizado, pero el dolor en mis piernas borró el recuerdo y me obligó a regresar a la agonía del presente.

Pasaron los días. Después de noventa días, se abrió por fin de golpe la tapa de la caja y un guardián dijo nuestros nombres. Entrecerré los ojos encandilados por el torrente repentino de luz. Dos guardianes fornidos me agarraron de los brazos y me sacaron de la caja. Traté de enderezar mis piernas, pero permanecieron entumecidas en la posición de cuclillas. Me llevaron al otro lado del recinto a una bicicleta eléctrica y me sentaron en ella. Se me cortó la respiración en mi garganta cuando enderezaron mis piernas paralizadas y sujetaron mis inútiles pies con correa a los pedales, luego encendieron el interruptor. Grité del dolor intenso cuando la máquina obligaba a poner a mis piernas en movimiento. Sentí como si mis rótulas se fueran a romper con cada giro de la rueda. Luché por estar consciente durante la terrible experiencia. Me pareció una eternidad los quince minutos en la bicicleta.

Los guardianes me llevaron de vuelta a mi celda con una advertencia. «¡La próxima vez que lo cojamos con propaganda, el dolor que sintió ahora habrá sido un juego de niños!». Pero mientras se perdían de vista, supe que tarde o temprano tenía que aguantar más torturas, porque bajo ninguna circunstancia dejaría de dar testimonio de mi Dios. Atestiguar de Él me daba poder, fortaleza y voluntad para seguir adelante. No podía dejar de contar la historia maravillosa de Jesús de la misma manera que no podía dejar de respirar.

Tan pronto como disminuyó el dolor de mis piernas, José Rodríguez y otros dos hermanos en Cristo, uno fisioterapeuta y el otro entrenador físico, establecieron un programa de ejercicios para que me volviera a levantar. Pude caminar sin dolor después de cuarenta y cinco días. Dos meses después, un guardia me cogió con un himnario y me denunció ante el director de la cárcel, quien me envió a la «regadera». La experiencia fue similar a la que tuve poco después de mi encarcelamiento.

Me colocaron en un recipiente, de tamaño similar al de la «caja», donde debía permanecer en la punta de los pies para evitar perforar la planta de mis pies con las puntillas que sobresalían por el piso. Tan pronto los guardias cerraron la puerta de la regadera, gotas diminutas de agua cayeron una a la vez sobre mi cabeza.

Mis pies experimentaron inmediatamente el esfuerzo por sostener todo el peso de mi cuerpo. Al principio las gotas de agua que caían exactamente en el mismo lugar de mi cabeza no me molestaron en absoluto. A las pocas horas, eso cambió. Irritado, trate de mover mi cabeza por el constante goteo del agua. No pude. Me dio un dolor de cabeza que se agudizó con el paso de las horas. Pasaron uno, dos, tres días y las gotas se parecían al martilleo de un carpintero en mi cráneo. Tras el cuarto día en la regadera, el tamaño del «martillo» aumentó tanto que parecía que utilizaran un mazo para hacer el martilleo en mi cerebro.

«¿Cuánto tiempo puedo soportar esto?» le clamé a Dios. Traté de orar, pero no pude. Pensé que iba a perder el juicio. Traté de hacer los mismos juegos mentales que practicaba a menudo para bloquear el dolor, pero el constante martilleo se abrió paso hasta por los recuerdos más persistentes.

Pensé en mi madre en Estados Unidos. ¿Le habrán llegado mis cartas? ¿Y qué de Tom White? ¿Me habrá olvidado? Sabía que no, pero los demonios de Satanás continuaban bombardeando mi cerebro febril con dudas y desaliento. Sus pullas diabólicas persistieron. «Todos se fueron. Todos lo olvidaron. Está muerto para la sociedad. Nadie sabe de usted ni les importa».

«*He aquí yo estoy con vosotros todos los días*», grité. «*¡He aquí yo estoy con vosotros todos los días!*». No podía perder el control ahora. Sea lo que sea, tenía que sobrevivir, ¡sólo tenía que sobrevivir!

El director de la cárcel ordenó que alzaran el pasador de la puerta, cuarenta y dos días después. No pudo controlar la impresión que le invadía su rostro. Esperaba encontrar a un loco de remate. En lugar de ello, encontró a un preso que sonreía pese a su dolor. Aunque estuve seguro que mi sonrisa era más una mueca, dije con voz entrecortada y débil: «Alabado sea Dios».

Dios y yo habíamos ganado.

El director de la cárcel, como el loco que esperaba encontrar, gritó y agitó los brazos exasperado. «¡Su vida sería más sencilla si usted no me desafiara cada vez!».

Dos guardianes me sacaron de nuevo de mi reclusión y me colocaron en la bicicleta eléctrica. Mi cuerpo pidió auxilio a gritos otra vez. Cuando me regresaron a mi celda, los hermanos me estaban esperando y estaban listos para atender mis necesidades.

Todavía echaba de menos a mi madre y a mi hermana, aunque estaba rodeado de mi familia en Cristo. Les escribía cartas para mantener vivo el recuerdo de ellos en mi mente, cartas que no tenía ni idea si algún día las podrían leer.

De Dentro Hacia Afuera

«Son casi las 2:30», así comencé una de mis cartas. «Cogí el bolígrafo que es la única forma que tengo de hablar contigo, una vez más a la luz del sol deslumbrante, sin nada más a mi alrededor que unas rejás...».

La carta, con fecha del 3 de enero de 1969, fue la última carta oficial que le envié a mi madre.

Los oficiales de la cárcel me permitieron escribirles a los miembros de mi familia, en los primeros años de mi encarcelamiento. Luego me calificaron de *plantado*, y todo cambió. Tenía que sacar mis cartas de contrabando, escritas en papel de seda delicado que se utiliza en la envoltura de las naranjas cubanas. Aunque ya no podía recibir visitas, muchos de mis compañeros de cárcel sí podían. Estos visitantes, desconocidos en el mejor de los casos, corrían el riesgo de ser cogidos con contrabando para mantener a nuestras familias al corriente de nuestro estado personal. Los presos que estaban a punto de ser puestos en libertad lograban ocasionalmente sacar fraudulentamente nuestras cartas escritas cuidadosamente.

Escribíamos la misma información varias veces y enviábamos las cartas con muchos mensajeros, para asegurarnos que fueran entregadas. De ese modo, creíamos que por lo menos una copia llegaría a su destino. Trataba de mantener una actitud alegre y positiva en mis cartas, sin reparar en mi condición actual, y siempre concluía con: «En este momento me encuentro bien, gracias al Todopoderoso». Dibujaba flores en las márgenes para amenizarla. No tenía motivo para relatar mis males y crear más tensión y dolor en quienes amaba, porque era poco lo que podían hacer.

Siempre que los guardianes descubrían alguna de nuestras «rutas de correspondencia», nos inventábamos otra nueva. El control se hizo más severo, lo cual nos obligó a emplear medios desesperados. Doblamos nuestras cartas en pequeños rectángulos apretados, luego las envolvíamos en tres capas de plástico especialmente guardadas al efecto. Luego nuestras cartas tomaban un camino tortuoso de preso en preso y de una sección de la cárcel a la otra. El preso que haría la entrega de la carta a su visitante en el día de la visita, se la tragaba o se la introducía en su ano con el fin de pasar la requisita.

Cuando la carta llegaba al comedor, donde se reunían los presos con las visitas, se le quitaba la envoltura externa de plástico, para dejar la segunda cubierta limpia. Entonces el visitante escondía el paquete en sus partes íntimas con el fin de sacarla del comedor y, por último, de Cuba. Una vez fuera del alcance de Castro, la carta se abría y se enviaba a su destino verdadero. Cualquiera persona que fuera atrapada con la carta era procesada como espía, lo que llevaba consigo una condena entre cuatro y treinta años.

Cada carta que escribía me infundía esperanza de ser libre. Quizás esta carta iba a ser el gatillo que haría un agujero en la pared de la propaganda que Castro y su gente de relaciones públicas había construido cuidadosamente para la prensa internacional. Quizás esta carta encendería la opinión mundial contra el régimen de Castro y obligaría al estado cubano a liberarnos. Y cada vez, por más de veintidós años, esperaba, oraba y nada pasaba. Pero para nosotros, lo último que podíamos permitirnos era perder la esperanza. Teníamos que creer que en cualquier momento algo ocurriría que provocaría nuestra liberación. Para poder sobrevivir debíamos mantener la fe puesta en Dios y en nuestros compañeros.

Los presos cristianos fueron una ofensa para toda la filosofía comunista de Castro. Nos alegrábamos cada vez que recibíamos noticias que alguna de nuestras cartas llegaba al escritorio de algún miembro del Congreso de Estados Unidos o cuando algún funcionario extranjero emitía nuestra grave situación por la radio o la televisión. Como siempre, nuestro ministro del interior se disgustaba y aumentaba el nivel de violencia

hacia nosotros. Nos regocijábamos por nuestro éxito, en lugar de deprimirnos por el aumento de las golpizas o del hostigamiento recrudescido. Alguien fuera de la cárcel sabía sobre nosotros; a alguien le importó lo suficiente que alzó su voz contra la injusticia. Nos aferramos a nuestro lema: «No nacimos en la cárcel y no moriremos en la cárcel». Me rehusé personalmente a permitir que Castro y el comunismo ganaran. Juré: «¡Morir libre!». Pero todo el tiempo, fue la gracia de Dios y su poder, no la fortaleza ni el poder que pudiera tener, los que hicieron posible que se cumpliera esta promesa.

Aún antes de mi arresto, mi madre y mi hermana Paulina, que vivían en Salem, Massachusetts, presentaron una petición al gobierno y a los organismos sociales para que emigrara a Estados Unidos. Paulina visitó Cuba en varias ocasiones antes y después de la revolución para tratar de obtener visas de salida para Yraida y para mí. Cada vez que ella visitaba la isla, los funcionarios del gobierno le ponían más dificultades para que regresara a los Estados Unidos. Le tomó dos meses poder regresar a Massachusetts, en su última visita, en 1959.

Ella me advirtió, como si estuviera profetizando: «Noble, éste no es sitio para ti. Debes emigrar antes que no haya forma de escapar».

La toma del poder por parte de Castro le dio a la gente el pretexto para que los eternos rivales saldaran las cuentas pendientes. Si usted no le gustaba a alguien, lo acusaban de deslealtad a Castro. Era llevado preso y a menudo eliminado. Un día durante una visita de mi hermana, grupos de guerrilleros que meneaban ametralladoras cogieron a varios hombres de nuestro barrio. Los hombres asombrados fueron reunidos en un camión como si fueran vacas y les tocó hacer lo que les ordenaron aún cuando no tenían ni idea de qué crímenes los acusaban. Uno de ellos quizás estornudó o hizo algún movimiento, nadie supo, y un soldado abrió fuego de repente y mató a siete. Los cuerpos fueron arrojados más tarde en una fosa común.

Cuando Paulina regresó a Estados Unidos, tanto ella como mi madre comenzaron a hacer campaña para sacarnos a Yraida y a mí del país. Primero, necesitaban encontrar un patrocinador para nosotros. Apelaron

a la familia de la iglesia. La iglesia había patrocinado a una familia de refugiados de Alemania Oriental unos meses antes y esta vez denegaron la solicitud. Mi madre y mi hermana no pedían fondos a la iglesia para pagar por mi viaje, sino se limitaron a solicitar que firmaran el formulario de patrocinio que requería la agencia de inmigración. Las súplicas fueron totalmente inútiles para que la junta de la iglesia cambiara de opinión.

Mi hermana no entendía su negativa aparte del hecho que en aquel tiempo, la gente de Estados Unidos no estaba enterada del salvajismo del nuevo régimen. Muchos estadounidenses ni siquiera sabían dónde estaba localizada la isla de Cuba. Pensaban que era en algún lugar cerca a Hawai. Cuando sus ruegos cayeron en oídos sordos en la iglesia, Paulina viajó a Ciudad de México para interceder directamente con los cubanos por mí. Le dieron la espalda. Hizo la solicitud a las embajadas de Suiza y Checoslovaquia pero fue rechazada. Escucharon de mi arresto durante los siguientes meses. Continuaron sus oraciones por mi liberación.

Paulina continuó obstinadamente intentando romper la inercia y se mostró reacia a las burocracias de varios estados. «¿Cuál fue el motivo de su arresto?», le preguntaba a todos los que escucharan. «¿Qué ha hecho?».

La explicación oficial de Cuba llegó a través de la embajada checa en Washington. «Humberto Noble Alexander fue condenado a veinte años de cárcel en el Proceso 83/1963, por actividades contra la seguridad del estado y por homicidio fallido», lo cual hacía alusión al presunto complot para asesinar a Fidel Castro. La carta pasó a reconocer la irritación que mis creencias religiosas causaron a los cubanos. «Durante su estadía en la cárcel—decía la carta— ha mantenido una conducta negativa e indisciplinada en todos los aspectos y ha tenido vínculos con grupos terroristas». Esta imagen influyó mucho para disuadir a los gobiernos de Estados Unidos y Checoslovaquia.

Paulina le escribió dos cartas al senador Edward Kennedy en 1976 y en 1979. Les escribió al congresista, Michael Harrington, y a su sucesor Nicholas Mavroules, quien a su vez buscó la ayuda del gobierno checo y del Ministerio de Asuntos Exteriores estadounidense. Y ella personalmente insistió con los funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores Norteamericano.

Me dijeron que me iban a liberar en 1979, cuando Castro liberó a tres mil quinientos presos. Aún cuando no creí completamente que iba a ser puesto en libertad, le escribí a mi madre para compartir la buena noticia. «Espero que el buen Señor ponga su mano en este asunto y muy pronto nos veamos estando libre». Pero no fui puesto en libertad a pesar de la presión internacional. Los funcionarios checos les dijeron a mi madre y a mi hermana que no me liberaron debido a mi «intransigencia».

Mi madre se enfermó como resultado de la terrible experiencia y empeoró con cada falsa esperanza. Me pregunté con frecuencia si la volvería a ver con vida en esta tierra. Los demonios del desánimo me nublaron mi espíritu repetidamente con desesperación, sólo para que los poderes celestiales los obligaran a retroceder.

Orlando Martínez, un compañero de cárcel, fue dejado en libertad y logró viajar a Miami a través de Costa Rica. Llamó a mi madre y a mi hermana para contarles que me había visto mi nombre, en la lista de presos que iban a ser deportados. Sus esperanzas aumentaron de nuevo.

Mi condena de veinte años de cárcel terminó oficialmente el 3 de febrero de 1983. Sin embargo, hacía tiempo que había perdido las esperanzas de ser puesto en libertad por los conductos normales. En otras oportunidades, había visto que mis amigos y hermanos se hicieron ilusiones a medida que se acercaba la fecha de su liberación, sólo para que los guardias de la cárcel se encogieran de hombros y dijeran que no podían hacer nada, después de lo cual los oficiales de la cárcel los acusaron de nuevos delitos y extendieron sus condenas. Me convencí sin reparar en la crueldad del gobierno, que Dios no quería que desperdiciara energía innecesaria en mi decaimiento. Él me había encomendado una misión y esperaba que me dispusiera a hacer la tarea. Así que cuando llegó mi supuesta fecha de excarcelación, mis amigos en realidad tuvieron que recordarme este hecho. Llegó y pasó el día sin que fuera liberado, como lo había previsto. Alabé a Dios por haber nublado mi memoria durante los meses anteriores y, de este modo, evitarme la desesperanza que muchos de mis hermanos sufrieron.

Le pregunté al guardia cuándo iba a ser puesto en libertad, ahora que había cumplido con mi condena y el respondió: «No va a ser dejado en

libertad hasta que haya sido completamente reeducado». Estoy seguro que no le gustó mi respuesta. Me reí de su descaro, como me había reído los veinte años que había sido encarcelado. Los presos conocíamos la rutina muy bien. Castro usaba como rehenes a los presos que habían cumplido sus condenas, para negociar con Estados Unidos y con otros países más compasivos. Nunca ponía en libertad a un preso que no hubiera cumplido con su pena. Con esta táctica ganaba por ambos lados: primero, exigía todo lo que le correspondía al preso, y segundo, recibía un informe favorable de la prensa internacional cuando liberaba a alguien.

Mientras tanto, el reverendo Willis P. Miller, pastor de la Iglesia Metodista Unida de la calle Lafayette en Salem, Massachusetts, visitó a mi madre y a mi hermana para averiguar porqué ya no asistían a la iglesia. Cuando se enteró de mi grave situación, prometió hacer todo lo que pudiera para promover mi liberación.

«Pastor Miller, le puedo decir una cosa», dijo mi hermana. «Sé que Noble va a continuar predicando. La única manera en que le van a impedir que siga haciéndolo es matándolo».

El pastor, además de organizar un grupo de oración, lanzó una campaña para mi liberación. «Estamos resueltos a ayudar a obtener la liberación para esta víctima inocente de un sistema cruel, por medio de la oración, la publicidad y con las reglas de la política», dijo el pastor. «Solicitamos la ayuda de otros que puedan estar interesados en lograr la liberación del hermano Alexander».

Le envié cartas a Tom White a Glendale, California, después de su liberación, pidiéndole que las remitiera a mi madre. El 1 de septiembre de 1983, le escribí dos cartas a Tom y tres a Armando Valladares, un amigo muy querido y poeta cubano, que había pasado veintidós años en la cárcel de Castro. Durante su encarcelamiento quedó parálítico y ahora estaba limitado a estar en silla de ruedas. Un profesor francés que también estuvo preso por un tiempo hizo campaña en pro de la liberación de Armando. Después de su liberación, Armando se mudó a Francia. Cuando Tom y Armando se enteraron que el Rdo. Jesse Jackson era uno de los candidatos presidenciales del partido democrático

para 1984, ambos le remitieron copias de mi carta y mi lista de presos con la siguiente nota:

«Estimado Rdo. Jackson: nos enteramos que va a ir a Cuba. Hay un pastor en la cárcel de Combinado del Este, así como usted. Es negro, así como usted. Y se está pudriendo en la cárcel de Castro porque predica como usted. A ver si puede hacer algo por él».

Había contado en la carta a mi familia sobre la situación grave de los *plantados*, e incluí una lista de los nombres de las personas que habían cumplido sus condenas pero todavía estaban detenidas. Luego esperé y continué con mi ministerio, sin saber si alguna de las copias llegaría algún día a su destino. Todavía tenía textos bíblicos que escribir, oficios religiosos que conducir, clases que enseñar y almas preciosas que preparar para el bautismo.

Aún cuando no lo supe, más allá de esos muros grises presagiosos, muchas personas *sí sabían* sobre mí. Se levantó una ola de protestas en muchas partes del mundo pidiendo mi liberación. Había cumplido con mi condena, según la ley, cubana o de cualquier otro lugar. La justicia exigía que fuera dejado libre, así fuera o no culpable de los cargos que me imputaron. En la oscuridad de la noche, cuando me sentía rodeado de la locura y el mundo cuerdo parecía estar a una eternidad de distancia, se me vino a la memoria una y otra vez la frase: «Nací libre y moriré libre».

Los presos supimos que pasaba algo fuera de lo corriente, incluso antes que el movimiento clandestino de la cárcel se enterara de las intenciones de negociación de Jackson con Castro con relación a los estadounidenses que estaban detenidos en las cárceles cubanas. El ambiente se llenó de tensión cuando corrieron los rumores de celda en celda y de pabellón en pabellón que había una visita de personas de categoría.

«¿Sabía que hay presos afuera pintando las paredes?» dijo un preso con desprecio.

«¡Estás bromeando!» Respondí mientras me preguntaba si lo había oído bien. «¿Guardias pintando las paredes?». Debía haber algo gordo si el gobierno se tomaba la molestia de «recubrir» las paredes. ¡Quizás

encubrir sus mentiras, pero no llegar al punto de recubrir las paredes! «¡Sí, las paredes!» me aseguró el recluso. «Las están pintando de verde y amarillo, sólo las que se van a ver, usted sabe».

«Por su puesto», me reí entre dientes. Podía burlarme en voz alta de los adornos que se estaban realizando y de Castro y su apariencia de buena voluntad. Mis esperanzas de una posible liberación crecieron interiormente por mucho que intentaba convencerme que no fuera así. Y me podía dar cuenta al mirar los ojos de mis compañeros *plantados* que sufrían los mismos altibajos emocionales y crueles que pasaban desde el entusiasmo hasta la desesperación y viceversa.

Se filtró más información al pabellón durante el curso del día. «La persona de categoría es el estadounidense, Rdo. Jesse James», susurró un compañero de cárcel.

«Jesse James, ajá...», gruñí. Todos habíamos escuchado meses antes del famoso predicador negro y político, Jesse Jackson, y pensamos que era una clase de bandido político, de ahí que tuviera el seudónimo de Jesse James.

Mis amigos bromeaban: «Quizás el predicador negro viene por otro pastor negro». Me reí del comentario, sin atreverme a tener mucha esperanza.

Escuchamos que el sistema de altoparlantes hizo un ruido seco, seguido del habitual chillido, temprano el martes por la mañana, antes de que los rayos dorados y anaranjados de la mañana aclararan el horizonte.

«Los siguientes presos deben hacer fila», y leyeron una lista de nombres.

«Ah». Uno de los *plantados* gruñó y se apartó. «Todos ellos son presos que les han lavado el cerebro».

Escuché, a pesar de saber que mi nombre no estaría en la lista.

«Ustedes —explicó el guardián— fueron elegidos para jugar béisbol hoy para nuestros visitantes».

Hice un gesto de desaprobación con la cabeza. Conocía esta rutina muy bien. A Castro le encantaba el béisbol, el deporte favorito de América. Él jugó en el equipo local de la provincia de ●iente contra otros pueblos

vecinos. Y como el béisbol era uno de los deportes preferidos de los estadounidenses, lo utilizaba para demostrarles a las personas de categoría que estaban de visita, lo exitoso que se había vuelto su «plan de reeducación». Los presos jugarían su partido, como micos entrenados, para la visita importante, después de lo cual los presos regresarían a las celdas y los uniformes a las bolas de naftalina para repeler las polillas. Al mismo tiempo, golpearían a los familiares de los reclusos y los ahuyentarían de la entrada principal para evitar que les contaran a los dignatarios visitantes de nuestra situación real y que muchos de ellos no habían visto hacía cinco o diez años a sus seres queridos que estaban encarcelados.

«¡Ahora, síganme y dense prisa!» ordenó el guardia.

Observé a los guardias conducir fuera del pabellón al «equipo de la visita», como los llamábamos, y me pregunté, como lo había hecho a menudo durante los últimos veintidós años, si estos guardianes debían pasar por un entrenamiento riguroso para aprender a gritar, rugir, intimidar y maldecir. Sonaban muy parecido. ¿Gritaban en sus casas las mismas groserías a sus esposas e hijos como lo hacían en el trabajo? Escuché que algunos practicaban lo que llamaban la «rutina de odio de cinco minutos».

Los que no fuimos incluidos en el partido de béisbol, encontramos lugares en los pisos superiores del pabellón donde podíamos mirar el partido. Los jugadores corrieron al campo después de unos minutos, vestidos con todo el uniforme reglamentario de béisbol, hasta con las medias a rayas y los botines de béisbol. Los jugadores se dividieron en equipos. Asumí que los dignatarios iban a llegar de un momento a otro, por la manera en que los guardias gritaban: «¡Rápido! ¡Dense prisa!».

Cuando los jugadores tomaron sus posiciones en el campo, el teniente encargado gritó: «¡Jueguen a la pelota!». Tengo que reconocer que el partido parecía lo suficiente auténtico para el que no supiera lo que estaba ocurriendo y para el que veía de lejos. Los visitantes habrían visto de cerca a un grupo de hombres enfermos y hambrientos representando una farsa macabra coreografiada por un loco. El primer bateador fue al plato y esperó el lanzamiento. «¡Primer fallo!».

En el siguiente lanzamiento, el bateador conectó un tiro donde la bola tocó el suelo y él alcanzó a llegar a primera base. Le llegó el turno en el bate al segundo, tercero y cuarto bateador. El equipo cambió de lugar después que el paracorto atrapó el tiro del séptimo bateador. Una entrada, dos estradas, tres, cuatro, cinco, seis, ellos jugaron a la pelota. Siete, ocho, nueve, diez, ellos jugaron a la pelota. El abrasador sol tropical se levantó por el horizonte oriental y subió al cielo para caer de pleno. El sudor les caía a chorros por sus frentes, cuellos y espaldas y empaparon los uniformes completamente nuevos, pero aún así continuaron jugando béisbol. Los jugadores se tambaleaban del agotamiento por el calor, pese a los recipientes de plástico de veinticinco galones de agua helada y limonada y la caja de sándwiches de jamón de cerdo. Cuando uno se cayó, otro fue a remplazarlo.

Para los que estábamos mirando, la envidia que tuvimos antes por no jugar béisbol pronto se convirtió en lástima. Agotados, sus cuellos, caras y brazos se enrojecieron, quemados por el sol. En el campo, perseguían la bola, la atrapaban, la lanzaban a primera, eliminaban al corredor, tres fallos y otra vez a batear. Conectaban una bola alta por los aires, corrían a primera, eliminaban al jugador en segunda, tres fallos y de nuevo en el campo. ¡Los equipos jugaron setenta entradas completas antes que un desfile de cuatro automóviles entrara en las instalaciones de la cárcel y circulara por el terreno de juego!

Los que todavía estábamos mirando por las ventanas estiramos el cuello para ver la procesión.

Uno de los presos junto a mí me dijo: «Se supone que Jackson está en uno de esos automóviles».

Los equipos de béisbol jugaron mientras las personas de categoría se acercaban. En el instante que el último vehículo desapareció más allá del cercado de púas de la cárcel, los guardias pusieron fin a ese día torturador en el terreno de juego.

«Es suficiente», gritó el teniente encargado. «Ahora van a intercambiar los uniformes de béisbol por los de la cárcel y van a regresar al pabellón».

Uno de los *plantados* estaba mirando, a la mañana siguiente, hacia el patio por la ventana del cuarto piso. «Oigan, vengan y miren —nos gritó a los demás— están reuniendo a todos los presos estadounidenses».

Me uní a la multitud de presos en la ventana para observar a los guardias que sacaban a los americanos de su pabellón. Los rumores corrieron por el complejo carcelario con la furia de un huracán, durante el curso de las siguientes cuatro horas. «Jesse Jackson está negociando su liberación».

«Ay, Padre —oré mientras miraba y escuchaba hasta que regresaran— por favor, ¿podría ser esta la oportunidad?». Agregué con angustia: «Que se haga sólo tu voluntad, no la mía. Amén». A medida que las horas pasaban muy lentamente, regresé a mi litera, donde podía estar a solas con mis pensamientos.

Se escuchó de repente un grito. «¡Los traen de vuelta!». Se repitió una y otra vez, el grito hizo eco de un preso a otro y de un pabellón al próximo. Me levanté de un salto de mi litera y me apresuré hacia la ventana.

Los rostros de los americanos resplandecían de felicidad mientras pasaban. Sonrieron hacia nosotros y nos anunciaron por señas: «Nos van a poner en libertad. Es probable que algunos de ustedes también». Respondimos con una sonrisa y les indicamos con el pulgar que recibimos el mensaje.

Los altibajos emocionales que sufría adquirieron un tinte de frenesí. Mientras tuve esperanza todo el tiempo, traté de prepararme para la decepción.

La Promesa de la Libertad

Me senté en el borde de mi litera para pensar en los acontecimientos del día y lo que podrían significar para mí. Miré a mis hermanos a mi alrededor. Supe que nuestros pensamientos eran los mismos. Algunos se apiñaron para comentar la buena noticia, mientras que otros buscaron un lugar tranquilo para reflexionar y asimilar los cambios que tenían lugar. Cada quien se preguntó: «¿Será sólo cuestión de tiempo para usar de nuevo ropa normal y no tener que consumir alimentos repletos de gusanos y podridos? ¿Podré caminar otra vez desencadenado por la calle; andar sin prisa, a gusto por la playa; reír, llorar y celebrar las ocasiones especiales con la familia?».

La mañana siguiente después de que los guardianes regresaron a los presos estadounidenses a sus celdas, se produjo un silencio en el bloque. Un contingente de oficiales cubanos de alto rango entró al pabellón. Los jefazos del servicio secreto del ejército pasaron delante de nuestras celdas pavoneándose, con una expresión pétrea y mirándonos con recelo. Fueron enviados para cerciorarse que no tuviéramos ni idea de lo que estaba ocurriendo. Cinco minutos más tarde, nos pusimos firmes en seguida al escuchar el estruendo repentino que produjo el sistema de altoparlantes. El general I aeyba, el ministro del interior y su personal entraron al pabellón al mismo tiempo.

«Guardias». El altavoz emitió un ruido inarticulado mientras que el edecán del general les ordenó a los guardias que abrieran todas las puertas de las celdas en nuestra sección. Anunció: «Reúnan a todos los presos delante de la lavandería y del comedor».

Nos abrimos paso para cumplir la orden. Ahora no era el momento de instigar a un guardián a la violencia, especialmente con la posibilidad

de excarcelación a nuestro alcance. Estuvimos en posición de firmes ante el general, con los ojos muy abiertos y aterrorizados que algo pudiera salir mal. Contuve la respiración en mi garganta para asimilar las implicaciones de las palabras del general.

El general se ajustó sus gafas en sus narices y luego anunció con toda la pompa y solemnidad de la revolución en su voz: «Van a ser puestos en libertad y deportados a Estados Unidos. El gobierno cubano decidió hacer esto como un gesto humanitario».

Supimos más tarde que cuando Jesse Jackson terminó de negociar la liberación de los estadounidenses arrestados en cárceles cubanas, preguntó por nosotros, los *plantados*. El dictador cubano se comportó al principio como si no hubiera entendido claramente la pregunta. Pero Castro se dio cuenta que ya no podía esconder más su tiranía al reverendo Jackson y al mundo occidental, cuando Jackson comenzó a leer, de la lista que yo había escrito, los nombres, las fechas y los lugares donde estaban los *plantados*. Así que Castro accedió a liberarnos, como un gesto humanitario, disimulando su decisión con un discurso retórico.

¿Cómo puede ser un gesto humanitario liberar a presos que ya han cumplido con más del tiempo de su condena? No me estaba quejando, sólo me burlaba del cinismo de las palabras que escogió. Tuve muchas ganas de creer en mi buena suerte, pero, con los años, había sido defraudado muchas veces con promesas vanas. Cierto, pero esta vez, los acontecimientos del día hacían que pareciera más real que en el pasado.

Me puse otra vez firmes cuando el general continuó con sus instrucciones. «Vamos a hacer correr el agua para que se duchen. Después de bañarse, cojan sus cosas. Regresaremos por ustedes en dos o tres horas». El general se ajustó sus lentes una vez más, hizo un gesto de desprecio y luego salió a zancadas del pabellón, su séquito de oficiales imitó su forma de salir. Los guardianes nos despacharon, después los oficiales se perdieron de vista.

A medida que nos precipitábamos hacia las duchas, las tuberías de agua de nuestro bloque de celdas borbotearon e hicieron un estrépito por la presión desconocida del agua que era ejercida sobre ellas. Los

grifos resonaron al resucitar, a lo largo de la tubería. Al principio, el agua, rojapor el óxido, salió a chorros por las tuberías que rara vez eran utilizadas. Pero nadie lo notó ni le importó.

«Señor, es una realidad». Me atreví a susurrar mientras el agua fría y refrescante caía en cascada sobre mi cuerpo quemado por el sol. «De verdad está ocurriendo». Me duché a toda prisa y regresé a mi celda, mientras pensaba todo el tiempo y por adelantado sobre el próximo paso a seguir. «Mi Biblia, no puedo dejar mi Biblia. Tampoco quiero dejar la foto que Mel me dio de su familia». Repasé mentalmente la lista de mis escasas pertenencias mientras me ponía mi prenda interior limpia y fabricada toscamente, mi vestuario oficial de los últimos diecisiete años.

«Debo despedirme de...». Y comencé a pensar en los nombres de mis hermanos en Cristo con quienes debía hablar antes de irme. Luego hice mentalmente una lista de los nombres de las personas con quienes había estudiado la Biblia, que estaban a punto de aceptar a Cristo. «Y alguien debe hacerse cargo de dirigir la iglesia... quizás el hermano Fernández o Valdés Cancio. José Carreño o Luis Rodríguez, cualquiera hará un trabajo excepcional». Tenía tantas cosas por hacer en las siguientes dos horas que no me atreví a perder un minuto.

Apenas había regresado de tomar la ducha cuando el general y sus colaboradores volvieron a entrar en el pabellón. «¿Qué?» Me levanté y di la vuelta cuando escuché mi nombre por el altavoz. Tan sólo había pasado quince minutos desde que se fueron.

El general anunció: «Ahora los van a llevar a un salón donde se van a afeitar y les sacarán unas fotos».

No podía creer lo que estaba ocurriendo. La realidad se apoderó de mí. ¿Qué tal que sea otro juego para quebrantar nuestro espíritu? Aparté inmediatamente ese pensamiento. No podía permitirme pensar de esa manera, no en este momento. Tenía que ser real. Debía ser real.

El general y sus subordinados nos condujeron a la planta principal y a un estudio de fotografía improvisado. Sobre una pequeña mesa plegable había cinco camisas blancas, cinco chaquetas y cinco corbatas. «Se van a turnar para afeitarse, vestirse y para sacarles las fotos. Después que les

hagan las fotos, quítense la indumentaria para dársela al siguiente preso», explicó el general.

Veintiséis hombres, que variaban en tamaño desde un metro con sesenta y cinco centímetros hasta un metro con ochenta, se tumaron para ponerse las camisas y chaquetas que no les encajaban bien. Nadie se molestó por incluir pantalones porque íbamos a ser fotografiados del pecho para arriba. Cuando me tocó el turno, me puse la camisa y me la abotoné lo mejor que pude porque debió haber sido hecha para alguien de constitución más delgada. La chaqueta, por otra parte, me cubría los hombros como si fuera una toga de graduación. Nos reímos con cordialidad de la foto ridícula que nos debieron haber hecho mientras pasábamos chaquetas y camisas de un lado para otro. ¡Que final tan grotesco a veintidós años de tortura! Pero en ese momento a nadie le importaba el corte de la chaqueta ni el ancho de la corbata. Esperábamos la emoción excitante de la libertad.

Un guardia recogió la ropa y salió del cuarto, después de fotografiar al último preso, y un segundo guardia nos ordenó que los siguiéramos. Un sinnúmero de pensamientos me bombardearon la mente cuando cogí el paso. ¿Qué podrá venir luego? ¿Qué otros juegos nos obligarán a hacer antes de ser hombres total e irreversiblemente libres? Tragué saliva para tratar de controlar la emoción.

Las horas de aquel día pasaron demasiado rápido, pero para mí se alargaron sin fin. Al anochecer, los guardias nos llevaron a veintiséis de nosotros a un salón grande y desocupado en el bloque número tres, donde esperaban seis de nuestros hermanos *plantados* de otro pabellón. Aunque habíamos hablado con ellos en el curso de los años, no los habíamos visto hacía un buen rato.

No había sábanas ni cobijas, había únicamente literas nuevas con colchones limpios y almohadas igual de nuevas. Aunque el alojamiento no tenía ni parecido con el *Waldorf Astoria*, para mí, se disputaba el primer lugar. Acababa de escoger una litera y me había acostado, cuando llegó otro grupo de oficiales de alto rango para explicarnos a grandes rasgos la situación otra vez.

«Ya es tarde. Deben dormir lo suficiente porque mañana va a ser un día muy agotador para ustedes. Entretanto, vamos a poner sus pasaportes y visas de salida en orden».

Después que los militares salieron y escuchara el sonido del cerrojo de la puerta, hablé con mis hermanos del pabellón B por unos minutos, luego me acomodé para dormir. Fue un día agotador. Cerré los ojos por un instante mientras luchaba por ordenar el revoltijo caótico de emociones, recuerdos y esperanzas que me acosaban la mente. No logré conciliar el sueño. Pasaron tantas cosas. De nuevo, docenas de preguntas me daban vueltas por la cabeza, preguntas sobre el futuro inmediato, el futuro lejano y el pasado. Mi vida estaba cambiando a pasos agigantados de lo que alguna vez me pude imaginar. ¿Será Estados Unidos tan estupendo como lo afirma Paulina? ¿Cómo me voy a acostumbrar a la libertad después de vivir casi la mitad de mi vida tras las rejas?

La mañana siguiente, a las cuatro y media, un guardián abrió la puerta y anunció: «Vístanse rápido para desayunar».

Me levanté con dificultad y recogí mis cosas que logré sacar de la celda el día anterior. Los otros veintiséis *plantados* hicieron lo mismo.

Al darse cuenta de lo que estábamos haciendo, el oficial sugirió cortésmente: «Es mejor que dejen sus pertenencias aquí hasta que hayan desayunado. Van a tener tiempo de coger todo lo que deseen llevar con ustedes».

Hicimos una fila y salimos del bloque número tres hacia el sol de las primeras horas de la mañana. Escuchamos que el guardia cerró la puerta y puso el candado. Sin mirarle la cara, supimos que nos habían engañado una vez más. Qué ingenuos, dije gimiendo. Le creí cuando dijo que nos iban a permitir regresar por nuestras cosas. ¿No había aprendido nada en los últimos veintidós años?

Dimos la vuelta para ojear las pocas cosas tan irrisorias que habíamos atesorado, que nos habían animado con los años y que nos habían arrebatado para siempre, cuando uno de los guardias gritó: «¡Muévanse! Rápido».

En lugar de ir hacia el comedor, los guardias de la cárcel marcharon a cada lado de nosotros desde el bloque número tres, a través del complejo carcelario, hasta la jefatura. Mientras esperamos en la jefatura, compartimos mutuamente nuestras experiencias de la cárcel, la huelga de hambre en La Cabaña, la golpiza y la matanza durante el septiembre negro en Pinar del Río, el genocidio en la cárcel de Boniato, la Isla de Pinos que era equivalente a Siberia en Cuba, y el testimonio de nuestra fe bajo fuego. Habíamos pasado por muchas cosas juntos, y ahora nos enfrentábamos solos a un nuevo destino. Llegó un nuevo equipo de oficiales. El teniente encargado nos ordenó que nos quitáramos los calzoncillos fabricados toscamente. Tuvieron la precaución de que no saliéramos de la cárcel ni de Cuba con recuerdos de la cárcel que pudieran ser usados como evidencia en su contra.

El oficial encargado ordenó: «A medida que van saliendo de este lugar, pasen de largo por donde están los guardias. No se detengan en ningún momento. En el otro extremo de la fila los espera un autobús militar, donde un oficial revisará su identidad».

El primer guardia me entregó unos calzoncillos; el segundo, una camiseta; el siguiente, unas medias; el cuarto, una camisa. La talla no importaba; grande o pequeña, uno cogía la prenda y seguía caminando. Si la prenda era muy grande, ese era su problema. Usted las podía intercambiar con otro preso una vez se subía al autobús. El quinto guardia puso un par de pantalones en mis manos; el sexto, un cinturón. El séptimo tiró un par de zapatos sobre el montón de ropa y me hizo señas para que siguiera adelante.

Un teniente y cuatro sargentos esperaban en el autobús.

«¿Nombre?», gritó.

«Humberto Noble Alexander».

«¿Número?».

«3-1-4-5-0», respondí.

«¿Fecha de nacimiento?».

«12 de febrero de 1934».

«¿Lugar de nacimiento?».

«San Germán, Oriente».

La verificación de la identidad me resultó extrañamente familiar, como la que tuve la noche anterior a mi arresto.

«¿Nombre de la madre?».

«Bery».

«¿Del padre?».

«Christopher».

Terminó con la lista de preguntas y luego me ordenó que me subiera en el autobús. El vehículo había sido acondicionado especialmente para evitar que los pasajeros miraran por fuera de las ventanas y para que los transeúntes curiosos no miraran hacia dentro.

Otro oficial hizo un segundo recuento de personas una vez estuvimos abordo. Luego un tercero nos interrogó individualmente, repasando la larga lista de preguntas que nos acababa de hacer el oficial afuera del autobús. Los hombres del G-2 se subieron después del tercer interrogatorio y se abrieron paso hacia la sección reservada en la parte trasera. Aunque no los miré, supe por experiencia que nos apuntaban, empuñando sus revólveres y listos en caso que se presentara algún problema.

El autobús arrancó. Se respiró un gran alivio en el autobús mientras se alejaba de la última garita y se dirigía hacia una calle de gran circulación. Eché una mirada de reojo a los hombres del G-2 de expresión pétrea que estaban atrás mío. Un policía en motocicleta pasó primero que el autobús y dos vehículos patrulleros lo seguían.

El autobús disminuyó la marcha, después de lo que pareció el paseo más largo que jamás haya tenido. Avanzamos lentamente por el tráfico pesado del mediodía en La Habana, hacia la jefatura del G-2. Los guardias nos hicieron salir a empujones del autobús e ir hacia una gran sala de visitas, donde esperaban varios familiares. Nadie nos esperaba a la mayoría de nosotros, porque las familias de los presos en el otro extremo de la isla no habrían tenido el tiempo suficiente para enterarse de nuestra

liberación y hacer el viaje de mil seiscientos kilómetros hasta la capital. Nos consolaba saber que nuestra reunión esperaría hasta que nos encontráramos en otra tierra, una tierra libre.

Poco tiempo después, un oficial le ordenó a los familiares que se fueran y nos mandó a que nos volviéramos a subir al autobús, donde realizaron otra vez el recuento de personas y la interrogación. El autobús avanzó lentamente por el tráfico denso hacia el aeropuerto José Martí.

Nuestra procesión serpenteaba por las tortuosas calles secundarias de la ciudad para evitar despertar el interés de la población local. Una vez que el autobús pasó con cuidado por los portones del aeropuerto e ingresó a la pista de concreto, el conductor apagó el motor. La temperatura en el autobús se elevaba con rapidez bajo el sol del mediodía. Lancé una mirada a mi compañero de puesto mientras me secaba mi cara y mi cuello con la manga de mi camisa. Puntos negros y diminutos danzaban ante mis ojos. La emoción de las últimas horas y el calor intenso amenazaban con dejarme inerme. Respiré lentamente y profundo mientras oraba: «Ay, Padre, no permitas que me pase algo ahora, no estando tan cerca de la libertad».

Miré de reojo a los hombres del G-2 que estaban en la parte trasera y sonreí. Se limpiaban el sudor de sus frentes y cuellos con los pañuelos reglamentarios del gobierno. «Que bueno», pensé. «Por lo menos ellos están tan incómodos como nosotros». Mi boca se secaba de la sed, a medida que una hora daba paso a la otra. Me lamía los labios en vano. «Una última prueba. Siempre hay una última prueba», pensé.

La diferencia entre ésta y las demás veces anteriores cuando éramos obligados a esperar bajo el sol ardiente, era que ahora los guardias nos permitían hablar mutuamente. Sin embargo, con los hombres del G-2 tan cerca, nadie se quiso arriesgar a decir algo que comprometiera su liberación. Teníamos mucho que decir, pero sólo hasta que llegáramos a Washington, D.C.

Nos quedamos callados incómodamente, después de llenar un par de documentos para el estado cubano. Esperamos cuatro horas para que

aterrizara el avión de Jackson. Él había volado a Nicaragua a otra misión del gobierno estadounidense, durante esas horas en que el gobierno cubano procesaba nuestra liberación.

Dos aviones, uno americano y otro cubano, aterrizaron a las siete de la noche. Pude sentir que la emoción se intensificaba dentro del autobús a medida que las dos aeronaves rodaban por la pista hacia la terminal. Cuando se detuvieron, el policía en la motocicleta aceleró el motor y le hizo señas a nuestro autobús para que lo siguieran hacia el campo, donde esperamos otra hora mientras el personal de tierra hacía la revisión y reaprovisionaba de combustible a los dos aviones. Nuestro nivel de ansiedad aumentó cuando un oficial cubano de alto rango y uno de los colegas de Jesse Jackson se subieron al autobús.

El estadounidense se presentó y comunicó los saludos de Jesse Jackson. «Caballeros, el reverendo Jackson les desea a cada uno de ustedes un buen viaje».

En contraste con el americano, el oficial cubano se mantuvo sobrio y explicó el procedimiento del vuelo en un tono brusco y cortante como si dijera cada palabra bajo protesta. «Todos los estadounidenses abordarán el avión americano, salvo por los siguientes». Leyó los nombres de cuatro norteamericanos. «Y todos los ciudadanos cubanos abordarán la aerolínea cubana, a excepción de los siguientes». Leyó los nombres de cuatro cubanos. Continuó explicando que los ocho individuos mencionados cambiarían de aviones. Los cuatro cubanos volarán en el avión estadounidense y los cuatro norteamericanos volarán a su país en la aerolínea cubana. «Ahora van a salir del autobús de manera ordenada y abordarán los aviones respectivos».

Me levanté y desentumecí mi cuerpo. Se sentía bien pararme otra vez después de estar sentado en la misma posición por tantas horas. Me bajé del autobús y sentí que los vientos alisios de la noche refrescaban mi cuerpo débil. Caminé por el concreto y subí por la larga escalera que conducía hacia mi libertad. Busqué un asiento desocupado cuando me subí a bordo del avión. Se podía escuchar por todo el avión el murmullo habitual de los pasajeros cuando buscaban y ajustaban los cinturones de

seguridad. Cualquiera podía pensar que estaba en un vuelo normal de un avión cotidiano cuando cerraba los ojos.

Me abroché el cinturón de seguridad y eché un vistazo por la ventanilla. Mis ojos se llenaron de lágrimas cuando retumbaron los cuatro motores a reacción. Estaba ocurriendo; de verdad estaba ocurriendo. ¡Por primera vez en veintidós años, ningún guardia uniformado ni ningún oficial me asedió, gritó, empujó, insultó, ni me ofendió!

De La Habana a Mi Hogar

Se hizo un silencio por la cabina de pasajeros a medida que arrancaron los cuatro motores a reacción del avión, para luego avanzar lentamente hacia la pista de aterrizaje. Dobló y se detuvo tras rodar hacia el final de la pista. Una idea horrible abatió mi mente durante los pocos segundos que esperamos que la pista quedara libre para despegar. ¿Y si los oficiales cubanos les ordenan a los pilotos apagar los motores en el último momento, y un teniente cubano burlador y despreciativo sale de la cabina de mando, y anuncia que todo había sido un chiste, una broma cruel y sádica?

Pero no, el avión aceleró pista abajo, tras una breve pausa. Los pasajeros dieron vítores de alegría a medida que el tren de aterrizaje del avión dejó el pavimento y el gran pájaro se arqueó hacia el cielo. A medida que la nave tomaba una trayectoria horizontal, volvió el silencio mientras estiramos el cuello para vislumbrar por última vez a nuestra tierra natal. Miré abajo hacia los tejados rojos que se entremezclaban con los techos cafés grisáceos hechos de hojas de palma yagua. Luego noté una yagua misma, que se erguía esbelta por encima de los edificios.

La yagua es autóctona de Cuba, su tronco gris verdoso crece bien derecho y liso en lugar de encorvarse elegantemente como su familiar, el cocotero. Y en la copa, sobre las hojas de color verde intenso, sobresale un tallo como un dedo o un pararrayos hacia el cielo. La Palma nunca se balancea, nunca se dobla ni siquiera cuando es azotada por la peor tormenta tropical o por un huracán devastador.

Las emociones contenidas por tanto tiempo en mi corazón se escaparon al ver esta imponente palma. Lloré con toda libertad al ver este símbolo del cristianismo cuando es atacado. Recordé las veces en

que estuve al borde de un colapso y mi Dios me infundió una oleada de fortaleza que me ayudó a pisar fuerte. Sin Cristo, me habría doblegado y habría tambaleado ante las presiones, como un cocotero, pero con su fortaleza, pude pararme derecho y pisar firme, como una yagua. También me acordé de los rostros de mis hermanos, que como la yagua, se negaron a inclinarse y murieron por su fe.

No tuve que preocuparme que mis compañeros me vieran llorando, porque ellos también lloraban públicamente a medida que nuestro avión daba vueltas por el cielo y se dirigía al norte a nuestro nuevo hogar, Estados Unidos de América. El sol se empezó a esconder por el horizonte mientras observaba como se desaparecía en las sombras de la noche mi bella isla que la bordeaban finas playas blancas y aguas de color azul intenso. En pocos segundos estábamos volando por encima de las aguas azules del océano, y Cuba desapareció de la vista.

Tom White llamó por teléfono a mi madre y a mi hermana desde Washington D.C., el mismo instante que mi avión despegó de La Habana: «Señora Alexander, buenas noticias. El nombre de Noble aparece en la lista de los liberados. Creo que ahora sí fue un éxito».

El Congreso citó a Tom en Washington para testificar sobre la vergonzosa violación a los derechos humanos que se llevaba a cabo en las cárceles de Castro. Para cuando él volvió a llamar a mi madre para contarle que en efecto me habían liberado, ella ya me había visto en «Buenos Días América».

Los presos discutimos sobre nuestro futuro, durante el vuelo a Estados Unidos. «¿Y qué del Rdo. Jaskon?» alguien preguntó. «Es obvio que Castro lo puso en un aprieto serio».

«Debemos contar la verdad. Debemos alzar nuestra voz», dijo Esturmio Mesa, un preso político. «Debemos enterar a la gente que no hay nada bueno en un hombre que quiera presentar a Castro como un buen líder humanitario; él sólo es un bárbaro».

«Si el mundo se hubiera opuesto ante todo a la toma del poder de Castro», me lamenté.

«Bueno –admitió uno de los presos– eso ya quedó atrás». Lo que debemos hacer es prepararnos para el futuro. Debemos mentalizar a la gente libre en todas partes del precio de su libertad, y que vale la pena mantenerla sin importar el costo».

«Toda la libertad que perdimos», argumenté. «Va a ser difícil que lo entiendan los americanos».

«Pero debemos hacerles entender», agregó Mesa.

«Y nosotros qué –me interpuse– ¿y qué de nosotros? No podemos vivir el resto de nuestra vida guardando rencor».

Mesa agitó su dedo. «Cierto, pero no podemos irnos cada uno por nuestro lado y olvidar a nuestros hermanos que todavía están encadenados en el infierno de Castro».

Estuvimos de acuerdo que nuestra libertad trajo consigo una obligación hacia los que se quedaron. Nuestros gritos por la injusticia eran las únicas voces que el mundo podía escuchar. Vivimos más cerca que cualquier hermano de sangre. Sufrimos, padecimos hambre, oramos juntos veinticuatro horas al día, durante varios años. Los lazos de acero del amor y la comprensión del cristiano nos mantenían unidos. Ningún hermano o hermana puede entender las experiencias que sufrimos. Ninguna madre o padre se puede relacionar con las pesadillas que revivimos. Una vez salimos del avión, nuestro destino cambiaría para siempre. Lloramos, nos abrazamos mutuamente y prometimos nunca perder el contacto el uno del otro, antes de bajarnos del avión en Washington D.C.

Me temblaban las piernas mientras caminaba hacia el aeropuerto por el túnel. Pensé que había logrado calmarme suficientemente hasta que vi a mi amigo y hermano, Tom White, que me esperaba al final del corredor. Nos acercamos a saltos, nos abrazamos mientras llorábamos y nos reíamos, y nos dimos palmadas en la espalda una y otra vez. Me enfocaron con cámaras por todos lados mientras otros me esperaban para darme la bienvenida a la libertad, Guillermo Esteves, Armando Valladares, Diego Abeche, Carlos Calson y otros más. Los reporteros de la radio y la televisión me ponían sus micrófonos en mi cara aturdida, acosándome

con preguntas. Luché contra mi fuerte deseo poco razonable de devolverme corriendo para ampararme en el avión. Mis amigos y los funcionarios de Estados Unidos trataron de apurarme entre la multitud del aeropuerto hacia una limosina que estaba esperando y que nos llevó a la Fundación Cubano-Americana y a la Asociación de Derechos Humanos en Washington. Una vez estaba afuera, respiré hondo el aire perfumado de la libertad, con todo y la niebla de humo.

Una de las primeras cosas que los funcionarios me sugirieron que hiciera fue llamar a mi madre en Massachusetts. De ahí en adelante, mi madre me llamaba cada veinte minutos más o menos sólo para escuchar mi voz, durante los siguientes dos días de entrevistas que tuve con más de veintinueve periodistas de televisión, radio y prensa. Ella aún no podía creer que después de esperar y orar tanto tiempo, sus oraciones habían sido escuchadas.

Comí alimentos no contaminados por primera vez en varios años. Miré la mesa con el bufé lleno de platos de todo tipo y me acordé de los macarrones odiados llenos de gusanos que tuvimos que soportar, las conservas rusas de carne cediza, el pescado que llevaba congelado entre ocho a diez años, que me causó una intoxicación de cuidado y que me dejó cicatrices en los brazos. «Nunca más», prometí, mientras llenaba mi plato con quesos, entradas y otros alimentos deliciosos, y no había pescado, macarrones ni conservas de carne.

Un psicólogo nos examinó a cada uno de los presos para determinar si podríamos mostrar síntomas de choque cultural. Algunos amigos me llevaron a un recorrido por Washington D.C., para ayudar a adaptarme al ritmo intenso de la vida en Estados Unidos. Me llevaron en automóvil por el tráfico de hora pico, fuimos a cenar a un restaurante, a un centro comercial, y por último, al metro. No experimenté ningún trauma perceptible.

Después de nuestra estadía en Washington, fui en avión al Aeropuerto Logan en Boston, donde mis familiares se habían reunido para recibirme. Quedé sumergido en los brazos de mi madre de setenta y tres años y escondí su cara llena de lágrimas en mi hombro. ¡Cuántas veces había

soñado con estar entre los brazos de mi madre, para que me consolara y aliviara mi dolor! Y aquí estaba, mi sueño se había hecho realidad.

«Dios bendiga América» exclamaba una y otra vez.

«Es como un sueño. No puedo creer que eres tú, hijo mío, hijo mío». Teníamos que recuperar veintinueve años, muchas cosas para compartir. El ruido que hicieron todos los familiares se igualaba al clamor de los reporteros cuando aterricé en Washington, D.C. La conversación que tuvimos sin parar continuó mientras conducíamos hacia la casa de mi madre en Salem. Mi madre me extendía su mano y me daba una palmadita en la mía, cada dos o tres segundos, casi como si se estuviera asegurando que mi presencia no era un sueño. «Ahora puedo morir feliz», dijo.

Nuestro automóvil dobló hacia una calle tranquila y bordeada de árboles y se detuvo en frente de la casa de mi madre. «Hijo, —dijo con timidez— esta es mi casa, y la tuya también, siempre que la necesites». Ella había sembrado un árbol junto al portal, que había decorado con globos y con banderas de Cuba y Estados Unidos. «Lo llamo mi árbol de la libertad» me explicó entre lágrimas. «Lo sembré, pensando en el futuro cuando volvieras a estar conmigo en casa».

Besé, abracé, tuve una sobredosis de amor durante días, entre entrevistas para la prensa y apariciones en televisión, hasta que me sentí totalmente agotado. Mi madre, con la ayuda de Paulina, mi hermana, me preparó una gran cantidad de platos favoritos durante las semanas que siguieron. Pero sin importar cuánto amaba y apreciaba sus esfuerzos, no pude obligarme a comer productos con macarrones ni pescado.

Los médicos del hospital *New England Memorial*, tras hacer una verificación médica general, no lograron entender cómo pude mantenerme en tan buen estado de salud durante mi encarcelamiento.

Poco tiempo después de descansar y adaptarme a la idea de ser libre por fin, la conferencia nororiental de los adventistas del séptimo día me pidió que me encargara de la iglesia Maranatha en Hartford. Emocionado de seguir con mi vida, le di un beso de despedida a mi madre y me trasladé al sur, a Connecticut, a un apartamento para vivir por mi cuenta.

Tuve los nervios de punta en mi primer oficio religioso de la iglesia Maranatha, no por miedo sino por la ansiedad. Dios, en su tiempo, había hecho realidad el sueño que tuve tantas veces durante mis años en la cárcel. Grabé cada detalle del oficio en mi mente aquella mañana. Nunca quise olvidar la emoción que sentí. Me subí al podio, después de que el coro cantó una música especial.

«Hermanos y hermanas, el sermón de hoy se titula: 'El origen del pecado', el último sermón que prediqué en Cuba cuando era libre».

Aunque el sermón tenía la misma historia básica de Satanás cuando perdió la gracia, me interné en el tema. Compartí ejemplos del pecado, que experimenté de primera mano. Les conté de un hermano, que cuando estuvo a punto de renunciar a su fe, miró hacia el cielo, vio a Cristo crucificado por él y se mantuvo fiel. Recordé a Olegario Charlot, que murió suplicando por su Biblia; de mi amigo Seruto, que lo mataron de un tiro por su fe; de Roberto Chávez, que defendió la libertad de culto aún cuando estaba muriendo; de Chino Atan; del «hermano de la fe», Gerardo Álvarez, que sacrificó su vida cuidando a los demás, todos fieles hasta la muerte, en espera de sus coronas de la vida y una vida mucho mejor más allá del mar de cristal.

Epílogo

Los comienzos y los finales poseen intrínsecamente un patetismo que conmueve el alma. Se pierde y se gana algo con cada uno. Yo cambié durante mi encarcelamiento. Ya no soy el joven aprendiz impulsivo en prácticas para ser pastor, que los agentes del G-2 arrestaron en 1962. Perdí mi juventud. Ahora soy una persona de edad madura con canas. Pero tengo la confianza que algún día poseeré la juventud eterna. Más allá de los cambios físicos, perdí mi libertad de elección, pero adquirí una nueva percepción como cristiano. Me siento a gusto con mi fe. Adquirí paz, aceptación y la certeza de la fidelidad y del amor constante de Dios hacia mí. Vi morir a hombres; vi que otros volvieron a nacer. Vi a hombres que negaron a su Salvador por unas migas de pan estropeado, mientras que otros negaron su propia vida para mantenerse fieles a su Salvador.

Incluso hoy en día, el recuerdo de mis hermanos en Cristo sigue vivo en cada celebración, cada festividad, en cada placer sencillo que experimento. Cuando meto los dientes en una galleta decorada con llamativos colores o pruebo la papa dulce que prepara mi madre en el día de acción de gracias, oro por mis hermanos y hermanas que se pudren en las cárceles asquerosas de Cuba. ¿Permanecen firmes en sus creencias? ¿Todavía hacen que siga creciendo y prosperando la iglesia tras las rejas construidas por Castro?

Me pregunto el cuatro de julio, cuando hacen parrilladas y echan juegos pirotécnicos por todo Norteamérica: ¿Cómo pude escapar a la muerte para disfrutar de las libertades de este país? Prometí que iba a morir libre, pero lo mismo han hecho muchos otros. En las celebraciones de la iglesia, me hago una imagen mental de los que van a estar en la Tierra Prometida reunidos a la mesa plateada de Dios. Me veo a mí

mismo sentado junto a amigos muy queridos que murieron por su fe. Me pregunto una y otra vez: ¿Por qué sobreviví y ellos tuvieron que morir? No lo sé. No tengo las respuestas. Pero sí sé que algún día, Jesús, mi Salvador y mi amigo, me va a sentar junto al mar de cristal y me revelará la profundidad de su plan para mi vida y para la vida de mis hermanos.

Me duele el corazón hoy por el recuerdo agri dulce de mi ex esposa, Yraida, y mi hijo. Recibí noticias de ella en 1989. Dijo que se había vuelto a bautizar y me suplicó que la perdonara. Le contesté y le aseguré que la había perdonado el mismo día que se divorció de mí en 1965. Pero me queda un sabor amargo, a parte del dulce sabor que fue para mí la noticia de su bautizo y de su arrepentimiento. Mi hijo Humberto es ingeniero mecánico y es un fruto de la revolución comunista. Hay pocas esperanzas, desde el punto de vista humano, de que él conozca y acepte a Jesús como su Salvador personal.

A pesar de las reflexiones y los recuerdos dolorosos, no tengo tiempo para guardar rencor. Mi vida está llena de mucha felicidad, de muchas personas amorosas y bondadosas para dejarme devorar por el cáncer del odio. Me regocijo, canto, río y celebro porque sé que mi Dios goza del dominio absoluto de las fuerzas del mal y de la destrucción que Satanás jamás haya podido concebir. ¡Y lo mejor de todo, mi Dios goza del dominio absoluto de mi vida!

forzaran a trabajar más allá de los límites normales que el ser humano puede soportar.

Desde un lugar donde se prefiere a menudo la muerte a la vida, llega un testimonio impresionante de la persecución y la perseverancia, que impresionará e inspirará a todos los que lo lean, a sabiendas de que nuestro Dios predomina por encima de todo.

Moriré Libre

Humberto Noble Alexander se paró desnudo y congelado, delante de sus verdugos, en la inhóspita sala de losa gris de interrogatorios. Aquí no importaba nada la equidad ni la justicia. Esto ocurrió en 1962...en la Cuba de Castro. Este joven predicador del evangelio, acusado falsamente de conspirar para asesinar al dictador comunista, pasaría los próximos veintidós años de su vida como preso político en uno de los sistemas carcelarios más inhumanos y crueles de la tierra.

Moriré libre, narra la historia singular de la lucha resuelta de Noble Alexander por sobrevivir y seguir siendo fiel a su Señor, dentro de las mismas puertas del infierno.

"El pastor" permaneció entero y más decidido que nunca a que la cruz de Cristo se viera triunfando por detrás de los muros de concreto de la inexplicable miseria humana, a pesar que le impedían dormir, le dieran de comer una mazamorra con gusanos, lo golpearan despiadadamente y lo forzaran a trabajar más allá de los límites normales que el ser humano puede soportar.

Desde un lugar donde se prefiere a menudo la muerte a la vida, llega un testimonio impresionante de la persecución y la perseverancia, que impresionará e inspirará a todos los que lo lean, a sabiendas de que nuestro Dios predomina por encima de todo.



LA VOZ DE LOS MÁRTIRES